

El beso del diablo

UNNI LINDELL

Siruela/ Policiaca



Unni Lindell

El beso del diablo
El cuarto caso de
la agente Marian Dahle

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

 Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta
Portadilla
El beso del diablo
Epílogo
Créditos

El beso del diablo

Y no temáis a los que matan el cuerpo.
Evangelio según San Mateo

s.f@com.no

Bandeja de borradores

Jueves, 14 de julio 18:04

¡Besas como el mismo diablo! ¡Pero te detesto! Porque ahora sé que yo no era el único, éramos muchos. Estoy helado, como si me estuviera pudriendo por dentro. ¡Deseo que todo te salga mal!

He llorado por primera vez desde que era niño. Te quería para mí solo, para siempre. Ahora parece estúpido, pero yo deseaba que fuéramos tú y yo. Te reíste cuando te lo dije, pero yo pensaba que estaríamos juntos tanto tiempo que yo me encogería y me quedaría calvo, y tú tal vez enfermarías. He soñado con eso, porque así estarías atada a mí.

¿Por qué tengo que comer de tu mano como un perro que adora a su amo? Vas muy escotada y llevas zapatos de tacón, o botas altas, y te embadurnas de maquillaje. La diferencia de edad lo hacía aún más emocionante, pero, en realidad, no tengo mucho más que decir. Es evidente que para ti todo esto no significaba nada.

Recuerdo la primera vez. Empujaste el parque del niño hasta pegarlo a la pantalla de la televisión. Estábamos en diciembre. A día 5, para ser exactos. En la programación infantil emitían un nuevo episodio de «El calendario de Adviento». El número 5 brillaba cubierto de purpurina roja. Tu hijo estaba allí plantado, con el chupete puesto, mirando fijamente el televisor. Entonces nos fuimos corriendo al cobertizo. No había nieve, pero la hierba sin cortar estaba amarilla y cubierta de escarcha. El vaho escapaba de nuestras bocas, y el olor a madera mojada excitaba mi nariz. En una estantería desordenada había una manta de lana verde que extendiste por el suelo. Sobre mi polla deslizaste un aro de goma negro con pinchos. Todos los hombres sueñan con una mujer como tú.

Puedo ver cómo te mueves. Vista por detrás eres un poste, alta y delgada, con las piernas largas y estrechas caderas de chico. Pero, cuando te giras, aparecen tus pechos grandes y tu vientre un poco redondeado. No eres guapa, tus rasgos son demasiado bastos y tu nariz grande, pero eres sexy.

Me utilizaste. No he olvidado lo que me contaste de tu primer novio; dijiste que el sexo no era gran cosa, pero era secreto y estaba prohibido, y encendía en ti una llama que buscas constantemente para volver a prenderla. Las escenas histéricas que montaba tu madre, casi de opereta, le añadían emoción. Me lo explicaste exactamente así. Tu madre está muerta, y tú perteneces a un taxista. Creo que eres de primera clase, pero las cosas no salieron bien.

Unos conos estrechaban el puente que cruzaba las vías del metro. Al final del muro se abrían paso cardos y cicutas. Mucho más abajo, se divisaban las vías. Por la zona habían construido algunos edificios de oficinas. Solo quedaba espacio para que pasara un coche. Hacia él venía un Ford, gris y abollado. Lo reconoció al instante, era el coche de Vivian. Echó un vistazo al reloj del salpicadero. Eran las 16:52. Aceleró. Había una flecha blanca que señalaba en el sentido de su marcha. Vivian también aceleró. Él se inclinó sobre el volante. *Pero si le correspondía a ella ceder el paso, joder.* Se encontraron en la mitad del puente. Él frenó de golpe. Ella levantó desafiante el dedo corazón, giró el coche hacia la derecha y le obligó a dejarla pasar. Él pegó un puñetazo al volante y la amenazó. La furia hizo presa en él con su garra, oscura y reconocible. Habían pasado algunos días desde la última vez que hablaron. Fue en el pequeño invernadero que ella tenía junto al huerto del bosquecillo, muy cerca de su casa. Ya no quería estar con él. Se había acabado. Al instante volvió a tener la misma sensación; el olor dulce y cálido del mantillo y el plástico caliente, las sombras de los troncos de los árboles que trazaban oscuras líneas sobre el techo sucio, las manchas de luz que vibraban y centelleaban entre el follaje. Era solo *eso*; el instante en que todo había terminado, y *nada más*. Le había dado un beso en la mejilla, como si quisiera dar a entender que, a pesar de todo, le quería. Pero estaba fingiendo. *Nunca significaste nada.* Ella olía a cigarrillos y a perfume. Él se dejó caer, a cuatro patas, y sus manos hurgaron entre la hojarasca que cubría el suelo de tierra. Ella se marchó, sin más.

Agarró con fuerza el volante con una mano y sacudió la otra, enfurecido, para apartar un insecto peludo que embestía contra su cuello. Metió la marcha atrás, soltó el embrague y pisó el acelerador a tope. El coche retrocedió unos metros. La carrocería se bamboleaba arriba y abajo mientras el coche avanzaba y retrocedía para dar la vuelta.

La noche anterior había contemplado desde la cama el contorno de la puerta del dormitorio. A su lado, Eva respiraba suavemente. Él se dio la vuelta y puso la mano sobre su cadera. Durante unos instantes, ella no se movió, pero luego le apartó. Él la había mirado, había contemplado su rostro pálido, los ojos cerrados y la sangre que latía en una vena azul del cuello. El momento explotó en su interior; su pecho se contrajo, el dolor era insoportable. Enfurecido, se dejó caer de la cama y golpeó la mesilla. Las cosas no dejaban de caer. Agarró a Eva, la levantó de un tirón y la zarandó hasta que ella gritó pidiendo clemencia. Después se había sentado en el salón, junto al ventanal, pensando en la muerte, en su padre, que se ahorcó cuando él tenía 17 años, en la sensación de pérdida que desde entonces había dominado su vida; oscura, atrayente, una tubería que de pronto tiene una

fuga, una rama que el viento parte, una chaqueta que se desliza por la percha y cae al suelo. Había ido a buscar el libro en el que había leído esas palabras exactas, había contemplado esas líneas que le describían una y otra vez. Ardía de humillación. Y por la mañana había ido a la tintorería para hablar con Vivian.

Vivian Glenne se giró y pasó el brazo sobre el asiento del copiloto. Sentía náuseas al verle; el cabello canoso y el jersey rojo. Su coche se balanceó unos segundos al subirse a la acera. Al momento siguiente bajó con una sacudida. *Él, y ese BMW suyo tipo Rambo, ¿no se atrevería a dar la vuelta en medio del puente?* Pero, en ese mismo momento, se dio cuenta de que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Volvió a mirar al frente y pisó el acelerador con tanta fuerza que pareció que el afilado tacón del zapato atravesaría la alfombrilla de goma. Él había vuelto a ir a la tintorería. Ella le había rechazado, no quería hablar con él. Fue Birgit quien le entregó sus camisas. El reloj del salpicadero marcaba las 16:53. Miró alternativamente el espejo del coche y los retrovisores. Llevaba los neumáticos bajos de aire, el cuentakilómetros no funcionaba y el reposacabezas estaba suelto. El viento, entrando por la ventanilla medio abierta, agitaba su cabello. Alguien cruzaba la calle. Redujo la velocidad y volvió a acelerar. Llevaba dos niños hambrientos en el asiento trasero y había intentado colarse por el puente antes que el maldito BMW. Sabía que él era asqueroso. Desde el principio, su ira se agazapaba en su interior como una sombra peligrosa. Por eso había aguantado estar con él tanto tiempo. En el fondo le tenía un poco de miedo.

–Mamá, ¿qué pasa? ¿Alguien viene a por nosotros?

Ella se inclinaba tensa sobre el volante.

–¡Cállate, Kenneth!

Él entrecerró los ojos concentrándose al máximo. El asfalto oscuro estaba cubierto por una fina capa de humedad, consecuencia de un chaparrón repentino. *Desalmado*, así le había llamado hoy Eva. Ella le sacaba de quicio cuando daba la lata con el agua turbia del bebedero para pájaros; *está sucia y además atrae a los pájaros con las semillas de los árboles flotando, y el vecino tiene gato*. A él le daba igual si el agua estaba gris, marrón o cristalina. Contenía imágenes reflejadas, también la suya. El objeto gris, con aire de estatua, debía tener agua. Ese bebedero para pájaros era una escultura, algo que distinguía su jardín del resto.

Si no se veía a ningún obrero vestido de color naranja, ¿por qué habían cortado la mitad del puente? Se habrían cogido el día libre, como hacían todos los malditos funcionarios municipales. Las personas eran animales, puede que animales

inteligentes en sus mejores momentos, pero las mujeres como Vivian le sobraban. Evocó el aroma dulzón de su perfume barato y pisó el acelerador.

El coche derrapó de lado sobre el asfalto mojado. Ella consiguió enderezarlo y se dio cuenta de que la gente se detenía y que la seguía con la mirada. El viento agitaba el árbol que había junto a la parada del autobús. El corazón le golpeaba el pecho como un guante de boxeo. Hoy, en el trabajo, había tenido problemas para concentrarse. En su cabeza se había formado un batiburrillo de vestidos, trajes, camisas y americanas. Una anciana había traído un manguito de piel. Ahora, en pleno verano. Birgit pegó un grito cuando iba a guardarlo en el cajón de los encargos especiales. Después se rieron. Así se aligeró un poco la tensión que flotaba en el ambiente. Birgit se excusó diciendo que, por un momento, había creído que era un conejo vivo. Y poco después vino *él*.

Ella condujo el coche por la curva abierta. Había conseguido llevarle un poco la delantera. Las grandes alas de un pájaro negro rozaron el suelo delante de sus faros. Por un momento se aproximó peligrosamente a la cuneta, pero consiguió enderezar el coche mientras escuchaba una molesta voz radiofónica que hablaba de un tiburón. En su estómago había aparecido un perro, el tiburón lo había devorado en un fiordo que estaba a 50 kilómetros de allí. El perro nadaba siguiendo la barca de su amo. Se lo comieron. Apagó la radio. Eso es lo que pasa cuando te aventuras en aguas profundas. A la altura del supermercado tuvo que frenar para dejar paso a un camión que se incorporaba desde una carretera secundaria.

Su corazón latía como si fuera a estallar. Vivian Glenne iba volando por la recta que pasaba frente a la gasolinera Shell, el centro comercial y los cines Symra. En plenas vacaciones de verano había poco tráfico. La carretera se dividía en tres a pocos metros del centro comercial y, justo después de la curva, antes de llegar al cruce, estaba la entrada a una casa con un seto muy tupido. Echó un vistazo al retrovisor. Un Golf se había colado entre su coche y el BMW. Sin pensarlo, frenó de golpe, giró el volante a la derecha y subió por la entrada salpicando gravilla. Apagó el motor. El viento volvía del revés las hojas del seto desconocido mostrando el gris plata de su cara inferior. Sebastian se despertó y empezó a lloriquear. No daba la impresión de que hubiera alguien en la casa. Vio por el retrovisor al BMW pasando a toda velocidad.

–Mamá, Dan es mi hermano mayor. ¿Mañana me llevo una flor a la guardería?

–Sí, Kenneth –dijo ella–, mañana es el día de las flores. Esta noche cogeré una

flor en el bosquecillo para ti.

Estaban en el cuarto de Dan. Tenían un ordenador cada uno, auriculares y la mano arqueada sobre el ratón. El escritorio era alargado y cubría toda una pared. Además, había una silla negra con ruedas para cada uno. La habitación estaba desordenada y la cama sin hacer. Dan miró a Jonas. Llevaba el cabello claro, casi blanco, peinado en mechones irregulares que cubrían su frente y sus orejas. Llevaba puesta una camiseta negra con lenguas de fuego estampadas en el pecho. Jonas era más guapo y más listo que él, pero también más delgado. Demasiado delgado, en verdad.

–¡Joder! –Dan rio cuando el coche rojo derrapó antes de salir disparado por la pantalla. El coche amarillo lo persiguió por la pista digital, a velocidad supersónica, hasta adelantarlo.

–Disfruta del tiempo que te queda –se burló Jonas cliqueando frenéticamente el ratón.

Su voz sonaba a falsete ronco, como solo puede hacerlo en los chavales que están cambiando la voz. Así la describía su madre con algo de sorna cuando él no estaba presente.

–¡Joder! Mira, Jonas, ahora tendrás que espabilarte –Dan se mordía el labio–. ¡Te odio, tío!

–A ver si llega ya tu madre y comemos algo.

–Sí, estará al caer –se inclinó hacia la pantalla.

Los gráficos eran claros y bien definidos. El sonido atronaba los auriculares. *Need for Speed: The Run* no era su juego favorito, al contrario. A Jonas le iban más los juegos de guerra, como *War in the North* y otros por el estilo. Habían estado jugando a *World of Warcraft* toda la mañana, pero se habían desconectado media hora antes. Era cansado hacer la guerra. Habían creado personajes. Se llamaban Thio y Amadeo, la contraseña era «caza», siempre se conectaban mintiendo sobre su edad y jugaban *online*. Jonas se transformaba cuando hablaba de los juegos que diseñaría, los nombres de sus protagonistas y cosas así. Cuando *entraba* en Amadeo era como si se convirtiera en otra persona.

Jonas había mandado un juego al campeonato de Game Play. Lo había hecho todo él mismo: gráficos, banda sonora y programación. Jonas quería dedicarse a desarrollar juegos a tiempo completo, no tenía ganas de estudiar Derecho, como pretendía su padre. A Dan no le daban la lata con eso, en su familia nadie se preocupaba mucho por los estudios. Pero Jonas era listo, tenía un coeficiente intelectual de 140 y sabía un montón de cosas, como que el tiempo se había alargado en 30 segundos desde los años 1970, y cosas así. En una ocasión Dan fue con él a un juego de rol en un bosque de Maridalen. Allí los jóvenes se transformaron en vampiros y monstruos, llevaban capas largas, espadas y máscaras.

A Dan no le gustó. Eran muy raros, los otros. Llevaban el cabello largo teñido de negro y su actitud le daba miedo. Pero también era posible adquirir experiencia militar y aprender a usar las armas con los juegos de ordenador. Era como participar en una guerra de verdad. Antes de empezar con los juegos de guerra habían estado entusiasmados con la «Ciudad en red», una ciudad digital en la que los jóvenes podían compartir sus pensamientos, experiencias, fotografías y música. Jonas y él entraron en un sitio dedicado a la protección del ciudadano digital y desenmascararon a varios miembros que eran lobos adultos disfrazados de corderos. Pero ahora la ciudad había sido eliminada de la red. Con frecuencia, Dan soñaba por las noches con los juegos. Con los campos desiertos donde soldados y militares surgían en la oscuridad, detrás de las rocas o saliendo de trincheras. El día anterior había soñado que era uno de los canallas de Gotham. Eran muchos y estaban en fila esperando su turno para pegar al Joker, Mr. Freeze y Two-Face. Jonas y él habían hablado de eso: que sería flipante poder cazar a alguien de verdad alguna vez y hacer la guerra fuera de la pantalla.

Frank Willmann estaba sentado junto a la mesa, en la cocina amarilla, observando el chalet adosado del otro lado de la calle. Tenía delante, sobre el hule, su taza de café. El reloj de la pared marcaba las 17:04. Su tictac se convirtió en un sonido atronador. Hoy era jueves y Birgit había prometido que cerraría a la hora en punto. Sujetó la taza con fuerza y pensó en lo peligroso que podía volverse todo si ella había desvelado el secreto. El cristal de la ventana vibraba. La fila de coches se movía despacio por la cuesta poco empinada. Había bloques de pisos, algunas naves industriales dispersas, casas y carreteras por todas partes. Pero aquí abajo habían conservado el bosquecillo en la parte trasera de los chalets adosados. Vio su rostro reflejado en el termo niquelado. Tenía ojeras y las mejillas descolgadas. Parecía cansado a pesar de estar bronceado. Estaba mirando por encima de la cortina de encaje que Birgit había colgado para que no se les pudiera ver desde la calle. Una mosca muerta colgaba del tejido. La casa estaba tan cerca de la carretera que el barro que levantaban los coches salpicaba la parte inferior de la ventana. Solo un escuálido seto de agracejo se interponía entre la minúscula entrada de la casa y el tráfico. Habían pasado cincuenta años desde la construcción de los adosados, y las sucesivas ampliaciones de la carretera habían ido encogiendo los jardines. Hacía poco que los habían pintado todos de gris, salvo el de Vivian y Roy, que aún era verde claro, con la pintura desconchada y la entrada cubierta de placas de amianto. Se miró las manos. Sus grandes puños de obrero estaban sucios, pero hoy no era a causa del aceite de los coches, sino de la tierra. Se había jubilado anticipadamente, pero aún echaba una mano en la gasolinera de vez en cuando. Acababa de volver del invernadero, donde había estado cavando hasta deshacerse de parte de su ira. Vivian tenía la culpa. Miró irritado hacia el esqueleto de una hamaca, oxidado y rodeado de ortigas, que tenían en el jardín. Nunca había visto un cojín en su asiento. El taxi de Roy, impecable, era lo único de esa casa en lo que se podía descansar la vista. Seguro que estaba tirado en el sofá, solo trabajaba de noche. ¿Por qué no pintaba la casa de una vez?

Podía entrever la coronilla de Dan en una de las ventanas del segundo piso. A través de las nubes que se reflejaban en el cristal se veía su media melena castaña. Dan solo tenía 15 años, pero había algo en él que le recordaba a sí mismo cuando tenía su edad; sus ganas de solucionar enredos y de atravesar pozos oscuros, como las ratas en las alcantarillas. Los niños se volvían así a base de poner orden en los líos que organizaban sus padres. Vivian mantenía a Dan alejado de su padre. Pero Frank y Colin seguían siendo amigos, aunque ya habían pasado cuatro años desde que Colin y Vivian se divorciaron.

El amigo de Dan también estaba allí. Su ciclomotor estaba aparcado en la puerta. Seguro que esos dos estaban concentrados en uno de esos malditos juegos suyos.

La lluvia se estaba llevando el verano por delante. Seguramente ellos lo preferían, así no les darían tanto la lata con que *salieran*. Pero unos chavales no deberían pasarse el verano sentados, mirando la pantalla de un ordenador.

Vivian Glenne, temblorosa, dio marcha atrás para salir de la entrada de una casa que le era desconocida e intentó normalizar el ritmo de su respiración.

–Kenneth, si dejas de dar la lata con la dichosa flor, te daré chuches cuando lleguemos a casa.

El niño de 3 años había untado de yogur el borde del asiento infantil y la tela gris azulada, la más suave, lo había absorbido. También tenía un poco en el pelo. Antes, le había subido al coche levantándole de los brazos. Los chicos siempre estaban cansados cuando los recogía de la guardería. Sebastian se había quedado dormido en su silla, pero ahora, de pronto, empezó a llorar. Alargó el brazo y le acarició la mejilla sucia. Notaba el hedor de su pañal sucio. Metió una marcha y condujo hacia el cruce. Del BMW no había ni rastro. De todas maneras, él no podría hacerle nada, porque había gente por todas partes. Podría insultarla y dar golpes al techo del coche, o algo parecido, pero nada más. Él no querría que su mujer pudiera olérselo todo. Si Roy se enteraba de algo, podía ser el final. Estaba decidida a poner orden, ya era hora.

El hedor de la orina se mezclaba con el olor a goma de los asientos y el humo rancio del tabaco. Los cuidadores de la guardería nunca cambiaban los pañales a última hora. Todo le daba vueltas en la cabeza. Se sentía como si estuviera mirando tres canales de televisión a la vez, como si protagonizara una película de acción de segunda. Recordó lo que Birgit y ella habían hecho en la tintorería el día anterior: beber en horas de trabajo y hacerse confianzas. Ahora se arrepentía, pero necesitaba hablar con alguien. Birgit no tenía remedio. ¡Qué sabría ella de hombres! Todo en ella estaba mal; el rostro ancho, las cejas juntas y los labios apretados. Frank llamó por la tarde, cabreadísimo. Ella le había colgado el teléfono y le había mandado un sms vehemente: *Tú, viejo cerdo mirón, no tienes nada que reprocharme*. ¡Qué tonta había sido! En ese instante vio los faros en el retrovisor. Parecían los ojos de una fiera salvaje. Mierda, él estaba esperando.

Frank Willmann mantuvo el café un momento en la boca antes de tragárselo. Observaba el cadáver de la mosca que colgaba del encaje, las líneas dibujadas en una de las alas, y las patas minúsculas que parecían hilos negros. El Ford gris de Vivian venía por la cuesta a toda velocidad, seguido muy de cerca por un BMW oscuro. Vivian iba muy tensa, inclinada hacia delante. Giró para pasar entre los postes de la entrada y frenó bruscamente junto al taxi de Roy. El BMW redujo la velocidad, pero siguió avanzando lentamente. El reloj de la cocina hacía tictac. Ya eran las 17:18. En ese momento vio venir a Birgit balanceándose por la acera. Pensó, como siempre, que aparentaba más edad que los 58 años que tenía. Todo lo relativo a Birgit le irritaba, su cuerpo redondo, el rostro ancho y el pelo mustio. Sintió que la oscuridad le invadía. Vivian había hecho una tontería dándole vino ayer. Solo con pensar en ella la noche se hacía más negra en su interior. Las mujeres borrachas hablan demasiado. La tarde anterior, Birgit había asumido su aire-de-sufrir-en-silencio, y a él se lo llevaron los demonios. Porque él la había calado, *estaba* cambiada. Él se había cabreado. Por fin había conseguido sonsacarle que Vivian la obligó a tomar una copa de vino en horas de trabajo, y que Vivian no había parado de hablar de los hombres con los que se había acostado y tonterías así. Birgit había hablado deprisa. Ella, que nunca hablaba rápido. Él dijo que creía que Birgit le había contado algo a Vivian. La acusación quedó flotando en el aire, como un insecto peligroso con el aguijón preparado. Si Vivian había sospechado algo, en poco tiempo lo sabría todo el pueblo, y se verían obligados a mudarse. Había ido directamente al cobertizo para llamar a Vivian, le había dicho que si volvía a dar de beber a Birgit otra vez, iría a contárselo al jefe. Ella se había puesto furiosa, dijo que era un machista y que no podía mandar sobre ella. Luego le había enviado un sms acusándolo de ser un mirón. Él lo borró inmediatamente. Vivian era tan condenadamente descarada... Era verdad que solía echar un vistazo a la ventana contigua a la de Dan, sobre todo en otoño e invierno, cuando había oscurecido y la luz estaba encendida en el interior de la casa y era hora de que los mayores se fueran a dormir. No era infrecuente ver a Vivian pasearse en sujetador tras las cortinas translúcidas. Algunas veces estaba completamente desnuda. Las ventanas de enfrente casi siempre estaban cerradas a causa del ruido de los coches. Él se alegraba de que su dormitorio no diera a la calle, sino a la zona común donde estaban el parque infantil, el bosquecillo con el huerto para las plantas y el pequeño invernadero.

Dan se levantó bruscamente mientras se quitaba los cascos de la cabeza. El chirrido de las patas de la silla contra el suelo hirió sus oídos. La voz enfurecida de

su madre había traspasado los auriculares. Apartó a Jonas, que también se había puesto de pie, y abrió la ventana de par en par. Su madre se inclinaba hacia un BMW que había aparcado junto a la entrada y estaba hablando con el conductor. Él asomaba la cabeza por la ventanilla. Vestía un jersey rojo, tenía el cabello gris y hablaba atropelladamente. Le recordaba al director del colegio. Dan lo odiaba. El hombre llevaba el cabello canoso perfectamente peinado con raya a un lado y no tenía ni rastro de barba. En el asiento trasero se veía equipamiento militar, un petate verde y una chaqueta echada sobre el respaldo.

Dan volvió a sentir el paso de una sombra oscura, como si todo fuera a tirar de él hasta romperle. Mientras intentaba oír lo que decían, estiró nervioso su camiseta y deslizó un dedo sobre la humedad que se acumulaba en la parte inferior de la ventana. Su corazón latía como si hubiera estado corriendo. *¿Esto tenía algo que ver con su padre, o se trataba de otra cosa?* El autobús de Ekeberg pasó despacio cambiando de marcha en la pendiente poco inclinada. Una gran vaharada de humo gris se deslizó sobre el asfalto. De pronto vio a Birgit siguiendo la escena desde la acera de enfrente. Las copas de los árboles asomaban contra el cielo, como puntas de lanza, tras los tejados de los chalets adosados. Del cielo volvía a caer un velo de lluvia gris de verano. Frank estaba en la ventana de la cocina, detrás de la cortina de encaje, en camiseta interior.

Jonas se hizo un sitio a su lado. Dan oyó que le sonaban las tripas y se preguntó si el dolor sería contagioso. Jonas miraba a la madre y al hombre enfadado mientras se rascaba una espinilla que tenía a un lado de la barbilla.

–A ese lo he visto antes –murmuró–. ¿Se habrán chocado? –Jonas señaló hacia Birgit con un gesto de la cabeza–: ¿Por qué lleva abrigo en pleno verano y esos horribles zapatos marrones? Parece un insecto.

–No han chocado y Birgit es maja –Dan podía oír los gritos de los pequeños en el asiento trasero del Ford. En sus fantasías había desnudado a Birgit alguna que otra vez. ¿Era tan amorfa como parecía? ¿Cuánto tenía de suave y cuánto de tonta?

Su madre se incorporó, se giró y miró hacia la ventana. Dan sostuvo su mirada. Ella golpeó el techo del coche con la palma de la mano, le dijo un par de palabras al hombre y el coche arrancó de golpe antes de alejarse.

–A lo mejor tenéis una pizza en el congelador, ¿no? Y también necesitamos agua –dijo Jonas–. Supongo que has leído lo que dice del agua el escritor W. C. Fields?

Dan no contestó. Le zumbaban los oídos. El ciclomotor de Jonas estaba medio escondido tras el seto de largos brotes verdes. Su madre volvió al Ford. Dan vio cómo la casa, pintada de verde claro, se reflejaba deformada en la ventanilla.

Birgit Willmann agarraba el asa del bolso con las dos manos. La fina lluvia salpicaba su rostro. Había cerrado la tintorería a las cinco en punto para marcharse a casa. Vivian se había ido un poco antes, como siempre, para recoger a los niños de la guardería. El BMW se alejaba, y Vivian empezó a tirar de los niños para sacarlos del asiento trasero. *¿Cómo podía aguantar los altísimos tacones de sus zapatos rojos? Madre mía, cómo trataba a sus hijos...* El llanto de Kenneth le recordaba el sonido que emitía el pequeño motor del distribuidor de perchas de la tintorería. Todo se juntó en su cabeza en un ronquido interminable. Dan y su amigo estaban asomados a la ventana. Birgit sabía, desde los catorce años, que nunca tendría hijos. Era horrible que Vivian prohibiera a Dan ver a su padre. Frank afirmaba que Colin había dejado de beber. Pero podía oír la voz de Vivian en su interior. *Colin me quiere quitar la pasta. No sé en qué está pensando Dan. Es un friki. Adolescentes, ya sabes cómo son. Sinceramente, creo que Frank también debería pasar de Colin, si ya ni vive aquí ni nada.* Pero Birgit sabía que eso no ocurriría. Frank iba a salir de pesca con Colin dentro de unos días.

Vivian Glenne sentía la furia como una ola que recorría su cuerpo. Aún temblaba. Que él se atreviera a venir *aquí*. Que la amenazara, que dijera que no se iba a dejar tratar así. Ella suponía que había ofendido su hombría. Esa maldita Birgit ya podía dejar de ser tan cotilla. Con un movimiento brusco se puso a Sebastian sobre la cadera, se agachó y cogió a Kenneth del suelo. Jonas estaba allí. Le había sostenido la mirada un rato antes y frente a ella estaba su ciclomotor. Ese chico estaba pegado a su hijo como una lapa. Dan decía que Jonas era muy educado, ¡qué chorrada! Tenía su propia casa, joder. Encima era una casa elegante, vivía con los pijos de sus padres en la calle Konvall, con un jardín en el que parecía que habían cortado el césped con una tijera para las uñas. Se suponía que era la zona bien, detrás del centro comercial, con las casas alineadas en sus frondosos jardines. Pero Dan no iba nunca. Decía que no le gustaban los padres de Jonas ni su abuela senil, que vivía en el bajo. Pero seguro que la verdad era que no se sentía bienvenido, que no era lo bastante fino. Pensó en el padre de Jonas, el catedrático de Lengua Noruega del instituto, que llevaba gafas con montura de acero. Había recogido a su hijo algunas veces, cuando aún no tenía el ciclomotor. En aquellas ocasiones había marchado impaciente arriba y abajo por la acera, sin entrar ni llamar a la puerta. Cuando Vivian le hizo una señal desde la ventana de la cocina, se limitó a darle la espalda. Ese tipo tieso y frustrado, que se jubilaría al año siguiente. Vivian lo sabía todo de los hombres como él. El día anterior Jonas se había comido cinco palitos de pescado y se sirvió tres patatas grandes. En la pequeña mesa de la

cocina no había sitio para él. No se le ocurría pensar que era por eso por lo que Roy tenía que cenar viendo la televisión en el cuarto de estar, con el plato en la mesita baja.

Birgit se dio la vuelta y fue hacia la entrada de su casa. Pensó en la escena que habían montado en la trastienda el día anterior. Vivian estaba fuera de sí a causa de las cartas que Dan había recibido de su padre. *Ahora que el jefe está de vacaciones somos solo tú y yo, Birgit. Para cuando recoja a los niños de la guardería ya no tendré alcohol en la sangre.* A Birgit le había entrado la risa floja, algo que no le pasaba casi nunca. Habían quitado unos manteles doblados y unos cuantos papeles para despejar la mesa de formica. La limpiaron con un trapo húmedo. Luego echaron el vino en sendas tazas de café y brindaron. Se habían turnado para salir a atender a los clientes. Una señora volvió asegurando que la mancha de su vestido, estampado de flores color turquesa, estaba peor que cuando lo trajo. Le devolvieron 100 coronas. Después casi se habían muerto de risa. Fue entonces cuando Vivian, de repente, miró confiada a Birgit y le contó que había sido infiel en varias ocasiones. Cada historia era peor que la anterior. Se notaba que a Vivian le gustaba que Birgit se escandalizara. Se había quejado de lo aburrido que era Roy y había dejado claro que le gustaba correr riesgos, sobre todo cuando se trataba de sexo.

Roy Hansen se pasó la mano por la cabeza rasurada, echó una mirada a su pareja y se levantó del sofá.

–Hazte cargo de los niños –pidió Vivian Glenne pasándole a Sebastian, tiró de su corta falda negra, se quitó los zapatos de tacón y subió la escalera corriendo. El autocontrol no era su punto fuerte. Su hermana Rita tenía razón. Rita decía que Vivian pasaba de la depresión más profunda a una intensa euforia, que tenía que dejar de regañar tanto a los niños, que la imitaban. Como si *eso* también fuera culpa suya. Abrió la puerta de la habitación de Dan de un tirón, pero no soltó el picaporte, se limitó a quedarse allí, tensa como un resorte y miró alternativamente a su hijo y al amigo, que estaban sentados frente a sus pantallas.

Vivian se quedó mirando a Jonas Tømte. Sus ojos azul hielo tenían manchas grises en torno al iris. Él le sostuvo la mirada. Tenía la cara cubierta de ronchas rojizas. Sus fuertes pómulos se marcaban intensamente y el hoyuelo de su mentón le irritaba.

–Ya basta –miraba a su hijo mientras hablaba de su amigo en tercera persona–, hoy no tengo cena para Jonas. Son casi las cinco y media. Tendrá que irse a su casa. He tenido un día horrible.

Jonas Tømte levantó la mano, pero ella le hizo callar con un gesto.

–Ya es suficiente, Jonas. Esta casa está hasta arriba de niños. Tienes tu propia familia, ¡joder! Y ¿por qué coño Dan no va nunca a tu casa?

–¡Mamá! –Dan se puso de pie. Jonas y él habían sido amigos desde cuarto de primaria. No tenía otro.

Jonas Tømte detuvo el juego de ordenador presionando una tecla.

–Ahora mismo vas a recoger tu ordenador portátil, a meterlo en la mochila y a marcharte a tu casa. Aquí ya no tienes nada más que rascar –señaló la mochila verde fosforescente que estaba tirada en el suelo.

Dan tragó saliva. ¿Qué diría la gente si ya no estaban juntos?

–¿Quién era el tipo ese del coche?

Su madre se giró y casi salió de la habitación.

–Un cliente de la tintorería, nada más, uno que estaba descontento con algo.

–¿Descontento con qué? ¿Te estaba siguiendo?

Ella volvió a entrar en el cuarto y cerró la puerta, apretó los labios, bajó la voz y dijo:

–Recogió unas camisetas esta mañana. Eso es todo. Una de ellas seguía manchada, Dan.

–¡No te creo!

Ella silabeó en voz baja:

–¡Las cosas no son lo que parecen!

Roy Hansen miraba escalera arriba. Unas ligeras pelusas de polvo ocupaban el interior de los primeros escalones. La luz de un sol pálido, de atardecer, se había abierto camino a través de la cortina de lluvia y dibujaba un cuadrado difuso sobre la pared. Había oído el grito de Vivian. *Ya es suficiente, Jonas. Esta casa está hasta arriba de niños. Tienes tu propia familia, ¡joder! Y ¿por qué coño Dan no va nunca a tu casa?*

Oyó que seguía hablando, pero en voz más baja, tras la puerta cerrada. No se callaba, y algo cayó al suelo. Entonces Dan pegó un berrido.

–¡Joder, mamá! ¡Me cago en la leche! –la puerta se abrió de golpe.

Birgit Willmann sacó un pudín de carne del frigorífico y empezó a cortarlo en lonchas finas. De repente vio al amigo de Dan que salía corriendo de la casa del otro lado de la calle. Bajó la escalera en dos saltos, se echó la mochila sobre el hombro, pasó por encima de la barandilla, cayó sobre la gravilla y se lanzó sobre su ciclomotor. Vivian estaba en la puerta de su casa, descalza. El chico rubio se puso el casco rojo, quitó la pata de cabra y se impulsó deprisa con los pies hacia la calle. Dio unos cuantos giros bruscos por la calle hasta desaparecer acelerando hacia el cruce.

–¡Madre mía! –revolvía en el cajón de cocina buscando un paquete de arroz. Frank surgió de la nada. Cerró el puño y le dio un golpe en el hombro.

–¡Te digo que cortes lonchas más gruesas!

–El amigo ese de Dan parecía que llevaba un cohete en el culo.

–¿Jonas no-sé-qué?

–Sí. Está tan colgado de los ordenadores como Dan y es tan friki como él.

–Deja de clasificar a la gente.

A Frank Willmann no le gustaban esas generalizaciones. Marcaban a la gente. Dan le caía bien. Willmann le había conseguido un trabajo de verano en el pequeño taller de la gasolinera. Estaba ahorrando para comprarse un ciclomotor y juegos para el ordenador. Como era demasiado joven para ayudar en la caja, echaba una mano con lo que hiciera falta; cambiar el aceite a los coches, recoger la basura y barrer la parcela. Frank pasaba de que nadie le clasificara en categoría alguna. En una ocasión su propia madre le había acusado de querer controlar a la gente. Hacía mucho tiempo de eso. Tenía 16 años, pero aún recordaba que, cuando lo dijo, estaba junto al fregadero marrón y que la casa olía a repollo. Era lo bastante listo para comprender a qué se refería su madre. Sabía que había una definición para su manera de ser. Se había reconocido en un artículo que leyó. Lo llamaban narcisismo patológico. Duras palabras. Pensó en su ira, en que la expresaba de muchas maneras, pero la que prevalecía era el afán de venganza. Su madre lo veía, claro, le llamaba introvertido y fúnebre, pero había elegido no hacer nada más.

Vivian Glenne abrió los ojos y miró hacia el espejo ovalado que colgaba sobre la cómoda de Ikea. Se le había corrido el rímel formando surcos grumosos sobre los párpados. La televisión sonaba demasiado alta en el piso de abajo. En la superficie del espejo veía el dormitorio invertido. Las paredes estaban empapeladas en franjas de color rosa, y el suelo estaba cubierto de moqueta lila. La cama de matrimonio con el cabecero acolchado azul claro hacía que la habitación pareciera más pequeña de lo que era. Los edredones estaban arrugados, formaban dos montículos.

Kenneth estaba boca arriba con los brazos abiertos. La cuna de barrotes blanca de Sebastian estaba encajada entre la cama y la ventana. Movía el chupete. La luz del anochecer atravesaba las cortinas. Un oso de peluche gastado estaba tirado en el suelo. Un póster con la imagen de una playa con palmeras colgaba de la pared que daba al cuarto de Dan.

Su corazón latía irregularmente, con fuerza. Todo había salido mal. Roy había comprendido que pasaba algo con el tipo del coche. Le había preguntado si estaba con otro, y ella se había reído diciendo:

—¿Y quién demonios iba a ser?

Preparó espaguetis para cenar. Estaban demasiado cocidos y con mirada amenazadora le advirtió que no dijera nada. Los niños estaban cansados y Dan mudo como una tumba. Ahora le oía revolviendo por su cuarto. Cerró los ojos notando el leve peso de las cartas que tenía en la mano. Una oscuridad plana se apoderó de ella. Tendría que contarle a Roy que le exigían dinero. Era un vago consentido. Había salido de casa de su madre para irse a vivir con ella. Debería pagar su parte de la vivienda. No era mucho pedir, la verdad. ¿Por qué le protegía? Tenían hijos en común. Cuando trabajaba iba a ver a su madre todas las noches. Ella vivía en uno de los feos bloques que estaban junto al albergue de Oslo. No se ocupaba de sus nietos. Le parecía que alborotaban mucho. Era una abuela inservible. Vivian no la había visto desde la primavera. No debería haber enviado a Frank ese sms después de su llamada del día anterior. La había amenazado, le dijo que si alguna vez volvía a servir alcohol a Birgit informaría al jefe, y cosas así. Y por si eso no fuera suficiente, se había encontrado con el idiota ese en el puente. Era militar, responsable de los veteranos de Afganistán. Todo parecía frío y calculado, como si ella fuera un planeta que era absorbido por un agujero negro. En su mente surgió una imagen de ella con su hermana: habían recogido pequeños huevos de gaviota, moteados y grises, en una playa. Su hermana llevaba el suyo entre las manos con sumo cuidado, a ella se le cayó sobre una roca. Dentro había un ser minúsculo y pellejudo, sujeto a la yema por un cordón grimoso. Todavía podía evocar el sonido de los grandes pájaros que graznaban sobrevolando la superficie del agua y la manera en que el sol del atardecer caía sobre las olas. Ahora tenía esa misma sensación de angustia.

Colin insistía en que tenían que verse. Quería que hablaran. Ella no. No había nada que no se hubieran dicho ya cientos de veces. Estaba tan harta de las llamadas, las cartas, harta de la angustia que la atenazaba cada vez que escuchaba su voz. Maldito Colin. Cuando vivían juntos se bebía todo el dinero que tenían, así que en realidad *él* le debía dinero a *ella*, y no al contrario. Era una pena que Dan quisiera tanto a su padre. ¡A la mierda con los dos! Volvió a guardar las cartas entre las revistas del último cajón, subió a la cama, apartó el edredón de una patada y se

acomodó junto al niño de 3 años. Se puso de lado, dejó salir el aire que tensaba su pecho y notó cómo el ritmo de su corazón cambiaba, se hacía más lento.

–Mamá, el diente me hace pupa. ¿Cuándo vas a cogerme la flor?

–Se te pasará Kenneth, no hables tan alto –observó la lluvia de pecas que cubría su nariz–, son más de las ocho, tienes que dormir.

Se dio la vuelta y hundió la nariz en el pelo rojizo del niño, pero al instante intentó deslizarse fuera de la cama sin que se diera cuenta. Roy opinaba que a Kenneth se le estaba poniendo negra una de las palas porque ella le daba demasiadas chucherías, pero solo eran los dientes de leche y, además, era porque se había caído contra las baldosas de la entrada a principios de verano. Kenneth murmuró algo, se puso de lado y apretó su espalda contra ella mientras buscaba su mano para que lo abrazara. Ella se soltó y le dijo:

–Déjame, e iré a buscarte la flor.

Birgit Willmann consiguió ponerse de rodillas jadeando y se agachó para mirar debajo de la cama. Frank no se había llevado las cajas ni la maleta, a pesar de todo. Le había prometido a Frank que lo tiraría, porque a él no le gustaba que atesorara todo aquello. Oyó por la ventana a dos gatos que peleaban salvajemente por su territorio a la entrada del bosque. Tiró de la caja que tenía más cerca, la de la tapa decorada con flores plateadas, consiguió levantarse y se sentó en su lado de la cama. *El lado de ella, el de él.* Frank estaba en el cobertizo. Unas náuseas intensas se apoderaron de sus entrañas. A nadie se le ocurriría buscar debajo de su cama. Abrió la tapa, pero volvió a encajarla al momento. Abajo, en el salón, estaba encendido el televisor. Echó un vistazo al despertador grande. Eran las 20:31. Frank y ella verían las noticias de las 21:00, como siempre. Vivian y ella no eran amigas, la diferencia de edad era demasiado grande. Había ido dejando escapar confidencias una a una; los conejos y los bebés en los bolsillos. Y lo de Frank. Se dio cuenta de que sonaba a un chiste que da vergüenza ajena, hablar de viejos verdes, como si fuera un tema del que ella supiera algo. Fue una confesión fracasada, un momento de trascendencia forzada. Vivian dijo que las mujeres debían jugar según las reglas de los hombres, ser más apasionadas. Eso no era lo que Birgit quería escuchar. Seguramente Vivian creyó que el brillo de sus ojos se debía al vino. Empezó a balbucear, le habló a Vivian de la agresividad latente de Frank, dijo que ella no era de sangre caliente, que Frank y ella eran como hermanos, y que no quería saber nada más de la vida sexual de Vivian. Y, de repente, le había contado el sueño, esa pesadilla que se repetía constantemente, esa en la que buscaba a su propio hijo en los grandes bolsillos del delantal que llevaba en la tintorería. Entonces, Vivian había puesto su mano con uñas de porcelana sobre la suya, confiada, y empezó a hablar de su propia madre. Finalmente, Birgit también había contado algo de su propia madre. Pero luego se sintió muy incómoda. Frank le había explicado miles de veces que él no tenía ningún problema, que era ella quien lo tenía. Menos mal que Vivian no había hecho más preguntas sobre los bebés en los bolsillos.

Vivian Glenne echó un vistazo al espejo del baño. Su piel tenía impurezas y pecas, y la nariz era algo grande, pero su boca era bonita. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso y el contorno dibujado con un lápiz de un tono más oscuro. Su hermana creía que lo sabía todo, solo porque era enfermera pediátrica en el hospital de Ullevål. Le dijo a Vivian que era una carga para Roy y para sí misma. A Vivian no le gustaba complicar las cosas, pero se ponía nerviosa y tenía sentimientos, como todo el mundo.

Las moscas daban vueltas en torno a la pantalla plana de la lámpara. Le parecieron símbolos de maldad. El tono grave de *otra cosa* que oscilaba tras su frente. El anticuado frasco de pesado perfume amarillo estaba sobre la repisa de cristal. Se echó un poco en el cuello, se deslizó fuera del baño y se quedó escuchando en la puerta del dormitorio. El silencio era total. La puerta del cuarto de Dan estaba entreabierta. Veía su espalda encorvada y oía el ruido sordo del juego de ordenador. Empujó la puerta hasta abrirla.

–Todo se va a arreglar, Dan. Mañana será un día como otro cualquiera. Voy a aclarar las cosas con ese hombre.

Él no contestó. En el piso de abajo Roy se había quedado dormido con el volumen del televisor a tope, como siempre. Fue a la cocina, le dio un par de largos tragos a la botella de vino blanco y volvió a dejarla en la nevera. Su teléfono móvil estaba entre los platos manchados de ketchup que había sobre la mesa. Se bebió lo que quedaba de la botella de Pepsi Max y echó una mirada al reloj del horno. Eran las 20:36. No tenía más remedio que ir al bosquecillo. El pequeño invernadero fue en su día una idea de Colin. Lo había montado en la zona común y había excavado para un huertecillo a su alrededor. Los vecinos de los chalets adosados lo cuidaban por turnos. Era, sobre todo, para los niños, pero Frank era el más entusiasta. Cada mañana pasaba por allí para regar. Salió al recibidor. Los zapatos rojos estaban tirados con los tacones enfrentados, como si estuvieran haciéndose burla.

Frank Willmann estaba en la puerta que daba al jardín. La corriente hacía oscilar las cortinas. Reinaba la tranquilidad propia del verano, la mayoría de los vecinos se había marchado, pero el zumbido del tráfico era constante. Apenas podía entrever el invernadero entre los árboles. También estaba orgulloso de su pequeño jardín. No eran más de cuarenta metros cuadrados de césped, pero había construido su cobertizo lindando con la zona común diez años atrás. No era el único que tenía un cobertizo, pero el suyo era de mejor calidad porque había comprado una puerta de verdad, con cerradura, y no una puerta endeble que se cerraba con un candado, como la mayoría de los vecinos. El cobertizo casi impedía que se viera la casa desde la zona de juegos y el sendero que pasaba frente a ella. El seto de lilas tapaba el resto. Sus parterres con plantas perennes parecían minúsculos jardines japoneses rodeados de piedras redondeadas. Se había comprado libros sobre plantas, se preocupó de aprender técnicas de riego y había descifrado el código de los setos siendo sistemático y concienzudo. Sus herramientas de jardinero estaban alineadas junto a la pared del cobertizo; la pala, el rastrillo y la azada. Iba allí con frecuencia, tenía una silla. Dentro, guardaba sus herramientas; el martillo, el hacha y las llaves inglesas, que colgaban ordenadamente de un soporte que había fabricado. Él mismo había hecho el arcón de madera. La funda de plástico con la que tapaba los

muebles de jardín en invierno estaba enrollada detrás del arcón. En la vieja cómoda, de cajones que se cerraban con llave, guardaba revistas con mujeres desnudas en todas las posturas posibles y una botella de whisky barato de la que Birgit no tenía por qué saber nada. Y fuera, junto al seto de escaramujo, metidas debajo de un arbusto de lilas, estaban las jaulas vacías de los conejos.

Alzó la mirada hacia la ventana del dormitorio de Birgit y Frank. En la puerta abierta que daba al jardín las cortinas oscilaban despacio, como un fantasma. No se veía a nadie. Se ajustó la chaqueta y comprobó la hora. Frank era la última persona con la que querría encontrarse ahora. La puerta del cobertizo estaba cerrada. El sonido de la televisión fluía hacia la zona de juegos vacía. Abrió la portezuela y se coló dentro, echó un vistazo a las jaulas de conejos vacías que estaban debajo del arbusto de lilas; anticuadas, hechas con tablas de madera gris y una tela metálica como las que se usan para las gallinas. Agarró la pala de hoja afilada. La flor de Kenneth sería bonita, más que las de los otros niños.

La dosis de vino blanco que se había tragado ayudaba a moderar algo su malestar. Un hombre que hacía footing pasó corriendo por la zona de juegos. Se dio la vuelta y le siguió con la mirada. Pasó junto a los columpios. Las malas hierbas asomaban entre los charcos que se habían formado en cada bache del sendero. Levantaba la pala con las dos manos. Los zapatos de tacón no eran adecuados para el bosque. Además, tenía los pies doloridos después de haberlos llevado todo el día en la tintorería. De pronto se dio cuenta de que la pala estaba marcada con una W. La inicial estaba escrita con rotulador y se había difuminado un poco sobre el asa de madera de la pala. Típico de Frank, siempre temía que alguien fuera a quitarle algo de su propiedad.

Colin le había propuesto en varias ocasiones que se reunieran en el invernadero para hablar. Ella no quería. Era partidaria de ventilar las cosas, pero, ¡joder!, que no se creyera que ella estaba dispuesta a repetir las cosas una y otra vez. El sol forzó su camino a través de la capa de nubes y dibujó manchas doradas sobre el sendero. Hacia el interior del bosque las sombras de los árboles parecían trazos de tinta.

El invernadero no tenía más de tres metros de largo por dos de ancho. Una de las ventanas, cubierta de plástico, estaba rasgada y oscilaba con el viento suave que bajaba murmurando desde las copas de los árboles. La cubierta tenía manchas de humedad aquí y allá. El agua goteaba desde las hojas afiladas y formaba ríos de lluvia sobre el techo transparente. En la parte de atrás se apretaban helechos y ortigas, junto a la pared había algunas latas de cerveza vacías. Algún que otro pájaro emitía un sonido triste. A quince metros de allí, a través de la hojarasca, veía los coches que pasaban lanzados por la carretera principal. Cuando construyeron el invernadero, organizaron una jornada de trabajo voluntario para todos los niños de las dos hileras de chalets adosados. Plantaron a un lado crisantemos, petunias y flores aterciopeladas a las que Kenneth llamaba *las grandes de día y de noche*.

Desde entonces, todos los años dedicaban un día a plantar. El huerto excavado alrededor estaba en gran parte cubierto de malas hierbas. Kenneth se llevaría una *flor grande de día y de noche* a la guardería al día siguiente, una de color morado oscuro, de corola amarilla. Clavó la pala en la tierra y se acercó al invernadero para abrir la puerta.

Del interior emanaba un pegajoso olor a moho. Insectos minúsculos, del tamaño de la cabeza de un alfiler, se pegaban al marco de plástico, junto al techo. Los bancos de tablones grises estaban vacíos. En un rincón había macetas marrones apiladas, algunas tenían un poco de musgo en el borde. Se agachó para buscar una del tamaño apropiado, en realidad tenía que ser bastante pequeña. Sus tacones se hundían en el suelo. Cuando llegara a casa tendría que limpiarlos.

Una oleada de sucesos pasó por su mente, pero todo estaba bañado de una soledad gris. Tal vez podría acceder a que Dan pudiera volver a ver a Colin. En cualquier caso, ya era tan mayor que no podría controlarle por mucho tiempo. Estaba harta de todo, y por eso iba a cambiar. La reacción de Klaus la había sorprendido. Había gateado por el suelo del invernadero como un niño, había llorado mientras le rogaba que no lo abandonara. *¿Abandonarle?* Pero si ella estaba casada. Había creído que él era un tipo duro. Había estado en la guerra. Se había sentido orgullosa de que quisiera estar con ella, pero hacía un rato le había amenazado con llamar a su mujer. Cuando hablaba de Eva, veía la vergüenza en sus ojos. Hería su sensibilidad, como un color pastel cubriendo un lienzo. Pero parecía claro que había tocado su autoestima. Le dijo a Vivian que tuviera cuidado. Ella se había transformado en el Enemigo.

Dan le había contado a Roy el incidente del coche mientras cenaban y vio que Roy se ponía alerta. Dan dijo que Jonas le había visto con anterioridad, no era raro puesto que vivían cada uno en un extremo de la calle Konvall. A ella lo único que realmente le apetecía hacer era acurrucarse en la cama con Roy, algo que pasaba cada vez con menos frecuencia. En lugar de eso, le había reprochado que nunca se fueran de vacaciones, pero él respondió que más adelante alquilarían una caravana y se alejarían de casa. Ella no le escuchó con mucha atención, pero él había murmurado algo de que la previsión del tiempo a largo plazo anunciaba una ola de calor para dentro de un par de semanas. Todo volvería a ser como antes, todo volvería a ser completamente normal, esta vez para siempre.

Jonas Tømte observaba fijamente el grueso tronco del abedul por la ventana de su habitación. Las marcas negras parecían grietas. Franjas blancas de sol se abrían camino entre las hojas. En los haces de luz que caían sobre su escritorio bailaban partículas de polvo. Su cuarto era el doble de grande que el de Dan y tenía su propia entrada en la planta baja. La puerta principal estaba en la parte de atrás. Oyó los pasos de sus padres allá arriba. Le dolía el estómago. Vivian se había comportado como una arpía. Su garganta se cerraba. El llanto presionaba sus párpados. Comprobó la hora. Eran las 20:43. Este jueves se había convertido en un día de mierda. Seguro que Vivian se follaba al hombre del jersey rojo. Por eso había perdido el control. Podía ver los ojos oscuros de Dan. Vivian era una maldita madre de mierda. Las madres, por mucha igualdad que hubiera, cumplían una función distinta a la de los padres. Las madres no iban de aquí para allá como anguilas escurridizas. Llevaban a sus hijos en el cuerpo, en la mente y en el alma. Las madres se definían por sus hijos y los hijos por sus madres. O, por lo menos, debería ser así. Eran los padres quienes se comportaban como insectos errantes. Libélulas de alas azules incapaces de levantar el vuelo de la flor de color intenso sobre la que se habían posado. Giró la silla y agarró un libro negro de la estantería baja que tenía detrás. Lo abrió al azar. *Apresúrate a gozar, tú que estás vivo, en tu cálido lecho, antes de que el gélido Leteo acaricie tu pie desnudo*. Lo había escrito Goethe. Leteo era la misma muerte. *Tu pie desnudo, tu pie que huye*, un buen nombre para un juego. Posó sus dedos sobre el teclado y creó un perfil, llamándose Leteo en esta ocasión. Escribió que tenía 21 años, como acostumbraba, puso una contraseña y un nuevo nombre de usuario y empezó a construir un personaje. Creó un hombre que tenía el cabello canoso y vestía un jersey rojo. Dan ya estaba conectado, podía ver que Thio estaba en plena batalla con otros dos. Dan sabía que tanto Leteo como Amadeo eran alias suyos, así que si no dejaba el juego, podía ser una buena señal. Leteo buscó una bomba y la detonó junto a Thio. Retumbó por la ciudad digital hasta el cielo. Allí, dos gaviotas que llegaban planeando desde el mar fueron desplumadas en vida antes de desplomarse, ensangrentadas, sobre el techo de cristal de un edificio y caer en un canalón. Tal vez debería buscarse otros amigos. En todo caso, Dan y él estaban jugando juntos. La red ponía en contacto a los amigos, de la misma manera que las distintas áreas del cerebro cooperaban para generar esperanza y empuje. Había leído que el lóbulo frontal moderaba los sentimientos negativos y ayudaba a trabajar de forma sistemática para alcanzar un sistema de recompensas. Él tenía una memoria fotográfica que hacía que le fuera bien en el colegio, al contrario que a Dan. Recordaba textualmente lo que ponía a continuación de lo del lóbulo frontal, que elementos decisivos de la estructura cerebral como la amígdala, el tálamo y el hipocampo contribuían a crear

sentimientos positivos, y que la dopamina transmitía información entre los distintos campos.

El sol creaba un diseño de luz entrelazada sobre el suelo de tierra. El plástico mate hacía de lente de aumento y realizaba parte del dibujo oscilante. El viento tiraba del fragmento de plástico roto con un chasquido, como sábanas tendidas para secar. Una mariquita cruzaba el suelo de tierra, brillante como una gota de sangre que tuviera patas y vida. Se puso de pie. Fue entonces cuando vio movimiento en el exterior. La sombra de una persona. Un hombre.

Vivian Glenne empujó la puerta y salió despacio.

–¿Qué haces aquí? –en la mano llevaba la pequeña maceta. Tuvo una sensación heladora, como si hubiera abierto una ventana en invierno. Arrastró la pala hacia ella, como si la pudiera proteger. Porque pasaba algo con su mirada. La luz del bosque teñía sus ojos de un verde sobrenatural.

Él apartó una mosca y la contempló con asco.

–¿Tú que crees que hago aquí?

Se acercó a él, vio sus labios carnosos y húmedos, notó el olor a hierro que salía de su boca, insinuó una sonrisa, como solía hacer, y quitó una hoja de su hombro.

–Sé lo que vas a decirme, pero ¡basta ya!

Se dio la vuelta, dejó la maceta en el suelo y empezó a cavar para sacar la flor aterciopelada más bonita. Uno de sus tacones se atascó en la tierra mojada y el dolor de su tobillo torcido subió como una descarga eléctrica por su pantorrilla. Se quitó los zapatos de una sacudida, se agachó para coger la planta llena de tierra con la mano, se giró, pero no le miró a la cara, dejó la vista prendida de su cuello. Los trinos dispersos de algunos pájaros se abrieron paso entre la hojarasca. El suelo húmedo traspasaba sus medias y enfriaba sus pies.

–Mantengo unida a mi familia, trabajo y cocino. Acabo de coger una flor para Kenneth.

Se oyó un crujido que debía de proceder de un animalillo escondido bajo unas hojas. Un camión cambió de marcha por la cuesta poco empinada, tras los árboles. Los troncos se agolpaban como barrotes y tapaban la vista.

Giró la cabeza, levantó la barbilla como era su costumbre y dijo:

–No tengo nada más que decir –agarró la pala y empezó a caminar hacia sus zapatos. Volvió a clavar la pala en la tierra con un movimiento brusco–. No estoy dispuesta a aguantar esto. ¡Vete ya!

De pronto estaba junto a ella, la agarró por los antebrazos, la arrastró unos metros y empezó a zarandearla. Se escabulló. Instintivamente se abrazó a un árbol, con la pala aún en la mano.

–¡Te estoy diciendo que se arreglará! –gritó ella.

Su voz sonaba como un señuelo falso y débil. De pronto sentía que se estaba agarrando a una columna que se caía.

Volvió a estar junto a ella, muy cerca. Se dio la vuelta, levantó la pala e intentó darle. Luego empezó a gritar.

Entró en pantalla el primer aviso de la emisora de radio de la central de taxis. Eran las 20:49. Roy Hansen no aceptó la carrera, aunque era para una dirección cercana. Se había despertado sobresaltado en el sofá unos minutos antes. La casa estaba en completo silencio. Se tomó un café a toda prisa y se metió en el coche. Dio un grito por la escalera antes de marcharse, pero Vivian no contestó. Se habría quedado dormida en la cama de matrimonio con Kenneth. Antes, todo había sido un caos. Ella les había echado la bronca a Dan y a Jonas, y a Kenneth y a Sebastian. Condujo hacia el centro comercial y siguió hacia Holtet. El coche era tan silencioso... Ronroneaba como un gato. El dueño del taxi quería que hiciera turno de noche. A él le venía bien, aunque no viera mucho a los chicos y a Vivian. La ventaja era que tenía el día entero libre, mientras los demás estaban en el colegio, el trabajo y la guardería. Últimamente Vivian había estado muy rara, irritable. Después de echar a Jonas había armado un estruendo con las cazuelas y cocido demasiado los espaguetis. Primero habían comido en silencio, pero los chicos lloriqueaban y todo volvió a ser un lío, como siempre. Luego Dan contó lo del hombre del BMW y Roy lo entendió todo. Vivian dijo que se había abierto paso a su lado sobre el puente del metro, le había hecho un gesto con el dedo y él la había seguido. Él sabía lo que se escondía tras eso. También creía saber quién era. Así eran las cosas en el vecindario, uno reconocía a la gente en la tienda, o en la gasolinera, sabía qué coche tenían y aproximadamente dónde vivían, pero no cómo se llamaban. Seguro que el hombre vivía en una de las calles que bajaban hacia Holtet. Dan había dicho que tenía el cabello gris y parecía rico. Roy nunca la había pillado, pero soñaba con ello con frecuencia, que ella estaba en *otro sitio*, que vivía en las consignas de las estaciones de tren y en habitaciones de hotel desconocidas con otros hombres. Constantemente se daba cuenta de que otros hombres se fijaban en Vivian, y no lo soportaba. La conoció de marcha en el centro cuatro años atrás y se fue con ella a casa esa misma noche. Cuando entraron en el salón de la casa, bastante bebidos, Dan, que entonces tenía 11 años, estaba viendo la televisión. Roy se fue a vivir con ella la semana siguiente, se llevó sus pocas pertenencias y salió de casa de su madre. En cierta manera aún se sentía como un intruso. No era su lugar, todos echaban de menos a Colin.

Le arrancó la pala de las manos, la levantó y golpeó. Ella gritaba.
-¡Cállate, joder! Cállate -siseó él.

Ella cayó hacia delante, intentó protegerse con los codos, pero no consiguió escabullirse antes de que la pala volviera a caer. Se giró y vio la hoja de metal que se movía en el aire. El triste sol del anochecer le arrancaba destellos. El lado más

afilado venía otra vez hacia ella como un rayo. Se dejó caer boca abajo y se arrastró con los codos entre los árboles. Las ramas de los helechos se dibujaban sobre ella con un verde claro y nítido, veía el rastro de cada espora en el envés de las hojas. El suelo del bosque acumulaba pequeños montones de ramas marrones aquí y allá y piedras planas. Él golpeó de nuevo y ella cayó de lado hasta encogerse como una pelota. La tierra del bosque desprendía un olor intenso, como si el mantillo hubiera fermentado. Un poco más adelante vio una piedra, debajo de un pino pequeño. Estiró el brazo. Una lombriz se agitaba intentando penetrar en la tierra empapada. No consiguió agarrar la piedra, pero hundió las uñas en la tierra, adelantó una rodilla y siguió avanzando, sin conseguir escapar. La pala impactó en su hombro, en el costado, en la pantorrilla, luego otra vez en el hombro y en la espalda. El dolor subió disparado desde la rabadilla a lo largo de la columna vertebral. La humedad del suelo empapó su ropa en unos segundos. Rodó hasta quedarse mirándole fijamente. Su cara se contrajo en una mueca horrible y en unos segundos todo se convirtió en una locura.

Roy Hansen condujo hasta la calle Blåveis y miró hacia el interior de todos los jardines. No había ningún BMW. Siguió por la calle Konvall y giró por la siguiente calle, detrás del centro comercial. Aquí tampoco se veía ningún BMW. Pensaba en Jonas mientras conducía. Debía volver al día siguiente, por Dan. Todo se arreglaría. Ahora tenía que ir al centro y trabajar. También tenía que pasar por casa de su madre. De todas formas, buscar al hombre del BMW era como encontrar una aguja en un pajar. Entró un nuevo aviso de la central de taxis. Eran las 20:57. Aceptó la carrera, una recogida en Ekeberg. No podía convenirle más.

Le dio una fuerte patada en el costado. Gimió cuando metió el pie debajo de ella y la levantó del suelo del bosque. A continuación él empezó a darle golpes en la cabeza. Los impactos hicieron que en sus ojos se contrajera una luz blanca. Consiguió ponerse de rodillas y apoyar las manos en el suelo, sintió un dolor que taladraba su frente y parpadeó para hacer desaparecer la luz blanca. Ante sí vio unas gotas de brillo plateado que resbalaban por una hoja. Entonces llegaron nuevos golpes. Una ráfaga de dolor le atravesó el cráneo. Él buscó su cuello. Por un momento vio imágenes: Dan de pequeño. Kenneth y Sebastian de rodillas en la cama de matrimonio con la noche en el rostro. Lo último que vio fue un fragmento de una minúscula extensión del suelo del bosque, unas hojas de helecho y unos botones de oro florecidos. Todo desapareció en la tamizada luz verde. El segundo había pasado, como el sonido del obturador de una cámara de fotos.

El detective Cato Isaksen miraba por la ventana en esquina de su despacho. Era una habitación luminosa, con una fila de ventanas rectangulares y cortinas de rayas en colores suaves. Era viernes 15 de julio, muy temprano, poco más de las 07:30. El calor se estaba haciendo esperar. La tarde anterior hubo un par de horas de sol, antes de que la capa de nubes volviera a cubrir pesadamente las casas y el paisaje. Como si la lluvia fuera a llevarse el verano por delante. Había disfrutado de la noche a solas en su casa de Asker. Bente y los chicos se habían marchado a la cabaña. Tuvo problemas para conciliar el sueño, había dado vueltas impaciente y estirado la sábana húmeda incontables veces. Finalmente se durmió y soñó con su colega Marian Dahle. Se avergonzaba de ese sueño. Marian había aparecido sensual y eso no tenía nada que ver con la realidad. Imaginó que estaba frente a él. Los rasgos asiáticos, el porte erguido y los pechos pequeños, sus movimientos eficientes. Prefería no acordarse de en qué había desembocado ese sueño.

Echó una mirada a la iglesia de Grønland y tomó asiento; dio un bocado al bollo casero con pasas que le había traído Irmelin Quist y pensó en lo que Marian le había confiado el invierno pasado. Se había acostado con un chaval del bloque vecino cuando tenía 16 años. Ocurrió en un trastero del sótano. Él tenía 17. No quería pensar más en Marian. Tenía los informes delante, sobre la mesa. Eran dos montones repletos de riñas familiares, heridas por arma blanca, niños desatendidos de los que había tenido que hacerse cargo con urgencia la protección de menores, violaciones y asesinatos. Por mucho que consiguiera despachar hoy, apenas haría mella en la pila de documentos, aquello no se acababa nunca. En pocos meses se habían producido en Oslo cinco asesinatos. Cato Isaksen cerró los ojos. Sabía por qué había tenido ese sueño: el lunes siguiente Marian volvería de sus vacaciones. Se había calmado tras los intensos incidentes del invierno anterior: el caso del asesinato del Director de la Policía Judicial Martin Egge había desencadenado muchas reacciones en el equipo. Marian había heredado su chalet de la calle Solveien. Había vendido su pequeño apartamento en Grünerløkka. La casa era de estilo funcional, de los años 1960, algo deteriorada, pero con piscina en el jardín. Él, seguramente, no saldría de su adosado.

Roger Høibakk entreabrió la puerta y asomó su oscura cabeza.

–Ya veo que le das al asunto desde primera hora –dijo sonriendo–. Ellen ha ido al anatómico forense, algo de un anciano que se ha caído al río Aker. Afortunadamente está todo bastante tranquilo.

–Almorzaremos juntos –Cato Isaksen se frotó las manos con aire decidido.

–A las doce –confirmó Roger Høibakk.

Cato Isaksen asintió con la cabeza.

La comisaria Ingeborg Myklebust y varios de los miembros habituales del

equipo estaban de vacaciones, solo quedaban Roger y Ellen en sus puestos. Pero Ellen estaba en la Policía Judicial, en Bryn. Había otras personas trabajando en el departamento, por supuesto, pero no eran de su equipo. Recordó el verano de hacía dos años cuando, estando él de baja un breve periodo de tiempo, contrataron a Marian. La jefa de la sección, Ingeborg Myklebust, no se había molestado en consultarle. Él no se lo había perdonado. *Él* era el jefe del equipo de investigación. Puede que se hubiera pasado un poco cuando intentó echarla en aquella ocasión, pero solo hacía una semana que la habían contratado cuando se había tomado la libertad de hacer declaraciones a la prensa. Coincidió con el anuncio de que la Dirección General de la Policía iba a dejar de pagar los análisis de restos de origen biológico. Como si Marian supiera algo al respecto. Era cierto que Randi la había excusado diciendo que fue la comisaria quién la animó a hacerlo, pero aun así... Marian había recibido el don del descaró en generosas dosis.

Se acercó intranquilo a la ventana otra vez. Un hombre montaba en una máquina cortacésped equipado con gorra y protectores para los oídos. Cato había cumplido 55 años. Estaba deseando coger el coche para ir a la cabaña en Sandefjord. Dentro de una semana sería su turno de vacaciones. Gard y Vetle ya eran adultos pero, afortunadamente, Georg solo tenía 10 años. Su cabello se volvía completamente blanco en verano. El 22 de julio sería su último día de trabajo.

La mujer vestía un chándal azul y corría con un terrier sujeto por una correa. Echó un vistazo al reloj y aceleró al llegar al camino peatonal que discurría por detrás de los chalets adosados. Un poco después de las 08:00 estaría en la ducha y antes de las 09:00 habría llegado a su trabajo en la perfumería del centro comercial. La lluvia había dejado un ambiente fresco. Era agradable correr sobre la gravilla y el suelo del bosque antes de volver al asfalto. Giró a la izquierda, hacia el sendero. Se agachó para soltar al perro, que al instante salió corriendo, feliz. Era obligatorio llevarlo atado, pero no pudo resistirse a la tentación de dejar al pequeño terrier correr unos minutos en libertad ahora que no había niños a la vista. El perro se detuvo un momento antes de desaparecer en el interior del bosquecillo que había junto a la zona de juegos infantiles. Un par de semanas antes había oído la presencia de un conejo junto al pequeño invernadero. Seguramente se habría escapado de una jaula de uno de los pequeños jardines que daban a la calle peatonal. El perro lo mató. Cecilie tiró el conejo muerto entre unos arbustos y deseó que nadie la hubiera visto, pero el perro no desistía en su empeño de encontrar una nueva pieza en el mismo lugar. Se inclinó, apoyó las manos sobre las rodillas y tomó aire unos instantes antes de incorporarse de nuevo. El sudor humedecía el nacimiento del cabello, el cuello y la espalda.

–¡Beiler! ¡Ven aquí!

El perro no volvía. De pronto oyó ladridos.

–¡Beiler!

Se abrió camino entre helechos y ortigas. Un poco más allá nacían abigarrados botones de oro amarillos. Fue entonces cuando los vio, los zapatos de tacón rojos, muy cerca del invernadero. Junto a ellos había una pequeña maceta rota con una planta medio mustia. Vislumbró la corta cola del perro que oscilaba de un lado a otro entre unas hojas de helecho cubiertas de un líquido marrón rojizo. El barrido de las patas le lanzaba un chorro de tierra mojada hacia su cara. Cuando alargó la mano para agarrarlo del collar, el perro hizo algo que no había hecho nunca antes: darse la vuelta y amenazar con morderla. Retiró la mano rápidamente y sintió un escalofrío que le subió desde la base de la espalda hasta la nuca. Agarró el collar, lo retorció y tiró del animal hacia ella. El perro movía las patas delanteras en el aire y se dio la vuelta para intentar liberar su cabeza. Era tozudo, pero se calmó cuando ella lo sacudió con tanta fuerza que se hizo daño.

Roy Hansen levantó la cabeza y consultó el reloj del televisor. Eran las 07:55. Bostezó, estaba cansadísimo. El grueso tejido del sofá le provocaba picores en la espalda y las piernas. El sol que atravesaba las cortinas dibujaba largas franjas sobre

la pared a través de los barrotes del parque de Sebastian. Sobre la mesa del salón había un cuarto de pizza desde la noche anterior, junto con un montón de periódicos viejos y algunos juguetes. Había entrado con sigilo hacia las 04:30 y se había tumbado en el sofá. Solía echarse allí cuando llegaba de madrugada. Oyó a Sebastian que lloriqueaba en el piso de arriba y a Kenneth que intentaba consolar a su hermano. Bostezó y se pasó la mano por la cabeza brillante. Había sido una buena noche al volante. El jueves se había convertido en el día en que la gente salía. Había turistas en Oslo. La temperatura no era muy veraniega, pero la gente iba de juerga de todas formas. Tenía la boca seca, oía el zumbido de los coches en la carretera. Contaba con que Vivian demoraba lo más posible el momento de levantarse, pero iba a ir muy justa de tiempo. Él enseguida subiría a acostarse en la cama de matrimonio, mientras Vivian preparaba a los niños y los llevaba a la guardería antes de ir a la tintorería. Bostezó hasta que le sonaron las mandíbulas, volvió a apoyar la cabeza sobre el sofá y durmió profundamente durante unos minutos. No se despertó hasta que Dan estuvo frente a él, en calzoncillos, con Sebastian a la cadera. Dan le miraba.

—¿Dónde está mamá?

Cecilie tiró del perro y se oyó a sí misma gritar. Levantó el brazo y se mordió para no vomitar. El rostro de la muerta era de un blanco cerúleo y estaba cubierto de una rejilla de cabellos ensangrentados. Podía entreverse una masa de tierra, hierba, ojos y unos labios azules. Una pierna cubierta por una media agujerada asomaba entre ortigas y botones de oro. Y entonces vio la mano, retorcida con la palma manchada de tierra hacia arriba. Las uñas blancas de porcelana estaban rodeadas de un cerco negro.

El psiquiatra era alto y delgado, de rostro alargado y aspecto cansado. Le tendió la mano y dijo:

–Harald Mørk –se sentó y se puso unas gafas montadas al aire. Marian pensó que Mørk era un nombre oscuro, adecuado para un reductor de cerebros. Ordenó a su bóxer de color negro, Birka, que se tumbara en el suelo y se dejó caer en la gastada butaca de piel que el psiquiatra señalaba junto a la suya. La perra tenía una estrella blanca en la frente y el pecho blanco.

Dos butacas iguales, como para tranquilizar a los pacientes y hacerles pensar que estaban en igualdad de condiciones. Sobre la pared de color claro colgaba una foto en blanco y negro de una ciudad. El techo tenía molduras de escayola.

Marian aún sentía su apretón de manos. Tiró un poco de las costuras que remataban las mangas de su camiseta. Sabía que aparentaba menos edad que sus 34 años y que sus ojos rasgados y su cabello negro delataban que era natural de otro país. Había nacido en Kansong, en la provincia de Kangwon, muy cerca de la frontera de Corea del Norte.

El psiquiatra se quitó las gafas y las sopesó con la mano.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Trabajo en la policía, como investigadora en la brigada criminal. Soy buena encajando pistas técnicas y tácticas porque crecí teniendo que estar siempre alerta, adelantándome a lo que pudiera pasar. No hay mucho que me distancie de los asesinos que debo desenmascarar. En realidad, cada vez menos. Eso me da un miedo atroz. Tengo que aprender a organizar mis ideas. Esa es la ayuda que necesito.

Él la miraba. Ella continuó:

–Últimamente me he sentido un poco desubicada –pensó en su frigorífico lleno de comida caducada; mermelada fermentada con manchas de moho verde y un cartón de leche amarillento.

El psiquiatra se frotó la barbilla. Ella tomó aire:

–Este último invierno mi jefe inició una investigación interna porque me había llevado a casa unos documentos confidenciales.

En su apartamento, antes de mudarse a Solveien, se había montado una oficina y había empezado a organizar un archivo de casos antiguos por su cuenta.

–Llamaron a los de asuntos internos. Me parecía que la investigación oficial iba demasiado lenta.

–¿La investigación interna dio algún resultado?

–No pudieron demostrar nada –fijó la mirada en una irregularidad del tapizado de poliéster que cubría la pared detrás de él y tragó saliva intentando humedecerse la boca–. Acabo de tener dos semanas de vacaciones. Nunca he estado de baja.

Estoy sola, solo tengo a mi perra –se miró las muñecas, donde la piel era más fina y las venas azules–. Seguro que leíste sobre ello, lo comentaron en todas partes, que asesinaron al director de la Policía Judicial y que su herencia fue para una joven policía.

–¿Eres tú?

Ella asintió con la cabeza.

–Estoy reformando su casa de Solveien, en Nordstrand. Todavía la llamo su casa, aunque ahora es mía. Con vistas al fiordo de Bunne, piscina y un gran jardín. El director de la Policía Judicial me salvó cuando yo tenía 16 años. Llamé al teléfono de emergencia y vino. Mi madre adoptiva intentó asesinarme con un cuchillo. Eso fue antes de que él fuera el director de la Policía Judicial, aunque fue poco profesional por su parte ayudarme: la policía no debe llevarse a las víctimas a su casa. Pero me hice policía por él. Vine de Corea cuando tenía 3 años.

–¿Recuerdas algo de aquello?

–Me encontraron en una playa con un anciano y me llevaron a un orfanato. Tenía la pierna rota. Luego vine a Noruega.

Parecía tan sencillo cuando lo contaba así... Pero se acordaba de todo: la soledad, el olor a sudor de su madre adoptiva, los bloques de siete pisos de altura y el barro y la nieve sucia del parque infantil en febrero. Solo con pensarlo sentía melancolía. Recordaba la cocina con las alacenas amarillas, la sensación de los aburridos días de diario y las comidas sentados a la mesa de formica. La melancolía era en un principio hiel negra. Como si todo estuviera sumergido en ella; su habitación húmeda y pequeña con moqueta de color rosa palo. El aparador del cuarto de estar con los retratos enmarcados y alineados, todos de la familia de su madre. Y uno de ella, con los ojos rasgados, el cabello negro de corte recto y la boca en la que faltaban dientes. Era de su primer día de colegio, la única foto en la que alguien sonreía.

–¿Y tus padres adoptivos?

Marian se agachó y rascó a la perra detrás de la oreja.

–No tengo ningún contacto con ellos.

–¿Has ido a terapia con anterioridad?

–No –mintió enderezándose–, quiero aprender algunas técnicas para ser capaz de controlarme. Lo demás, de alguna manera, lo tengo ya organizado. No sé si tengo fuerzas para reincorporarme al trabajo el lunes. A veces trabajamos bien juntos pero él... Cato Isaksen, mi jefe, es despiadado al hablar y yo soy muy sensible, no tengo barreras a mi alrededor que me protejan. Supongo que él diría que quien es muy bestia hablando soy yo. Y además estoy con la reforma de la casa. Es demasiado.

–Si lo que buscas es una baja, tendrás que hablar con tu médico de cabecera. Pero puede que el nivel de serotonina de tu cerebro sea demasiado bajo.

Parecía tan clínico, tan jodidamente frío, era como hablarle a una pared que respira. Pero, por otra parte, era completamente perfecto, porque ella no quería esto. Alzó la mirada hacia las molduras de escayola del techo.

–Si no puedes ayudarme, tendré que consultar a otro.

Marian sabía demasiado bien que no era fácil *consultar a otro*, las listas de espera eran interminables y el tiempo de espera largo. Por la calle pasaba traqueteando un tranvía. La perra soltó un bufido.

El psiquiatra la observaba.

–¿Cómo son el resto de tus colegas?

–Mis colegas están bien –dijo Marian pensando en Randi Johansen, con quien compartía despacho, Roger Høibakk, Asle Tengs y la investigadora de escenarios del crimen Ellen Grue. El único problema era la maldita auxiliar administrativa Irmelin Quist. Fue ella quien se dio cuenta de que se llevaba documentos y se chivó a Cato el invierno pasado. Irmelin era demasiado aguda, y las personas así no le gustaban.

El psiquiatra pasó la punta de la lengua por sus delgados labios.

–¿Y pareja?

Pareja, menudo cursi idiota.

–No soy lesbiana, si es eso lo que estás pensando. Es una pena, porque hubiera estado condenadamente bien. Me podría buscar una dependienta, o alguien así, y de paso tendría una amiga. Tengo un amigo, por cierto. Juha, vive conmigo. Soy su tutora, porque él también ha heredado algo de dinero. Pronto cumplirá los 20. No nos acostamos.

El psiquiatra se echó hacia atrás, como si quisiera alejarse un poco más de ella.

–¿Bebes?

Marian se sonrojó, se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas, descansó la barbilla en los puños cerrados y le miró:

–No –mintió.

–El estrés postraumático no es infrecuente. La melancolía y la depresión son normales después de una experiencia como la que describes.

–No solo me he llevado papeles y documentación a casa para copiarlos de forma irregular, también le robé un corazón de plata a un hombre que fue asesinado. Lo llevo puesto. ¡Mira! Y una vez me probé el vestido de una chica que había sido asesinada. Yo nunca me pongo vestidos.

El psiquiatra abrió la boca para decir algo. En ese preciso instante sonó el móvil en las profundidades del bolsillo de Marian. Lo sacó y le echó un vistazo.

–Es mi jefe –dijo levantándose. Sabía que nunca volvería a ponerse en contacto con Harald Mørk–. Dime, Cato.

–Marian, sé que aún te quedan tres días de vacaciones, pero somos muy pocos en el trabajo y los que están de guardia nos acaban de avisar de que han encontrado a

una mujer asesinada en un claro del bosque cerca de un parque infantil en Lambertseter. ¿Cuánto tardarías en llegar hasta allí?

Birgit Willmann miraba a Frank, que observaba a los policías desde la puerta del jardín. El sonido de la sirena de un coche patrulla impactaba sobre su cuerpo. Había montones de policías allí afuera. Sentía cómo el ritmo de su corazón cambiaba de acelerado a lento. Parecía que el ruido se quedaba aprisionado en la urbanización, se enganchaba a los canalones para caer como si fuera un líquido y se precipitaba hacia el suelo por las paredes de madera. Incluso cuando apagaron la sirena, el sonido continuó en el interior de su cabeza. El salón parecía más angosto de lo habitual. El desprecio que sentía hacia sí misma se había convertido, después de tantos años, en una especie de coraza defensiva; vivía replegada en su interior como una tortuga, pero la realidad nunca dejaba que fuera muy lejos, nunca estaba a más de un instante de distancia. La habitación estaba sobrecargada con mesitas, un sofá de piel y sillas demasiado grandes. Todas las superficies estaban cubiertas de figuritas, y todo relucía muy limpio. De repente, el bordado de rosas de los cojines del sofá parecía sangre. Dos paisajes antiguos colgaban de la pared, y enfrente había retratos de familia en blanco y negro.

Birgit se llevó la mano a la garganta y sintió cómo el pulso latía bajo sus dedos. La noticia había corrido como fuego por la hierba seca. La joven vecina que vivía pared con pared, la que tenía un bebé, había llamado a su puerta y le había contado el horrible hallazgo sin pararse a respirar. *En el claro del bosque, muy cerca del invernadero.* Cecilie, la de la perfumería, hablaba con la policía. Fue ella quien la encontró. Un cadáver entre los helechos, una mujer que se parecía a Vivian, y era Vivian claro. Los zapatos rojos estaban tirados a su lado.

¿Cuánto miedo se podía llegar a sentir? La noche anterior una breve tormenta había desgarrado el cielo sobre el bosquecillo. Se había levantado y apartado las cortinas para mirar al exterior. Los rayos amarillos la partían por la mitad. La angustia que le producía la tormenta era parecida a la que sentía ahora. ¿Qué le ocurría a Frank? Medía 1,94. Su columna se había hundido casi imperceptiblemente. El hueco que separaba sus omóplatos se veía a través de su camisa azul claro.

Frank se giró hacia Birgit. Sintió oleadas de náuseas.

–Me tengo que ir –dijo ella–, ahora solo yo puedo abrir la tintorería.

Cato Isaksen aparcó detrás de un coche patrulla con las luces encendidas. Roger Høibakk iba en el asiento del copiloto. Volvió a meterse el móvil en el bolsillo de la camisa.

–La patrulla canina viene de camino. Han pedido un perro especial, por lo visto aquello parece un campo de batalla –bajaron del coche. Cato le miró por encima del techo. Roger cerró con un portazo, se pasó la mano por el cabello oscuro, se metió un chicle en la boca y señaló con un gesto la furgoneta blanca de Marian, aparcada sobre el césped, donde la calle peatonal bajaba suavemente hacia el parque infantil.

–Vaya, ha conseguido llegar antes que nosotros.

Por las puertas abiertas de los coches zumbaba el sonido de las radios policiales. Unas veinte personas y un joven periodista con una pegatina del diario VG en su cámara formaban un grupo sobre la acera, detrás de una barrera. El periodista levantó el aparato y empezó a disparar.

La bóxer de Marian ladró gravemente por una rendija de la ventanilla del coche. Cato Isaksen bajó la vista por el camino peatonal hacia el terraplén que había detrás de las casas. Una ambulancia había bajado hasta quedarse atravesada entre dos viejos columpios oxidados. Un joven policía pelirrojo les mostró el camino por la estrecha senda peatonal donde técnicos de la brigada criminal, vestidos con monos blancos de papel y gorros de plástico azul, estaban acotando la zona con cintas rojas y blancas.

–Estamos registrando la zona en busca de colillas y otros posibles materiales biológicos. Aquí tenéis, poneos esto, rodead aquellos árboles y avanzad unos 50 metros –dijo lanzándoles unos calcetines de plástico azul.

–¿Quién la encontró? –preguntó Roger Høibakk.

–Una señora que paseaba a su perro. Está allí, parece que también sabe dónde vivía la fallecida, en aquella casa de color verde claro del otro lado de la calle. Reconoció su cabello rubio y los zapatos de tacón. Si lo que dice es correcto, la muerta se llama Vivian Glenne y tiene 36 años. Su compañero se llama Roy Hansen y tiene 34. Ya hemos comprobado los archivos, no tiene antecedentes.

Cato Isaksen miró a Roger Høibakk.

–Si un inmigrante de 18 años muere apuñalado, investigamos en el ambiente de las bandas. Si uno de 45 y con antecedentes muere tiroteado, buscamos entre los traficantes. Si una rubia aparece muerta en un bosque, es una violación.

Marian los estaba esperando. El bosque desprendía un aroma dulce y húmedo tras la lluvia, pero ahora unos delgados y blancos haces de luz solar se abrían

camino entre la hojarasca. En realidad lo único que deseaba era estar a solas con una Big Mac en una caja de cartón, una botella de vino y tan poca realidad como fuera posible. Pero por lo menos había conseguido alejarse del psiquiatra. Cato Isaksen la saludó con un breve gesto. Él no era ni mucho menos una terapia. Parecía reservado. Lo percibió inmediatamente. Hacía un año que dijo que quería que ella formara parte de una unidad especial, pero no lo había vuelto a mencionar. Pensó que ser demasiado sensible no era una buena cualidad para un policía. Seguía sintiéndose como una recién llegada, como la que había impuesto su presencia a un equipo que ya funcionaba bien.

Marian se giró hacia el lugar sobre el que estaban agachados los técnicos de la brigada criminal. Cato Isaksen notó que sentía una forma irritante de vergüenza y, también, un punto de mala conciencia. Los pájaros lanzaban agudos trinos desde los airosos árboles, como si fueran testigos de una función teatral. Los troncos de los abedules eran delgados y se sucedían como barras de una reja manchada. Las ramas más bajas aparecían nudosas con vástagos negros y se juntaban con las hojas de color verde claro de los helechos bañadas en sangre.

–El responsable de prensa –informó secamente llevándose el teléfono móvil a la oreja–. Sí, te volveré a llamar dentro de diez minutos con algunos datos. Pero necesito un poco de tiempo para hacerme cargo de la situación. No distribuyas ningún comunicado aún.

Había tomado la decisión de espabilarse porque incluso la abogada policial Marie Sagen se lo había advertido: *no seas tan patético*. Fue cuando se hizo público un informe que indicaba que en la policía impedían ascender a las mujeres. Concluía que el cuerpo policial era conservador, que había sido organizado por hombres para hombres. En su fuero interno tenía que reconocer que había intentado mantener a Marian en su sitio, pero se recordó a sí mismo que no dejaba de volver a levantarse una y otra vez. Tendría que jugar en equipo. Además, andaban escasos de personal en plenas vacaciones de verano, tanto Randi como Asle estaban de vacaciones.

Se oía el zumbido del tráfico en la carretera, detrás de la hojarasca. Un técnico de la brigada criminal fotografiaba un par de zapatos rojos de tacón desde todos los ángulos. Un poco más adentro había un pequeño invernadero.

Marian miró hacia la mujer muerta. Estaba tendida de lado sobre las hojas verdes. Una pequeña mancha de sol, un pequeño óvalo, danzaba sobre la masa de cabello enredado que cubría la mayor parte de su rostro. Pero podía verse una oreja y un poco de la mejilla. En el cuello una herida se abría como una boca. La abertura dejaba ver algunos tendones y jirones de piel. Cuando se apartó, su retina

seguía cubierta por la imagen de la sangre que había caído en chorretones por la mejilla hasta introducirse en la oreja.

La técnica de escenarios del crimen Ellen Grue estaba en cuclillas junto al cadáver y cepillaba cuidadosamente el rostro de la mujer para hacer caer tierra y restos de hierba en una bolsa. Levantó la mirada. Algunos cabellos se abrían camino para salir del gorro de plástico. Llevaba guantes desechables. Cato Isaksen contempló el bello rostro, su boca de fuertes dientes blancos. Pudo visualizar, automáticamente, muchas máscaras mortuorias carentes de expresión y sangrientos escenarios del crimen de casos anteriores.

Se incorporó y fue hacia ellos caminando sobre un sendero de papel extendido para evitar la destrucción de pruebas.

–Un corte como ese en la garganta y estás muerto –dijo–, excepcionalmente brutal. Casi ejecutada con un instrumento afilado. Es seguro que el asesinato ha sucedido aquí, no la han movido. No se ven ni armas ni herramientas, así que parece que el asesino se ha llevado el instrumento del crimen. Hemos encontrado una maceta rota y una flor, y la puerta del pequeño invernadero que veis allí estaba abierta. Hay huellas de los tacones altos en el suelo de tierra. Tiene que haber estado haciendo algo allí adentro. Plantando algo o trasplantando flores.

Cato Isaksen asintió.

–¿Vestida así? Minifalda, medias, chaqueta de piel y zapatos de tacón.

–Sí, eso es lo que parece.

Marian estaba callada. El trabajo de Ellen no era sacar conclusiones definitivas. Su cometido era encontrar pistas, huellas dactilares, cabellos, restos de piel y cosas así.

–¿Habéis encontrado su teléfono móvil?

–No, ningún móvil. He pedido que venga un forense. Ni hablar de que alguien de su familia la identifique con el aspecto que tiene el cadáver. Vamos a poner uno de los zapatos en una bolsa para que se lo llevéis a la familia, el grupo de identificación se ocupará del resto.

–Pediremos una foto de la víctima –dijo Cato Isaksen.

–Intentaremos conseguir una identificación basada en su ficha dental hoy mismo –dijo Ellen Grue.

–¿De qué clase de instrumento para matar crees que estamos hablando?

–Probablemente algo más parecido a una herramienta, un azadón o una pala. También puede haber sido un hacha. Lleva puesta toda su ropa, así que la primera impresión no es la de un crimen sexual. Por supuesto que es posible que el asesino tuviera intención de violarla. Pueden haberle interrumpido. Es evidente que ha dejado huellas, hay pisadas claramente marcadas en la tierra mojada pero,

desafortunadamente, esta noche ha vuelto a llover. Y eso tampoco ayuda en la búsqueda de otras pistas.

Cato Isaksen asintió.

–¿Cuánto tiempo ha podido estar ahí?

–Supongo que desde ayer por la noche. Su reloj tiene el cristal roto, una cosa barata de color rosa, y se ha parado a las 20:58, así que probablemente ahí tengas la hora.

–Vale, Ellen. Haremos lo que podamos para coordinar la parte técnica y la táctica. No tengo ni idea de a cuántos podré reunir. Roger, tú quédate aquí de momento, te llegarán instrucciones en cuanto sea posible. Marian, tú vienes conmigo. Tenemos que llegar a la casa de color verde claro antes de que a la mujer del perro le dé tiempo de extender el rumor de quién ha muerto.

Marian llevaba en la mano la bolsa para pruebas que contenía uno de los zapatos rojos.

–Esto parece poco menos que de la Cenicienta –pasaron frente al pequeño grupo de curiosos que se agolpaban junto al último adosado, donde empezaba el camino peatonal que llevaba al parque infantil. Marian cruzó la calle junto a Cato Isaksen y notó que, por unos instantes, había olvidado la angustia. Nadie podía ver que había bebido algo de whisky de más la noche anterior. Tenía la garganta seca y notaba unas leves náuseas.

Entraron por el portón. Justo detrás de la casa se elevaba una pared de piedra.

–Cuando el cazador encuentra un rastro en el bosque no lo sigue, sino que regresa siguiendo el camino por el que había ido el animal. Los crímenes cometidos por los esposos encabezan las estadísticas de las mujeres asesinadas –dijo ella.

Él le echó una mirada.

–¿Has pasado unas buenas vacaciones, Marian? Te has quedado muy delgada.

–Casi no he salido por la puerta, Cato. Estoy reformando la casa. En cierto modo echo de menos mi apartamento de Grünerløkka –forzó una sonrisa.

–Seguro que es suyo –Cato Isaksen señaló el Ford que había en la entrada.

El coche gris era viejo y estaba abollado, pero el taxi que había aparcado a su lado estaba impecable. La hierba se había abierto camino entre la grava hasta asemejarse a un montón de rastrojos. Cato Isaksen miró hacia el interior del Ford. Había periódicos viejos, botellas vacías, juguetes infantiles, envoltorios de hamburguesas y desorden tanto en el asiento trasero como en el suelo. Los dos sucios asientos infantiles vacíos parecían enseñar los dientes.

–Será mejor que no toquemos nada, es trabajo para Ellen & Cía.

–Actuación disciplinada en el lugar de los hechos –dijo Marian pensando en los guantes de plástico que llevaba en el bolsillo.

–Esta semana vas a tener que tomarte un respiro con la reforma, Marian. Disfrutarás los tres días de vacaciones que te quedan cuando el caso esté resuelto. Puede que sea rápido.

–La piscina tiene que estar lista en un par de semanas. Juha es quien se ocupa de eso, no yo.

Subieron la escalera. La pintura verde claro de las paredes estaba descascarillada. El polvo de la carretera y pequeñas almohadillas de musgo de un verde intenso se aferraban a las juntas de los paneles.

Se miraron. Cato Isaksen llamó a la puerta.

Se oyeron pasos en el interior y la puerta se abrió. Un chaval de cabello castaño vestido con un mono azul oscuro apareció en el quicio. Tenía un rostro redondo e indefinido y podía estar empezando la adolescencia. Su cabeza subía y bajaba al

ritmo del iPod que llevaba en el bolsillo. En la cadera llevaba un bebé rechoncho con rizos rubios y mejillas sonrosadas. El niño chupaba un chupete azul intenso y llevaba un babero pegajoso de papilla alrededor del cuello.

El adolescente miraba fijamente a los policías. Su mirada era oscura como el carbón.

Marian sostuvo la bolsa con la prueba a su espalda.

Entraron en el pequeño recibidor. El linóleo del suelo estaba casi completamente cubierto de zapatos. Otro niño más llegó corriendo. Llevaba puesto un pequeño calzoncillo blanco. Sus brazos y piernas estaban pálidos y delgados y su cabello era rojizo. Tendría unos 3 años.

El hombre que salió del cuarto de estar en calzones amarillos le recordó a Marian instantáneamente a Juha, con su cabeza pelada y brillante y un aro en la oreja. Pero estaba más en forma y era más corpulento.

–¿Eres Roy Hansen, el compañero de Vivian Glenne?

Los miró asustado con sus ojos claros y redondos, algo saltones, y les tendió una mano pecosa y fuerte.

–¿Qué ha ocurrido?

Marian cogió su mano y pensó en el momento que se aproximaba. De forma inconsciente buscó marcas en su cuerpo, pero no vio ninguna.

–Mamá no está –dejó escapar el chico que se llamaba Dan.

–Hago más que nada noches –dijo Roy Hansen–, creí que estaba durmiendo con los niños en el piso de arriba cuando llegué hacia las 04:30 de la mañana. No suelo subir cuando llego a casa.

–¿Podríamos pasar al salón? –pidió Cato Isaksen echando una mirada a la cocina desordenada, con los armarios pintados de azul.

Cato Isaksen echó las cortinas a un lado y dejó entrar la luz en el salón sobrecargado de muebles. Sobre el sofá demasiado grande había una manta enrollada y periódicos. Una porción de pizza reseca y tazas de café usadas cubrían la mayor parte de la superficie de la mesa del salón. En el medio de la habitación había un parque. Un balón y otros juguetes estaban tirados por el suelo. Las paredes aparecían casi desnudas, solo al lado de la mesa del comedor colgaba un cuadro de una playa, barato y chillón. La pared que daba a la cocina estaba cubierta por una librería sobrecargada.

El chico tenía manchas rojas en el cuello. En sus ojos oscuros brillaba el miedo. El bebé giró la cabeza para mirar a los investigadores. El pequeño delgaducho de los calzoncillos blancos se metió los dos pulgares en la boca.

Roy Hansen se dejó caer sobre el sofá. Sus piernas blancas estaban cubiertas de vello claro. Sus pies daban sensación de soledad.

Un malestar oscuro se apoderó de Marian. Tenía sabor a hierro en la boca. Sabía que pasarían muchos días hasta que él pudiera dormir, antes de que el adolescente durmiera. Sentía la angustia que flotaba por la habitación. Se mezclaba con el aroma del café y el sonido del televisor.

Roy Hansen sintió un remolino en la cabeza. Como si se hundiera en aguas oscuras. El policía abrió la puerta del jardín. Un aire claro y limpio entró en la habitación. En el cielo, sobre los árboles, colgaba un sol pálido, como un rostro blanco que se limitaba a hacer su trabajo contra todo pronóstico. Se echó a llorar.

–Vivian no había echado la llave –lloró–, me extrañó cuando llegué a casa anoche. Creí que estaba arriba durmiendo. No lo comprobé.

Cato Isaksen miró a Dan, que cerraba las manos en un nudo apretado en torno al bebé.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó.

–Quince –había cambiado la voz.

–Tal vez podrías llevarte a tus hermanos al piso de arriba, ¿vale?

–No –susurró, y el bebé empezó a llorar. Un llanto agudo que rasgó el aire del salón en pedazos. Marian cogió el mando a distancia y apagó el televisor. El pequeño pelirrojo se deslizó por el sofá hacia su padre, se sentó sobre sus rodillas y empezó a balancearse arriba y abajo de forma obsesiva.

–Papá, ¿qué pasa?

Marian y Cato se miraron. Marian se giró un poco para apartarse del adolescente y sostuvo la bolsa frente a Roy Hansen.

–Me temo que tengo que preguntarte si reconoces esto.

Estalló en un llanto seco y duro. Clavó los codos en sus muslos, se inclinó hacia delante y escondió el rostro entre las manos.

Marian se acercó y se agachó sobre él, colocó la mano rodeando su hombro con un apretón firme y amistoso, y bajó la voz.

–No parece que fuera un accidente. Lo siento, entendemos lo difícil que resulta esto. Tenéis que ser valientes –dijo bajando la mirada hacia él. Estaba en estado de shock. Parecía sincero. Su trabajo consistía en darse cuenta de si algo parecía fingido o anormal.

–¿Se puede saber dónde está? –la voz del adolescente sonó incisiva. El bebé había dejado de llorar. Se frotaba el ojo con el puño.

–Hemos encontrado una mujer muerta en el bosquecillo que hay tras la hilera de casas del otro lado de la carretera, y creemos que puede ser ella –dijo Cato Isaksen en voz baja–, necesitamos una fotografía de Vivian Glenne. Siento pedirles esto, pero la mujer que hemos encontrado está sin identificar.

–¿Puede que no sea ella? –dijo Roy Hansen levantando la mirada.

–Si quieres, podemos buscar un sacerdote –dijo Marian bajito–, también podríamos hacer venir a un equipo experto en crisis bastante rápido, por los niños.

Roy Hansen se incorporó tambaleándose. El bebé levantó los brazos hacia su padre. El niño de 3 años fue hacia una pequeña caja de juguetes y empezó a tirar coches de juguete por el suelo.

–Nada de curas –lloraba Roy Hansen–, ningún equipo. Nadie.

Se acercó a una estantería y cogió una foto enmarcada que había junto a un jarrón con flores de seda rosa, se la dio a Cato Isaksen, quien reconoció inmediatamente a la mujer del bosque. La mujer rubia del retrato era guapa, pero tenía la nariz un poco demasiado grande y demasiado maquillaje y polvos.

Dan dejó bruscamente al niño en el parque y fue hacia la escalera que subía al segundo piso con la espalda encorvada.

–¡Dan! –Roy Hansen se dio la vuelta hacia él–, ¿no es seguro que haya sido tu padre!

Birgit Willmann se detuvo un momento sobre la acera y echó una mirada a la casa de los vecinos antes de cruzar la calle para evitar la aglomeración de gente que se había formado. Faltaban unos minutos para las 09:00. Estaba tan mareada que por un momento creyó que iba a caerse al suelo. Miró por encima de su hombro. Frank había aparecido en la ventana de la cocina. Frente a la casa de Vivian y Roy había aparcado un coche civil de policía de color oscuro. Ya era bastante difícil abrir la tintorería, como si siempre esperara que aconteciera una catástrofe, como si su forma de hacerlo fuera la manera evidentemente equivocada de abrir una tienda. Ahora tendría que hacerlo todo sola. Vivian solía pasar a buscarla con el coche después de haber dejado a los niños en la guardería. Era verdad que no era la primera vez que llegaba tarde, pero esta vez había una razón. Birgit se avergonzó

en el mismo momento en que analizó ese pensamiento y reconoció el sentimiento de algo ocurrido mucho tiempo atrás. Vislumbró un instante a través de una ventana abierta en el segundo piso. Llevaba años esperando que algo horrible ocurriera, que su pesadilla se hiciera realidad. Pero cada vez que hablaba de ello, Frank decía que era una histérica. Agachó la cabeza, miró hacia el asfalto gris y pudo visualizar los ojos de mirada perruna de Dan. Pobre chico, como si no hubiera tenido suficiente. Ponía un pie frente a otro, caminaba como era habitual en ella, con pequeños pasos saltarines. Si alguien la persiguiera, sería incapaz de correr.

–Ayer a Vivian la persiguió un hombre en un BMW. ¡Puede que sea él! –Roy Hansen se puso los pantalones de un fuerte tirón y forzó el paso de una camiseta sobre su cabeza. El niño de 3 años se aferraba a su pierna–, la siguió hasta aquí. Dan dijo que lo había visto desde su cuarto. Vivian estaba enfadadísima, luego nos echó la bronca a los niños y a mí.

Cato Isaksen descansó el peso de su cuerpo sobre la otra pierna.

–¿Cuándo ocurrió esto?

–Sobre las cinco, después de recoger a los chicos en la guardería. Empezamos a discutir durante la cena. Dan dijo que el hombre estaba enfadado de verdad.

–¿Lo describió? ¿Sabía quién era?

–Solo dijo que era un hijo de puta canoso en un BMW. Uno al que le había hecho una peineta en el puente que cruza el metro. No sé nada más.

–¿Y lo que dijiste del padre de Dan? –Cato Isaksen levantó la mirada hacia el techo.

–Vivian le tenía prohibido a Dan ver a su padre, decía que si se ponía en contacto con él, le denunciaría. Pero Kenneth y Sebastian son míos –levantó el codo, escondió el rostro tras él y volvió a doblarse en un llanto seco. Roy Hansen sollozó, pero luego se enderezó y continuó–. Colin ha bebido una barbaridad. Se llama Arne Colin Andersen y está en una escuela de jardinería en Lier. Los chicos tienen como primer apellido el de Vivian, los tres se llaman Glenne. Dan tiene de segundo Andersen y los míos, Hansen.

–No hemos encontrado ningún móvil en el lugar de los hechos...

Roy Hansen miraba a Marian mientras contestaba a Cato Isaksen.

–Cuando me fui a trabajar, su móvil estaba sobre la mesa de la cocina. Cuando volví después de hacer el turno de noche, sobre las 04:30, seguía en el mismo sitio. No lo abrí, me tiré en el sofá. Nunca iba a ninguna parte sin el móvil. Algunas veces se iba a casa de Frank y Birgit, cruzando la calle, pero siempre se llevaba el teléfono. Birgit también trabaja en la tintorería. Tengo que llamar a la hermana de Vivian.

–Hazlo –dijo Marian y fue a la cocina. La encimera estaba cubierta de tazas y platos sucios, un tarro de papilla y una botella de Pepsi Max. Había un móvil. Lo levantó y le echó un vistazo rápido. Era anticuado, no necesitaba pin para abrirlo. Miró los mensajes enviados y recibidos. No eran muchos y tardó poco en revisarlos. Entre los más antiguos vio uno que la hizo reaccionar: *Tú, viejo cerdo mirón, no tienes derecho a corregirme*. Su instinto de caza se avivó. Vivian Glenne había enviado el mensaje el jueves, hacía dos días. Oyó la voz de Cato que llegaba desde el salón.

–¿A qué hora empezaste tu turno ayer?

–Un poco antes de las 21:00 –respondió Roy Hansen.

Marian salió para contactar con la radio del servicio de taxis. Prometieron comprobar el registro de llamadas y volver a ponerse en contacto con ella. Luego consultó con la información telefónica. ¿De quién era el número al que había enviado el sms? Poco después oyó la señal de la respuesta que entraba. Frank Willmann, decía. Figuraba con dirección en la misma calle que Vivian Glenne, pero su casa debía de estar al otro lado de la calle. Miró por encima de un viejo seto cubierto de escaramujo. Se había convertido en un matorral junto a la valla metálica agujereada que daba a la carretera. En la ventana del adosado del otro lado de la calle apareció una figura masculina entre las cortinas.

Dan se coló en el dormitorio donde estaba la cama de matrimonio. Estaba sin hacer. Los edredones formaban dos montones. Sabía lo que debía hacer ahora. En la silla que estaba junto a la cuna de barrotes vio el camisón de su madre hecho un gurrño. Se levantó y vio sus ojos oscuros en el espejo colgado sobre la cómoda. Las voces que venían de abajo provocaron que se girara hacia el sonido. Luego abrió el cajón. Solía rastrear toda la casa como un perro de presa cuando su madre estaba trabajando. Metió las cartas de su padre en lo más profundo del bolsillo del mono de trabajo y volvió a su habitación. Apoyó su espalda contra la puerta cerrada y tragó saliva para ahuyentar el llanto, silenció un grito desnudo. Todo estaba como en ruinas, pero nadie le vería llorar. Se acercó a la ventana. Había coches de policía con luces azules al principio de la calle peatonal. Pululaban por allí montones de periodistas. Estaban junto a los coches patrulla, otro en el jardín, otros dos corrían junto a las paredes de las casas de enfrente. Seguramente para llegar al otro lado del bosquecillo. Se podía acceder desde la carretera principal, junto al invernadero. Un intenso sentimiento de pena se hacía fuerte en su interior. Su madre estaba muerta. Esa palabraapestaba. Oía el horrible lamento de Roy que llegaba desde el piso de abajo y el zumbido de las voces contenidas de los policías. Los de paisano también llevaban una especie de uniforme: zapatillas deportivas, camisetas y tarjeta identificativa al cuello. Tenía que estar en la gasolinera dentro de veinte minutos. Podía saltar por la ventana abierta con la esperanza de fracturarse la columna, o quedarse en la cama y taparse con el edredón, pero no serviría de nada. Era mucho peor que cuando tenía que ir al médico de niño: análisis de sangre, inyecciones y el frío metal de la báscula. No era nada comparado con esto.

Se puso de pie y tomó aire, antes de ir como un autómatata a encender el ordenador. La luz azul flameó frente a él. Líneas multicolores oscilaron en vertical sobre la pantalla y el dibujo de una rejilla blanca se sincronizó con las barras de colores hasta formar un paisaje verde, como un campo de golf interminable. No se

sentía vivo. Era como si estuviera hecho de papel o de madera, pero su corazón latía como una piedra negra tras sus costillas.

Cato Isaksen sentía que el sol que entraba por la ventana pinchaba su nuca. Marian le hizo una señal para indicar que había encontrado algo en el móvil de Vivian Glenne. Salieron al recibidor.

–Puede que este caso no se alargue mucho –dijo.

Él echó un vistazo al mensaje.

–Los del departamento técnico tendrán que ponerse en contacto con la compañía telefónica, puede haber otras cosas que se hayan borrado –cogió el teléfono y sacó una bolsa para recogida de pruebas del bolsillo. Roy Hansen apareció de pronto.

–Tengo que llevar a los niños a la guardería –dijo–, lo mejor será que los saque de casa.

Cato Isaksen asintió.

–Enseguida llegará un equipo de técnicos para revisar la casa. Es así como procedemos en casos similares.

–¿Qué buscáis?

–Te informaremos si encontramos algo que queramos confiscar. Tú llévate a los niños a la guardería.

Dan se deslizó para acercarse a la mesa, pulsó el ratón para entrar, eligió un guerrero, dejó que hiciera pie en un paisaje montañoso, le escogió un arma, le llamó Thio y empezó a jugar. Los huecos sonidos metálicos llenaron su cuarto. Su padre quería que su madre le pagara un millón de coronas por la casa. En una de las cartas la amenazaba diciendo que tendría que vender la casa. Pensó en Jonas y lo que había ocurrido el día anterior. Jonas vino con él y con su padre a la sierra de Finnemarka el verano anterior. Habían vivido en una tienda de campaña y asado salchichas en una hoguera. Jonas dijo que era la mejor zona de ciénagas del mundo. Pero su padre había bebido demasiado, tenía un aspecto descuidado, sin afeitarse y con el cabello demasiado largo, pero era lo normal en plena naturaleza.

Mientras Marian cruzaba la carretera para ir a casa del vecino, recibió una llamada de la centralita del servicio de taxis. Roy Hansen había empezado su turno a las 20:57 de la noche anterior. A esa hora le asignaron su primera carrera, en Ekeberg, dijo la mujer que tenía el registro. El reloj de Vivian Glenne se había parado a las 20:58. Así que, aparentemente, tenía coartada, aunque los márgenes

eran muy estrechos y el reloj de la asesinada podía ir mal. Por otra parte, Roy Hansen parecía una persona íntegra.

Cato Isaksen subió al primer piso. Echó un vistazo al dormitorio principal y vio por la ventana la espalda de Marian, que cruzaba la carretera. Entreabrió la puerta del cuarto de baño. La tapa del inodoro estaba cubierta por una funda y la repisa del espejo, hasta arriba de cosméticos. Luego llamó a la puerta del adolescente.

Frank Willmann esperaba la visita de la policía. Y ahora estaban llamando a la puerta. Un timbrazo largo e impaciente, a la vez que golpeaban el cristal alargado de la puerta. Seguro que habían encontrado el mensaje de móvil que Vivian le había enviado. Era el ojo el que decidía lo que los ojos debían ver. Tendría que contarles la verdad. Salió con prisa hacia el recibidor. En el momento en que abrió la puerta notó la corriente que llegaba del jardín. El aire se colaba por su cuerpo como un frío hilo metálico. La mujer asiática, vestida con una camiseta blanca, era bastante menuda. Llevaba una tarjeta identificativa colgada del cuello.

El hombre, cerca de los sesenta, se crecía frente a ella. Su cabello gris con mechones oscuros iba muy re peinado hacia atrás. Debía de haber sido muy moreno de joven. Se presentó.

–Pues será mejor que pases –dijo él con voz grave.

Marian entró en el pequeño y ordenado recibidor. En la pared había una foto de una gran casa blanca con una barandilla de madera tallada.

–¿Sabes de qué se trata?

Frank Willmann asintió.

–Me han llegado rumores, por decirlo así. Suelo decir: no metas las narices en donde no debes.

Le miró. Su frente era alta, puede que fuera inteligente, pero de alguna manera no resultaba simpático. Era una primera impresión y no tenía por qué ser acertada.

–Iré directa al grano. Hemos encontrado un sms dirigido a ti en el móvil de Vivian Glenne.

–¡No tengo nada que ver con este asunto! –apretó los labios y le indicó que pasara al interior de la vivienda–. Se trata de un malentendido probablemente más cercano a la comedia que a la tragedia.

Era una forma extraña de expresarse. Marian estaba acostumbrada a analizar a las personas, estaba entrenada para oír su *otra* voz, la que *no* empleaban para hablar. La experiencia le había enseñado a interpretar las expresiones de los rostros y las reacciones. Estaba claro que tendrían que citar a Frank Willmann para tomarle declaración oficial lo antes posible.

Dan dio un respingo. El policía estaba en su habitación.

–Siento lo sucedido –dijo.

Dan inclinó la cabeza. Su simpatía le provocaba un dolor físico. Unas palabras dichas por un extraño le estaban desgarrando.

Cato Isaksen vio el desorden que reinaba en el suelo y la cama; ropa y revistas en un revoltijo. Un gastado monopatín estaba metido debajo de la cama. Bajo el radiador se acumulaban las pelusas.

–Tu padrastro nos ha contado que un hombre persiguió ayer a tu madre en un coche. ¿Es así?

Levantó el rostro y luego negó con la cabeza.

–Nada de persecuciones. Solo un conductor enfadado. Mamá no conducía muy bien. Mamá echaba la bronca todo el rato. No tuvo nada de especial.

–¿Qué hiciste ayer por la noche, Dan?

–Estuve aquí, metido en mi cuarto, conectado al ordenador.

Cato Isaksen asintió.

–¿Toda la noche?

–Comimos espaguetis y luego me subí –pasó la mano por su mono de trabajo–. Jugué en equipo, con muchos otros en la red, un juego de guerra que duró cuatro horas. Puedes verlo aquí, las horas quedan registradas. Luego bajé a la cocina para hacerme unos sándwiches hacia las doce, luego me fui a dormir.

–Y ese coche de ayer, ¿estás completamente seguro de que...?

–Yo solo sé que mi padre no tiene nada que ver con esto. Roy dice muchas gilipolleces –se levantó–. Viene la tía Rita –dijo señalando la ventana. Cato Isaksen echó un vistazo. Roger Høibakk cruzaba la carretera junto a una mujer.

El salón tenía las paredes pintadas y estaba empapelado en distintos tonos de verde, recargado de mesitas, un sofá de piel, sillas demasiado grandes y un escritorio marrón. Sobre la mesa del salón había un jarrón azul cobalto. Marian tomó asiento y Frank se dejó caer en una de las grandes sillas. El hombre corpulento parecía estar fuera de lugar en la pequeña habitación. Observó sus puños de obrero, que colgaban de unos brazos demasiado largos, no se veían marcas, pero podía haber llevado guantes. Tal vez llevaba la camisa para ocultar heridas y arañazos en los brazos. En la pared, sobre el sofá, colgaban un par de viejos paisajes y en la pared de enfrente antiguos retratos de familia en blanco y negro. Una foto de boda de un Frank Willmann algo desconocido y una joven de rasgos marcados. *El paso del tiempo*, pensó Marian viendo el enorme ramo de novia desparramado, pasado de moda. Otra foto mostraba a una chica en su confirmación. Tenía el rostro ancho, las cejas pobladas, estaba sentada muy erguida sobre una silla con asiento de terciopelo, en un jardín, frente a una vieja casa blanca.

–Lo que puedo contar es que discutió ayer con un hombre que iba en un coche oscuro. Lo vi todo desde la ventana de la cocina. Parecía que la perseguía el mismo diablo. Birgit estaba fuera y vio todo el incidente. Debían de ser algo más de las

cinco, tal vez cerca de las cinco y media. Cierran a las cinco. El centro comercial está abierto hasta las ocho, pero la tintorería tiene horario de verano.

Marian le observaba.

–Nos han hablado del hombre del coche. ¿Pero dónde estabas tú anoche?

Las cortinas oscilaban en la puerta abierta. Todas las superficies estaban cubiertas de figuritas y todo estaba impecablemente limpio, y muy ordenado.

–Estuve aquí.

–¿Toda la noche?

–Sí, Birgit y yo vimos las noticias de las nueve. Nos parece que son mucho mejores que el telediario de la NRK. Luego fui un momento al cobertizo, en el jardín, me gusta estar allí.

Los cojines del sofá parecían antiguos, heredados de alguien a quien se le daba bien bordar rosas. Las cortinas eran recargadas, con volantes y pompones, ambos en un gris claro.

–Entonces, ¿tu mujer lo puede confirmar?

–Sí, Birgit lo puede confirmar. Ahora está en la tintorería.

Rita Glenne se pasó la mano por el cabello corto y les habló con la voz alterada por la pena. Estaba sentada en una silla de cocina, estiró su blusa blanca sobre el pecho y miró alternativamente a Cato Isaksen y a Roger Høibakk.

–¡Qué desordenado está todo! Siempre he dicho que a mi hermana le pasaría algo –las lágrimas desbordaban sus grandes ojos–. Tengo que echar una mano con los niños. Soy enfermera pediátrica. ¿Dónde están Roy y los niños? –Rita Glenne miró a los investigadores y levantó el rostro hacia el techo para que las lágrimas no desbordaran sus ojos.

–Ha ido a llevar a los niños a la guardería, y luego le hemos autorizado a que pase por casa de su madre para contárselo –dijo Cato Isaksen.

–A su madre, ¿ahora? ¿Qué importancia tiene? –le temblaba la voz–. ¿Es cierto que alguien le ha cortado la cabeza?

Roger Høibakk se aclaró la garganta.

–No, no es cierto.

–Vivian siempre ha sido inquieta –dijo secándose los ojos con las manos–. Nuestra madre era muy neurótica y nerviosa, y le preocupaban mucho las apariencias. Nuestro padre nos mantenía instalando persianas y toldos por toda la zona sureste del país. Nuestra madre se quejaba siempre de que era descaradamente infiel. Sacaba ese tema con nosotras constantemente. Está claro que no debía haberlo hecho. Vivian y mamá tenían una relación pésima.

Cato Isaksen la miraba.

–Ya que nos cuentas esto, ¿crees que Vivian tenía una aventura?

Rita Glenne le miró directamente a los ojos.

–Creo que puedo contestar afirmativamente a eso, pero no tengo ni idea de si Roy se ha enterado, es un hombre bastante simple. O, disculpadme, Roy es un hombre de bien, pero un hombre de bien sencillo.

–En ese caso, ¿sabes con quién puede haber tenido esa relación?

–Para ser sincera, varios. Tenía mucho cuidado de no contarme detalles porque sabía que yo, un poco como nuestra madre, siempre la reprendería y le pondría reparos morales.

–¿Y qué hay del padre de Dan?

–Intenté llamarle hace un rato, pero no coge el móvil. Solo se oye un mensaje que dice que está en un lugar sin cobertura. Dan no quiere recibir la Confirmación a causa de Colin. El pobre no soporta la idea de una celebración familiar. He intentado ocuparme de Dan y ahora, de repente, tengo otros dos a quienes cuidar.

–¿De qué manera has intentado ocuparte de él?

–Trabajo en el departamento de pediatría del hospital de Ullevål. No es que haya hecho gran cosa. Dan siempre ha tenido problemas en el colegio. Le cuesta

aprender. Esta primavera atacó a uno de sus profesores. Ha tenido que soportar muchas dificultades, pero es un buen chico.

Dan estaba en lo alto de la escalera. Se le había pegado una pelusa al calcetín. Si la tía Rita pudiera cerrar esa maldita boca. Iba a marcharse. Iría a la gasolinera y por el camino llamaría a Jonas. ¡Ese maldito tipejo del coche de ayer! Y toda la mierda que su madre había soltado por esa boca. Pero ahora estaba muerta. Abrió los puños y volvió a cerrarlos. La nueva novia de su padre, Henny Marie, le había llamado varias veces para decirle que su padre ya no bebía. La última vez fue la semana anterior. Henny Marie era una buena mujer. ¿Pero dónde estaba ahora su padre? Oyó el sonido de otro coche de policía. Se detuvo un momento en punto muerto y luego metieron la marcha atrás y retrocedió.

Rita Glenne recogió los platos sucios de la mesa.

–Cuando Vivian tenía 14 años nuestra madre la pilló con un hombre de 30. Se montó un drama total. Lo peor es que siempre le han excitado los hombres mayores.

–Pero Roy era más joven que ella –Cato Isaksen contempló sus movimientos histéricos.

–Sí, y no le ponía, por decirlo así. Vivian necesitaba sentir un respiro. Vivian estaba en su salsa cuando salíamos de marcha. Y lo pasábamos bien. Espero que entendáis que no era tan simple. Todo tipo de hombres se sentían atraídos por ella. Roy quería que se quedara en casa. Algunas veces iba a buscarla. Entraba en los locales braceando con su uniforme de taxista, un número. Estaba celoso. No tengo ni idea de quién ha podido matarla. Me temo que puede ser un tipo al que haya estado viendo a espaldas de Roy. Dios sabe si Colin es el verdadero padre de Dan. Por decirlo sin rodeos: deberías hacer a sus hijos la prueba del ADN.

¡Mierda de jodida tipeja asquerosa! Dan volvía a tener esa sensación, la de querer cortar algo. Con un cristal. Era como caer en un agujero negro, no había límites. De pronto recordó aquella ocasión del pasado invierno. Estaban en el invernadero tomando una cerveza. No bebían con frecuencia, no estaba *de moda* entre los compañeros de clase, así que no tenía mucho sentido. Cuando salieron el cielo estaba negro como el carbón. Jonas había visto el halo de luz que rodeaba la luna y dijo: *Eso es una señal de buena suerte. Algo va a pasar, Dan.* Y ahora había sucedido. Jonas decía muchas cosas raras, lo sabía todo, era una fuente incomprensible de conocimiento. Ahora Jonas debía ayudarle. Tendrían que cazar

en la vida real, como habían comentado tantas veces. ¡Había llegado la hora!
¡Debían encontrar al cabrón del jersey rojo!

Desde el salón se veía de frente el bosquecillo. Marian se acercó a la puerta del jardín. Sobre la pequeña plataforma exterior se alineaban unas macetas. También había una mesa de jardín pintada de blanco y dos sillas. Detrás del parque infantil temblaban ligeramente las ramas de los abedules.

–Birgit y yo solemos tomarnos aquí fuera el café de la mañana –dijo Frank Willmann–. Construí el cobertizo yo mismo. Colin y yo levantamos el invernadero juntos.

Marian le miró. Vio que tenía las uñas sucias.

–¿Cuál es tu relación con la familia Glenne Hansen?

–Me caían mejor cuando Colin vivía allí, por expresarlo de alguna manera. Vivian echó a Colin hace unos años. Colin y yo vamos de pesca juntos. Hace bastante que no le veo.

Se pasó la mano por el cabello con gesto nervioso. Colin era el único que *sabía*, que conocía su secreto. Colin tenía sus propios esqueletos en el armario.

–¿Y qué pasa con Roy Hansen? –Marian le miraba con intensidad.

–Seguro que Roy es un buen tipo –a Frank Willmann se le oscureció el gesto.

–¿Qué edad tiene Arne Colin Andersen? ¿Es de la edad de Vivian?

–Tiene 56.

–En realidad, ¿por qué te mandó Vivian ese mensaje?

–Pues en realidad tiene una explicación perfectamente racional. Tuvimos una discusión tonta. Birgit trabaja con... trabajaba con ella en la tintorería –se corrigió–, y hace un par de días bebieron vino en la trastienda. A Vivian se le ocurrían tonterías como esa. Birgit no supo decir que no, y yo tengo que protegerla. Birgit es frágil.

Marian le observaba. Presentaba la inflamación del lagrimal que solía ser consecuencia de beber demasiado o tomar pastillas. A Marian le había pasado algunas veces. Últimamente con demasiada frecuencia.

–¿Puedes darme el número de móvil de tu mujer?

–Birgit no tiene teléfono móvil –respondió él–. Birgit es terriblemente anticuada. Tampoco tiene carnet de conducir. Birgit tiene que trabajar sola, ahora que el jefe está de vacaciones y Vivian ha muerto. Puede ser mucho para ella.

–¿Puedo ver tu móvil? –preguntó Marian y Frank Willmann indicó con un gesto de la cabeza la mesa del salón. Le lanzó una mirada oscura cuando ella se sacó del bolsillo un par de guantes de plástico y una bolsita. Luego le pidió el pin. Vio enseguida que estaba borrado el mensaje de Vivian Glenne.

De repente un perro policía ladró alterado. Marian fue hacia la puerta abierta. El animal tiraba de la correa y buscaba pistas por el suelo. De pronto quiso entrar en el jardín de Frank Willmann. El investigador que llevaba al perro se agachó, abrió

la pequeña cancela y le dejó entrar. El pastor alemán se deslizó como una anguila tras la esquina del cobertizo, primero fue hacia las jaulas vacías de los conejos; luego, directo a una pala.

Dan salió sin hacer ruido por la cancela abierta del jardín. La tía Rita seguía en la cocina con los investigadores. Desde el jardín pudo ver cómo dos policías de uniforme conducían a Frank hacia un coche patrulla. Un dolor agudo atravesó su estómago. Frank parecía desproporcionado y fuera de lugar cuando le empujaron hacia el asiento trasero del coche. Dan cruzó la carretera y se refugió en la parada de autobús. Era como estar escondido en un decorado. Alguien había grafitado letras en rojo, negro y blanco sobre la pared azul. Después de un rato se acercó despacio al pequeño grupo de curiosos y se colocó detrás de ellos. Varios eran vecinos que le conocían, pero no se fijaron en él. La vista no alcanzaba hasta el lugar de los hechos. Allí se afanaban cinco policías y, junto a los columpios, había una ambulancia. Cintas rojas y blancas se extendían entre los árboles al principio del bosquecillo. *El lugar* del bosque pesaba en su interior. Oía la voz de su madre en su cabeza, las voces eran como pegatinas en su mente y permanecían para siempre. Deseaba que ella no se hubiera enfadado tanto con Jonas ayer. *Eso* sería lo que recordaría; el momento en el que Jonas bajaba la escalera corriendo y arrancaba el ciclomotor, y el sentimiento desagradable que le invadió después. Se dio la vuelta para marcharse. Eran casi las diez. Iba a empezar a trabajar. La acera se ondulaba delante de él. *Deberías hacer a sus hijos la prueba del ADN*. La voz de su tía se transformó en un mar oscuro en su cabeza. Maldita, maldita tía Rita. Colin *era* su padre.

Cato Isaksen estaba junto a la patrulla en la que iba Frank Willmann. Marian le miraba.

–Willmann ha borrado el sms de Vivian Glenne. Aquí está su móvil.

Rita Glenne seguía la escena desde el otro lado de la calle, de pie en la escalera.

Cato Isaksen cogió la bolsa y se pasó la mano por el rostro.

–Roger, comprobaremos los datos con la empresa de telefonía –gritó–. Llévate los móviles y dáselos a los técnicos –Roger Høibakk cruzaba la carretera–. Debemos repartirnos las tareas y ponernos a trabajar. ¿Te pones en contacto con el fiscal, Marian? Hay riesgo de destrucción de pruebas. Los técnicos deben registrar la casa de Willmann inmediatamente, que al menos se lleven todos los equipos informáticos y móviles.

–Me pondré en contacto con el fiscal y pediré una orden de registro –dijo Marian–. También solicitaré la presencia de un experto en medicina legal que pueda reconocerle en cuanto llegue a la comisaría. Willmann dice que vio las noticias con su mujer a las 21:00, y que luego solo estuvo en su caseta, pero puede perfectamente haber ido al bosquecillo. Probablemente deberíamos ir a esa escuela

de jardinería de Lier lo antes posible. Willmann también vio el BMW ayer, y sigue manteniendo contacto con el exmarido de Glenne.

Cato Isaksen entrecerró los ojos.

–Tendremos que hacer las cosas una a una, Marian. Rita Glenne no para de hablar, ocúpate un poco de ella. Roger ha vuelto a comprobar los datos con la central de taxis. Roy Hansen trabajó hasta las cuatro y media la noche pasada, tal y como afirma. Por cierto que Rita Glenne dice que deberíamos hacerles a sus hijos la prueba del ADN. Parece que Dan se ha ido a trabajar sin avisar de que se marchaba. Su tía dice que trabaja en la gasolinera de Shell. Está claro que no debería estar trabajando ahora. Iré a buscarle y de paso hablaré con la mujer de Willmann en la tintorería.

Dan miraba fijamente los sucios bajos del coche. A lo lejos oyó el estruendo del metro que pasaba. Aún tenía en los huesos el estallido de la tapa del contenedor de basura que acababa de cerrarse. En su mente en blanco todavía reverberaba la misma frase: ¡demasiado tarde!, ¡demasiado tarde!, ¡demasiado tarde! Ya eran las 10:30. Levantó la llave inglesa y soltó el tornillo grande del depósito de aceite, colocó el bidón para el aceite usado bajo el grueso chorro de grasa y empezó a vaciar el aceite del motor. Caía despacio y desprendía un olor intenso. Hasta allí no llegaba la luz del día. Era como estar en el interior de una cazuela con la tapa puesta. Había soñado que se ahogaba muchas veces, y ahora estaba en el fondo. Recordaba cómo solía despertarse en medio de la noche. El colchón estaba húmedo y olía intensamente. Y tenía frío. Pero no servía de nada ir a buscar a su madre, porque su voz enfadada casi le mataba. Desde que se perdió en Finnemmarka a los 11 años no había vuelto a estar tan asustado como ahora. Había dejado las cartas de su padre en la caja de las herramientas. La realidad era como los juegos *Grand Theft Auto* o *Call of Duty*. No sabía si Jonas y él seguían siendo amigos. Tal vez los padres de Jonas se alegraban de que su madre estuviera muerta. Pensó en Batman de Gotham cubierto por su capa, arreglando las cosas en Arkham Asylum. El Joker, Mr. Freeze y Two-Face, todos tenían el mismo objetivo, doblegar a Batman. Y todo el tiempo pensaba: *Vuelve mamá, por favor sé buena y vuelve*. Subió el volumen del equipo de música al máximo y notó que le dolía el estómago. Se encogió sobre el suelo de cemento. Manchas negras se agolparon frente a sus ojos, como si hubiera moscas en el aire, pero pudo levantarse otra vez. Se sentía como si colgara de un frágil hilo, solo en medio del universo. Tenía la espalda helada. Jonas y él arreglarían esto. Las cosas siempre podían ser lo que parecían. Ese cabrón del jersey rojo pagaría por lo que había hecho.

La parcela no tenía más que unos 300 metros cuadrados. La hamaca había conocido tiempos mejores. Una plataforma de cemento empezaba en la escalera y rodeaba parcialmente la casa. Junto a un grifo había un dosificador de jabón líquido, un anticuado barreño de zinc y una sucia pelota inflable.

Rita Glenne seguía hablando.

–He visitado a esos vecinos un par de veces. ¿Por qué se han llevado al hombre en un coche patrulla?

–Encontramos algo en su jardín –informó Marian.

–¿Qué encontrasteis? –se cruzó de brazos–. No sé qué veía Vivian en ellos. Vivian me contaba muchas cosas, pero nunca todo. Pero sé cómo era. Cuando éramos adolescentes mi madre siempre decía que quería hijas guapas, pero no

sexys. Pero Vivian llevaba el horror a cuestras ya desde que empezó el colegio. Mamá ya no está entre nosotros, menos mal.

–Encontramos una pala. ¿Podrías entrar y preparar café mientras yo echo un vistazo? –preguntó Marian.

Rita Glenne continuó como si nada.

–¡La quería tantísimo! Y sus hijos es como si fueran míos. No puedo soportar la idea de lo que ha pasado –cerró los ojos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

–Prepara un poco de café –repitió Marian más seria–, luego volveré contigo.

A la vuelta de la esquina, hacia la pequeña cuestra que daba a la otra fila de chalets adosados, había un trastero como el que tenían varias de las casas. Marian siguió con la mirada a Rita Glenne antes de ponerse los guantes, abrir la puerta del trastero y entrar en él. La luz se colaba entre las tablas de madera de las paredes y dibujaba líneas sobre el suelo. Sabía bien que en realidad era labor de los técnicos criminólogos, pero solo quería echar un vistazo rápido.

Contra una de las paredes se apoyaba una columna de baldas desvencijadas cargadas de trastos. Parecía que alguien había sacado algunas cosas de los estantes a toda velocidad: una manta de lana verde, unas colchonetas viejas de las que se usan para tomar el sol, montones de macetas viejas, todo estaba amontonado en medio del suelo junto a un oxidado cortacésped sin motor. En las estanterías había cajas de cartón con adornos navideños, papel higiénico y rollos de papel de cocina. En una de las baldas había dos bolsas de tierra y un paquete de velas abierto. Un dolor muy leve recorrió su mandíbula. Marian se había acostado con un chico, un vecino de su bloque de pisos, a los 16 años. Ocurrió en un trastero del sótano. Él tenía 17. No sabía por qué se acordaba de eso ahora. Le había hablado a Cato del chico del sótano en una ocasión porque él preguntó si era lesbiana. Se arrepentía muchísimo. Era uno a cero para él. Él nunca le contaba nada personal, pero sabía por los compañeros que unos años antes se había liado con más de una en el departamento. Tenía hijos de dos relaciones diferentes, y se había vuelto a casar por segunda vez con Bente, su primera mujer. Allí estaban las cosas de las que nadie quería saber ya nada: un cepillo sin mango, un cubo sin asa, cables enrollados en grandes manojos. Tiró de una cestita y algo cayó al suelo. Parecía una goma, pero enseguida se dio cuenta de que era un aro para el pene.

El edificio de cristal, en el que se encontraba el cine Symra, destacaba junto al nuevo centro comercial que estaba un poco más allá. Cato Isaksen vio la señal amarilla y roja de la gasolinera desde muy lejos. Dos hombres montados en una furgoneta descargaban un contenedor de recogida de ropa. Una bolsa de ropa usada cayó sobre el asfalto. La gasolinera de Shell estaba justo detrás del aparcamiento, pegada a las vías del metro. Entró y encontró un lugar para aparcar en la segunda planta. Junto al lavadero de uralita, perteneciente a la gasolinera, estaba la entrada al taller, detrás de un gran contenedor de basura verde. Un cartel decía: Servicio rápido de cambio de aceite. Decidió ocuparse del chico primero. Podía esperarle en el coche mientras pasaba un momento por la tintorería.

Dan sintió un tirón en la nuca cuando levantó el brazo para quitar un trozo de tierra de los bajos del coche. Había llamado a Jonas. Se quedó mudo cuando le contó lo que había pasado. Todo lo del día anterior pareció desaparecer y dejar de tener importancia. Jonas prometió que iría. Su voz sonaba fría, pero iba a venir. Tenían que ir a la tintorería y pedir a Birgit que les dejara mirar en el libro de recogidas. Dan había estado suficientes veces en la tintorería como para saber que apuntaban los nombres de todos los clientes. Encontrarían el maldito nombre del cabrón del BMW. Le encontrarían antes que la policía. Podía oír la voz de su madre en su interior: *Un cliente de la tintorería, nada más, uno que estaba descontento con algo. Recogió unas camisas esta mañana. Eso es todo. Una de ellas seguía manchada. ¡Las cosas no son lo que parecen!* Maldita sea, ¡ni hablar! ¡Y una mierda! Las cosas eran lo que parecían. De pronto notó que algo se movía y levantó la cabeza. Creyó reconocer los grandes pies que se veían entre el muro y la carrocería del coche. ¡Frank! Dio un paso atrás y miró por la abertura. No era Frank y tampoco Jonas. Era el policía de antes.

El aire estaba cargado del olor espeso, graso y dulzón del aceite. El local situado detrás del lavadero tenía los muros desnudos y una solitaria bombilla en el techo. Cato Isaksen vio el rostro sudado de Dan Glenne Andersen a través de la estrecha abertura.

–¿Puedes subir un momento, Dan? –dijo.

La pequeña escalera de metal resonó bajo sus pies. Dan se quedó mirándole, como si fuera su enemigo.

–Entiendo que esto es difícil, Dan. Tu tía tiene muchas ganas de que vayas a casa,

y los de la policía podemos ayudarte para que tengas con quien hablar. Alguien que entiende de situaciones de crisis.

–No, no quiero ir a casa. Quiero que me dejen en paz.

La luz entre amarilla y verdosa de la bombilla le hacía parecer aún más pálido.

–Si quieres, podemos llevarte con tu padre –Cato Isaksen puso la mano sobre su brazo. Las comisuras de los labios de Dan se levantaron con una sonrisa vacía y desgana–, de todas formas tenemos que ir a la escuela de jardinería para hablar con él. Solo voy a acercarme antes un momento a la tintorería para hablar con la mujer de Frank Willmann. ¿No habrás sabido algo de tu padre?

Negó con la cabeza, tenía ganas de decir que no podía más, pero en su mente había un pequeño carro de combate. Era negro y duro y tenía una larga nariz de Pinocho en lugar de metralleta. Podía imaginar a su padre encendiendo una hoguera. No sabía si tendría ánimos para volver a la escuela de jardinería.

–No quiero ir con mi padre. No me ha llamado, no me molestes más.

En el interior del centro comercial hacía un calor húmedo y pegajoso. Estaba bastante vacío, solo se veía alguna madre con un niño pequeño y algunas señoras mayores, es que fuera lucía el sol. Con sol la gente espabilaba, desaparecían como murciélagos con la luz del día y se escapaban a las playas o a sus jardines.

Cato Isaksen subió una planta por la escalera mecánica y pasó por delante de una serie de tiendas. Había expositores con ropa de verano rebajada y estanterías con libros y tarjetas de felicitación a lo largo del pasillo de suelo pulido. Se dio cuenta de que Dan desprendía una tensión antinatural, una vibración en el aire casi imperceptible. Algo que se movía por detrás del shock y la pena y que le recordaba su propia sima oscura, ese sentimiento que tuvo cuando se divorció. Recordó algo que había leído en un extraño libro: *Poco a poco pierdes tu propio cuerpo. A causa de la noche en la que penetras o de la luz que se retira. Te deslizas con la mejilla sobre la mejilla, con la frente sobre la ingle. Fluyes junto a la sangre. Porque el rostro no es más que el momento retenido en el que los remos se levantan o hunden en el mar.*

No era extraño que el chaval estuviera al borde del precipicio. Cato Isaksen sudaba y notaba cómo el cansancio taladraba su frente. Llamó a Marian. Ella contestó al momento, y él dijo:

–Tendrás que decirle a Rita Glenne que Dan no quiere ir a casa. Coméntale que los especialistas en crisis irán para allá, y pregunta si necesita también ayuda de la protección de menores. He hablado con el jefe de la gasolinera. Dan no tiene que trabajar si no quiere, pero tal vez sea mejor que tenga algo que hacer. ¿Tú tienes alguna novedad?

–Roger ha hablado con los vecinos que estaban en casa, pero la mayoría se ha ido de vacaciones –dijo Marian–, nadie ha visto nada extraño.

Cato Isaksen volvió a dejar el móvil en el bolsillo y se apresuró hacia el tablón informativo que indicaba dónde estaban los distintos establecimientos. La tintorería estaba en la segunda planta, frente a una zapatería, entre una floristería y una juguetería. La luz del día caía desde un tragaluz y dejaba ver que el tabique de cristal del local estaba lleno de huellas dactilares. Cuando sobrepasó la ancha entrada, sonó un timbre de aviso.

El intenso olor a productos químicos y almidón hizo que le escociera la nariz. Perchas con ropa y dos grandes lavadoras en marcha llenaban el pequeño local. Una figura pequeña y compacta salió de detrás de la cortina floreada que tapaba la entrada a lo que debía de ser la trastienda. Llevaba un guardapolvo azul claro con grandes bolsillos, uno de esos que las mujeres utilizaban en los años setenta. Cato Isaksen se presentó y vio que ella se asustaba.

–No tengo ninguna información que darle –dijo con voz monótona.

Hablaba despacio y su voz era sorprendentemente grave. Su cabello mustio, de color castaño claro, estaba cortado en una media melena y recogido sobre la frente con una horquilla infantil. Los pechos fofos no eran más que una prolongación de su grueso cuello y sus brazos redondos.

–Eso no puedes saberlo hasta que te haya hecho unas preguntas –dijo él.

Birgit Willmann apretó los labios.

–¿Conocíais bien a Vivian Glenne tu marido y tú?

–Bastante bien. Trabajábamos juntas, ella y yo. Eso era todo.

–Debo informarte de que nos hemos llevado a tu marido a la comisaría para tomarle declaración.

Un leve sonido escapó de los labios de Birgit Willmann. A Cato Isaksen por un momento le pareció que sonreía. Bajó la mirada hacia sus manos rechonchas, que abría y cerraba compulsivamente.

–¿Cuánto tiempo estará en la comisaría?

Las lavadoras producían una vibración metálica. Una nauseabunda sensación de que todo se repetía se apoderó de ella. Birgit Willmann pensó que tal vez, a pesar de todo, existía un Dios. Un asesinato no tenía por qué ser premeditado, los asesinatos podían ser accidentales. Un invierno se alargaba hasta durar un año. Una primavera se convertía en verano. Tras el verano volvería el invierno. Se sentía atrapada en un carrusel que iba cada vez más deprisa. Estaba a punto de caerse de él. La pérdida de orientación no era solo una cuestión de navegación. Sus sentidos estaban fuera de control. Todo se atascaba en su frente y dolía.

–Depende de lo que averigüemos –dijo Cato Isaksen, pensando que había algo en Birgit Willmann que le recordaba a Marian.

Entró un cliente y Cato Isaksen se hizo a un lado. El hombre tenía un resguardo y Birgit Willmann apretó un botón del lateral del sistema de perchas que consistía en un tubo de acero en forma de arco lleno de ropa colgada en fila. Luego, registró la recogida en un libro negro que estaba sobre el mostrador. Cuando el cliente se hubo marchado, Cato Isaksen continuó:

–Tu marido, ¿salió de casa ayer por la noche?

–No, creo que no, que estuvo en casa todo el tiempo. Vimos la televisión.

–Pareces insegura. ¿Tal vez podría haberse ausentado media hora sin que tú te dieras cuenta?

Ella negó con la cabeza.

–Nunca va más allá del cobertizo por las noches.

–¿Y estuvo allí?

–Creo que no –dijo ella.

–Hemos encontrado algo en vuestro jardín que el perro policía marcó.

–¿A qué te refieres? ¿A las jaulas de los conejos?

–No, las jaulas de los conejos no. ¿Por qué iba el perro a reaccionar por eso?

–Los animales son raros, notan los olores –dijo ella–. Frank y Colin aún son amigos.

Cato Isaksen intentó interpretar su tono de voz.

–No parece que te afecte mucho el asesinato de tu compañera.

–Sí, sí. Es horrible, pero con Vivian nunca *sabías*, un día podía estar de un humor radiante y al siguiente volverse desagradable.

–¿Cómo «desagradable»?

–Era una coqueta –dijo despacio.

–¿Por qué dices eso?

–Es que estoy muy alterada –se pasó las manos por el delantal. Tuvo la desconcertante sensación de que el peso que solía abrumarla se convertía en bolsas de aire que tiraban de ella para levantarla. Al fondo del local, las dos grandes máquinas iban desacompasadas.

Jonas Tømte dejó el ciclomotor junto a la bomba de aire que había pegada a la pared de la gasolinera. Se arrancó el casco y lo dejó sobre el asiento, estiró la sudadera y se agachó para atarse las zapatillas de *skate*. Dan lo esperaba junto al contenedor de basura con el rostro mortecino. Jonas fue hacia él. Le temblaban tanto las piernas que hasta un septuagenario se avergonzaría. Todo dolía como si fuera de metal y lanzara cuchilladas de dolor a su cabeza. Dos hombres llenaban el depósito junto a los surtidores y el olor a frito de la tienda de la gasolinera salía por los extractores de aire provocándole náuseas. Esta muerte era real, no un juego de ordenador que pudiera interrumpirse a tiempo. Se sintió atrapado en una niebla incolora. Su cerebro trabajaba febrilmente para producir algo que pudiera decir y que les permitiera recuperar su camaradería. En realidad no solo era que Dan le necesitara. Pero, en cualquier caso, cuando sus padres supieran lo del asesinato, seguro que todo se habría acabado.

Dan miró por encima de él, hacia los surtidores. Ninguno de ellos dijo nada. Llegaron otros coches para repostar gasolina. Jonas estaba tan cerca de Dan que podía ver la pelusilla que cubría su labio superior y notar el olor a aceite que desprendía su cabello castaño. Por un segundo paralizante pensó que tendría que darse la vuelta y marcharse, pero entonces Dan dijo:

—Alguien la ha matado a golpes cerca del invernadero, puede que con una pala. Por lo visto hay sangre por todas partes. ¿Recuerdas cuando destrozamos aquel hormiguero?

Jonas asintió. Su cabeza zumbaba como una central eléctrica.

—La muerte, lo que dije de que la vida es la relación entre los pensamientos y la carne. Las agujas de los pinos que ardían.

Dan miró fijamente a Jonas y Jonas sostuvo su mirada. Esas hormigas que entendían que algo horrible había sucedido, se habían vuelto completamente coléricas y no querían saber nada ni del azúcar ni del helado. Algunas estaban de espaldas moviendo las patas. Las llamas se abrían camino hacia ellas. La vida no era más que un brillo, un reflejo. Nadie sabía si había seres vivos en otros planetas. Tal vez las personas fueran como pequeñas hormigas. Los humanos no tenían robots inteligentes con los que medirse.

—Si no hubiéramos estado combatiendo ayer, pensaría que habías sido tú, Jonas.

—¡Joder, Dan!

Dan tragó saliva.

—El madero me dijo que fuera a casa, que ahora no debía trabajar, pero ¿qué voy a hacer en casa? Me quería llevar con mi padre, pero ¿qué pinto allí ahora? La policía va a hablar con él. Mamá está muerta, ¡joder! Noto el olor a sangre en la

garganta. Tengo ganas de vomitar. ¡Han matado a mi madre! –un sollozo seco escapó entre sus labios.

Jonas tragó saliva. Algo se liberó en ese mismo instante y una violenta tristeza lo venció. Miró a los ojos oscuros de Dan. Tenían manchas en torno al iris de un color que recordaba la mostaza o la miel. Imaginó a Vivian, y pensó en su propia madre. Siempre lo tenía todo a punto, la encimera de la cocina estaba perfectamente limpia y su ropa siempre recién planchada. Una piedra de granito oprimía la boca de su estómago y casi no le dejaba respirar.

–Eres mi mejor amigo, Dan. ¿Qué hacía en el invernadero?

–No lo sé, Jonas –él había dicho: *eres mi mejor amigo*. Dan apretó los puños–, tal vez fuera a encontrarse con alguien. Pasa conmigo al taller –se metió las manos con fuerza en los bolsillos y Jonas pasó tras él por la puerta de láminas de plástico flexible y atravesaron el lavadero de coches vacío hasta el taller, donde estaba encendida la bombilla que colgaba del techo de hormigón. Junto a las paredes había bancos con herramientas y sobre el suelo manchas de aceite de muchas formas y matices. En medio de la habitación estaba el foso para el aceite.

Dan se acercó a cerrar el portón, luego se volvió hacia él.

–Mamá dijo que el hombre del jersey rojo había recogido sus camisetas en la tintorería por la mañana. Tienen que tener su nombre registrado allí por cojones, y así podremos descubrir dónde vive.

–¿Por qué vamos a averiguar dónde vive?

Dan le miró.

–Piensa un poco, ¡demonios! Iremos a ver a Birgit a la tintorería y conseguiremos el nombre del hombre de las camisetas. Me tomaré un descanso. El jefe ha dicho que puedo hacer lo que quiera.

–¿Por qué no te limitas a decírselo a la policía? –las náuseas subían en oleadas desde su estómago.

–Encontré unas cartas, Jonas. Mi padre quería que mi madre le diera dinero. Por la casa.

Jonas tragó saliva:

–¡Tú crees que ha sido tu padre, Dan! ¡Crees que ha sido Colin!

Jonas recordó el verano anterior. Las noches en la tienda de campaña. La agradable oscuridad entre gris y verdosa de las noches. Él, Dan y su padre. Dan le lanzó una mirada oscura.

–¿Lo entiendes ahora?

Arne Colin Andersen dio unas vigorosas brazadas. El aire estaba templado, pero no hacía calor de verano. Nubes grises cruzaban vehementes el cielo azul claro. El agua de la laguna le cubría como un manto helado. Las ondas se extendían en círculos y rompían el espejo en el que se reflejaban los abetos, entre negros y verdes, en detalles aislados. La laguna estaba rodeada de pantanos y riachuelos que desaparecían un poco más abajo, en un pinar, y una pequeña playa al final del fiordo de Tyri.

Se sumergió, acababa de comprobar el dique del sistema fluvial de Råvann. El agua de la lluvia se había acumulado. Tenía una pequeña cabaña que estaba construida parcialmente junto al sistema de bombeo, bajo el muro de la presa. Cuando volvió a la superficie sacudió su largo cabello, miró hacia el perro, que deambulaba inquieto entre los troncos de los árboles, y recordó el verano anterior, cuando Dan y Jonas estuvieron allí.

El agua de la laguna tenía un color marrón verdoso y estaba turbia en los sitios en los que los nenúfares habían dejado caer sus semillas. Llegó a una zona de agua más clara. Su ropa estaba amontonada de cualquier manera cerca de la orilla. Aquí nunca venía nadie, así que se bañaba desnudo. Le dolía la herida que le atravesaba la frente. Se sentía libre como un pájaro, pero echaba de menos a Dan. Quince años antes había consolado a Vivian en el paritorio. El amor de padre era espeso como la sangre, contenía sustancias que se encuentran en las hembras de los perros y las ratas. En cuanto las cosas se calmaran, todo volvería a ser como antes. Había llamado a Vivian incontables veces para hablar de Dan, pero ella no quería. *Sé lo que he hecho*, pensó y se sintió en cierta manera purificado. Respondía de todo, no podía arrepentirse. A partir de ahora no tendría que asustar a los de su entorno con la bebida. El verano pasado habían estado sentados en la orilla mirando hacia la luna y las estrellas, Dan, Jonas y él. La noche anterior la luna estaba blanca como el papel, las montañas rojizas y los meteoritos que se habían deshecho contra la superficie aparecían pálidos. Jonas era excéntrico, les había dado una charla de diez minutos sobre que el cuerpo humano estaba fabricado con el mismo material que las estrellas. Pero fueron unos días bonitos. Habían hecho fuego, preparado café en el puchero viejo y comido pan integral con salchichas. Unos días antes le había mandado a Vivian otra carta más sobre el dinero que le debía. Intentó aplacar su mala conciencia con respecto a Dan pensando que luego sería todo más fácil. Dan se merecía todo el consuelo que le pudieran dar.

Se acercó a la orilla de piedras redondeadas, se alzó y se secó con la camiseta. La mochila estaba medio llena de comida, ropa de abrigo y un cuchillo. Echó un vistazo hacia el lugar de la hoguera y de pronto sintió una profunda angustia. El perro se le acercó, y le acarició el lomo. Lo sabía todo sobre los profundos

vericuetos de su propia vida. Era peligroso ser un ser humano, no era muy distinto de ser un animal. El perro se fue corriendo entre los pinos y desapareció. Una repentina llamarada de luz blanca cruzó el cielo. Luego sonó un trueno, pero no cayó ni una gota de lluvia. Se iría a casa. Deprisa. Se alejaría del bosque. Llamó al perro, pero no vino. ¡Ojalá no hubiera captado el rastro de un corzo! Precisamente ahora no estaba de humor para descuartizar un animal de forma clandestina. Se puso los zapatos y miró hacia la piedra plana. Durante la caza de octubre del año anterior le había acertado a una hembra de alce. La partida de cazadores había descuartizado al animal sobre la gran roca plana en la que Dan, Jonas y él habían hecho su hoguera. La sangre del animal se había deslizado por las grietas. Todavía quedaba una gran mancha oscura tatuada en la superficie de la roca junto con los restos de ceniza de la hoguera, que se distinguían ovalados aquí y allí.

La abogada policial Marie Sagen subió con prisa la pequeña cuesta que conducía a la entrada principal de la comisaría. Llevaba un veraniego traje de chaqueta rosa. Eran las 11:25. El edificio era de acero y cristal y una capa de nubes grises se reflejaba en sus superficies alargadas. La recepción estaba llena de gente que iba a solicitar un pasaporte, los que se iban de vacaciones siempre dejaban las cosas para última hora. Echó una mirada a la escultura de acero que parecía un insecto, pasó su tarjeta de identificación por el lector y cogió el ascensor hasta el quinto piso. Cuando llegó a la garita de guardia, Irmelin Quist apareció inmediatamente. Marie Sagen contempló con admiración su cabello gris plata.

–Yo también quiero tener ese color dentro de unos años –dijo tirando de su cabello claro.

Irmelin Quist sonrió.

–¿Quieres beber algo, café o agua? Cato Isaksen me pidió que le llamara en cuanto llegases.

–Tomaré un poco de agua –se alisó la falda. Siempre trabajaba en verano. Como no tenía hijos, dejaba las vacaciones para septiembre. Iría a Italia con un par de amigas.

Roger Høibakk salió a su encuentro en el pasillo.

–Qué bien que hayas venido tan rápido. Hemos traído a una persona en relación con el asesinato de Lambertseter. Se llama Frank Willmann. Un perro rastreó una pala ensangrentada en su jardín. El lugar de los hechos parece el escenario de una ejecución. En el bosquecillo hemos encontrado varias huellas de pisadas de su número y no tiene más coartada que la de su mujer, que dice que estuvo viendo la televisión. Por si fuera poco, ha enviado unos sms que lo vinculan aún más con el caso. Los del departamento tienen todo lo que hemos encontrado de teléfonos móviles. Incluido el de la fallecida. Pero el sospechoso dice que no tiene ni tableta, ni ordenador. Eso suena muy poco probable. Tal vez oculte algo. Seguimos investigando.

Marie Sagen bebió un poco de agua.

–Parece que deberíamos pedir prisión preventiva. Le retendremos, de momento. Puede haber peligro de destrucción de indicios. Sería bueno que pudierais concretar cuál creéis que puede ser el motivo del crimen. ¿Le habéis asignado una celda?

–Sí, eso está en orden. Está irritado, pero tranquilo –dijo Roger Høibakk–, vendrá alguien de medicina legal para verificar lesiones y restos de sangre. Dice que está dispuesto a dejarse interrogar. ¿Llamas a Cato?

Cato Isaksen salía del aparcamiento del centro comercial. Llevaba el encuentro con Birgit Willmann metido en los huesos. Su profesión le recordaba constantemente la excepcionalidad del ser humano. La muerte era la única salida. La mayoría de la gente vivía al margen de eso, mientras que él lo tenía siempre a su alrededor. Y estaba cansado. Solo faltaba una semana. Se pasó la mano por la cara y echó una mirada al retrovisor. Marie Sagen llamó en el momento en que salía a la carretera y le informó de que habían aprobado la prisión preventiva. La conversación fue breve. Llamó a Marian.

–¿Sigues en la casa con Rita Glenne? ¿Ha vuelto Roy Hansen de casa de su madre?

–Sí, estoy aquí. Acaba de llegar.

–Por favor, llévatelo a la comisaría para que podamos interrogarle de forma oficial.

–Sí –contestó Marian–, solo voy a pasear a Birka un momento. ¿Cómo es la mujer de Willmann?

–Rara –pensó en cómo tuvo que sacarle la información convenciéndola con mucha paciencia, pero cuando empezó a hablar, vio que cada vez se lo pensaba más, y cuando supo que se habían llevado a Frank Willmann para interrogarlo, su lenguaje corporal lo dijo todo–. Puede que estemos cerca de la solución, pero Roger tendrá que interrogar a Roy Hansen. Mientras, nosotros nos acercaremos a la maldita escuela de jardinería. Ahora voy hacia la comisaría para montar un equipo. Deberíamos ser 15, pero seguro que no pasamos de 4 o 5.

El sonido del intermitente llenó el coche. Escuchó un trueno que sonaba muy lejos.

–Marie Sagen nos pide que le demos un posible motivo cuanto antes, Cato, pero está de acuerdo con la prisión preventiva. De momento solo tenemos indicios, pero seguro que en cuanto lleguen los análisis de la sangre de la pala tendremos pistas técnicas con las que trabajar. Un experto en medicina judicial examinará a Willmann dentro de un rato. Dejaremos que madure un poco y luego hablaremos con él.

–¿Te llevas tu coche a la comisaría y nos vamos juntos?

–De acuerdo. Tanto Willmann como Roy Hansen cuentan lo mismo del coche oscuro de ayer. ¿Qué ha contado Birgit Willmann de eso?

–Mierda, Marian, se me olvidó preguntarle. Tomemos declaración a Hansen y a Willmann primero, luego podremos poner el coche en búsqueda, si procede.

–Rita Glenne dice que puede tratarse de un amante despedido.

Dan puso las manos sobre los hombros de Jonas y pasó la pierna sobre el asiento alargado. Pasó los brazos alrededor de su cuerpo y apoyó la frente contra el casco rojo de Jonas. Él no llevaba casco. Habían bromeado con ese tema, que su pelo era tan rizado que pararía el golpe en caso de que volcaran. El motor emitió unos leves y agudos sonidos. Los neumáticos se abrieron camino sobre el asfalto. Dan cerró los ojos. La gasolinera estaba a escasos centenares de metros de la entrada principal del centro comercial, pero nunca iban caminando. Jonas se detuvo en el aparcamiento del centro comercial, junto al muro gris. Dan bajó de la moto de un salto y empezó a caminar hacia la entrada mientras Jonas ponía la pata de cabra y se quitaba el casco.

Los chicos aparecieron de repente en la entrada con gesto guerrero. Birgit Willmann oía el eco de la campanilla del detector de presencia en su cabeza. Faltaba poco para las doce. Enrolló la corbata que tenía en la mano y miró fijamente el rostro redondo y pálido de Dan. Se dio cuenta de pronto de que el tabique de cristal que había tras él estaba lleno de huellas dactilares grasientas. Su amigo estaba detrás de él. Llevaba la capucha de la sudadera sobre la cara y era más bajo de lo que recordaba. Los pantalones de Jonas Tømte le quedaban un poco estrechos en la entepierna. Ahora se daba cuenta.

Por un momento sintió que perdía el control. ¿Qué iba a decir? Era posible que Frank hubiera matado a Vivian. Tal vez por eso la miraban de aquella manera. La angustia hizo brotar el sudor en sus axilas. No podía preguntarles cómo estaban. No era adecuado, no guardaba proporción con el horror de perder a una madre. Bajó la cabeza y se encontró con su propia mirada en el ancho borde metálico del mostrador. Su rostro carecía de expresión, era tan hermético que deseaba esquivar su propia mirada. No podía hablarle a Dan de la conversación que habían tenido en la trastienda, del vino y de lo que su madre le había contado. Temía que algo hubiera podido iniciarse allí, algo que provocó los horribles acontecimientos que habían ocurrido.

Levantó el rostro.

–¿No trabajarás hoy, Dan? –indicó su mono de trabajo con un gesto–. ¿Puedo hacer algo por ti? –se libró de la corbata y la dejó sobre el mostrador.

–Puedo estar el rato que quiera –respondió él, y ella se dio cuenta de que su voz se había hecho más grave en los últimos meses. Salió torpemente de detrás del mostrador y fue hacia ellos. Iba inclinada hacia delante, levantó los brazos y presionó por un momento su mejilla contra el cuello del chico.

Ella olía a azúcar. Dan deseaba que aquel instante se prolongara. Sonó el avisador

y un cliente entró en la tintorería. El chico se apartó y se mantuvo en un segundo plano hasta que la señora con los vestidos enfundados en plástico pagó y volvió a marcharse. Dan miró por encima de su hombro.

–Venid a la trastienda, chicos –Birgit Willmann fue por delante y apartó a un lado la cortina de flores–. Sentaos –dijo, quitando de la mesa unos manteles a medio envolver en papel de seda. Sobre el pequeño mostrador de cocina había una cafetera encendida. Sobre un plato había un bizcocho.

–¿Queréis un trozo?

Dan y Jonas se dejaron caer sobre una silla cada uno. Jonas se destapó la cara. Dan se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Una fina cortina transparente tapaba la pequeña ventana.

Birgit Willmann se agachó y sacó una botella de cola de la pequeña nevera. Puso vasos sobre la mesa, abrió la botella y los llenó. Se lo bebieron en un momento. Acaba de sacar tres chaquetas de traje y dos pantalones de la máquina. Se había olvidado de la corbata.

–Es muy difícil que las corbatas queden bien –murmuró–, en realidad las corbatas deberían tirarse cuando se ensucian. Por cierto, la policía acaba de estar aquí. Se han llevado a Frank.

Dan la miraba. Dejó de masticar.

–La policía tiene que comprobar a todo el mundo, Birgit. También van a tomar declaración a mi padre. Seguro que ahora mismo van camino de Lier. Pero *no* ha sido Frank y no ha sido mi padre. ¿Tienes una lista de los que recogieron camisas aquí ayer?

Ella empujó el plato con los trozos de bizcocho hacia ellos, arrugó las cejas y las juntó hasta formar una raya oscura.

Dan se tragó el último trozo.

–No le digas esto a la policía, Birgit, pero un hombre que recogió sus camisas aquí ayer persiguió a mamá con su coche por la tarde. Ayer, cuando llegó a casa, estaba asustada. Tiene que ser *él*.

–Vi ese coche –dijo ella metiéndose las manos en sus profundos bolsillos–, el libro de registro está sobre el mostrador.

Dan se puso de pie y salió a la tienda. Sobre el mostrador estaba el libro de registro. Le dio la vuelta rápidamente.

Birgit estaba justo detrás de él.

–Detrás del nombre de los clientes que han traído camisas hay una pequeña c. Las distinguimos porque luego les informamos de ofertas especiales...

–¿Puedo arrancar esta hoja? –casi se quedó sin voz.

Ella asintió y él la arrancó y la arrugó en su mano. Luego la miró fijamente a la cara. Jonas tenía razón. Era rara. Tenía que ver con su frente ancha y las cejas que casi se juntaban, a pesar de que tenía los ojos más separados de lo normal.

–No le digas a nadie que hemos estado aquí, ¿vale?

Ya eran las doce. Llegaban muchos clientes. El zumbido de sus voces llenaba el centro comercial. Dan y Jonas se abrieron camino por delante de una pareja de jubilados en la escalera automática, lograron bajar y salieron por la puerta principal. El ciclomotor estaba aparcado junto a unas jardineras de cemento. Entre las flores zumbaban unos abejorros. Una señora que llevaba un niño dejó su bicicleta en el soporte cercano y se tomó su tiempo para atarla.

–La poli solo sabe que había un BMW –dijo Dan contemplando la espalda de la mujer–, solo tú y yo sabemos lo de las camisas. Le vamos a pillar, ¡joder!

Jonas volvió a subirse la capucha de la sudadera. El cielo estaba cubierto de nubes altas casi en su totalidad.

–Hemos hablado de *cazar a alguien*, ¿no? Ha llegado el momento, Jonas. ¡Es la guerra!

Jonas tragó saliva.

Dan sintió algo nuevo. Tal vez se encaminaba hacia algo horrible, algo aún peor que lo que le había sucedido a su madre. Pero tal vez pudiera hacer de contrapeso, ser un cortafuego frente al dolor inconcebible.

Alisó la hoja arrugada. Jonas miró por encima de su hombro. El primer nombre era Ragnar Evenes. Además de Evenes, otros dos hombres habían recogido camisas el día anterior. El segundo se llamaba Omar Khan y el tercero, Klaus Bjone. Se pusieron a trabajar sistemáticamente, buscaron los nombres en el servicio de información telefónica de sus móviles.

–Ese no era ningún inmigrante, ¡joder! –Dan miró a Jonas.

–Omar Khan no es.

–Klaus Bjone vive en la calle Konvall 139. En la misma zona que tú, Jonas, pero en el otro extremo.

–Ya me parecía a mí que le había visto antes –dijo Jonas–, pero ¿por qué vamos a...? Pero ¿en realidad qué vamos a hacer cuando encontremos al tipo ese?

–Ya pensaré en algo –dijo Dan.

–La policía tiene un montón de métodos para capturar criminales.

Dan le miró.

–Cállate, Jonas –Jonas tampoco era ningún angelito. Conducía sin permiso. No cumpliría los 16 hasta noviembre, pero su abuela le había comprado el ciclomotor y su padre se hacía el loco.

Jonas se quedó helado. Dan le pidió que condujera y él condujo. Los alcanzó el olor a alquitrán al pasar frente a un acceso de vehículos que estaban asfaltando, el humo azulado que desprendía la apisonadora cosquilleaba sus narices. Sabía un poco sobre distintos tipos de reacciones, sabía que era posible tener varias

personalidades y que en situaciones de estrés podían agudizarse los rasgos de alguna de ellas. Su abuela cambió al morir su abuelo, ahora solo le inspiraba desprecio, vagando por la casa, perdida en su interior. Y ahora Dan estaba a punto de fallar.

Cato Isaksen se desvió en Tranby y condujo hacia Sylling. Marian iba muda en el asiento del copiloto. De pronto volvió a tener la desagradable sensación de estar llena de una neblina gris. El paraje de Lier se desplegaba frondoso frente a ellos. Los campos y los cultivos parecían una alfombra de retales de distintos tonos, desde el amarillo intenso hasta el verde oscuro y el marrón. El cielo estaba cubierto de cúmulos, líneas alargadas pegadas entre sí. Tomaron la carretera a Ringerike durante unos metros y luego giraron para incorporarse a un camino más estrecho. Una bandada de cisnes pasó muy cerca del coche y siguió a gran velocidad sobre un campo de colza amarilla. Eran poco más de las 12:30.

Sonó el móvil de Cato Isaksen. Era Roger. Habían recibido una pista de un corredor que había leído sobre el asesinato en internet. Había visto a Vivian Glenne cuando pasó por la calle peatonal la noche anterior. La describió correctamente. Llevaba una chaqueta roja, minifalda negra y zapatos de tacón rojos. Era fácil recordar una vestimenta así. Eran las 20:45 en punto. Había mirado la hora porque tenía una cita a la que debía llegar puntual. Estaba segurísimo de que era a ella a quien había visto.

–¡Qué bien! –dijo Marian pasándose la mano por la frente–. Entonces tenemos solucionado el tema de la hora. Se reclinó sobre el reposacabezas y notó cómo llegaba la jaqueca, como si allí adentro hubiera un hombrecillo con un martillo. Hasta ahora todo había ido bien, pero de repente sentía un terror helado. Recordó el momento en que solucionaron el difícil caso Høvik el año anterior. El joven lo confesó todo por la manera en que ella le interrogó; como caer desde la nada hasta suelo firme; como si su pasado no fuera algo que hubiera sufrido, sino problemas que le hubieran otorgado para que la enriquecieran. Aparentemente era como todo el mundo, pero no del todo. En una ocasión fue a ver a un psicólogo que le dijo: *Imagínate un armario lleno de armas: pistolas, lanzallamas, bombas, granadas, cuchillos y espadas*. Le preguntó cuál elegiría para defenderse. Ella había cerrado los ojos un instante y luego respondió que el lanzallamas. Pero era la respuesta equivocada. La respuesta correcta era la autoestima, no las armas.

Por la ventanilla entreabierta se colaban distintos olores: vacas, abono, heno, tierra, hierba recién cortada. Un tractor apareció delante de ellos. Cato Isaksen puso la sirena, pero no pudo adelantar hasta que el tractor cogió un desvío. Se volvió hacia ella.

–Tenemos que investigarlo todo, no podemos atascarnos en una hipótesis.

Era como si hubiera leído sus pensamientos.

–Roy Hansen empezó su turno a las 20:49 y Willmann afirma que vio las noticias a las 21:00 –comentó ella.

–Su mujer dice lo mismo –confirmó Cato Isaksen.

–Además, Vivian Glenne tenía una relación muy tensa con su exmarido, tan tensa que le negaba visitar a su hijo. Y luego está el hombre del coche de ayer. Aquí tenemos hilos suficientes para hacer punto un buen rato.

–Pero tenemos tanto la pala de Willmann como el sms que le envió la fallecida. Parece evidente, Marian, pero Dios sabe. En este país hay más de 18.000 mujeres que sufren violencia a manos de maridos y novios.

–La Policía Judicial es muy rápida identificando huellas dactilares. Y el análisis de la tierra y la sangre de la pala seguramente lo tengamos mañana mismo, así que tendremos que cruzar los dedos. También tenemos que charlar largo y tendido con su hijo, con Dan –echó disimuladamente una mirada al asiento trasero donde Birka se hacía la dormida.

–Sí, le dio una paliza a un profesor. Lo contó Rita Glenne.

–¿Ah, sí?

–Dentro de una semana me iré de vacaciones. Insisto en que *me iré* –Cato Isaksen sentía náuseas después de tomarse de un trago el agua sucia que pasaba por café en la comisaría–, no somos suficientes.

–Al menos Irmelin Quist estará en su puesto –comentó Marian con ironía–, supongo que ya no conseguiré que vuelva a darme un documento del archivo nunca más.

–Irmelin vale su peso en oro –dijo Cato Isaksen.

–La soberana del archivo del sótano. Aunque lo que pidas sea del archivo central, interfiere de todas formas. ¡Es increíble que no dispongamos de un archivo central para las pruebas de casos antiguos!

–Eso no es cosa tuya. Creí que ya había quedado claro este invierno.

Volvía a sentirse insegura y a tener la sensación de no dar la talla. Marian bajó un poco la ventanilla y el olor rancio del abono inundó el coche.

–Parece que hay otra tormenta agazapada sobre las copas de los árboles –comentó para cambiar de tema.

El coche camuflado se acercó demasiado al arcén y levantó una pequeña nube de arena. En la cuneta crecían las malas hierbas y florecillas silvestres. Había pequeñas granjas y casas solitarias diseminadas por el paisaje. Y detrás de ellas un muro formado por el bosque de negros abetos.

–Sí que estamos en el campo.

Sonó el tono de sms entrante en el móvil de Marian. Le echó un vistazo.

–Es de Roger –dijo–, ha hecho algunas comprobaciones sobre Willmann. Lleva 30 años trabajando en la gasolinera. No ha faltado casi nunca. Tampoco tiene antecedentes, ni siquiera una multa de tráfico. Pero tal vez no sea tan raro, puesto que no tiene coche. Tampoco tiene hijos.

–Eso que dijo Rita Glenne de que deberíamos hacerles un análisis de ADN a los

niños de Vivian... –dijo Cato Isaksen mirando el GPS–, lo interpreto como un comentario de cómo era ella, no tanto como algo relevante para el caso.

–Podemos esperar y ver si resulta necesario.

–Espero que Ellen y compañía puedan llevar el cadáver al anatómico forense lo antes posible.

En una solitaria parada de autobús había una chica joven con dos niños equipados con chalecos flotadores. Cato Isaksen miró el cartel que decía Finnemarka y se metió por un camino dividido en dos por una franja de hierba.

Jonas puso los pies en la tierra, estiró el cuello y miró por encima del seto de tuyas. Contempló el suelo adoquinado, el césped verde y la puerta blanca del garaje cerrado. La casa era idéntica a la suya, salvo por el color gris en lugar de marrón. En el jardín había un bebedero decorado y un banco blanco. Como si eso fuera a hacer que la casa gris de 200 metros cuadrados pareciera una mansión.

–A lo mejor el coche está en el garaje. O estará trabajando el cabrón ese –dijo Dan consultando su reloj.

–Hay una señora en el ventanal grande del salón –dijo Jonas cerrando los puños sobre el manillar. Le pesaban los brazos.

Dan levantó la mirada para observarla. Estaba esquelética y vestía vaqueros con brillantitos en las costuras. Su media melena oscura estaba surcada de canas.

–Esa de ahí no está bien –dijo Jonas–. Nos mira fijamente, pero creo que no nos ve.

–¿A lo mejor está esperando a que vuelva su marido? –dijo Dan mirando distraídamente el Golf azul que pasaba por la calle, detrás de ellos–. Su mujer tiene pinta de estar loca y enferma –todo le daba vueltas en la cabeza. ¿Qué mujeres conocían que pudieran ocuparse de los pequeños? ¿Cuántos días duraba la pena? Rita era distinta de su madre. A Roy le gustaba, y a los pequeños también. No recordaba haberle dicho nunca nada bonito a su madre. Pensó en Birgit. Cuando era pequeño, le daba cacao y bollos caseros que descongelaba en su anticuado horno. Era como si cada vez que iba a verla, se saliera de la cuneta. Lo notaba en los huesos. Hablaba despacio, como si tuviera que tener cuidado con cada palabra que pronunciaba. Tenía los zapatos deformados y siempre llevaba medias. Frank le había enseñado carpintería en el cobertizo. Frank y su padre eran amigos. Iban juntos de pesca, en Finnemarka. Frank conocía mejor a su padre que él mismo. Tampoco Birgit y Frank iban nunca de vacaciones.

En ese mismo instante un coche oscuro subía por el acceso a la casa. Jonas se echó el casco hacia atrás.

–¡Mierda, es un BMW, Dan! –dijo.

El coche pasó despacio por su lado, giró y aparcó frente al garaje. El hombre que bajó era alto, iba muy erguido y tenía un aire arrogante y seguro de sí mismo. Tenía el cabello canoso y llevaba el mismo jersey rojo del día anterior.

–Es él, ¡joder! –susurró Dan.

El hombre dejó el coche con el motor en marcha mientras abría la puerta del garaje.

Dan sentía cómo el pulso le latía en el cuello. Había muchas fórmulas para arreglar las cosas. Solo tenía que hacerlo todo en la secuencia correcta. Tragó saliva.

–Sé cómo podemos incriminarle plantando pruebas. Si no podemos entrar en el

coche, echaremos la tierra por el suelo del garaje. La policía solo necesita un poco. Lo he visto en la tele.

-No entiendo...

-Luego damos un soplo. Vámonos a tu casa, Jonas. Tenemos que hacer planes. Ahora mismo, Jonas -repitió.

Desde lejos vieron a dos mujeres sobre el intenso verde del césped, agachadas sobre un montón de leña que había descargado un tractor. La pelirroja tenía el regazo lleno cuando se incorporó y miró extrañada el coche camuflado que se acercaba despacio. A través de la rendija abierta en la ventanilla, Marian oía crujir la gravilla mientras cruzaban el jardín, lleno de manzanos, camino de la casa.

La casa de madera marrón, bien conservada, era grande, ancha y alta, con un tejado de cuento cubierto de tejas rojas. Debía de tener un gran desván. Las ventanas estaban rodeadas por un marco blanco y una terraza recorría toda la fachada. A la derecha de la casa había un pequeño granero rojo con una puerta de dos hojas. Había un gallinero junto al granero y un cercado para perros, aunque no se veía ninguno. En el jardín había una larga cuerda para tender extendida entre dos árboles, vacía.

Aparcaron en la explanada de detrás de la casa. Allí ya estaba estacionada una furgoneta oscura. Un gran árbol en el centro del patio creaba una rotonda natural. En la linde del bosque había dientes de león sin flores, campánulas azules y margaritas. Un poco más allá, en un campo que llegaba hasta el bosque, se alineaban cuatro grandes invernaderos. Frente a ellos, pequeños huertos con verduras plantadas en hileras rectísimas. El camino continuaba entre los pequeños cultivos. Detrás de los invernaderos los abetos formaban una pared vertical y oscura.

Birka se incorporó en el asiento trasero.

–Voy a dejar que Birka corra un poco, Cato. Será solo un momento. De paso echaré un vistazo al interior de la furgoneta.

–Me acercaré a aquellas señoras –dijo Cato Isaksen.

La tierra desprendía un olor fresco. Cato Isaksen anduvo entre la alta hierba húmeda, y sus zapatos absorbieron el agua inmediatamente. Les mostró su identificación.

–¿Otra vez caza furtiva? –una de las mujeres, la pelirroja de pelo largo, era robusta y tenía un aire satisfecho. Llevaba las botas de agua verdes con el borde doblado hacia abajo. Vestía una blusa blanca de florecitas y todavía sujetaba los grandes troncos de leña contra su amplio pecho. En cierto modo las dos mujeres se parecían, pero la pelirroja era la más guapa. La otra llevaba el pelo rubio cortado a lo pincho.

–No, no se trata de caza furtiva. Queremos hablar con Arne Colin Andersen –dijo Cato Isaksen mientras intuía a la perra de Marian por el rabillo del ojo.

–Colin no está aquí –dijo la pelirroja dejando caer la leña al suelo–. Soy la compañera de Colin. Me llamo Henny Marie Aas y esta es Yngvil Werner. Somos hermanas.

–¿Dónde está Andersen?

–En algún lugar de Finnemarka –Henny Marie saludó con un breve movimiento de cabeza a Marian, que le había puesto la correa a Birka y venía hacia ellos.

–Se marchó para controlar las compuertas de las presas nada más llegar ayer de la reunión de Alcohólicos Anónimos. Como ha llovido tanto... Luego iba a pescar. Iba a ir hasta el lago de Tyri.

Cato Isaksen la miraba.

–¿Puedes llamarle y pedirle que regrese?

–Nunca se lleva el móvil al campo. No hay cobertura allá adentro. Pero dijo que volvería sobre las 12:00, porque está a cargo de las ovejas del vecino, tiene que llevarlas a pacer y recogerlas, así que si esperáis un poco... –consultó un momento su reloj–. Ya tendría que estar aquí.

–Y el lago de Tyri está por allí, ¿verdad? –Cato Isaksen extendió el brazo para indicar el camino.

–Sí, hay que bajar por el camino de los tractores, pasando los invernaderos. Colin hace de todo. De momento está de baja, pero está volviendo a la vida, por decirlo así.

Cato Isaksen cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

–¿A qué hora volvió Andersen de esa reunión de Alcohólicos Anónimos ayer?

Yngvil y Henny Marie se miraron.

–Puede que hacia las 21:00 –dijo Yngvil–. Estuvo ocho semanas en una clínica de Vestfold esta primavera. Tiene un padrino y le está yendo muy bien.

–¿En qué consiste llevar una escuela de jardinería?

–Damos clases a estudiantes de jardinería –dijo Henny Marie–. Soy ingeniera agrícola, pero en verano cerramos. Bueno, no estamos cerrados exactamente, los invernaderos están llenos de rosas que hay que cuidar y la parcela y los huertos de verduras requieren mantenimiento. Y hay que cortar leña y secarla –añadió.

–¿Conocéis a Frank Willmann?

–Era vecino de Colin. Se ven de vez en cuando. A veces viene en el tren y Colin le recoge en Drammen. Se van de pesca.

Marian dirigió a Birka de vuelta al coche y cerró la puerta. El viento tiraba de las ramas del árbol de la plaza cuando se acercó al granero para echar un vistazo. Sintió el hedor del grano mohoso. Estaba lleno de herramientas: palas, picos, rastrillos y quitanieves. Todo estaba alineado junto a un montón de leña apilada que dividía la habitación en dos.

–¿Qué buscas? –la pelirroja apareció de pronto tras ella. La puerta chirriaba y el sol caía en franjas sobre el suelo, que en algunas partes estaba cubierto de serrín.

–Nada en especial –dijo Marian–. Solo hago algunas comprobaciones. Lo normal en el trabajo policial –sonrió–. ¿Puedes ver si falta una pala?

–¿Una pala? –cruzó los brazos con fuerza–, no falta ninguna pala. Están todas

allí.

–Vale. Entonces volvamos con los demás.

–¿Pero qué significa todo esto? –Henny Marie sacudía el polvo de sus vaqueros–.
¿No le habrá pasado algo a Dan?

–A Dan, nada –dijo Marian–. ¿Cuándo fue la última vez que Dan estuvo con su padre?

Henny Marie movió la cabeza.

–Lamentablemente ha pasado un año desde que se vieron por última vez. La madre de Dan y Colin tienen algunas diferencias.

Marian sostuvo la mirada de Cato Isaksen.

–Entraré en casa contigo para coger el móvil de Andersen –dijo Marian–. Y tendremos que echar un vistazo.

–¿Por qué? –la pelirroja parecía enfadada.

–Siento decírselo, pero Vivian Glenne fue asesinada ayer.

Jonas Tømte tenía una sensación desagradable. El miedo provocaba en él un sentimiento oscuro. Dan iba a destrozarle. Cuando le pegó una paliza al profesor la primavera pasada, se había asustado de verdad. Siempre decía: *no se lo digas a mamá*. Había algo en Dan que no estaba bien. La certeza de lo que quería hacer ahora, plantar pruebas contra el hombre del BMW, lo aterrorizaba.

Dejó el ciclomotor donde solía, bajo la ventana del dormitorio de su abuela, y comprobó que estaba completamente sorda. Su rostro se reflejaba en el cristal de la ventana. Los ojos eran agujeros profundos, se le marcaban los pómulos. Parecía una calavera. Podía ver a Vivian. ¿Qué había sucedido en realidad junto al invernadero? Tomó aire, pero era como si sus pulmones se comprimieran al instante. Podía ser Colin, como creía Dan. Pero también podía ser Bjone. Jonas sospechaba que Vivian había mantenido una relación con él. Instintivamente sabía que Dan también estaba al tanto. Pero, entonces, ¿por qué habían arrestado a Frank?

Dan deslizó la mirada por la pared hacia la gran ventana del salón. El abedul del jardín reflejaba sus hojas en la superficie del cristal. Siempre tenía la sensación de encontrarse en un campo minado cuando acompañaba a Jonas a casa. Solo había estado allí algunas veces. En ese mismo momento vio al padre de Jonas detrás de la ventana. El profesor de Lengua leía sentado muy cerca de ella. Estaba pálido y tenía muchas arrugas. Llevaba gafas de montura de acero y la camisa blanca abotonada hasta el cuello. Tenía la cabeza hundida entre los hombros. Había tenido a Jonas a los 52 años y llevaba corbata incluso ahora, en pleno verano. Nunca subían a la cocina ni al salón, se quedaban en la planta sótano. No conseguía apartar la mirada del padre de Jonas. Dan tenía la esperanza de que el profesor Tømte no hubiera visto que iban dos en el ciclomotor, y esperaba no tenerle como profesor en el instituto.

Un círculo de rayos de sol se abría paso entre las ramas y entraba por la ventana de Jonas. Se conectaron como Thio y Amadeus y jugaron a *World of Warcraft*. Dan se inclinó hacia la pantalla. La guerra se desarrollaba en una calle de una ciudad. Cuando estalló una bomba, el metal de la carrocería del coche se ablandó, se arrugó y se desprendió en pequeños fragmentos. El sonido hueco de la bomba inundó la habitación. Rieron cuando las gaviotas se despellejaron vivas y se deslizaron ensangrentadas por el techo de cristal y el canalón. Por un momento el dolor había desaparecido, pero volvió con una especie de seguridad despectiva. *Te conozco*.

Entró un mensaje en el móvil de Dan. Lo levantó y observó la pantalla.

—La tía Rita —murmuró y vio a su madre en breves *flashbacks*. Su manera de reír, cómo fumaba y apaga el cigarrillo. Y cómo dejaba los juguetes de los pequeños en un revoltijo en el suelo.

–Seguro que Bjone no ha dejado ni un rastro –dijo Dan–. ¿Viste el equipo militar que tenía en el coche?

Jonas asintió. Notó que algo le hacía cosquillas en las profundidades del estómago. Él también *quería* esto. Ahora todo había cambiado. *Me limitaré a hacer lo que Dan quiera*, pensó. Podía oír cómo su padre caminaba por el piso de arriba y levantó la cabeza.

–Ojalá Colin fuera mi padre –dijo de pronto.

Dan sintió una breve felicidad. Se prendió en él una luz, antes de perder intensidad poco a poco y desaparecer del todo.

Ya habían esperado tres cuartos de hora, tomado café en la terraza y decidido marcharse cuando Arne Colin Andersen fue hacia ellos, lleno de curiosidad. Llevaba un perro mestizo negro de largas patas sujeto con una cuerda. Iba vadeando la hierba. En la otra mano tenía un bastón. Andersen llevaba el torso desnudo y una mochila a la espalda. Cuando estuvo más cerca, vieron que tenía un arañazo entre marrón y rojo en la frente. Cato Isaksen miró al hombre y tuvo una sensación en la nuca. Algunas veces se trataba de una falsa alarma, pero podía ir en el coche patrulla y recibir un aviso repentino. Aparcar en un callejón oscuro y sentir que sabía cómo encajaban las cosas.

–¿Qué te ha ocurrido? –dijo Cato Isaksen indicando la herida con un movimiento de cabeza.

–Nada de importancia, solo una puñetera rama en el bosque –llevaba los bajos de los vaqueros mojados. El perro empezó a ladrar.

–Finnemarka es un nombre especial –dijo Marian pensando que Arne Colin Andersen parecía un viejo hippy. Le recordaba un poco al actor moreno de la película *La casa de los ángeles*. Era alto y delgado y tenía los ojos oscuros. Se había recogido el cabello rizado en una tensa coleta. Aunque tenía los rasgos muy marcados y alguna señal de acné aquí y allá, en cierta forma era guapo. Sus zapatos eran aproximadamente un 43 o 44.

Se oyeron los profundos ladridos de Birka desde el coche. Arne Colin Andersen atrajo al perro negro hacia él de un tirón.

–Es una gran zona boscosa con muchos lagos y lagunas, una reserva natural que empieza detrás de la casa y se extiende por varios cientos de miles de hectáreas, desde Lier y Drammen hasta Modum y Eiker.

Marian no sabía nada de hectáreas.

–Tomó el nombre de los finlandeses que se instalaron aquí en el siglo XVII. ¿Quiénes sois vosotros, por cierto?

Cato miró irritado la hora. Pasaba de las 14:30. Las nubes se habían abierto de pronto y un sol amarillo de sobremesa calentaba la pared de la casa.

–Será mejor que lo digamos tal cual –Marian los presentó–. Vivian Glenne está muerta. Asesinada.

Los miró fijamente.

–¡Vivian! ¡Muerta! ¿Cómo es posible? –soltó al perro, que salió corriendo hacia el coche donde estaba Birka y ladró profundamente por la ventana entreabierta.

–¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo? ¿Y qué pasa con Dan?

Cato Isaksen le contemplaba.

–Dan está bien. Pero no quiere verte precisamente ahora. La mataron muy cerca de su casa.

Marian le observaba, intentaba ver alguna minúscula grieta en su personalidad, algo que dejara ver quién era realmente. Buscaba una mirada huidiza, un movimiento nervioso, una intranquilidad que procediera de una mala conciencia. No encontró ningún indicio así, pero ya se había equivocado en otras ocasiones.

–¿Cómo era tu relación con Vivian?

–Seguro que ya lo sabéis –tenía una profunda arruga en el entrecejo.

–¿Puedes darnos los nombres de los que estaban contigo ayer en esa reunión?

–No, es anónimo –dijo dándose cuenta de que Marian tenía su móvil en una bolsa.

–Y también tendremos que llevarnos todo lo que tengas de equipo informático –dijo ella.

Arne Colin Andersen arrojó el bastón, agarró al perro y lo encerró en la perrera.

El recibidor era estrecho y las paredes de madera sin tratar no tenían más decoración que una serie de dibujos de varios motivos naturales hechos con rotulador. Las paredes habían acumulado el calor y desprendían un leve olor a resina. Marian echó un vistazo a la cocina, donde las dos hermanas y una anciana con la cabeza cubierta con un pañuelo blanco preparaban la comida.

Una gran estufa anticuada con manchas negras ocupaba el centro de la habitación. Las ventanas, que daban al bosque, tenían cortinas de cuadros azules.

Arne Colin Andersen estaba enfadado. Cato Isaksen y Marian Dahle le seguían. A ella el olor que llegaba de la cocina le produjo náuseas. Recordó de pronto cómo su madre la había obligado a fregar tazas en el agua en el que habían cocido las patatas.

–Entonces, ¿no tienes coartada alguna? –dijo Cato Isaksen mirando su móvil, en el que entraba un mensaje. Era de Ellen. Habían llevado el cadáver al Anatómico Forense unos minutos antes.

–Solo la de mi perro. Pregúntale a él –dijo Andersen–. La oficina está aquí, al otro lado del salón.

Le siguieron. El salón tenía un aire a campamento con paredes de madera y pósters de plantas enmarcados. La habitación estaba claramente amueblada para servir de aula, con una mesa larga, bancos junto a las paredes y algunas mesitas junto a la chimenea grande y vieja. Y del techo colgaban dos grandes arañas que le daban un aire en cierto modo exclusivo.

El despacho era pequeño y daba al granero. Las estanterías y un gran escritorio llenaban la habitación.

–Aquí –dijo Arne Colin Andersen señalando un ordenador portátil–. Sírvanse, por favor.

Marian se acercó y lo cogió mientras le pedía a Andersen que anotara la

contraseña y el pin del ordenador y del teléfono.

En una vitrina de cristal había una ardilla disecada y en las estanterías se veían cráneos de animales, junto con folios con plantas protegidas por un plástico adhesivo.

Volvieron a salir.

–Supongo que habéis encontrado las cartas. Ahora lo entiendo –una araña se dejaba caer desde el techo en un largo hilo transparente.

–¿Qué cartas? –Marian y Cato le miraban. El sol entraba en vertical por la ventana y teñía el suelo con una ancha franja amarilla.

–Vivian me debía dinero –Arne Colin Andersen cogió aire–. Me he visto obligado a amenazarla con contratar a un abogado. Compramos el adosado de Lambertseter juntos. He calculado que me debe un millón. La casa ahora vale cuatro.

La anciana salió de la cocina pasándose las manos por el delantal.

–Soy la madre de Henny Marie. ¿Queréis quedaros a comer?

–Ha estado cocinando mermelada de frambuesa todo el día –dijo Henny Marie, y abrió la ventana. El aire que entraba estaba caliente, pero más fresco que el que llenaba la habitación. Un gato anaranjado se frotaba contra sus piernas.

Cato Isaksen vio que había finas lonchas de carne en una fuente sobre la mesa de madera y que en otra había una ensalada verde aliñada con kéfir. Una gran masa blanca de harina esperaba a que la levadura hiciera su trabajo sobre una fuente de porcelana azul.

–No tenemos tiempo para comer –dijo Marian apretando el ordenador portátil contra su pecho. Se giró hacia Andersen–. Nos gustaría que te examinara un médico experto en medicina legal. Ahora, hoy.

–Es completamente ridículo –puso los brazos en jarras.

–La herida que tienes en la frente –dijo Cato Isaksen–, tal y como está la situación entiendo que tú también querrás una revisión.

Arne Colin Andersen negó con la cabeza.

–Querrás que te descartemos en este caso, ¿no?

–Estoy cuidando de las ovejas del vecino mientras está de vacaciones. Tengo que recogerlas.

–Decididamente, queremos ese reconocimiento.

Andersen apretó los labios.

–Puedo bajar en la furgoneta cuando haya acabado con las ovejas. O me podéis esperar aquí. Tardaré aproximadamente una hora.

Cato y Marian se miraron.

–Está bien. Ven luego. Avisa en la recepción de la comisaría de Grønland. ¿Sabes dónde es?

–Ya me enteraré –dijo Arne Colin Andersen mirándolos de frente.

Dan comía deprisa. Dos policías registraban la casa. Otras dos personas, un hombre y una mujer, se hacían llamar equipo de crisis. Dan no quería mirarlos, no quería hablar con ellos. De la cocina llegaba un olor dulzón a levadura. Su tía había extendido un trapo de cocina de cuadros sobre el bol de cerámica de la masa de pan. Le miraba. Sus ojos estaban enrojecidos. Las lágrimas volvían a desbordarlos.

–Todo se solucionará, Dan. Pero llevará un tiempo. No debes tener miedo, sería mejor que hablaras con los que entienden de esto, quieren ayudarte.

Cuando ella puso la mano sobre su cabeza, se apartó sintiendo que se asustaba aún más cuando le decía que no tuviera miedo. Se acercó de nuevo a la mesa cuando ella empezó a sacar platitos con embutido. No le gustaba el queso azul, pero el jamón estaba jugoso y olía bien.

–También he preparado unos huevos revueltos. No sé qué hacer, y me da por cocinar. Tengo un dolor de cabeza terrible, pero hay que comer; si dejamos de comer, todo será aún peor. Esta noche habrá pan recién hecho, mientras tanto tendrás que conformarte con unas tostadas. Habla con esa señora, lo sabe todo sobre situaciones de crisis.

Él negó con la cabeza.

–No quiero –en el bolsillo del mono de trabajo llevaba la hoja del libro de registro de la tintorería.

Dio un trago de su taza de té caliente.

–¿Dónde está Roy?

–Está prestando declaración en la comisaría. En el camino de vuelta a casa recogerá a Kenneth y a Sebastian. No tengas miedo.

–No tengo miedo –dijo mientras se levantaba e iba hacia el salón, pero allí estaban el hombre y la mujer que querían ayudarlo. Sobre el sofá había camisetas dobladas y pantalones cortos. Pequeñas prendas amontonadas. Se dio la vuelta. Allí estaba la tía Rita. Su rostro estaba tan blanco como la luna.

–¿No quieres cambiarte, ponerte otra cosa? Ese mono de trabajo está sucísimo.

Negó con la cabeza. Tras la puerta de la terraza un viento suave agitaba el seto. Oyó a los policías moviéndose por el segundo piso. *¿Por qué estaba Roy en la comisaría?* Quiso sentarse en el sofá un momento, pero al instante estaba allí la desconocida y volvió a levantarse.

–Salgo un rato –dijo desde la cocina, donde cogió una bolsa de plástico del armario, la enrolló y se la metió en el bolsillo. Bjone había metido el coche en el garaje. No había cerrado la puerta y había dejado el portón del garaje abierto.

Después de tragarse una caravana mortal desde Høvik hasta el desvío de la

circunvalación número 3, por fin pudo dejar el coche en el aparcamiento contiguo al Anatómico Forense a las 16:47. Birka se puso de pie en el asiento trasero y resopló contra su nuca. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió mecánicamente. En el trayecto de vuelta a la ciudad solo habían intercambiado algunas palabras. Marian había llamado a Ellen Grue, pero los técnicos no habían encontrado ninguna carta de Arne Colin Andersen. Hicieron una parada nada más pasar Høvik para comprar unos perritos calientes, botellas de agua y un café que se habían tomado en el coche. Se identificaron en la recepción y bajaron al sótano en el ascensor.

En el vestuario se quitaron la ropa, se pusieron unos pantalones verdes de algodón y camisa a juego, cubrieron sus zapatos con unas fundas de plástico y entraron en la sala de autopsias. En el techo estaban encendidas las luces de neón. La peculiar mezcla del olor dulzón de la muerte y el metanol resultaba desagradable. Marian miró un momento los azulejos blancos de la pared, donde la intensa luz dejaba intuir rastros casi invisibles de detergente. Ellen Grue y el catedrático Wangen, vestido con su delantal amarillo y redecilla del mismo color, estaban junto a la mesa.

Los auxiliares sacaron de la funda para cadáveres el cuerpo sin vida de Vivian Glenne.

–Muy maltrecha –murmuró Wangen–. Tengo entendido que han encontrado una pala –dijo bajo la mascarilla.

–Sí –confirmó Ellen Grue–, puede que sea el arma del crimen.

Marian tragó saliva. La luz helada lo intensificaba todo. Las náuseas llegaban en oleadas. Wangen afeitó parte del cabello y recogió el resto con una redecilla, dejando que el rostro brillara desnudo y grotesco bajo los surcos de sangre coagulada. Unos grumos negros de tierra húmeda, muchas briznas de hierba pegajosa y unos botones de oro se adherían a la falda negra y la chaqueta roja. Los auxiliares le quitaron la chaqueta.

–Tengo que interrogar a Willmann –dijo Cato Isaksen.

Ellen le observaba:

–El forense que le reconoció no encontró ni heridas ni raspaduras, pero puede haberse cubierto por entero con algún tipo de vestimenta y luego haberla hecho desaparecer.

Marian se incorporó. Vivian Glenne presentaba heridas hasta el principio del esternón. Sobre la mesa habían extendido algo que debía de ser un músculo. Era muy distinto ver el cadáver aquí a verlo en el bosque.

Sabía que se comentaba por los pasillos que era buena interrogando a la gente y que sabía dosificarse. Ella también quería interrogar a Willmann.

El catedrático Wangen no levantó la vista.

–Algunas partes del cráneo están rotas –murmuró–, tiene moratones y derrames en los antebrazos, compatibles con las huellas de una mano. Quiere decir que

alguien ha podido sujetarla. Las marcas son tan intensas que diría que un hombre puede haberla zarandeado, aunque también podría tratarse de una mujer, claro. Por el estado de las lesiones diría que ha debido de suceder antes de la medianoche. El agresor la ha golpeado repetidas veces con la pala u otro instrumento con un borde afilado. Pero tengo que observarlo con más detenimiento antes de confirmarlo. Y lleva implantes de silicona en el pecho, eso puede verlo cualquiera.

Birgit Willmann introdujo la llave en la cerradura. No miró hacia atrás, se limitó a abrir la puerta y meterse en el recibidor. Pensó en el policía que se había pasado por la tintorería hoy para hablar con ella, y cerró con un sonoro portazo. La había mirado como si fuera un vidente. Tiró el bolso, se quitó el abrigo y subió directamente la escalera para ir al dormitorio y mirar por la ventana. Todavía quedaban un par de policías en el área de recreo. Por lo menos se libraba de la algarabía que organizaban los niños en los columpios, aunque ahora, en pleno verano, la mayoría de las familias se había marchado y era más llevadero. Después de cerrar la tintorería se había quedado un rato limpiando y recogiendo un poco, no corría tanta prisa llegar a casa para preparar la comida. Porque Frank no estaba en casa. Le había llamado desde la tintorería, pero no tenía el móvil encendido. Tal vez los policías se lo habían quitado. De repente vio que habían rodeado el cobertizo con cintas rojas y blancas, lo habían acotado, como si fuera el escenario de un crimen. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Parecía que la luz había desaparecido del aire. De pronto, sencillamente lo supo. La policía había estado en su casa, habían buscado y olfateado aquí dentro. Habían entrado en todas las habitaciones. Una leve sensación nauseabunda ascendía desde su estómago. Le pareció notar un olor desconocido, se agachó y miró debajo de la cama. La maleta y las cajas estaban allí. Seguramente Frank había deseado que se muriera más de una vez, porque hacía mucho ruido cuando le daban al asunto. Gemidos y gritos agudos que los vecinos podían oír a través de las delgadas paredes. Frank quería tenerla controlada. El electrochoque ayudaba. De una manera extraña, después se sentía más en paz. El cerebro se desconectaba, los nervios se desconectaban. La válvula de su cerebro se abría y podía respirar. Seguramente no de la manera en que debería hacerlo. No debería sentirse viva, pero a pesar de todo era así. Cuando tomaban café en la mesa del jardín por las mañanas, cuando llegaba un nuevo día y las flores de Frank lucían bonitas. Pero esperaba que sucediera algo. Y ahora había llegado el momento. Un pastor alemán había olisqueado en su jardín hasta dar con algo, algo cromado y con un canto afilado.

Las paredes verdes y la intensa luz de la lámpara le conferían al rostro de Frank Willmann un higiénico destello blanco. Incluso la camisa que llevaba puesta parecía de laboratorio y lucía blanca bajo esa luz.

El joven y pálido abogado tenía ronchas en la cara provocadas por los nervios. Se puso de pie y Cato y Marian le saludaron. El traje le estaba un poco grande. *Un abogado de verano*, pensó Marian. Los bufetes de abogados solían mandar a tipos como estos en los meses de vacaciones. En este caso grababan los interrogatorios en vídeo.

–Son las 18:15 horas del viernes 15 de julio –dijo Cato Isaksen dirigiéndose al micrófono, y pidió a Frank Willmann que dijera en voz alta su nombre y fecha de nacimiento.

Marian se había sentado. A su llegada a la comisaría los estaban esperando varios medios de comunicación. Dejaría que fuera Cato quien iniciara el interrogatorio. No debía irritarlo. Le afectaba que ella tuviera fama de ser buena interrogando. Lo sabía. En algunas ocasiones había conseguido que los acusados hablaran contra todo pronóstico. Varias veces, incluso a falta de pruebas técnicas concluyentes.

Frank Willmann echó un vistazo rápido a la cámara de vídeo que colgaba del techo. No sabía qué le convenía decir y qué le convenía callar. Un médico le había reconocido y habían tomado sus huellas dactilares. Estaba acostumbrado a tomar decisiones, pero no en una situación como esta. Afirmó que no le había hecho nada, que ese sms no quería decir lo que estaban pensando. Había estado un poco pendiente de su ventana en invierno, cuando estaba oscuro fuera y había luz dentro. Ella se había dado cuenta, pero era algo completamente inocente. *Podía haberle llamado cosas peores*, pensó mientras le entraban sudores fríos.

–El perro no me señaló a mí –dijo–. No tengo ni idea de quién ha podido coger prestada la pala –el joven abogado rubio tomaba notas en un cuaderno pequeño y grueso.

La mujer policía que le había visitado antes se aclaró la garganta. Observó la tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello. Tenía la cara surcada por la sombra de la persiana.

–El perro señaló la pala, no a mí –repitió irritado–, tiene que ser totalmente casual.

–La verdad es que en casos como este no hay muchas casualidades –dijo el que se llamaba Cato Isaksen.

–Y ha llovido –añadió la mujer policía–, a pesar de eso el perro se orientó

claramente hacia tu jardín. Y allí estaba la pala ensangrentada. ¿Mantenías una relación con Vivian Glenne?

–No –afirmó él en voz alta. Birgit le había acusado de muchas cosas en el transcurso de los años; era bruto, cobarde, desastrado, olía mal y solo pensaba en sí mismo. La había hecho callar. Pero ahora, en cierta manera, ella estaba al mando, porque él estaba *aquí*.

Los dos investigadores y el abogado le observaban.

–Lo mejor será que digas la verdad –dijo Cato Isaksen.

Imágenes deslavazadas se proyectaban tras su frente. Los gatos que se apareaban en la pequeña granja familiar, el macho que sometía violentamente a la hembra que se quejaba con un agudo lamento y le arrancaba media oreja antes de penetrarla. Frank Willmann ladró:

–Solo pasa en las novelas negras que el malo confiese como pretendéis que yo lo haga. ¿Cómo te atreves a insinuar una tontería semejante? ¿Qué clase de pruebas tenéis? No sé nada de este horrible asunto.

Cato Isaksen gruñó.

–Si no tienes nada que ver con el caso, será mejor que adoptes otro tono. Nos han sugerido que les hagamos la prueba del ADN a sus hijos.

–Sí, hacedlo. Vivian era Vivian. La verdad es que son muy diferentes esos tres chicos. Dan será hijo de su padre y Kenneth se parece a Roy, pero ese pequeño llorón...

–También comprobaremos eso –dijo Isaksen.

Frank Willmann levantó la cabeza.

–¿Cuánto tiempo esperáis que consienta esto? No soy ningún asesino.

Su abogado se encogió un poco.

–Deberías documentar que esto es necesario –dijo.

Marian le miró. Tenía la cara aún más cubierta de ronchas rojas. Se marcaban sus cejas claras.

–Puede llevar mucho tiempo –dijo–, o poco. Eso depende de tu cliente.

–Recordad que Roy tenía que soportar bastantes cosas. No miréis en la dirección equivocada –dijo Frank Willmann.

Cato Isaksen se incorporó:

–¿Puedes explicar eso un poco más?

–Vivian le habló a Birgit de todos los hombres con los que estaba liada. Hace solo un par de días. Birgit estaba verdaderamente alterada. Roy puede haber...

–Así que Vivian Glenne le hizo confidencias a tu mujer, le contó cosas de sus amantes, y ella te lo contó a ti. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Sí, así de sencillo.

–¿Y por qué motivo te envió ese sms?

–Estaba cabreada porque le pedí que dejara en paz a Birgit y porque le eché en

cara todo lo que le había contado. Birgit no es fuerte. Y también puedo decirles que la información que le dio a Birgit no era especialmente sorprendente. Todos sabemos cómo era Vivian.

Marian se puso la mano en la nuca y notó que tenía el nacimiento del pelo empapado.

–Borraste el mensaje que ella te envió. ¿Cómo sabes cómo era Vivian?

–Claro que borré el maldito mensaje. ¿Quién estaría dispuesto a aceptar acusaciones como esa? Mirón, ¿no te fastidia? Pregúntale a cualquiera sobre Vivian. Pregúntale a su exmarido. Id a Lier y hablad con Colin.

–Hemos estado en Lier. ¿Qué opinas de Arne Colin Andersen?

–Colin no tiene nada que ver con esto –dijo tenso–, solo quería decir que él les contaría lo mismo que yo.

Marian se inclinó hacia Cato y le hizo una señal para indicar que debían dejarlo. El interrogatorio iba por mal camino. Cato Isaksen siguió preguntando.

–¿Arne Colin Andersen estaba celoso?

–¿Celoso? Claro que no, ¡demonios! Ya no. Solo estaba hasta las narices. Hemos mantenido el contacto después de que se mudara. Vamos de pesca juntos, nos relacionamos. Es un tío legal. Vivian le prohíbe a Dan que tenga contacto con él. Ya os he dicho que deberíais comprobar lo del BMW ese de color oscuro, ¿lo habéis hecho?

En ese momento golpearon el cristal con los nudillos. Cato se levantó y salió de la habitación para recibir el recado de que el coche patrulla que había ido a buscar a Andersen a la escuela de jardinería no le encontraba. Su novia decía que se había vuelto a ir al campo por algo del sistema de esclusas.

–¡Mierda! –exclamó golpeándose la palma de la mano con el puño–, ¿ese hombre es tonto, o qué?

Se dio la vuelta y miró por el cristal que daba a la sala de interrogatorios. Marian tenía razón. La conversación se había desviado. Debían dejarlo por esta noche. Tenía que reconocer que Marian había hecho una buena presentación sobre técnicas de interrogatorio en aquel cursillo. Planteó la importancia de que la policía no debía tener como objetivo doblegar al sospechoso, sino al contrario, recabar información de esa fuente para asegurarse de que descubriría la verdad. De hecho se habían dado casos en los que el sospechoso había sido absuelto porque se habían empleado técnicas de interrogatorio equivocadas.

El equipo se reunió en la sala. Cato Isaksen suspiró cansado y se dejó caer en una silla con ruedas. Se desplazó hacia atrás. Se agarró al borde de la mesa con las dos manos para volver a acercarse a ella.

–¿Qué podemos decir de Willmann? –sobre la mesa habían extendido fotos del

lugar de los hechos. Marian consultó la hora. Eran las 19:36.

–¿Aún no ha llegado Arne Colin Andersen?

–Todavía no. Irmelin nos avisará –una arruga surcó la frente de Cato Isaksen–, nosotros tenemos su móvil, así que no podemos llamarle.

–Buscaré el número de Henny Marie Aas –dijo Marian mientras enviaba un sms al servicio de información telefónica–, no sé qué decir de Willmann. Mañana debemos poner en búsqueda el coche oscuro.

Roger Høibakk y Ellen Grue entraron en el despacho.

–La declaración de Roy Hansen no nos ha aportado nada nuevo –dijo Roger dejándose caer en una silla–, lleva aquí todo el día. Ahora está en el pasillo. ¿Le mandamos a casa ya?

–Dentro de un momento –dijo Cato–. Primero hagamos un resumen de la situación.

–Por cierto, Arne Colin Andersen tiene una sanción por posesión de cannabis y de alcohol destilado –le interrumpió Roger Høibakk.

–Ha estado en una clínica de desintoxicación y parece que ahora está limpio –dijo Marian. Bajó la mirada hacia el mensaje que entraba en su teléfono móvil. Marcó el número y se acercó el aparato a la oreja–. Seguro que Henny Marie Aas ha apagado el teléfono –suspiró.

Ellen parecía cansada. Arrastró una silla para sentarse y cogió una de las fotos de Vivian Glenne.

–Todavía estamos buscando huellas y objetos por la zona. Hemos precintado el invernadero y confiscado muchos utensilios de jardinería de las viviendas cercanas. Los técnicos han inspeccionado la casa de Willmann. De momento no hay ningún hallazgo. Una revisión rápida con perros en las casas tampoco dio resultado. Vamos, que no han encontrado ni ropa ni calzado. De momento no hemos cerrado el paso a ninguna de las casas, tampoco a la de los Glenne. Nos hemos conformado con acotar el jardín y el cobertizo de Willmann. Pero no se ha encontrado nada en su interior. Unas revistas porno y una botella de licor, eso es todo.

Irmelin Quist asomó la cabeza por la puerta. Vio a Marian y se enderezó, saludó con un rápido gesto de cabeza a los demás y miró hacia Cato Isaksen.

–Arne Colin Andersen no se ha presentado. Te dejo la bolsa aquí –dijo mientras volvía a marcharse.

Marian y los otros tres miraban fijamente la bolsa de plástico. Cato Isaksen parecía avergonzado, y Marian se dio cuenta de que contenía comida.

–No he tenido tiempo para nada hoy –dijo mirando a su equipo. Roger se rio con fuerza. Marian miraba al infinito. Ellen sonrió y dijo:

–Esas cartas que decís que el tal Andersen le ha enviado a Glenne no han aparecido.

Cato Isaksen la miró agradecido.

–Roger, he pensado que tú podrías ocuparte de todo lo que tiene que ver con la economía. Todo lo de Andersen, el dinero, la casa y esas cosas. ¿Pides un coche patrulla que pueda recoger a Andersen en la escuela de jardinería? –consultó su reloj.

–Sí –Roger se puso de pie–, he solicitado a las estaciones de peaje que comprueben si pasó por alguna de ellas el jueves. Por lo que he podido saber, tiene una furgoneta a su nombre.

–Sería un poco extraño que Willmann hubiera vuelto a dejar el arma del crimen en su propia caseta –concluyó Marian.

–Sí –dijo Cato, y añadió–: los Willmann no tienen hijos y tienen 63 y 58 años, respectivamente. Birgit Willmann le ha dado una coartada a su marido, pero no sé muy bien si confío en ella.

Ellen Grue asintió.

–Las huellas del suelo del bosque indican un calzado, aproximadamente, del número 43, pero no es una suela corriente, probablemente se trate de algún tipo de bota. Alguna versión de calzado de invierno. Willmann calza un 44, pero puede haber metido el pie en un 43 sin problemas. El perro detectó la pala por la sangre, pero no marcó a Willmann. Os informaremos en cuanto sepamos algo más de la pala. Está claro que el asesino puede haber utilizado guantes.

Dan dejó la bolsa de plástico vacía en la cama de Jonas. Estaba sobre la colcha de rayas, como un símbolo de lo terrible que ya había sucedido y de lo que harían esa noche. Coger tierra del lugar del crimen. Dan regresaría, pero tendrían que esperar muchas horas, porque ahora en verano apenas anochece. Todo podía resultar terriblemente peligroso, porque la policía podía estar de guardia por allí, pero ellos estaban acostumbrados a hacer las cosas con mucha estrategia. Aunque hasta ahora solo hubiera sido en una pantalla. No había mucha información en la red, no habían publicado el nombre de Vivian; solo decían que una mujer de 36 años había sido asesinada en un claro del bosque, muy cerca del centro comercial de Lambertseter. La madre de Dan era joven, la suya tenía 45. Jonas sentía el cuerpo helado. Pasó con ansia las hojas de un cuaderno y oyó los pasos de su padre sobre su cabeza. Jonas estaba en deuda con Dan. Al menos ahora lo sentía así. Lo que significaban el uno para el otro estaba más allá del tiempo y de explicaciones racionales. Cubrió la hoja que tenía delante de puntos y rayas. Era un trabajo muy laborioso el transformar los puntos y las rayas en imágenes en la pantalla. Escribió una descripción detallada e incluso añadió una coma en el lugar apropiado. Su padre se lo había enseñado, siempre había que puntuar correctamente, incluso aunque se tratara de un borrador. Lo que le había contado Dan de Frank y su pala era horrible. La policía estaba investigando si la pala era el arma del crimen pero ¿qué había hecho Frank con Vivian? ¿Lo estaban haciendo en el invernadero? ¡Follaban como ratas! ¡Qué asco! Notó un escalofrío en los genitales. Frank le había conseguido a Dan el trabajo del taller. A Jonas no le hacía falta trabajar, su padre le daba dinero si prometía dedicarse a estudiar. Aunque el foso del garaje era un lugar silencioso, un buen lugar para idear juegos de ordenador. Y un buen sitio para estar completamente en paz. Pero Dan creía que había sido Colin. Cuando Jonas fue con ellos a Finnemarka el verano anterior, vio a Colin descuartizar un corzo. ¡Ojalá no tuviera esa sensación tan extraña en el estómago! El lugar del crimen debía de tener un aspecto espantoso. Por lo que contaban en internet, se deducía que Vivian estaba en muy mal estado. *No* pensaba ir por allí. Dan tendría que ir solo a coger la tierra, se tendría que meter entre las hojas ensangrentadas él mismo.

Sonó el móvil de Marian. Le echó una mirada.

–Es Henny Marie Aas. Voy a conectar el altavoz –lo cogió y dijo muy brevemente–: ¿Sí? –los investigadores aguardaban en completo silencio.

–Colin tenía que arreglar algo de las esclusas debido a la lluvia. Me ha pedido que los salude y les diga que mañana iré por allí.

–Debe presentarse aquí a primera hora –dijo Marian secamente–, estábamos a punto de enviar un coche patrulla a recogerle. Si no viene, nos pondremos en contacto con la comisaría de Drammen y de Buskerud Sur.

–Irá mañana, seguro.

Cato Isaksen asintió con un gesto casi imperceptible.

–Bien. Entonces esperaremos –Marian se levantó y salió para detener a Roger.

Cato Isaksen dejó las manos en el regazo.

–Es muy importante que consigamos traerle antes de que se le cierre esa herida de la frente, ¡joder!

Ellen le miró interrogante.

–¿Así que estaba herido?

–Tenía un arañazo en la frente. Vivian Glenne tiene dos hijos con el taxista, además del chico de 15 años, Dan, que es de su matrimonio con Andersen. La hermana de la fallecida dice que Vivian Glenne probablemente tenía amantes. También comentó que deberíamos hacer la prueba del ADN a sus hijos, pero esperaremos para tomar una decisión. Lo entendí más bien como una explicación de cómo era su hermana.

–Sí, pero podemos hacer una prueba de saliva –dijo Ellen Grue–, los niños en ningún caso se darán cuenta. Puedo intentar tomársela mañana y a Roy Hansen también.

–Puedes hacerlo ahora –Cato Isaksen señaló hacia el pasillo–, está ahí afuera esperando una indicación de que puede irse a casa.

Marian volvió y se sentó en el borde de la mesa.

–¿Cuánto tiempo tardan en llegar los resultados?

Ellen suspiró.

–Lo haré mañana, mi maletín está abajo, en el coche. Después puedo ir directa al Anatómico Forense con las muestras. Pero estamos en época de vacaciones, así que puede que lleve unos días.

Marian se levantó para ir a su despacho. Birka iba pegada a sus talones. Roy Hansen seguía esperando sentado en un pequeño sofá. La miró asustado, como si pensara que iba a contarle algo aún peor, y se levantó tambaleándose.

–¿Cómo te va? –preguntó Marian–. ¿Te han dado algo de comer?

–Sí, una señora de pelo gris se ha ocupado muy bien de mí. Pero Rita ha tenido que recoger a Kenneth y a Sebastian de la guardería, porque no me han dejado marchar. Los chicos ya se habrán acostado. Esto es demasiado para mí. ¿Puedo pasar por la ciudad para ver a mi madre?

–Asumo la decisión de que puedes irte, eso es todo. ¿Sabías que el exmarido de Vivian opinaba que tenía derecho a una compensación económica por su parte de la casa?

Él se puso de pie.

–No.

Pasaron dos policías de uniforme.

–Decía que ella le debía un millón de coronas –dijo Marian.

Roy Hansen negó con la cabeza.

–Vivian estaba cada vez más cabreada con él. No ganaba mucho en su trabajo de la tintorería, y solo la guardería de los dos niños ya cuesta varios miles al mes. Colin no le ha pasado ni una corona de pensión, y ahora pretendía que Vivian le pagara su parte de la casa. Vale, compraron la casa juntos y se habrá revalorizado, pero él se habría limitado a beberse el dinero, seguro.

Marian asintió comprensiva.

–Ya volveremos sobre ese tema, pero ahora debes marcharte. Nosotros seguiremos trabajando hasta tarde. Ahora voy a escribir un informe.

Roy Hansen asintió y estaba a punto de irse.

–Por cierto, solo una cosa más. ¿Qué tal te llevas con Dan, en realidad?

–Bien. Sin problemas. Nada especial –dijo Roy Hansen frotando sus manos sudadas entre sí–, pero es bastante duro con sus hermanos pequeños. El otro día obligó a Sebastian a comer mostaza.

El olor a moho y podredumbre impregnaba el aire de la buhardilla. Arne Colin Andersen estaba tumbado al fondo, donde se encontraban el techo y el suelo, y oía el crujido de pies contra la gravilla por las grietas de los tablones del suelo. Había mucha gente corriendo ahí abajo, policías que iban en todas las direcciones. Coches que se detenían y la voz de Henny Marie que gritaba algo. Parecía algo así como: *¡No, no le he visto!* Se quedó inmóvil esperando que sucediera algo inesperado, algo que le transportara a otra realidad. *¡No está aquí!*

Se había metido casi entero en un saco de arpillera, había tirado de él hasta taparse los hombros. Miraba los dibujos de la burda madera del techo. Las espirales de un marrón rojizo se alineaban como rostros en medio del gris que le cubría. Pequeños animales aparecían a intervalos regulares, como roedores de dientes afilados y otras criaturas más grandes y peligrosas. Las golondrinas habían hecho sus nidos bajo el alerón. Podía oírlas. Oía cómo se agitaban, trisaban y entraban y salían volando.

Estaba tumbado detrás de un montón de viejas ventanas. Bien escondido de aquellos que no conocían el lugar. También había un montón de ropa vieja. En el desván siempre tenía la sensación de estar muy arriba, lejos de todo.

Le dolían las caderas; se estiró para buscar una postura más confortable. A su lado estaba la botella. La miraba, no se decidía a sacar la mano del saco y agarrarla. Estaba a medio metro de él, a su alcance, se elevaba como una serpiente de cascabel venenosa, lista para atacar. Dejó que su mirada se deslizara por el suelo del desván y subiera por la pared inclinada del lado opuesto, hacia la pequeña ventana ovalada con el travesaño en forma de cruz. El cristal era viejo y grueso y deformaba las nubes y el cielo plano de un gris plomizo. Cerró los ojos con fuerza y vio ante él a Vivian. Con su camisón blanco. Era como si aún estuviera tumbado allí, en el olor de sus sábanas. Sus mejillas y su cabello, que cubría su rostro hecho una madeja, su rostro aún hinchado por el sueño. *Ella dormía.* Ella siempre podía conciliar el sueño. Lo echaba de menos; el silencio sanador de su respiración en la almohada contigua. Y el pequeño rostro de Dan, con los grandes ojos oscuros, las manos que se movían hacia él y le rozaban. Nunca estaba quieto. Sus ojos giraban. Su cabeza se deslizaba por la almohada o caía hacia los barrotes. Hacía ruido y se retorció, movía el chupete y sacudía su osito de peluche. Su sonrisa dibujaba alas detrás del chupete y lo hacía caer. Recordaba como felices esas noches de luz grisácea, aunque al día siguiente tuviera la cara surcada de arrugas por el cansancio, y aunque de alguna extraña manera siempre sintiera que estaba en otro lugar, indefinido y nervioso. Solo era el tipo que rondaba por allí, ese en quien Vivian no podía confiar, el que siempre la liaba. Y Dan que era pequeño. Y tenía miedo. Incluso cuando estaba sobrio, el niño a veces le miraba y se echaba a llorar. Pero también

habían tenido noches de verano felices; con vino y faroles con velas en el jardín trasero cubierto de vegetación. Incluso entonces pensaba en la putrefacción. Era como si estuviera contagiado. Y Dan era listo; sorprendentemente grande y sabio. Ese niño pequeño se parecía mucho a una persona de verdad. Mezclaba leche y mostaza y lloraba furioso por lo mal que sabía.

Estaba tumbado de espaldas. Oía al perro, que ladraba lastimoso en el corral. Todo era culpa suya. A su lado estaba el osito de peluche marrón de Dan. *Tienes que buscar nuevas amistades*, le dijeron en la clínica. Encontrar *gente nueva*. El enfrentamiento pasaba de ser una lucha entre dos maldades a enfrentar dos tristezas. Pero tenía a Henny Marie. Pero ahora Vivian había muerto. El campo era su terreno. Pero ¿durante cuánto tiempo podría esconderse allí?

Entonces oyó los pasos en la escalera. Estaban subiendo. Llegaba la policía. La angustia se enroscó en su columna vertebral, como si fuera una alambrada electrificada. Alargó la mano y cogió el peluche. Lo apretó contra su pecho. Luego, agarró la botella.

Birgit Willmann estaba en la cocina vestida con una bata rosa y zapatillas adornadas con cabezas de gatito. El reloj de la pared indicaba que había pasado la medianoche. No podía dormir y se había vuelto a levantar, abrió una lata de caballa en tomate, pero de pronto le produjo náuseas, le hizo pensar en sangre. Aun así cortó dos gruesas rebanadas del pan integral que estaba sobre la tabla y decidió colgar la foto en la pared. Ahora, simplemente, hacerlo. Frank no podía detenerla. No estaba allí. Se agachó sobre la mesa de la cocina y miró hacia la casa de Roy. Ya solo quedaba el taxi. La policía se habría llevado el Ford. El pobre esta noche no conducía. Encendió la radio. Una voz hablaba de tortugas que salían del mar e iban tierra adentro porque confundían la luz de las farolas con la luna. Era en otro país, un lugar cálido donde las noches eran oscuras. Con frecuencia Frank se colocaba junto a la ventana y miraba hacia la casa verde. Frank desprendía una ira reprimida que se metía en todos los rincones y cambiaba el color del papel pintado del salón. Podía leerla como un libro abierto, olía su arrepentimiento, comprendía que *algo* le había dicho a Vivian, pero no podía saber *qué*. Había intentado esquivar su mirada inquisidora, pero tenía una intensa sensación de que podía ver en su interior. Así que se vio obligada a dar explicaciones. Ahora pensó que eso fue lo que desencadenó los acontecimientos, que por eso Vivian estaba muerta.

De pronto vio a Dan. Caminaba al otro lado de la calle. Estaba oscuro, pero las farolas iluminaban la acera. Iba deprisa y vio que llevaba algo en la mano. ¿Qué hacía el pobre chico en la calle tan tarde?

Desapareció, se convirtió en una sombra que huía. Ella deseó una mente vacía. ¡Todos los recuerdos perdidos! Pero no por eso dejaba de anotar cosas en el cuaderno naranja. Había cubierto las páginas con breves anotaciones, como lo había hecho toda la vida, en muchos cuadernos. No era fácil para los demás interpretarlos. A veces escribía sobre el tiempo y sobre pequeñas compras que había hecho, y qué había cogido para los conejos. *Pienso del tipo 1 o del tipo 2. Enterrado: 5 pasos, el árbol grande. Enterrado: zona de helechos. Le cogió el perro. Hoy llegó la helada, pero para mañana han anunciado menos frío. Octava vez este mes. Agosto. Enero. Marzo.* Sabía que si alguien encontraba sus anotaciones podía resultar peligroso, pero la policía no las había mirado. Y a su casa nunca venía nadie. Pero ya no pensaba tolerar que no le dejara tener todas sus fotos colgadas en la pared. Él ya no mandaba. A lo mejor, ya no volvía. Subió la escalera con la rebanada de pan en la mano, entró en el dormitorio, se agachó y se dejó caer de rodillas junto a la cama de matrimonio, se metió el último pedazo en la boca y tiró de la maleta. Frank quería que lo tirara todo. Pero ella deseaba, en algún momento, volver al origen. Las fotos estaban cuidadosamente ordenadas en montoncitos envueltos en papel de seda y atadas con cintas antiguas. La colgaría junto a la foto

de su confirmación, esa en la que estaba sentada delante de la casa y llevaba un vestido blanco. Levantó la foto enmarcada. La foto mostraba a un chico con una chaqueta de punto y a una niña con un lazo en el pelo.

Ya era cerca de la medianoche cuando Marian cogió el coche y se acercó a Ekeberg, a Jomfrubråten, donde estaba la zona acotada para perros. No había nadie más allí a esas horas, y eso le venía bien. Birka corrió unas cuantas veces arriba y abajo en la luz del anochecer, olisqueó un poco y se quedó mirándola. Marian temblaba ligeramente de frío e intentó ordenar sus pensamientos. El caso nuevo era como otros muchos: poco claro. Los agentes de Drammen no habían encontrado a Arne Colin Andersen en la escuela de jardinería. Habían registrado la casa desde el sótano hasta el desván y también habían inspeccionado parte del campo de los alrededores. Si el tipo no se presentaba al día siguiente, tendrían que utilizar métodos más contundentes para localizarlo. Cuando ella se marchó, Cato y Roger aún estaban trabajando. Ahora ya casi había llegado a su casa de Solveien, en Nordstrand. Su casa estaba a tan solo unos minutos en coche del lugar del crimen en Lambertseter. Decidió coger el camino que pasaba por delante de la casa de color verde claro. Pasó despacio por delante y miró hacia el interior.

Todo parecía tranquilo. Menos mal que Roy y los niños tenían a Rita Glenne. Condujo carretera arriba y tomó a la izquierda en el cruce. Junto a los contenedores de recogida de ropa le pareció de pronto reconocer a una persona que caminaba por el borde de la carretera, un poco más adelante. Se agachó y aguzó la vista.

Parecía Dan. Tenía que ser él. Aparentemente llevaba una linterna en la mano y andaba de una manera especial, como si quisiera hacerse invisible. Cruzó la calle antes de que pudiera alcanzarle y desapareció en dirección a la gasolinera. Aceleró, miró por el retrovisor, hizo un cambio de sentido y entró en la explanada que había frente a la gasolinera Shell. La zona estaba iluminada. Aparcó junto a los surtidores y bajó de un salto, pero no vio ni rastro de él. ¿Había entrado en la gasolinera? Miró hacia las ventanas, pero no pudo verle allí adentro. Bajó del coche y se acercó a la puerta que daba al taller. Estaba cerrada con llave. En la parte de atrás del edificio la reja estaba bajada. No había nada abierto. Entró en la gasolinera y le preguntó a la mujer del mostrador si Dan Glenne Andersen podía estar en el taller. Ella lo negó con un gesto, dijo que ahora estaba cerrado pero que Dan volvería al trabajo al día siguiente y que todo aquel asunto era horrible. Marian esbozó una sonrisa, volvió a salir y echó un vistazo detrás del gran contenedor para residuos que estaba junto a la valla que daba a las vías del metro. No podía haberse esfumado. Volvió al coche y buscó su número de móvil en el servicio de

información. Pero cuando le llamó recibió la respuesta de un contestador automático.

Una oscuridad transparente de verano cubría la zona residencial como una capa. Jonas empujó su ciclomotor hasta la carretera. Vestía unos vaqueros gastados y un chubasquero oscuro. En lugar de girar hacia la derecha como solía, fue hacia la izquierda, hacia la casa de los Bjone. Sus padres dormían. Se giró y echó una mirada a su abuela, que estaba despierta, asomada a la ventana de la planta baja. Se limitaba a dar vueltas. Siempre que le preguntaba qué tal estaba contestaba solamente *no muy bien*. Últimamente era todo lo que decía. No se chivaría.

Dan caminaba a su lado preguntándose hasta qué punto conocía a Jonas. Las plantas de los jardines que se sucedían en filas, parecían sombras oscuras en contraste con el cielo nocturno, de un gris profundo. Empujaron el ciclomotor unos cincuenta metros antes de que Jonas encendiera el motor. Dan saltó sobre el asiento y se apretó contra su espalda.

–¿Estás temblando, Jonas?

–No. ¿En qué piensas?

–Estoy seguro de que a mamá no le gusta estar muerta. Me pregunto si estará en el infierno.

El sonido que surgía a borbotones del motor partió en dos el silencio de la noche. El aire llevó hacia ellos el aroma de hierba recién cortada. Jonas conducía en línea recta.

–El infierno no existe. Eso es solo un invento. La muerte es un proceso biológico, una variación espontánea. Bum, se acabó. Pero ningún muerto añora volver.

–¡Calla la boca, Jonas!

Dan pensaba en la muerte. Todos amamos a alguien y no tiene ningún sentido echarlos de menos. La gente no vuelve. Es desperdiciar tus energías. Pero Jonas decía un montón de cosas repugnantes. Antes había empezado a desbarrar sobre que era bueno para el posterior desarrollo de un adolescente pasar por un shock postraumático y otras chorradas parecidas. Y todas esas tonterías sobre los frontales y una zona que se llama amígdala y otra con forma de almendra. Menudas gilipolleces de mierda. Había muchas cosas de Jonas que a Dan no le gustaban.

Jonas frenó frente a la casa de Bjone. Todas las ventanas estaban oscuras y la puerta del garaje bajada. Apoyaron los pies en el suelo un momento.

–¿Estás seguro de que debemos ir y recoger esa tierra? ¿Y si nos sale mal?

–Todo es posible si uno quiere que lo sea, Jonas. Espera un momento –Dan pasó la pierna sobre el asiento, se deslizó por la verja abierta y se agachó contra el muro del jardín que daba a la entrada. Jonas adelantó la moto un poco más.

Dan se arañó la mejilla derecha con el seto de abetos que había detrás del muro. Tiró de la manga hasta taparse la mano derecha, echó una mirada a la casa, agarró el

manillar cromado de la puerta del garaje e intentó abrirla. No se movió. El garaje estaba cerrado.

Volvió corriendo a la moto y saltó sobre ella.

–¡Mierda! –dijo, y Jonas volvió a acelerar.

–¿No podríamos limitarnos a contarle a la policía lo de Bjone, que siguió a tu madre? ¿Tenemos que coger la tierra? ¿Cómo vamos a conseguir meterla en el coche de Bjone si el garaje está cerrado?

–¿Somos amigos o no somos amigos? –Dan notaba el roce de la bolsa de plástico que llevaba sujeta bajo la cintura del pantalón contra su piel desnuda.

–La policía cree que ha sido papá. *Es Bjone*. Vendremos mañana. Durante el día no cierra el garaje. Después llamaré a la policía desde una de las cabinas del centro comercial y le denunciaré.

–Encontrarán tus huellas a la entrada del bosque, Dan. A quien han detenido es a Frank.

–Ya han terminado con la búsqueda de pistas, los perros no están. Me arrastraré de rodillas y luego tiraré el mono. Tengo más. ¡Conduce hacia el bosque ya!

Marian aparcó frente a la casa de Solveien y dejó salir a Birka. ¿A lo mejor no era a Dan a quien había visto, después de todo? La verdad es que estaba tan cansada que veía doble. La casa de estilo funcional tenía una localización perfecta, con bonitas vistas hacia el fiordo de Bunne. La habían construido en el jardín de un gigantesco chalet suizo. Entró pasando por encima de todos los cartones que había en el recibidor. Juha estaba allí. *Somos como un viejo matrimonio*, pensó, tirando las llaves del coche. Se quitó la cazadora y se descalzó las deportivas de un golpe.

–Estaría bien que mañana te llevaras alguno de los palés y los cartones del salón, Juha, y que quitaras el plástico de alguno de los muebles. ¿Cuánto tiempo crees que va a llevar esta reforma? Tal vez deberíamos contratar a alguien más.

Juha se pasó la mano por la cabeza pelada y brillante.

–Tendrá que llevar el tiempo que sea necesario. Los precios se han disparado y estamos en plenas vacaciones, nadie quiere trabajar en estas fechas. ¿Cómo va el caso?

–No dejaré que nadie me vea muerta –dijo Marian recordando las fotos de la fallecida Vivian Glenne y sus pechos de silicona. Ella era casi plana. Resultaba igual de humillante–. No puedo imaginarme nada más penoso, estás indefenso tirado sobre una mesa de carnicero.

Fue a la cocina, agarró una botella de vino abierta, llenó un vaso y salió a la terraza que tenía frente a la piscina. Birka olisqueaba por el jardín. De pronto recordó que Cato aún no le había enseñado a abrir puertas con una ganzúa. Se lo había prometido el invierno pasado cuando se alejaban en coche de la escena del

terrible crimen en Enebakk. A ella le había dado una paliza una banda de Europa del Este que almacenaba droga en una tienda clausurada. Cato la había salvado en el último momento y habían capturado a una asesina. No todos los asesinos eran hombres. Marian se había sentado muy cerca de la asesina en el asiento trasero, sintiendo su respiración asustada contra su cuello. En ese momento había pensado en este jardín; los arbustos de escaramujo y el agua azul turquesa de la piscina, y había deseado que llegara el verano. Ya era verano. La asesina y ella habían hablado del método del domador de leones. La teoría del tigre, como la llamaba Marian: *el domador debe colocarse directamente bajo la luz de los focos de la pista, dejarse ver y no tener miedo*. Se pasó la lengua por los labios, se sentía demasiado cercana a los asesinos con los que había tratado. Su cerebro respondía inconscientemente a las señales que emitían. La policía no debía tener ese tipo de sensaciones. No percibía ninguna vibración de ese tipo frente a Frank Willmann pero, por supuesto, también se podía equivocar. Si el asesino era tan hábil que podía percibir sus sentimientos, perdía la delantera. Había otra teoría más: *Cuanto más débil pareces, más peligroso eres*. Al día siguiente pasaría por la tintorería para hablar con Birgit Willmann. Le preguntaría por el hombre ese del coche. ¿Había sido Vivian Glenne la amante de Frank Willmann? Echó un vistazo a la piscina, que estaba hasta arriba de trastos con dos escaleras de mano, botes de pintura, plástico y una mezcladora de cemento.

Cada vez que pasaba un coche llegaba una ráfaga de aire. Jonas observaba a Dan, que estaba cruzando la calle. Aceleró con prudencia y bajó unos 15 metros más por la calle, luego dio la vuelta y regresó, puso los pies sobre el suelo y se quedó esperando. La cuneta estaba oscura y llena de piedras. Las malas hierbas asomaban aquí y allá cubiertas de polvo viejo del camino. *Es posible que alguien se fije en esto*, pensó Jonas, a lo mejor darán aviso de que han visto un chico con un casco rojo y un ciclomotor blanco aparcado al borde del camino, muy cerca del lugar del crimen, en medio de la noche. Sentía que algo se había desplazado. *Él* solía estar al mando, pero ahora era como si fuera Dan.

Se podía acceder al lugar del crimen desde el otro lado, desde la carretera principal. El invernadero estaba tan solo a escasos metros. Podía vislumbrarlo entre los troncos de los árboles. El lomo blanco de la luna se dejó ver por una estrecha abertura entre las nubes antes de dar un salto en el cielo para volver a desaparecer. Era como si la luna y las estrellas fueran un salvapantallas que podía eliminar con tan solo apretar una tecla, si era eso lo que deseaba. Y desenmascarar la oscuridad vacía que había detrás. Como decía Dan, todo era posible si uno deseaba que lo fuera.

Dan se agazapó y se deslizó entre los árboles. Jonas decía tantas gilipolleces... era insoportable que se hubiera vuelto tan charlatán justo ahora. Esperó a estar entre los árboles para encender la linterna y dejarse caer a cuatro patas. Cerró el puño para que su mano no dejara huellas en el blando suelo del bosque. Algunas de las ortigas que surgían a la luz de la linterna estaban teñidas de gris por la suciedad. Los troncos de los árboles eran delgados y se alineaban formando una verja. Las ramas aparecían cubiertas de nudos, brotes grises, había ortigas por todas partes. Se arrastró junto al invernadero. Estaba rodeado a bastante distancia de cintas rojas y blancas que lo acotaban. Las cintas oscilaban adelante y atrás, como si la noche tirara de ellas con dedos invisibles. Vio que la policía había montado una tienda blanca en el lugar de los hechos, un poco más adelante. Esa visión repentina hizo que un escalofrío desolado recorriera su cuerpo. *¿Dónde* estaba realmente? *¿Qué* hacían con los muertos? Tal vez los congelaran en cajones de metal, como había visto en las películas. *¿Estaría* su madre metida en uno de esos cajones ahora mismo? De pronto se golpeó la rodilla contra una piedra redonda. El dolor parecía una cuchillada. En la calle, tras él, un coche redujo la marcha. Sus faros lanzaron acelerados haces de luz hacia el interior del bosque. Las sombras de los troncos de los árboles se transformaron en negras líneas móviles que, por unos instantes, navegaron de un lado a otro sobre las plantas. Los árboles morían cada otoño y

volvían a despertar en primavera. Los árboles tenían corazón; un sonido oscuro y plano que no se percibía. Las hojas caían al suelo y se convertían en polvo marrón. Lo mismo pasaba con los seres vivos, se pudrían, pero no volvían la primavera siguiente. Levantó la linterna y recordó el sueño que había tenido en la media hora que había conseguido dormir, antes de que el móvil lo despertara a las 11:45. El sueño trataba de Klaus Bjone. Hacía el papel de malo en una antigua película en blanco y negro. Vestía uniforme y debía dirigir a una tropa de soldados en una ofensiva. El sueño se quebró cuando Bjone depositó el cadáver de la madre muerta en el suelo y lo besó.

Los helechos le hacían cosquillas en la barbilla. La oscuridad limitaba su campo de visión. La humedad se había abierto camino a través del mono de trabajo. Tenía las rodillas mojadas. El bosque se deslizaba hacia él a hurtadillas. No muy lejos de la lona alargó la mano y cogió un puñado de tierra negra y húmeda. Jonas le había dicho que había cientos de millones de bacterias en un gramo de tierra. Agarró unas florecillas amarillas que estaban a su lado y cogió algo más de tierra. Los investigadores también compararían las flores con las fotos que habían hecho. Porque él sabía que también hacían fotos del escenario del crimen. Dejó la linterna y cerró la bolsa de plástico.

Marian se sentó a la mesa. Juha había apartado un trozo de plástico y puesto la vajilla buena. Vació el vaso de vino y se sirvió otro. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Henny Marie Aas les dijo que Arne Colin Andersen tenía que reparar una de las esclusas a causa de la abundante lluvia, pero que iría a la comisaría. No tenía mucho sentido huir si era el asesino.

–Toma –dijo Juha dejando un paquete de comida precocinada y recalentada sobre su plato.

–Gracias, ¡qué bueno eres! Lo que necesitas es un apartamento en el centro, Juha, aunque no irás muy lejos con 800.000 coronas. Puede que en Stovner, o por esa zona, consigas algo por 1.500.000.

–No tengo ningún inconveniente en vivir contigo una temporada –dijo Juha.

Marian le contemplaba mientras daba vueltas al corazón de plata que llevaba colgado del cuello. Por un momento vio a Juha de niño, recordó las fotos que tenía con chinchetas en la pared del albergue donde le vio por primera vez.

–En realidad, te necesito para otra cosa.

A la débil luz de la lámpara solitaria Juha parecía mucho mayor de lo que era. Las sombras se acomodaban siguiendo su nariz y el contorno de sus ojos.

–¿Para qué?

–Se trata de un chaval del caso en el que estoy trabajando. Tiene 15 años. Creo que está metido en algo. Tú pareces un mocoso. Nadie se fijará en ti.

–En enero cumpliré los 20.

–Quiero que mañana vayas a la gasolinera Shell que hay junto al centro comercial de Lambertseter.

–No, joder. No puedes involucrarme en tu trabajo de policía.

Ella se levantó, cogió una botella de coñac y echó un chorrito en un vaso de agua.

–Mañana seguiré limpiando la piscina por dentro –dijo.

Marian se bebió el coñac de un trago.

–Juha... –se levantó con tanta prisa que se hizo una rozadura en el empeine con la pata de la silla–. ¡Harás lo que yo te diga! –gritó sosteniéndole la mirada. Se preguntó si estaría tan pálida como él.

Marian se despertó el sábado por la mañana a causa de unos golpes que sonaban en algún lugar de la casa. Era Juha, que estaba metido en la piscina vacía lijando las paredes. Se incorporó y se pasó la mano por la frente, estaba sudando y, a la vez, sentía escalofríos. No debería haber tenido ese ataque de ira el día anterior. No con Juha. Cuando ella se portaba mal con él, reaccionaba a una velocidad increíble. La idea de tener que ir a trabajar resultaba insoportable. Había prometido a Cato que estaría en la comisaría a las 07:00, ya eran las 08:00. Se había quedado dormida en el sofá completamente vestida, estaba hecha polvo y le pesaba la cabeza. Las botellas vacías se alineaban sobre la polvorienta mesa del salón. Había bebido un poco de más y no se durmió hasta las 03:00. Tenía un miedo absurdo, irracional, a dormir. Conectó el móvil. Cato ya le había mandado varios sms. Ella contestó que iba a pasar por la gasolinera y la tintorería y tenía que esperar hasta que abrieran. *Tengo que hablar con Birgit Willmann y el centro comercial no abre hasta las 09:00.* Soltó a Birka en el jardín, fue tambaleándose hasta la cocina, cogió una bolsa de basura y consiguió meter las botellas. El ruido del cristal entrechocando le taladraba la cabeza. Cuando consiguió introducir la bolsa en el cubo, fue corriendo hasta el buzón y cogió el periódico *Aftenposten*. Hablaban del caso Glenne en media columna de la parte superior de la portada. Lo lanzó sobre la mesa de la cocina, se dio una ducha, se vistió y cogió una coca-cola de la nevera.

El Volvo debía de tener, por lo menos, 20 años. Dan levantó la llave inglesa y desenroscó el tornillo del cárter, dejó la bandeja bajo el grueso chorro de aceite.

Notó que le dolía la rodilla. Se le había derramado medio litro de aceite en el suelo de cemento. Apestaba, como si fuera un ácido graso. Bajo el último escalón de acero estaba la bolsa de plástico con la tierra del lugar del crimen y, a su lado, la linterna. Era sábado 16 de julio. La noche anterior había entrado sigiloso y pasó de puntillas junto a Roy, que dormía en el sofá. Roy no se había dado cuenta de nada. Ni siquiera ahora se daba cuenta de nada. La tía Rita tenía suficiente con ocuparse de los pequeños. La música brotaba del equipo del coche. Johnny Cash cantaba *Run softly, Blue River*. Por la mañana había tirado el mono de trabajo en el contenedor de recogida de ropa y había cogido otro de un gancho detrás de la puerta del taller.

Mientras caía el aceite, se acercó a la caja de herramientas y la abrió del todo, como si fuera una quijada de metal. Escogió una carta de las que estaban debajo de las herramientas en el compartimento inferior y la desplegó.

Vivian:

Espero que me pagues mi parte de la casa. Ha pasado demasiado tiempo. Como sabes, he estado en tratamiento e intento comenzar una nueva vida, algo que tengo muchas posibilidades de conseguir. Tenemos que vernos y hablar, pero te lo advierto: si no tengo noticias pronto, pondré el asunto en manos de un abogado, y quiero volver a tener trato con Dan. Es mi hijo también y me necesita tanto como yo a él.

Colin

Dobló la carta y la devolvió al mismo sitio, la cubrió con las herramientas y cerró las asas de la caja. Notaba el cuerpo dolorido, pesado. El dolor de la rodilla era cada vez más intenso. Dejaría la pista en el coche de Bjone en cuanto fuera posible. Luego daría una vuelta de reconocimiento. De pronto vio un par de zapatillas de deporte blancas de tamaño mediano que ya no eran blancas del todo, el borde de una cazadora de piel y el morro de un perro que olfateaba por la ventana.

–¿Cómo te va? –Marian bajó la vista hacia Dan Glenne Andersen. Un leve temblor recorrió su cuerpo. Le dio un trago a la coca-cola-. ¿Duermes aquí, o qué? –bromeó mientras observaba una fila de herramientas que colgaban de la pared de hormigón. Junto a ellas habían pegado un viejo anuncio de detergente.

Él subió rápidamente, dejó caer la mano en la que llevaba la llave inglesa. La perra movía el rabo y venía hacia él. La ignoró. Marian hizo un esfuerzo.

–¿Saliste anoche bastante tarde, hacia las 00:30?

Sus rasgos se endurecieron. Ella se dio cuenta y pensó en todos los allegados con los que trataba. Se los imaginó en fila, siguiendo una línea. ¡Tanta energía desperdiciada!

Él la miró retador.

–¿Por qué iba yo a estar por ahí en medio de la noche?

La maquinaria de la estación de lavado de coches empezó a vibrar. Caía agua por la pared transparente. Observó sus manos. Estaban negras de aceite. Levantó los hombros en un gesto conciliador.

–No lo sé, Dan. Es que me pareció verte caminando por aquí cerca. Creo que era un poco antes de las 00:30 –dijo fijando la vista en una mancha de aceite del suelo. Un círculo verde, como un pavo real, se dibujó en la superficie.

–A esa hora estaba durmiendo –contestó Dan–, solo tienes que preguntarles a Roy y a Rita –miraba a la perra.

–Vale, en ese caso me disculpo. ¿Cómo te va?, de verdad.

–Bien –dijo muy serio bajando la vista.

–Entiendo. Por cierto, tienes un pequeño arañazo en la mejilla.

–Me arañé con un alambre –indicó el coche con un gesto de la cabeza–, me rocé con algo que había en el maletero.

La ventana que daba al lavadero de coches vibraba. Las orejas de la perra se irguieron y se quedó parada en esa posición. La pared de cristal se quedó cubierta de espuma mientras el rulo grande giraba. Se formó un dibujo en la espuma. Dan lo veía, se formaba una especie de estampado que recordaba a una mujer. Se transformó hasta parecer una espada en forma de cruz que caía por la pared.

Marian dejó el coche junto al muro de las vías del metro y anduvo los pocos metros que había hasta la entrada principal del centro comercial. Un caza volaba a poca altura. Tomó un café nada más entrar, en La pastelera. Luego pasó por el monopolio de bebidas alcohólicas, que estaba pared con pared, y fue derecha a la estantería de los licores. La costumbre hizo que mirara rápidamente a su alrededor por si había alguien conocido. Era una tontería, pero respondía a una especie de instinto de supervivencia. Un sudor frío se deslizaba por su espalda. Cogió una botella de vodka y estuvo a punto de metérsela debajo de la cazadora. Solo era un movimiento instintivo, no tenía ninguna intención de robar. El contenido de la botella era transparente como el agua y podía confundirse con agua. Juha no la dejaba en paz, y tenía razón. Bebía demasiado. Pero iba a hacer un esfuerzo. Solo necesitaba algo para tranquilizarse. En cuanto Juha acabara con la reforma y consiguiera un trabajo le pediría que se marchara. Sentía que ser su tutora era una carga. No podía ser tan difícil encontrar un apartamento en la parte «chunga» de la ciudad, a lo mejor en Stovner. Había pisos por algo más de un millón de coronas. Si consiguiera un trabajo y pudiera pedir un préstamo de unos cientos de miles, además de la herencia, ya no tendría que ocuparse de él. Pero en el mismo momento en que lo pensó, supo que le echaría de menos.

Se le había pegado en el zapato el envoltorio de un helado. Marian se agachó para desprenderlo y le preguntó a una mujer dónde estaba la tintorería.

–Arriba –dijo señalando la escalera mecánica. El centro comercial se iba llenando poco a poco de gente que iba a hacer las compras del fin de semana. Cuando entró por la puerta de la tintorería, sonó una campanilla. Era un sonido agudo. El local estaba vacío. Llevaba la botella en la cintura del pantalón, envuelta en la bolsa del monopolio, debajo de la cazadora. Por un momento se sintió mareada, todo se oscureció. Las partículas de los detergentes olían a desinfectante, como en un hospital. Un gran vestido de novia, de tela brillante y con el pecho bordado con muchas perlas, colgaba detrás del mostrador. Pero Marian veía rastros de polvo en el dobladillo. Se fijó en el dietario negro que había sobre el mostrador.

De pronto notó un movimiento. La mujer pequeña y achaparrada, vestida con un delantal azul claro que salió de la trastienda, le hizo pensar en nieve y en hielo. No sabría decir qué era, pero desprendía frialdad. Su rostro carecía de expresión.

–Soy de la policía –dijo mientras un sudor frío resbalaba por su nuca.

–No tienes buen aspecto –dijo Birgit Willmann observando la tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello.

–Estoy muy bien, gracias –Marian se enderezó–, mi colega estuvo hablando contigo ayer –empezó–, y olvidó preguntarte por el coche de color oscuro que se detuvo frente a la casa de Vivian el jueves por la tarde. Lo viste, ¿verdad?

Asintió.

–Era un hombre canoso. Puede que preguntara por alguna dirección. Luego se marchó –se encogió de hombros–, puede que solo fuera eso. No apunté la matrícula, si es eso lo que quiere saber.

–He pasado por la gasolinera para ver a Dan. Voy directa al grano, necesito aclarar una cosa. Tú conoces a Dan. ¿Cómo es realmente?

La pregunta le pilló por sorpresa. ¿Era una trampa? Era muy distinta del otro policía. ¿Había una razón para que la enviaran aquí precisamente a ella? Parecía ser una persona que podía aclarar cosas y no tenía pinta de policía, iba en vaqueros, cazadora de cuero y deportivas gastadas.

Birgit Willmann tragó saliva. Le había prometido a Dan que no diría nada. Echó una mirada rápida al dietario.

–¿No podéis dejar de molestarme? –Marian la contemplaba. Finalmente añadió–: Es un buen chico, no tiene nada que ver con esto. Vivian no era una buena madre.

–¿No?

Birgit Willmann negó con la cabeza y por un momento pareció que estaba indignada.

–¡No me molestéis más! –repitió.

–Pero si no la estamos molestando. Esto es importante. Vivian Glenne te hizo confidencias sobre sus amantes y tú se lo contaste a tu marido, ¿lo he entendido bien?

–Sí –murmuró.

–Vivian Glenne le envió un sms a tu marido en el que decía que él la miraba. Se encogió de hombros. El sudor brotaba de su labio superior cubierto de vello.

–Vivian hacía muchas cosas raras. No me sorprende nada.

–¿Como qué?

–¡No! –gritó de pronto–, ya es suficiente. No quiero hablar contigo –se dio la vuelta y fue a la trastienda, pero volvió de detrás de la cortina al instante.

Marian pensó que era una persona con poco control de las profundidades que se agitaban en su interior. Tomó aire. Birgit parecía alguien que se sentía herida. ¿Tenía algo que ver con Dan? *Un perro podría provocar sentimientos así*, pensó Marian. Era algo que se desprendía de toda su presencia. ¿Cuántas veces se había ahogado Birgit Willmann en el lavabo con unas manos de hierro rodeando su cuello? Reconocía algo, una profunda oscuridad. Lo que le habían dejado grabado de niña. Ella era una solución de segunda; *si uno no puede tener hijos propios, trae uno del extranjero*.

Birgit se metió temblorosa las manos en sus grandes bolsillos. En ese momento llegó un hombre para recoger un traje. Marian se retiró un poco. El zumbido del mecanismo de las perchas recordaba un enjambre de avispas. El soporte de camisas y vestidos se movía a tirones. Birgit Willmann encontró la prenda en cuestión y la entregó al cliente, que pagó y se marchó.

–Estamos buscando unas botas de invierno o zapatos con una suela especial. ¿Sabes si tu marido tiene unos así?

Birgit Willmann negó con la cabeza.

Había algo que no cuadraba. Marian pensó que fingía. *Cuéntame ya la historia*.

–¿Estabas celosa de Vivian Glenne?

Abrió mucho los ojos.

–¡Para nada! ¡Menuda tontería! Sencillamente no era tan rubia como decía, y no diré nada más. ¿Cuándo dejaréis libre a Frank?

–Eso no lo sé. Hoy volveremos a tomarle declaración –dijo Marian fijando la mirada en una gran botella de jabón líquido.

Cuando volvió al coche, ya eran las 09:30. Notaba cómo el sol, aunque débil, quemaba su hombro. Sobre el asiento del copiloto estaba la bolsa beige del monopolio. Una anciana que iba en bicicleta buscaba botellas vacías en un cubo de basura. Escondió la bolsa con la botella debajo del asiento, abrió la guantera y sacó el enjuague bucal. Pensar en Birgit Willmann le provocaba taquicardia, su

encuentro con ella le había impactado como un puñetazo. Por supuesto que no era correcto pensar *está loca*. Sonó su móvil. Era Cato.

–¿Dónde te metes?

Marian notó de pronto que las lágrimas quemaban tras sus párpados. Tragó saliva una y otra vez, levantó el brazo y se secó la nariz con la manga.

–Estaré allí dentro de un cuarto de hora –dijo arrancando el coche. No debía volver a hundirse en el agujero negro, tenía que soportar estos días. Birka se levantó en el asiento trasero moviendo el rabo.

–Va todo bien, Birka. Vuelve a tumbarte.

Salió a la carretera y fue en dirección a la ciudad. ¿Habría Willmann vuelto a colocar la pala detrás de su cobertizo si hubiera sido él quien había golpeado a Vivian hasta matarla? Podría ser que la hubiera escondido en alguna parte y que Birgit Willmann la hubiera encontrado y la hubiera vuelto a poner en su sitio. ¿Fue Frank Willmann infiel con Vivian Glenne y su detención la venganza de Birgit?

Cato Isaksen fue a su encuentro por el pasillo cuando salió del ascensor. En ese mismo momento Roger salía de su despacho.

–¿No te encuentras del todo bien, Marian?

–Estoy algo cansada, Roger –daba vueltas al corazón de plata que llevaba al cuello y notó que temblaba un poco. Roger le sonrió.

–¿Tienes al guau guau en el garaje?

–Birka está perfectamente. Reconozco que he pasado una época difícil últimamente. En cierto modo siento que solo subsisto. Los días pasan, mañana se convierte en hoy y luego en ayer. He calculado mal el momento para la reforma de la casa. Mala idea emplear el verano en eso. Podría haber esperado.

Cato Isaksen la miró.

–Tú decides. Iremos a mi despacho –la comisaria había vuelto a llamarle, le transmitió una fuerte sensación de que si no había resultados en el caso Glenne, no habría vacaciones para él–. Los resultados de los análisis técnicos tardan demasiado. Ya estamos en el fin de semana. Me vuelve loco lo lento que va todo en esta organización. Si la gente lo supiera...

–La gente lo sabe –dijo Marian cansada–, los periódicos no se cansan de contarlo. ¿Se puede saber a qué huele aquí?

–Loción para después del afeitado –dijo Cato Isaksen.

–¿Por qué te has empapado de ese olor asqueroso?

Marian notó que las náuseas subían por su estómago.

Cato Isaksen sonrió.

–Siempre funciona.

–¿Con quién? ¿Con Irmelin Quist?

Roger se rio. Cato Isaksen sofocó una risita. La sonrisa confirió calidez a su rostro.

–He vuelto a dormir en el sofá del despacho esta noche. El maldito frasco tenía una fuga.

Marian esbozó una sonrisa.

–Pero tú *no* hueles a loción para después del afeitado, Marian –dijo Cato Isaksen repentinamente serio.

–No, Cato, huelo a colutorio –replicó con calma.

Las palabras golpeaban en su interior. Querría salir corriendo de la cocina, bajar por la escalera, abrir el corral del perro y hundir el rostro en su pelaje oscuro, seguir por el camino de tierra, pasar los invernaderos y desaparecer en el bosque. Era una traidora.

–Sabes que no he sido yo, Henny Marie. No entiendo que puedas preguntarme eso. Estuve en esa reunión. ¡Tienes que creerme! Nos conocemos desde hace muchos años tú y yo –echó un vistazo por la ventana. Vio una golondrina que se dejaba caer desde el tejado haciendo un arco y entraba navegando entre los abetos.

–Prometí a la policía que los llamaría, Colin. Cuando volvieras. ¿No podrías limitarte a esperar aquí? Dijeron que volverían –se había recogido el cabello pelirrojo en una gruesa coleta. Sobre su frente y sus orejas caían rizos.

Quería estirar la mano y tocarla. Estaba cargado hasta los topes de electricidad.

Ella sonrió y levantó al gato naranja. Su cabello se confundía con el pelaje del gato, pero no tenía buen color de cara.

–Claro que sé que no eres tú, Colin, pero oye... hazlo por Dan. ¿No podríamos tener pronto un hijo nuestro? Quiero mi propio hijo, Colin. Por favor, preséntate a la policía.

–No has estado *allí*, Henny Marie. No sabes lo que es estar en el camino de vuelta a la perdición. Sentir una angustia permanente por todas las desgracias que pueden ocurrir. Y han sucedido ahora. Con Vivian. Pero no bebí. La botella está en el desván. Puedes ir a buscarla y vaciarla, si quieres.

–Quiero –dijo ella–. Han anunciado más lluvia –volvió a dejar el gato en el suelo–. ¿Qué es lo que está pasando en la presa?

La miró agradecido. Esa era la contraseña.

–Tienes que darte prisa, antes de que vuelvan –dijo ella–. Llévate al perro.

Cuando fue hacia el despacho para coger el equipo, supo que los dos se estaban preguntando si era un perdedor.

Jonas Tømte lanzaba miradas intermitentes a la puerta del taller. ¿Saldría Dan de una vez? En ese mismo momento un BMW oscuro entró despacio y paró junto al surtidor número 5. Jonas sintió que el pulso le latía en la garganta, dejó tembloroso el casco sobre el asiento y consiguió sacar la pata de cabra del ciclomotor. ¡Era él! Veía a través de una neblina al hombre del jersey rojo, que se bajaba del coche y empezaba a llenar el depósito de gasoil.

Dio la vuelta al edificio y entró por el portón de uralita, que estaba abierto. Corrió hacia el taller. La música sonaba atronadora en el coche.

–¡Dan! –gritó tan alto que su voz rebotó en las paredes–, ¡coge la tierra! Está

aquí ahora, el tipo del BMW. ¡Está repostando!

Dan subió corriendo con la bolsa en la mano.

–El cabrón lleva el jersey rojo hoy también.

–¡Pero lo verá! No puedo hacerlo ahora, hay cámaras de vigilancia.

–¡Espabilate! –Jonas le miraba fijamente–, esta es nuestra oportunidad. ¡Inténtalo, por lo menos! Abre la puerta y déjalo caer. Puede que quiera algo más y entre a pagar.

Jonas salió y volvió a dar la vuelta al edificio. Estuvo a punto de tirar a una señora. En el interior de la gasolinera se situó junto a la estantería de las revistas y miró por la cristalera. No sabía qué hacer con las manos. El olor a patatas fritas y aceite caliente llenaba el local. El aire acondicionado trabajaba a tope. Del coche bajó una mujer joven con un bebé en brazos. Iban varios en el coche. En la ventana zumbaban dos moscas y una avispa furibunda. Así que también tenía líos con mujeres jóvenes, vaya mierda de tío.

Marian tiró la cazadora de cuero.

–Por cierto, que ayer vi a Dan Glenne Andersen andando por la carretera, cuando iba camino de casa. Creo que era él. Lo niega, y yo puedo haberme confundido.

Cato Isaksen frunció el ceño. Marian bostezó.

–Llevaba una linterna en la mano –continuó–, tiene un cierto halo de mente criminal ese chico. Me da un poco de mala espina. ¿Ha venido Arne Colin Andersen?

–No vale con tus intuiciones, Marian. No te comportes como una bruja con poderes. Andersen no se ha presentado –Cato Isaksen la miró y tomó asiento–. Tenemos que ir para allá. Por cierto, ¿qué dijo Birgit Willmann del hombre del coche?

Marian se quedó de pie.

–Dice que cree que sencillamente puede ser alguien que preguntaba por una dirección.

Tendría que tomar litros de café para aguantar este día. No pensaba beber una gota de alcohol hasta que este caso no estuviera resuelto.

–No ha entrado ni un solo informe de coches vistos en la zona a la hora en cuestión –dijo Roger–. Todo está muy tranquilo ahora, en pleno verano, salvo por uno o dos corredores hay poca gente que frecuente el parque de juegos o las zonas comunes durante las vacaciones. La patrulla que debía traer a Andersen no lo encontró. Acabo de hablar con Henny Marie Aas y dice que sigue en el campo.

–Podemos llevarnos a Dan a Finnemarka, puede ayudarnos a encontrar a su padre –dijo Marian–, y de paso podemos hablar en serio con él.

–No es mala idea –Cato Isaksen la miró–, si es que está allí. ¿Tú qué opinas Roger?

–Buena idea.

Ella cerró la mano. Tenía los nudillos blancos.

–Me pareció que Birgit Willmann estaba enfadada –se sentó en la silla que Cato le ofrecía, cogió una galleta de un paquete que había sobre la mesa. A su lado había una fuente con manzanas verdes.

–Birgit Willmann no parece enfadada –dijo él.

–Sí, ¡parece enfadada! Tal vez deberías buscarte otro trabajo, Cato. Ya no te interesan las personas y tu sueldo es una catástrofe. Tal vez deberías dejar paso a savia nueva. Y ahora me voy a buscar a Birka.

–Esa perra tiene prioridad, va por delante de cualquier otra cosa –levantó las manos. Roger sonreía con ironía.

Marian se sentía como una obrera no cualificada en una entrevista de trabajo para un puesto que sabía que no le iban a dar. De pronto no podía más.

Cato Isaksen la observó unos instantes antes de partirse de risa.

–Sí, tienes razón en eso de los tíos mayores, mira a Vivian Glenne –rio–, su hermana dice que estaba obsesionada con los hombres mayores y ya ves cómo le ha ido. Puede que esté haciéndome viejo, pero no te creas tan lista, Marian.

Klaus Bjone y la joven del bebé se acercaban a la puerta de cristal. Estaban dentro. Jonas se colocó de espaldas, pero vio en el reflejo de la ventana que la mujer se llevaba una chocolatina de una de las estanterías. Ninguno de ellos decía nada. Un par de niñas de unos 10 años molestaban con sus risitas a su lado. Les lanzó una mirada malhumorada.

El hombre del jersey rojo pagó la chocolatina y el gasoil. Jonas observaba sus zapatos, marrones, aproximadamente de un número 43.

Por la ventana vio que Dan estaba junto al coche. No podía ver si había abierto la puerta, porque se encontraba al otro lado.

Su cuerpo palpitaba, *Date prisa, date prisa, date prisa*, y le pareció que había entrado en un universo de locura. Jonas se dio cuenta de que el hombre del jersey rojo le miraba con curiosidad. Por unos breves instantes sus miradas se cruzaron, antes de que el hombre y la mujer del bebé desaparecieran por la puerta de cristal de doble hoja.

Dan restregó su mano sucia contra el mono de trabajo. En la otra llevaba la bolsa de plástico con tierra, enrollada hasta formar una pelota. Miró hacia el interior del coche. En el asiento trasero había una botella de abrillantador junto con un trapo.

Los vagones del metro pasaron con un ruido atronador a sus espaldas. A su nariz llegaba el agradable olor de la gasolina de los surtidores. Se quedó rígido. De pronto, el hombre del jersey rojo apareció delante del coche. Llevaba a la mujer del bebé sujeta por el codo con tanta fuerza que su pulgar casi desaparecía en el interior de su brazo. Dan miró fijamente el rostro sin arrugas del hombre, se inclinó y retrocedió despacio.

–¿Qué estás haciendo? –alzó las cejas, su voz era dura, como si estuviera dando una orden.

–¡Trabajo aquí! –Dan contestó en el mismo tono. Sintió que la angustia y el dolor se unían en una ira sin matices–. ¿Te limpio el parabrisas?

–No, nada de eso, jovencito.

La voz tranquila y controlada destilaba animosidad, y Dan apretó la bolsa contra el cuerpo. Le iba a dar una paliza de muerte. La niña que iba en brazos de la mujer joven empezó a llorar.

–El autor de los hechos no ha dejado huellas dactilares ni en el mango ni en el asa de la pala –Ellen Grue estaba en la puerta con algunos documentos y bolsas con restos de tierra debajo del brazo. Vestía vaqueros y un jersey gris. Había recogido su cabello oscuro en una coleta–. La tierra de la pala es del lugar del crimen.

Cato y Roger se incorporaron. Marian y Cato intercambiaron una mirada. Los sonidos de la ciudad entraban a raudales por la ventana abierta. Marian se fijó en el material que Ellen llevaba bajo el brazo y pensó en cómo sería que te mataran a golpes con una pala.

–¡Toma asiento! –Cato Isaksen arrastró una silla y Ellen se dejó caer sobre ella.

–Son solo los resultados provisionales de la inspección técnica de la pala. Pero el caso es que no han encontrado ni una minúscula huella digital.

Cato Isaksen cogió una manzana verde de la fuente de la mesa.

Marian tenía frío.

–Pueden haber limpiado las huellas con algo –dijo Ellen Grue–, seguimos analizando. Hemos encontrado restos de algún tipo de jabón en las grietas del mango de madera, pero la tierra y la sangre están en la hoja. Las próximas investigaciones técnicas nos darán datos concluyentes, esta es solo una información provisional.

Roger se inclinó sobre la mesa.

–El homicida puede haber secado la pala, tal vez llevaba algo para limpiarla. Un trapo empapado en alcohol, algo que también haya podido utilizar para anestésicar a Vivian. Se evapora y no deja huellas.

–¿Es creíble que Willmann haya matado a golpes a Glenne con su propia pala y después la haya limpiado, para luego dejarla llena de restos de sangre y tierra? –Marian negó con la cabeza–. Alguien puede haber querido que pensáramos que había sido él. ¿Y qué hacemos con Willmann, por cierto?

–Estamos en pleno fin de semana. Puede quedarse retenido hasta el lunes –dijo Cato Isaksen.

–Por lo menos las huellas de las pisadas son muy claras –dijo Ellen apartándose unos cabellos de los ojos–, pero eso no sirve de mucho mientras no encontremos los zapatos. O las botas. Aproximadamente un 43.

–Y Willmann tiene ese número, ¿no? –dijo Cato Isaksen–, más o menos un 43 es lo que calzan todos: el ex de Vivian también, y su compañero, incluso su hijo.

–En realidad Willmann utiliza un número más –dijo Roger–, pero seguro que ha podido meterse en unos zapatos de ese número.

–Esto va a ser una especie de jodida historia de la Cenicienta –comentó Marian mirándolos. Podían consultar con asesores, psicólogos y pedagogos infantiles o

especialistas—. ¿Y si pedimos que nos hagan un perfil del posible asesino? Puede ser cualquiera, alguien a quien no podamos relacionar con ella de ninguna manera.

—Lleva semanas hacer un perfil de esos, no tenemos tiempo —dijo Cato Isaksen—, simplemente tenemos que seguir trabajando de una manera estratégica y técnica.

—Tenemos que coger a Arne Colin Andersen —dijo Roger—. Ha llamado a Vivian Glenne diez veces solo en el último mes, según se ve en su móvil. Pero su camioneta no está registrada en ninguno de los peajes a la hora en cuestión. Ni en la E-18, ni en el túnel del fiordo de Oslo, ni por Drøbak. Por supuesto que puede haber cogido un autobús, el tren u otro coche. He puesto en búsqueda el BMW oscuro, pero no hemos recibido ninguna llamada al respecto.

—Esto tiene algo que ver con la *ira* —dijo Marian de pronto—, lo siento.

Todos la miraron. Ella sabía que Cato Isaksen había estado trabajando hasta bien entrada la noche y que odiaba que ella empezara a hablar de sus intuiciones.

—Estoy pensando en todo el caso, Cato —trazó un arco explicativo con las manos—. Willmann está enfadado. Su mujer está enfadada. Parece paralizada, víctima de un estupor.

—¿Estupor?

—Sabes lo que eso significa, que te comportas como si fueras una estatua. Tiene algo que ver con su marido. El mensaje de móvil que Glenne le envió a Willmann apunta a que mantenían una relación. *Ella* estaba enfadada con *él*. Su exmarido, ese al que llaman Colin, estaba cabreado porque la víctima no le quería pagar su parte de la casa. No tiene coartada. Nos dimos cuenta de que tenía lesiones cuando fuimos a verle y prometió que se presentaría aquí para un reconocimiento y no lo ha hecho. Puede que Roy Hansen sea el único que no está enfadado. ¿O lo *está*? — se encogió de hombros—. Probablemente Vivian Glenne llevaba una vida secreta. Tal vez tuviera buenas razones para hacerlo. Roy Hansen pudo ser la salvación para Glenne, y a la vez no. No consigo verle con claridad. Y dice que su hijastro lleva en su interior una forma de ira.

—¿Dice eso? —Cato Isaksen la miraba.

—Dijo que es muy duro con sus hermanos pequeños. Hablé con él aquí afuera, ayer —indicó el pasillo con un gesto—, hablaré con Dan Glenne Andersen. No parecía enfadado ayer, cuando llevaba a su hermano pequeño sobre la cadera.

Cato Isaksen se levantó. Caminó arriba y abajo. Birka se incorporó y fue arrastrando los pies tras él. Sin querer bajó los ojos y vio la calidez de la mirada de la perra.

—Vamos a subir a la cafetería a pillar algo de comida rápidamente, luego recogeremos a Dan e iremos a Finnemarka. Nos tendrá que llevar hasta Andersen y así de paso hablaremos con él también. No es que estemos precisamente vestidos para la campiña, pero por lo menos no llueve. Marian, ¿llamas, por favor, a Dan y le dices que vamos para allá?

Fueron hasta el taller. Por unos instantes, Dan se sintió mareado y tuvo que apoyarse contra el tabique de cristal que daba a la gasolinera. Apoyó su mejilla contra el vidrio con demasiada fuerza. Notó el impacto en el cuero cabelludo. El cristal desprendía un olor frío. Recordaba lo que Jonas había dicho de que un olor solo era una alteración del equilibrio del oxígeno, que las moléculas se movían y se desprendían del objeto. Veía su autorretrato transparente en la ventana. Tras el vidrio zumbaban tres moscas. El cristal olía a cristal. La imagen de su rostro era una confirmación de que estaba vivo.

–Es *él*, es Bjone quien lo ha hecho, Jonas –dijo metiéndose a presión la bolsa en el bolsillo–. Tenemos que ir a su casa. ¡Tal vez esta misma noche! –en ese momento sonó el móvil en las profundidades de su bolsillo.

Era como si alguien le hubiera arrancado la piel para después colocarle debajo de un foco. Cada movimiento dolía. Roy Hansen había construido un camino de bloques de madera con Kenneth y Sebastian. El borde de la encimera de la cocina se clavaba en su cadera. Se abrió la puerta de la calle y Dan apareció repentinamente en la cocina. Empezó a sangrar por la nariz sin previo aviso. Un reguero de sangre de color rojo intenso que manaba a borbotones sobre su labio superior y alrededor de su boca.

–¿Qué te ocurre, Dan? –Roy cerró la puerta del frigorífico de un golpe, cogió un trozo de papel del rollo de la encimera y se lo alcanzó.

Dan aceptó el papel, levantó la cara y lo presionó contra su nariz.

–La policía dice que tengo que ir con ellos a Finnemarka –dijo enfadado y subió por la escalera.

Roy le siguió con la mirada.

–¿Y eso por qué?

–¡Para encontrar a papá, joder!

Kenneth llegó corriendo.

–Más fresco, papá, más fresco.

Su padre echó en un vaso un poco de zumo de un cartón que había sobre la encimera.

–¿Puedes inventarte un troll, papá? Voy a hacer un troll de plastilina –Kenneth tenía un bigote de zumo en el labio superior.

–¡Deja ya de incordiar! –gritó Dan–. ¡Joder!

–Ve a ver la tele, hijo mío –Roy Hansen tragó saliva–. Puedes sentarte en mi sillón, pero no corras con el vaso en la mano, Kenneth.

Cato Isaksen conducía. El semáforo cambió del rojo al amarillo. La fila de coches que los precedía empezó a moverse a tirones irregulares. Cato soltó el embrague y pisó el acelerador. Marian puso las manos sobre sus muslos y extendió los dedos de uñas cortas como un abanico.

–Mi problema es que lo veo todo con mucha intensidad. Las impresiones se van acumulando en mi interior hasta llenarse por completo.

–¿Y qué ves?

–Mejor pregúntame por lo que no veo. Dan está metido en algo –Marian cogió el móvil y envió un sms a Juha en el que le decía que cogiera la bicicleta y fuera a la gasolinera para investigar en el taller. *Mira donde cambian el aceite. Nosotros recogemos ahora a Dan.*

Cato Isaksen miró por el retrovisor y redujo la velocidad tras el coche que los

precedía.

–La verdad es que me asustas un poco, Marian –sonó su móvil. Se pasó la mano por la barbilla. Era una especie de mala costumbre que había adquirido–. Hola, Bente –dijo girándose hacia el otro lado. Marian recibió una respuesta de Juha. *No.*

Tecléo una respuesta: *Entonces ya puedes ir recogiendo tus cosas.*

–No, ahora no tengo tiempo, Bente. Espero que los chicos estén bien. Pero iré el viernes, eso es seguro. ¿Cómo estás? ¿Seguro que estás morena y guapísima? –habló dos minutos más y terminó la conversación–. Te echo de menos, Bente.

Marian le miró. No le gustaba que hablara con Bente.

–Había pensado en pedir una baja por enfermedad –dijo. En ese momento llegó un mensaje de Juha. *Vale, entonces iré.*

–No puedes coger una baja, somos muy pocos. Te necesito, Marian. Tienes otra perspectiva... Ese grupo especial del que hablé este invierno... he pensado...

Ella esbozó una sonrisa. Él había dicho: *Te necesito.* Esas palabras entraban en su cuerpo como una ola de calor.

–Antes tienes que enseñarme a abrir puertas con una ganzúa, Cato.

–Y tú, esta vez no juegues a los detectives privados por tu cuenta. Eso de que viste a Dan...

Ella le interrumpió.

–Estos días tengo más que suficiente con arrastrarme hasta el trabajo. No tengo reservas. Pienso en Dan y en sus hermanos. Ser un niño es una situación muy competitiva. Se espera que los niños estén bien atendidos, que los lleven sobre la espalda como los escorpiones.

–¿Hacen eso los escorpiones?

–No sé. A lo mejor no lo recuerdo bien. Puede que escupan sobre sus hijos y desaparezcan sobre la loma de una duna de arena. Nunca tendré hijos.

El rostro de Rita Glenne se descompuso en un sollozo. Se puso la mano sobre la boca para reprimirlo.

–¿Dan tiene que acompañaros a Finnemarka? No puedo dejar a los niños con Roy. Tengo la impresión de que Dan rechaza a Roy –dijo en voz baja–, es un niño que rechaza.

Ahora el recibidor estaba ordenado. Miró a Marian.

–Estoy todo el tiempo limpiando. Hay mucho polvo. ¿Dan tiene que ir con vosotros?

Roy Hansen salió del salón con Sebastian a la cadera. El pequeño estiró los brazos hacia Marian, y ella se quedó fría como el hielo y puso la mano sobre el brazo de Rita Glenne.

–Me temo que debemos insistir en que Dan nos ayude –le sudaban las palmas de las manos.

–Hace un rato Dan estaba sangrando por la nariz –sollozó ella–, espero que recupere el trato con Arne Colin, pero ¿y si es *él*, y si es Colin el que le ha arrebatado la vida a Vivian? ¿Sospecháis de Colin? En mi profesión aprendemos a *ver* la bondad. Colin es bueno –se desplomó.

El bebé se metió el pulgar en la boca, inclinó la cabeza hacia su padre y levantó la vista para verle la cara. Como si quisiera oír el sonido de una respiración humana.

–Estoy tan cansado... –Roy Hansen se dio la vuelta y volvió al salón, con Kenneth, que estaba gritando que se había roto el camino de piezas de madera.

–Eso no es exactamente una coartada –dijo Marian–, afirmar que alguien es bueno. Hasta el peor diablo puede ser descrito como un corderito por su familia. Pero no tienes ninguna obligación de ocuparte de los hijos de tu hermana. Las cosas ya no son *así*. Tienen un padre, los tres. No puedes adoptarlos. Podemos solicitar un mayor nivel de asistencia, si así lo deseas.

Negó con la cabeza, se enderezó.

–Roy y yo arreglaremos esto juntos. Tengo que pensar en algo que hacer con Kenneth, hemos amasado pan –dijo alterada–, mañana tenemos que ir a alguna playa. Los chicos necesitan que les dé un poco el sol.

–¡Pero si no hace sol! –dijo Marian abriendo los brazos–. ¿Podrías decirle a Dan que le esperamos fuera?

–Ahora irá. Se está cambiando de ropa –se pasó la mano por la cara–. Tengo 41 años, ya no habrá una familia para mí. ¿Tendremos que esperar mucho para el entierro? Siento que necesito dejar esto atrás. La casa está llena de ramos de flores. Algunos he tenido que ponerlos en la mesa del jardín.

–En los casos de asesinato la víctima siempre es enterrada, no incinerada –Marian

la miró—. Puede llevar un tiempo, pero podríais organizar una ceremonia conmemorativa.

—¿Con ataúd?

—Podría solucionarse.

—Pero Vivian estaría... en el ataúd...

—No necesariamente. Sería simbólico. Tendrás que hablarlo con Roy. Supongo que él también estará en condiciones de tomar algunas decisiones.

—Pero es que él ya ha pensado en la corona —miró escalera arriba—. ¡Dan!, ya viene. Cuando Roy le preguntó a Kenneth qué quería que pusieran en la cinta, Kenneth quería que dijera *a lo tonto*. ¡Y así será!

Ninguno de ellos habló durante el trayecto en coche. En el momento en que Cato Isaksen tomó el desvío en Tranby, Marian se sintió invadida por la misma intranquilidad que había sufrido en su primera visita a la escuela de jardinería. Dan iba en el asiento trasero.

Miraba fijamente el respaldo del asiento que tenía delante, levantó la vista y observó la nuca de la mujer policía. Marian le había pedido que, a partir de ahora, la llamara así. Parecía dura. Debía tener cuidado. Pensó en lo que solía decir Jonas: El peligro no está en lo que ves, sino en lo que no ves. Los pensamientos eran anguilas negras en su cabeza. Pensaba en la tierra y en el coche de Bjone. Esta noche iba a suceder. Su mirada atravesaba el parabrisas, pero no la fijaba en la carretera ni en el paisaje que pasaba a toda velocidad. A su lado estaba tumbada la perra. Fue horrible estar cara a cara con Bjone. El lunes por la mañana llamaría desde una de las cabinas del centro comercial para dar una pista anónima a la policía. El lunes era pasado mañana. Esperaba que no encontraran a su padre. ¿Tal vez la bóxer iba a rastrear hasta dar con él? Bajó la vista hasta su puño y lo abrió. En la fina red de surcos que dibujaba la piel de su palma se acumulaban aceite y suciedad trazando un esquema.

Cato Isaksen detuvo el coche frente a la casa marrón.

–Voy a echar un vistazo rápido antes de que nos vayamos.

Dan vio una hoz que estaba apoyada contra la pared de la casa. El cielo estaba cubierto de una capa férrea de tupidas nubes.

Marian Dahle se giró hacia atrás.

–¿Estás preparado para esto, Dan?

Él no contestó, solo miró hacia el granero y se dio la vuelta para ver los invernaderos, que estaban más lejos. Este lugar ocupaba un lugar en su interior. Su pecho parecía demasiado estrecho. Estaba a punto de vomitar. La cuerda no tenía ropa colgada y el gallinero estaba en silencio. La camioneta oscura estaba en su sitio habitual. Una paloma torcaz arrullaba desde el árbol del patio. Henny Marie salió de la casa. Se quedó parada haciéndose sombra con la mano y mirándolo. Una araña corría por el suelo. Levantó el pie y la pisó. Recordó en ese mismo instante que traía mala suerte.

–Dan, cariño –dijo y fue corriendo hacia él para apretarle contra su cuerpo. Él dejó los brazos caídos y miró fijamente por encima de su hombro hacia las ventanas, en las que veía las bonitas arañas de luz colgando del techo. Quería mudarse a aquí, vivir aquí. Durante los días que no estuvieron acampados les habían dejado una pequeña buhardilla a Jonas y a él. Desde la ventana podían ver

enfrente los invernaderos. En esa habitación olía a calor y a sol. La ropa de cama era de cuadros amarillos y abajo, en la cocina, se oía silbar la cafetera por la mañana temprano. Y el gato naranja se había quedado junto a ellos. Recordó la ardilla disecada que había en una vitrina de cristal en el despacho, junto con las calaveras de animalitos pequeños. La ardilla tenía algunas motas de polvo en el pelaje. Había estado viva, pero ahora estaba muerta. Aun, a pesar de eso, parecía viva, y siempre sería así.

El policía salió por la puerta. Dijo que harían dos equipos, Henny Marie le indicaría a él el camino hacia el lago de pesca donde estaba la vieja barca de remos. Y Dan le indicaría a la policía dónde estaba la cabaña de la presa.

–Creo que él estará junto a la presa –dijo Henny Marie–, porque hay previstas riadas para la semana que viene.

El camino de tierra estaba desierto, con profundos surcos negros, pero en cuanto empezaron a caminar, unos cuervos levantaron el vuelo desde su interior. Dan echó una mirada a los huertos de las verduras. Había repollo, patatas y fresas. Escuchó los sonidos del bosque. Los pájaros negros gritaban hasta hacerle sentir que el paisaje se resquebrajaba. Henny Marie estaba junto al policía siguiéndolos con la mirada.

–Aquí tienes una botella de agua –le ofreció la mujer policía. Iba en zapatillas de deporte, acabaría con los pies calados. Él llevaba botas. No quería agua. El año anterior Jonas y él habían cambiado los alambres del seto de frambuesas. La mujer policía le pidió que se detuviera. Quería entrar en el invernadero. Había filas y filas de bancos de madera, grisáceos por el uso, cubiertos de rosas. Él miró a través de las paredes de plástico. El olor cálido del mantillo dulzón rozaba su nariz. El criadero de lombrices estaba al fondo del todo, pegado a la vieja pared de ladrillo. *¿Volvería a pescar con su padre alguna vez?*

Salieron de nuevo y continuaron en dirección al bosque. Percibían cambios de temperatura muy leves, más frío cuando caminaban bajo los árboles. De pronto, la bóxer estaba a su lado olisqueando por el suelo. Piedras redondeadas marcaban los márgenes de la carretera. Detrás del último invernadero estaba la vieja bomba de agua.

Iban en fila india por el sendero. El aire los impulsaba, pero en el cielo seguía estancada la capa de nubes. A Dan le dolía la rodilla desde que se la golpeara el día anterior arrastrándose para coger la tierra. Pasaron junto al árbol grande; una araña había tejido una red de hilos plateados entre las ramas más bajas. Sobre sus hombros caían gotas de agua de las afiladas y temblorosas hojas.

Marian observaba su espalda. Dan vestía una chaqueta azul marino con franjas de color naranja. Los pantalones estaban gastados y calzaba botas de agua. Iban

por un estrecho sendero cubierto de agujas de pino marrones y secas. Era como caminar por una alfombra mullida. Por un momento vio su rostro infantil. *Niños que rechazan*. La afirmación de Rita Glenne se había fijado en su memoria. No lo había pensado antes, pero ella misma había sido una niña que rechazaba. Tal vez ella tenía la culpa de todo lo que había ocurrido. Recordó de pronto una sensación, el tenaz sentimiento de dominio que le provocaba ser capaz de herir a su madre adoptiva. ¿Tal vez fuera culpa suya, a pesar de todo, que su madre fuera depresiva?

–Espera un poco, no vayas tan deprisa –dijo Marian mientras apoyaba la mano sobre el tronco de un árbol. Se le nublabla la vista. Dio un trago de la botella de agua y la volvió a meter en la cintura del pantalón. Si encontraban a Arne Colin Andersen, ¿regresaría con ellos por su propia voluntad? No tenía miedo. Miró a la perra. Pero Birka no la protegería en ningún caso. En cuanto se encontraban con alguien, Birka se ponía contentísima. Había algo que era lo contrario de lo que parecía; podría ser Willmann; podría ser Arne Colin Andersen o tal vez Roy Hansen. ¿Sabía Dan algo que no les contaba? ¿Por qué no habían encontrado huellas en la pala? ¿Quién se había dejado en ella un terrón de tierra ensangrentado?

Dan vio la piedra plana sobre la que habían hecho fuego. El aire estaba denso e inmóvil, casi blanco, cuando un golpe de viento rasgó la superficie de la laguna. La piedra estaba manchada de hollín y algo más, algo que la piedra había absorbido y parecía sangre. Las copas de los grandes abetos que se veían en la distancia parecían lanzas contra el cielo. Alrededor de la pequeña laguna crecía alta la hierba amarillenta, había piedras y algunos abedules pequeños diseminados. Jonas y él habían nadado allí. Se quitaron los pantalones y se bañaron en calzoncillos. Lucía un sol cálido. Después les goteaba el pelo y tenían piel de gallina en los brazos. Podía recordarlo todo, como si tuviera una pantalla de cine en la cabeza. Ahora era como estar en la luna, en un lugar completamente desconocido. El paisaje estaba helado. Jonas dijo que se había formado 3.700 millones de años antes.

La mujer policía se puso a su altura. Él miraba la hora constantemente, pero no veía que pasara el tiempo.

–¿Te duele la pierna? –preguntó de pronto, y se agachó para acariciar el lomo de Birka. La perra volvió a salir corriendo mientras olisqueaba el suelo.

–Me golpeé la rodilla con la escalera metálica cuando iba a salir del foso para el aceite –respondió hoscamente.

La mujer policía parecía cansada.

–¿Supongo que sabes por dónde suele estar tu padre?

Él asintió. Parecía que del agua emanaba una nota oscura. Pasaron un riachuelo.

Continuaron junto a una cañada con pequeñas cascadas, hoces y algunas pozas profundas. El agua empapaba sus zapatillas.

–Es un gran bosque, Dan –siguieron caminando–. Lo siento mucho por ti –Marian agitó la mano para deshacerse de un insecto que intentaba aterrizar en su frente–, ¿qué clase de padrastro es Roy en realidad?

–Majo –contestó él, intuyendo en ese mismo instante que algo se movía. Lo vio detrás de unos troncos delgados cubiertos de una densa hojarasca: una mejilla, una oreja, el blanco de un ojo. Y un poco de pelaje negro.

Juha aparcó la bicicleta y entró en la gasolinera Shell para comprar un refresco. Haría lo que Marian le había pedido, pero contaba con que no sacaría nada en limpio. Echó un vistazo rápido a su alrededor. Nadie se fijaba en él. La gente llenaba el depósito y entraba a pagar. Pasó por una puerta cubierta por una cortina de gruesas tiras de plástico y entró en el taller.

–¡Hola! –gritó, pero nadie contestó.

Lanzó otra mirada a su alrededor y bajó por la pequeña escalera metálica. El suelo de cemento estaba cubierto de manchas de aceite negras y azuladas. En el suelo había una bolsa de plástico y una linterna negra. Cogió la bolsa y miró en su interior. Solo contenía tierra y suciedad. La dejó caer, fue hasta la caja de herramientas y la abrió. Debajo de las herramientas había unas cuantas cartas. Las revisó en un momento. Los sobres estaban cubiertos de huellas negras de dedos. ¿Debía llevárselas a Marian? No, seguro que eso también era un error. Tendría que leerlas y repetirle lo que decían. Todas las cartas estaban firmadas por un hombre llamado Colin. Se puso de pie y le mandó un sms a Marian: *Había unas cartas en una caja de herramientas del taller. Todas son para exigir dinero y todas van firmadas por un tal Colin.*

Arne Colin Andersen llevaba un cuchillo en el cinturón. Estaba sentado entre la maleza y sujetaba con fuerza a su perro por el collar. Dan y la mujer policía llevaban un bóxer con ellos. Iba por el bosque, al otro lado del sendero, olisqueando el suelo. Sintió una vergonzosa autocompasión. Tuvo una idea peligrosa, pero decidió reprimirla. El perro le miraba fijamente y gruñía bajito. Todo su cuerpo vibraba.

Dan arrancó una hierba y siguió caminando deprisa. En uno de los juegos con los que solían practicar Jonas y él salpicaban la sangre y fragmentos de masa

encefálica. ¿Qué había visto entre las hojas de los matorrales? ¿A quién? Claro que lo sabía, era su padre.

La mujer policía hablaba y hablaba. Su voz se convirtió en un zumbido pastoso y desagradable. El sonido se convirtió en otra cosa, algo lacerante y doloroso.

–Y ¿cómo te llevas con Kenneth y Sebastian?

–Bien –dijo pensando en el muro de hojas. Se giró a medias. Retrocedió unos pasos antes de darse la vuelta y seguir adelante.

–Supongo que puede ser cansado tener hermanos pequeños. ¿Sueles ayudar a darles de comer?

No contestó. Aceleró el paso. El dolor de la rodilla se hizo más intenso. La mujer policía estuvo callada un buen rato y luego, de pronto, soltó que su padre no le caía bien. Dan se paró de golpe y se volvió hacia ella.

–¿Qué quieres decir?

Marian recordó la presentación que había hecho en aquel curso sobre interrogatorios. Se trataba de generar confianza, empatía y respeto, pero no solo eso. También había que sorprender. Utilizar palabras que hicieran cambiar a la mente de marcha.

–Es que le he conocido –añadió–. Y eras *tú* el que iba por la carretera ayer con una linterna.

Klaus Bjone estaba junto a la ventana observando la calle. El ventanal iba desde el suelo hasta el techo y estaba flanqueado por ligerísimos visillos blancos. Retrocedió un paso. El jardín estaba muy cuidado y los parterres no presentaban ni rastro de malas hierbas. Habían quitado toda la mugre verde y pegajosa del bebedero para pájaros, el agua estaba limpia, sin semillas ni hojitas verdes. Diez minutos antes había oído en las noticias que la policía buscaba un BMW oscuro. Había bajado directamente al despacho que tenía en casa, se quitó el jersey rojo y se puso una camisa blanca de manga corta. Ahora se encontraba hundido en su propia oscuridad. Los pensamientos giraban en su mente llevados por un carrusel gris. Llamaron a su móvil. Sonaba como una alarma: piii, piii, piii. Lo miró. Era un amigo de la logia, pero no podía hablar con él ahora y apagó el teléfono.

–¡Mierda! –murmuró–, ¡maldita mierda!

La piel de gallina subía por sus antebrazos. Era un hombre que solía presumir de lo frío y sereno que era, pero no podía evitar la imagen de Vivian: su piel cálida y blanca, los pechos duros, la boca húmeda que se adhería a la suya, el olor a goma caliente y sudor. Tragó saliva reviviendo el momento en que todo hubo acabado y *ya no era nada*. Cuando se dejó caer a cuatro patas, dando manotazos a las hojas secas sobre el suelo de tierra del invernadero. *Nunca significaste nada*. Ella se marchó, sin más. Le había humillado. Todo eso se había terminado. Tenía muy mal carácter y a veces se descontrolaba, eso fue lo que sucedió el jueves. Al recordarlo, le parecía que ya había tenido un terrible y oscuro presentimiento en el puente del metro, pero no había sido capaz de controlarse y la había seguido. Le habían visto. Ahora ella estaba muerta y a él lo buscaban. Tenía acceso a información clasificada al más alto nivel. Cualquier sombra de duda le mandaría a la reserva al instante. Y también era miembro de la masonería. La moralidad era un principio básico de la logia.

La voz de Eva le atravesó como un alambre. Se giró y observó las arrugas que rodeaban sus ojos, la piel de sus manos quemada por el sol y el anillo de casada, que ahora le estaba grande.

–Es hora de comer –repitió ella–, he puesto la mesa en el comedor –el gran reloj de pared hacía tictac. Estaba bañada por la grisácea luz del verano. El salón estaba decorado con elegancia y muebles caros. Las pequeñas ventanas que daban a la parte trasera de la casa se cubrían con geranios rojos. Eva había utilizado la vajilla blanca y azul de flores. Él observaba el sinuoso dibujo de la vitrina de anticuario. Eva colocaba las servilletas blancas de hilo junto a los platos con un sigilo que le asustaba, en la cocina sirvió la sopa de verdura en los cuencos y los llevó humeantes hasta la mesa. Comieron en silencio. Luego ella dijo:

–Resulta que han asesinado a una mujer muy cerca de aquí. La que trabajaba en

la tintorería.

Klaus Bjone se inclinó hacia delante.

–No hables tanto, querida Eva –dijo con frialdad.

Dan caminaba y el ritmo de su corazón se aceleraba.

–¡Mierda! Eres una enferma –gritó–, no tengo ninguna linterna.

Notó que la angustia lo abrasaba como una advertencia. La mujer policía se puso a su altura. Estaba enfadada. Podía verlo. A Dan le daban miedo las personas enfadadas. Tiraría la linterna al contenedor de la basura, lo haría esa misma noche. Imaginaba a su padre: alto, delgado y huesudo, con la cara estrecha y de rasgos marcados y el cabello negro, que siempre llevaba demasiado largo. Se parecía un poco a su padre. Seguro que pronto daría un estirón. En otoño su padre recogía arándanos y moras árticas que luego vendía en el mercado de la plaza, en Drammen. Pensó otra vez en el criadero de lombrices, parecía un montón de tierra cualquiera junto a la pared. Pero si te inclinabas, veías el movimiento en su interior.

El silencio del bosque era desagradable, como si ocultara algo de gran importancia. Caminaban sin hablarse. Después de una media hora de camino Dan dijo:

–¡Allí está la cabaña! –frente a ellos apareció una presa con un muro de piedra. Marian vio las grandes salidas circulares para el agua y la lluvia que se había acumulado y que estaba a punto de desbordar el muro. Una pequeña cabaña de tablones cubiertos de musgo verde estaba casi debajo del muro, sobre un pequeño puente de cemento. Resultaba espeluznante, si la presa cedía, la convertiría en astillas. El sonido del agua era como un alarido reprimido tras el muro. Columnas de agua marrón caían por el borde. Una escalera metálica rodeada de una malla bajaba hasta la cabaña.

–Es que esta zona es tan tranquila... Parece increíble que aquí haya tenido lugar un crimen –Eva Bjone señaló hacia la ventana con un movimiento de cabeza–, en este barrio tan bueno.

Klaus Bjone se giró y miró hacia las hojas color verde oscuro y lima de los árboles del jardín. Repasaba el encuentro en el puente una y otra vez. Algunas mujeres nunca regresaban, eran halladas como despojos. Las mujeres siempre se habían cobijado bajo distintas banderas. A partir de ahora utilizaría otra tintorería, se llevaría las camisas a la ciudad, eso lo tenía clarísimo. Eva le miraba. Le parecía que ella estaba convencida de que él tenía algo que decirle, pero él no dijo nada.

–¿No te lo vas a comer todo? –dijo cambiando imperceptiblemente de sitio la maceta de hiedra.

Marian escuchaba. De pronto le pareció oír un ruido a través del estruendo del agua, pero desapareció. Luego oyó un perro que ladraba a lo lejos. Birka se quedó quieta como una estatua y levantó las orejas. Un águila pasó volando sobre ellos. Se dejó caer despacio dibujando un arco sobre la copa de un abeto.

–¿Puedes llamarle? –pidió Marian.

–¿Tengo que gritar?

–Llama a tu padre.

–Ni de coña –gritó él notando que la garganta le escocía–. Tendrás que bajar tú.

Marian bajó por la escalera metálica y abrió la puerta de una patada. Dan la observaba desde arriba. La cabaña era del tamaño de una caja de cerillas y estaba vacía. El polvo de los cuerpos de polillas muertas cubría el alfeizar de la ventana como si fuera arena. Sobre su cabeza sonaba el estruendo del agua del embalse. Un camastro con un saco de dormir sucio, un póster de una mujer desnuda con el pelo blanco al estilo de Marilyn Monroe, un armario con latas de conserva y una pequeña ventana: eso era todo. Además, había una puerta que llevaba al cuarto de las bombas para el agua. Había un cartel en la puerta. Una intuición la llevó a mirar detrás de las latas y encontró una botella de medio litro de licor. La abrió, la olió y volvió dejarla en su sitio. Cuando salió, Dan no se había movido.

Dan fue a su habitación para cambiarse. La tía Rita le había obligado a comerse dos albóndigas y beber un vaso de zumo. No le hizo ninguna pregunta. Dejó que se quedara solo y fue al cuarto de estar con Roy y los pequeños. Cerró la puerta a su espalda y oyó a lo lejos la risa de Kenneth. No quería acordarse del bosque y de lo que había visto. La espesura del bosque volvía a abrirse en su interior una y otra vez. Todo era oscuro y horrible, como un dolor físico desde la nuca hasta la zona lumbar. Oía el estruendo del agua en su interior y el ruido de un animalillo que escarbaba entre los arbustos. Ese lugar le acercaba a sus visiones. Le susurraba que la muerte es una gran boca. De la tierra vienes. En tierra te convertirás. Iría a ver a Jonas. Pasaría por la gasolinera y luego iría con Jonas. Todavía faltaban varias horas para que oscureciera, pero podían reconocer el terreno.

–Están aquí otra vez, esos dos chicos –dijo Eva Bjone estirando el cuello. Se sentía triste. Parecía que estaba participando en un experimento para torturarse.

–¿Qué chicos?

–Esos del ciclomotor –dijo ella–, vigilan la casa. A lo mejor van a cometer un robo, como estamos en época de vacaciones... He oído algo en las noticias sobre bandas que vienen de países del Este.

Klaus Bjone se levantó y se acercó al antiguo escritorio con patas de león, se puso tras ella y miró hacia el exterior.

–¿Quieres café?

Él no respondió. Se limitó a mirar fijamente a los chicos que bajaban por la calle montados en el ciclomotor blanco. Podía ver sus espaldas. Uno de ellos llevaba casco.

–No están vigilando la casa, Eva. Tranquilízate un poco. Hoy será mejor que no oigamos las noticias, no te convienen. El asunto de ese asesinato es demasiado para ti. Además no tengo más remedio que acercarme un momento al trabajo. Estaré de vuelta dentro de una hora.

–¿Ahora? ¿En sábado?

Él se levantó. En sus años como militar había superado toda clase de situaciones, algunas muy complicadas. Pero ahora sentía la presencia del peligro; incluso cuando dormía, esperaba oír silbatos o el estruendo de manos golpeando la puerta para despertarlo.

Volvió a mirar por la ventana. Ninguno de los coches que pasaban por delante se detenía.

–Es algo urgente, tengo que darme prisa. No hagas ninguna tontería, Eva –le advirtió.

Juha tenía la taladradora en la mano. Marian se quitó los zapatos, que aún estaban empapados. A su vuelta de Finnemarka anduvo descalza por la oficina.

–Genial que encontraras esas cartas, Juha –soltó a Birka en el jardín y fue a sentarse a la cocina. Eran casi las once de la noche. Juha entró tras ella.

–¿Quién es ese Colin, Marian?

–Ha estado en tratamiento por drogas y alcoholismo. A decir verdad, es sospechoso. Pero no lo localizamos. No tenemos ni idea de dónde está. Estamos trabajando para juntar las piezas. El puzle está poco claro, aunque parezca sencillo. Ya tenemos a un sospechosos detenido.

Juha dejó la taladradora sobre la mesa.

–Me gustaría que cogieras la bici y vigilaras la casa de color verde claro, Juha. Esta misma noche. Te voy a dar la dirección. Si Dan sale esta noche, me avisas inmediatamente.

Juha bostezó.

–No, Marian. Déjalo ya. Pareces cansada.

–Estoy cansada, joder. He tenido un par de semanas de vacaciones que pasaron en un suspiro, cogeré otras dos semanas en agosto y tengo que hacer algo, ir a alguna parte. Ahora mismo la reforma de la casa y el trabajo me atacan los nervios.

Juha la miró muy serio.

–Trabajar con la muerte es duro.

Recibió un sms de Cato Isaksen. *Rita Glenne me ha enviado este mensaje: La ceremonia será este martes a las 15:00 h en la capilla de Lambertseter.* Marian se sintió repentinamente mal, recordó de pronto algo que había dicho un poeta, no sabía quién, solo la frase: *Los entierros llegan cada vez más seguidos, como las señales de la carretera cuando nos acercamos a una ciudad.* Con la llegada de la muerte nos vemos lanzados a una habitación negra. Solo a un reducido círculo de los más cercanos les importa realmente. Algunos mostraban empatía, pero la gente podía irse a casa después, liberarse del malestar y comer sin dolor de estómago, dormir sin problemas y levantarse para ir al trabajo al día siguiente. Se puso de pie.

–Hay algo raro en este caso, algo peligroso. Tengo algunos *flashbacks* de mi infancia. La playa, el hombre que se ocupaba de mí, mis padres adoptivos. He leído sobre la amnesia, sobre la posibilidad de ser capaz de recordar cosas que nunca has olvidado, y tampoco vivido.

–La memoria no siempre refleja una realidad objetiva, Marian. Se pueden reprimir recuerdos auténticos y crear otros falsos.

–Es sábado. ¿Te importaría ir a buscar la botella de ginebra que está debajo del asiento delantero de mi coche?

–Bebes demasiado.

–Tú también, Juha –era un mal ejemplo para él–, mañana no beberé nada –afirmó mirando hacia las puertas marrones de los muebles de cocina de diseño funcional, sintiendo que la vergüenza era una desagradable molestia–. ¡Haz lo que te digo! –le alcanzó las llaves.

La puerta del garaje era pesada e inestable. Los muelles de las bisagras gimieron y emitieron un intenso sonido por efecto del roce cuando levantaron la puerta juntos y la empujaron con los hombros.

–Silencio, Jonas. ¡Espera un poco! –el chirrido de las bisagras seguía en el aire, se intensificó y pasó a ser una peligrosa sinfonía.

Dan respiraba profundamente. Se quedaron paralizados unos instantes con el peso del portón sobre sus cuerpos, antes de levantarlo despacio un poco más y pasar por debajo. Volvió a bajar un poco y Dan tanteó la pared en busca de un interruptor de la luz. Lo encontró y lo presionó. La luz caía del techo y la visión del coche les impactó a los dos a la vez.

–Mierda –susurró Jonas mirando fijamente–. Dan, ¡hostia!

Dan observaba el gran parachoques del coche. Su cerebro tardó un tiempo en procesar la imagen. Era un jeep de color verde militar. Con una parrilla que parecía una dentadura incrustada entre los grandes faros redondos. El coche tenía neumáticos con un dibujo profundo y una antena sujeta detrás, doblada hacia delante sobre la capota y atada a la vaca de la parte delantera.

–¡Se ha cambiado de coche! ¡Me cago en todo, ha cambiado de coche!

Una de las paredes estaba cubierta de leña amontonada. Dan rozó la última fila y dos maderos cayeron con fuerza sobre el suelo de cemento. Pasó por encima de ellos y se acercó al coche.

–La puerta está abierta –susurró. El corazón golpeaba su caja torácica como un guante de boxeo.

Al fondo del garaje había una puerta metálica gris. Dio un paso atrás y empujó la puerta del garaje con el hombro.

–¡Date prisa! –su corazón latía como el de una liebre, sabía que en ese momento su hipófisis estaba enviando mensajes a sus cápsulas renales, que a su vez liberaban la hormona del estrés. La adrenalina le puso en alerta máxima–. ¡Joder! –murmuró otra vez sintiendo que la angustia humedecía sus ojos.

Dan se llevó la mano a la boca.

–Bjone es jodidamente astuto. Seguro que no ha dejado ni una huella. Se ha cambiado de zapatos, y cosas así –tenía frío, bajó la mano y tiró para sacar la bolsa de tierra, cerrada con un nudo, del bolsillo. En un fognazo visualizó a la mujer policía; no tenía ni puta idea de nada, y el lunes daría un chivatazo anónimo. Entonces le daría otras cosas en las que pensar, en lugar de dar vueltas buscando a su padre. Abrió del todo la puerta del coche, se inclinó hacia el interior y esparció la tierra debajo de los pedales e, incluso, en la alfombrilla del asiento del copiloto. Nadie entendería nada. Ni huellas digitales, ningún rastro, solo tierra del lugar del crimen. Jonas estaba justo detrás de él.

–Vuelve a dejar esos troncos donde estaban. Hay algo en el asiento del copiloto.

Klaus Bjone estaba algo apartado de la ventana, en la oscuridad, y contemplaba el haz de luz amarilla que se abría camino por debajo de la puerta medio abierta del garaje. Vio el movimiento de unas sombras junto al muro del jardín. La noche de verano estaba en su momento más oscuro, pero no era suficiente. *¿Qué demonios pretendían?* No había cerrado la puerta del coche, pero no podrían arrancarlo sin la llave.

Dan enrolló la bolsa de plástico hasta formar una pequeña pelota, se incorporó y volvió a metérsela en el bolsillo.

–*Fue él* –dijo tirando del petate para dárselo a Jonas–, es el mismo que llevaba en el asiento trasero del BMW. Jonas tragó saliva.

–¿Y para qué lo quiero? –sostenía un tronco en cada mano–. Pero ¡joder, Dan, mira esto! Hay una pistola metida en su funda detrás del montón de leña –la cogió y la sostuvo en el aire.

Dan abrió de un tirón la cremallera del petate. Había ropa de bebé de color rosa y una mochila portabebés acolchada azul.

–¡Mete la pistola aquí! ¡Rápido! –tiró del arma para soltarla de la mano de Jonas y la tiró dentro del petate–. ¡Ven, joder! ¡Nos piramos! –pero en ese mismo momento se abrió la puerta metálica gris. El miedo se clavó como un rayo en su cerebro–. ¡Corre! –Klaus Bjone estaba en la puerta vestido con una bata de seda negra.

–¿Qué demonios estáis haciendo? ¿Qué buscáis?

Dan se lanzó hacia el interruptor y consiguió apagar la luz. Un sonido escapó de su boca.

–¡Corre!

Jonas le cogió el petate y Dan cayó hacia atrás golpeándose con la leña apilada, puso las manos sobre el suelo de cemento, recuperó el equilibrio y se levantó a toda velocidad.

Klaus Bjone apoyó la mano sobre el coche y se giró. Dan sentía que la angustia quemaba en su laringe.

–¡Corre!

Jonas empujó la puerta del garaje hacia arriba, pasaron por debajo y la cerraron de una patada.

–¡Corre! –gritó Dan.

Dejaron atrás la zona adoquinada, llegaron a la carretera envuelta en el silencio

nocturno y bajaron corriendo a toda velocidad. Jonas llevaba el petate en la mano. Golpeaba arriba y abajo.

–¿No te lo dije? –sollozó.

Dan se dio cuenta de que había empezado a sangrar por la nariz otra vez. El cálido líquido se deslizaba por su barbilla y goteaba sobre el basto tejido del mono de trabajo.

–¡Corre! –susurró.

–Si me ha reconocido y mi padre se entera, será mi fin –dijo Jonas. Entraron en un jardín y se dejaron caer detrás de un seto. Poco después oyeron el sonido del jeep, como el gruñido de un gran animal. La luz de los faros delanteros teñía el asfalto con dos largas franjas. Cuando el coche se deslizó junto a ellos estaba lo bastante oscuro como para que la sombra de la valla dibujara su entramado sobre el rostro de Jonas. El coche paró un poco más adelante y dio marcha atrás.

–¡Mierda! –susurró Jonas.

–¡Ahora también tendrá tierra en la suela de los zapatos! –Dan temblaba. Se colocó el cabello detrás de las orejas, como para oír mejor–. Seguro que el arma no es legal –susurró mientras se taponaba la nariz con un calcetín rosa de bebé para detener la hemorragia. Comprobó que la bolsa de plástico estaba bien metida en la cintura de su pantalón.

El coche se detuvo. El motor vibraba en punto muerto hasta que el jeep empezó a deslizarse lentamente calle abajo y desapareció.

–¡Joder! –dijo Dan. Los árboles oscuros y los setos de tuya parecían siluetas humanas–, siento como si tuviera un terremoto metido dentro, Jonas. Tengo unos temblores terribles.

–Los terremotos influyen en el tiempo –dijo Jonas percibiendo el olor de las agujas del abeto contra el que se apoyaban–, se añaden nuevos segundos. Los ordenadores de todo el mundo se ajustan automáticamente.

–Ahora no, Jonas –Dan oía su voz a lo lejos, como si tuviera algodón en los oídos. Se oyó un pitido. Un ave nocturna solitaria emitió un par de débiles notas. El verano anterior, Jonas se había reído con todo lo que decía su padre. Dan imaginaba su rostro. Jonas había sido feliz. Klaus Bjone *era* el culpable. Su padre no tenía nada que ver con esto. Si tan solo hubiera podido hablar con su padre... Y con su madre. Sintió un pinchazo: su madre estaba muerta. No era capaz de creer en la resurrección del cuerpo. Solo podía intentar adivinarlo. ¿Adónde iba ese instante, esa fugaz visión de una certeza que se lanzaba entre los árboles, subía hacia el cielo y seguía por el universo? Repentinamente sintió angustia ante la realidad y cercanía con su madre. No había llorado cuando la policía se presentó para contárselo, pero lloraba ahora. Se secó los ojos con el calcetín de bebé y sorbió los mocos ensangrentados.

–Dan, ¿qué te pasa?

–Alergia.

–Tenemos que largarnos. Deprisa, ahora, antes de que vuelva.

Se levantaron a la vez, salieron corriendo por la cancela y caminaron deprisa, el uno junto al otro, calle abajo, con los hombros levantados y pasos ágiles. Habían escondido el ciclomotor un poco más abajo, en un jardín. Jonas se deslizó sobre la moto y giró la llave. El ruido del motor invadió los tranquilos jardines nocturnos mientras el vehículo daba unos bandazos antes de coger velocidad y marchar en sentido contrario al jeep.

Cato Isaksen llegó prontísimo a trabajar la mañana del domingo. Los pasillos empezaban a animarse. Esa noche había dormido en casa. Tumbado solo en la cama de matrimonio echaba de menos a Bente y se imaginaba a Marian. Oía a Bente abriendo los cajones de la cocina y creyó que estaba despierto. Pero estaba profundamente dormido y soñando. El sueño trataba de su alma, de un abismo que se abría en su pecho, *exactamente allí*, detrás de su gran mano, que descansaba sobre el corazón, el lugar donde se encontraban todas sus virtudes; cariño, generosidad y calidez. Hasta que despertó avergonzado por haber eyaculado, y esperó a la luz grisácea del amanecer a que se secase aquello.

Roger estaba en la puerta.

–¿Qué te ocurre? Pareces distante.

–Estoy jodidamente cansado. Funcionarios de Drammen estuvieron buscando a Arne Colin Andersen hasta bien entrada la noche, pero sin resultados. La patrulla de perros ha declinado ayudarnos. Estamos tan faltos de personal que casi me dan ganas de llamar a la prensa sensacionalista y darles un soplo.

Roger Høibakk le observaba.

–Siempre podemos pedir ayuda a la Cruz Roja. Pero ellos tampoco andan sobrados de personal ahora, en plenas vacaciones, y supongo que el tal Andersen no es considerado peligroso.

Cato Isaksen cogió el móvil y seleccionó el número de Marian. Se puso de pie y anduvo arriba y abajo. Roger Høibakk le contemplaba. Cuando Marian por fin contestó, Cato Isaksen dijo:

–¿Dónde te metes?

–Voy para allá. Pero tengo que dejar que Birka corra un poco. Han abierto una nueva área para perros en Rosenhoff. Y no te olvides de que en realidad aún estoy de vacaciones. No tendría que volver al trabajo hasta mañana, Cato.

–Bien. Otra reunión para valorar el estado del caso –Cato Isaksen golpeó la mesa con el bolígrafo e hizo un gesto con la cabeza a Roger. Marian tiró la correa de la perra y tomó asiento. Birka se deslizó debajo de la mesa.

Echó un rápido vistazo por la ventana.

–¡Joder! Ya está lloviendo otra vez, menudo jodido verano de mierda –se levantó, se acercó a la pizarra y dibujó una X de gran tamaño–. El hombre que a juzgar por los indicios seguía a Vivian Glenne en un BMW, o que simplemente paró frente a su casa, puede ser *cualquiera*, uno de esos que te encuentras en el tráfico todos los días. Incontables hombres al volante me han amenazado con el

puño, por así decirlo. Pero ¿y si concentramos nuestra atención en él de todas formas?

Cato Isaksen esbozó una sonrisa.

–Su hermana dice que Vivian Glenne atraía a toda clase de tipos. No ha entrado ni una sola llamada sobre el coche ese. ¿Tal vez no fuera un BMW sino otra marca?

–Tendremos que esperar –dijo Roger–, la buena noticia es que ya tenemos varios sospechosos. Tenemos que concentrarnos en Roy Hansen, Frank Willmann y Arne Colin Andersen –deslizó una hoja por la mesa, con flechas y letras dibujadas en todas las direcciones. Arriba del todo ponía FW con una flecha que descendía hacia Colin y seguía hacia Roy. En el margen había escrito Sr. X–. Willmann lleva ya más tiempo del permitido en la celda.

Entre los presentes se hizo un silencio prolongado. Se miraban. Finalmente, Marian bostezó y dijo:

–No tengo fuerzas para sentarme a escribir un informe detallado sobre lo que hemos hecho. Lo dejaremos estar. Este departamento es jodidamente pesado y lento. Sería mejor que fuera a tener otra charla con Roy Hansen y Rita Glenne.

–No, no pienso quedarme aquí solo otra noche trabajando hasta las tantas en todos los informes –dijo Cato Isaksen.

Marian esbozó una sonrisa pálida.

–Me dejaré caer por la casa de Birgit Willmann luego, camino de casa. Es domingo y está en casa, pero no puedo presentarme demasiado tarde.

–Dejarse caer no parece la expresión más adecuada –dijo Cato Isaksen–. Te pondrás en contacto con ella luego, camino de casa, y utilizarás tu instinto para tirarle de la lengua sobre todo lo que tenga que ver con su marido. Deberíamos hacer que venga para interrogarla. A ella y las dos mujeres de la escuela de jardinería, Henny Marie Aas y Yngvyl Werner.

Marian entró en su despacho y leyó todos los informes del departamento técnico. Los revisó, punto por punto, e hizo anotaciones con sus propios comentarios. Los investigadores trabajaron a tope todo el domingo. A las 21:30 Marian se paró en la puerta del despacho de Cato Isaksen.

–¿Le habéis dejado en libertad? –Birgit Willmann estaba en su recibidor mirando alternativamente a Marian Dahle y, por encima de su hombro, la casa de color verde claro.

–Siento venir un domingo a estas horas –dijo Marian. El ruido del motor de una segadora de césped sonaba a lo lejos–. Hemos estado trabajando todo el día. Solo quería comprobar cómo estás. He pasado a ver a Roy, Rita y los niños. La última vez que hablamos las cosas no fueron bien, no me encontraba del todo en forma –continuó–, vivo cerca de aquí y me pillaba de paso. Probablemente tu marido salga mañana, pero no estamos seguros. Su estatus ha cambiado algo.

Birgit la miró taciturna. *Su estatus*, pensó. En su mente volvía a ser una niña. Estaba sentada en el jardín con su madre. Los árboles filtraban la luz. Hacían punto. Su madre reía feliz, pero su rostro aparecía borroso. Como si fuera un sueño, como si todo hubiera caído en el olvido.

–¿Podría entrar un ratito? –dijo Marian mirándola.

–¿Qué tal les va? –dijo distraída dejándola entrar.

Marian se encogió de hombros.

–No hay mucho que decir. Están recibiendo algo de ayuda de un equipo especializado en crisis. Me preguntaba si has visto a Dan últimamente.

–No, no le he visto. Pasa. Querrás un café, ¿no? –Birgit Willmann fue hacia la cocina. Marian la siguió con la mirada. Parecía que iba de puntillas por su propia casa, como si tuviera miedo de molestar. El color verde de las paredes resultaba en cierto modo tranquilizador, pero los objetos decorativos, en la frontera de lo kitsch, le daban a la habitación un aire falso a algo bello construido para mantener las distancias. En conjunto resultaba un hogar bonito, *pero no es auténtico*, pensó Marian.

Regresó con dos tazas.

–En realidad nos gustaría que vinieras a la comisaría para que podamos tomarte una declaración formal –dijo Marian observando fijamente las cabezas de gato de sus zapatillas.

–No iré a la comisaría. No puedo. Estoy sola en la tintorería. Siéntate donde quieras.

–¿Teníais auténtica confianza tú y Vivian Glenne? –preguntó Marian inclinándose ligeramente hacia delante. Birgit Willmann se quedó rígida unos instantes, manejó con mucho cuidado los platos y cogió un azucarero de una vitrina.

–No éramos amigas cercanas, éramos compañeras de trabajo. Eso ya me lo has preguntado antes –el cuenco estaba lleno de terrones de azúcar blancos que parecían haber sido colocados en filas, uno a uno.

–Por cierto, vamos a hacerles la prueba del ADN a los hijos menores de Vivian Glenne para asegurarnos de que tienen el mismo padre.

La miró.

–¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

–Rita Glenne dijo que podría ser una pista. Supongo que sabe lo que dice.

Birgit Willmann tomó asiento y empujó con cuidado la taza para que no tapara el bordado del mantel.

–¿Cómo os va a Frank y a ti, realmente?

Birgit Willmann posó la mirada sobre sus manos. Estaban enrojecidas. La mujer policía no la había visto en sus malas épocas, cuando andaba en bata hasta bien entrada la mañana.

–Los hombres violentos echan la culpa a sus esposas –dijo Marian de repente–. Si no les preparan la comida que quieren o no tienen las camisas planchadas, es culpa de su mujer. Ellas están para eso, si no, no están haciendo su trabajo. Y las mujeres creen que se merecen que las traten así.

Birgit Willmann estaba completamente quieta. Marian tuvo la desagradable sensación de estar sentada junto a una muñeca. Parecía que se había replegado sobre sí misma y que a la vez estaba alerta. Marian recordó a su madre, cómo había que intentar evitar provocarla cuando estaba de mal humor. Aquí se trataba de lo mismo: Marian también tenía esa capacidad, que evidentemente compartía con Birgit, podía anularse por completo a la vez que estaba en pleno estado de alerta.

–Por cierto, Willmann es un apellido muy poco frecuente.

–Sí, pero yo no sé nada –dijo Birgit Willmann mirando fijamente al frente con gesto grave.

Arne Colin Andersen pasó un pez por la borda de la vieja barca de remos. El agua brillaba con una lisura oscura. El pez era pequeño y casi no oponía resistencia, su piel era escurridiza y estaba cubierta de una fina capa de mucosidad grisácea que se hacía transparente en contacto con sus manos. Le cortó la cabeza con una navaja y lo tiró a un cubo. El viento se deslizaba por las copas de los árboles antes de llegar a la zona pantanosa. Llevaba puesto un anorak y calzaba botas. Los peces picaban más a última hora de la tarde. Algunas veces las cosas salían mal. No todas las amistades podían mantenerse. Había que romper las relaciones negativas, pero dolía. Sabía que Dan le había visto. Fue un momento escalofriante. Los separaba tan solo un fino muro de hojas. Amaba a Vivian. Pero él lo había convertido todo en un infierno con el alcohol, la bebida lo había destrozado todo. Se convirtió en el protagonista de su relación, y ella era tan joven cuando se conocieron... No quería pensar en la maldad. Existía en todas las personas, estaba latente como una pared negra al fondo del alma y podía aparecer si

dejabas que dominaran los peligrosos paisajes en sombra. La noche anterior había dormido en la cabaña de la presa, si aquello podía llamarse dormir exactamente, con el agua rugiendo hasta hacer vibrar las paredes, pero le gustaba su sonido. El peligro de inundación era inminente. Había que tomarse el agua en serio. Debía pensar en el agua y no en Vivian. Debía pensar en Dan, no en el agua.

Ahora la casa tenía otro olor, rancio y cerrado. Cerró los ojos, se rascó la costra de la nariz y pensó en su padre, podía imaginarle; el rostro de rasgos marcados, el cabello oscuro y su sonrisa. Las tazas sucias y los platos metidos en el fregadero no se parecían a los que estaban allí unos días antes. La tía Rita los apilaba más ordenadamente. Sentía que quería vomitar. El silencio era absoluto pero podía oír la respiración de Roy, que estaba tumbado en el sofá tapado con una manta de lana gris. La mujer policía, la que se llamaba Marian, había vuelto a pasar por allí unas horas antes. Luego había seguido a casa de Birgit. *Los terremotos influyen en el tiempo*, había dicho Jonas el día anterior. Jonas decía muchas chorradas. Como si creyera que las palabras sirven de ayuda, que pueden extenderse como un bálsamo. Jonas se había llevado el petate de Bjone a su casa. Rita dormía arriba, con Kenneth y Sebastian. Una clase de silencio completamente distinto se había instalado en la casa. Un silencio insoportable. El día siguiente era 18 de julio y llamaría para dar el falso chivatazo a la policía. Sintió un momento de pánico pensando en Bjone. El miedo lo paralizaba y lo vaciaba aún más. Era un estuche vacío.

Juha Sakkonen se inclinaba sobre la bicicleta para observar la casa de color verde claro. En la cocina podía distinguir la silueta del chaval de pelo castaño. El chico estaba solo allí. Era medianoche. No sucedía nada. Esperó media hora más, esperó a que sucediera algo, pero no ocurrió nada y volvió pedaleando a Solveien.

Dan pasó por encima de la caja de herramientas y subió por la pequeña escalera que salía del foso. Era lunes, las 09:00 de la mañana. El centro estaba abriendo. Apretó el papelito con el número de emergencia de la policía en el puño, pasó por el taller y salió. En la explanada de los surtidores tuvo la sensación de que alguien le observaba. Se detuvo y miró por encima de su hombro, pero no vio nada que le llamara la atención. Había gente y coches por todas partes, lo habitual. Un hombre inflaba sus neumáticos con la bomba de aire. Dio la vuelta a la esquina en dirección al centro comercial. Entró por la gran puerta de cristal como si fuera una persona normal. Pasó por delante de La pastelera y del monopolio de bebidas alcohólicas y fue en dirección a las cabinas telefónicas. Cuando la gente que lo conocía lo saludaba, contestaba con una inclinación de cabeza. Sonreía cuando le sonreían. Las cabinas estaban anticuadas y cada uno de los tres teléfonos estaba rodeado de plexiglás. Miró a su alrededor, se acercó a uno de los aparatos, se estiró la manga del mono de trabajo y descolgó el auricular. Nadie encontraría una huella dactilar suya. Así lo hacían en la tele. Echó una moneda de diez coronas en el teléfono y marcó el número de emergencias de la policía con mano temblorosa. En un primer momento, cuando contestó una voz masculina, no se sintió capaz de hablar, pero luego tragó saliva, hizo que su voz sonara más profunda, dio la espalda a las tiendas y dijo brevemente que un hombre llamado Klaus Bjone era el asesino de Vivian Glenne.

–Vive en la calle Konvall 139 –antes de que la voz del otro lado pudiera decir nada continuó–: lo vi salir corriendo del bosquecillo aquella noche. Vestía un jersey rojo y llevaba una pala en la mano. Y una cosa más, debéis investigar su coche, no el BMW, porque lo ha escondido, sino el jeep –concluyó, antes de dejar el auricular colgado en su sitio, mirar a su alrededor y dirigirse rápidamente hacia la escalera mecánica. Subiría una planta y luego saldría por el aparcamiento para volver a la gasolinera.

–Ellen llamará con una conclusión preliminar en cinco minutos, Marian; Roger está tomando declaración a Willmann otra vez. Pareces descansada –Cato Isaksen se dejó caer sobre una silla y empujó el montón de papeles por la mesa.

–Estoy descansada, Cato –la noche pasada había dormido siete horas seguidas. Por la mañana encontró una nota sobre la mesa de la cocina que decía que no había novedad en la casa de color verde claro. Finalmente Juha había cogido la bici para comprobarlo, a pesar de todo–. Los de medicina legal tardan demasiado. Aunque él lo niegue, tengo la sensación de que Dan intenta proteger a su padre. Lo pasó mal el sábado en Finnemarka. Noté que estaba aliviado porque no encontramos a Arne

Colin Andersen. Puede que tengas razón, puede que haya huido, ahora resulta que tampoco los efectivos de rastreo de Drammen han sido capaces de encontrarle...

–¿Es anarquista o qué? Ese tipo arrogante... Tiene que ser el asesino. Henny Marie Aas afirma que no sabe dónde está, pero yo creo que sí lo sabe.

–Creo que Dan ha confiscado esas cartas de su padre. Tiene algo que ver con la maternidad, Cato. Las personas adoptan maneras de ser. Tienen buenas o malas intenciones. Algunos se lanzan a la vida y superan las dificultades, otros fracasan.

–¿Dan tiene esas cartas?

–No lo sé –mintió ella.

–No soporto el rollo de las intenciones y los sermones pedagógicos sobre la maternidad –Cato Isaksen movió la mano para espantar una abeja que golpeaba el cristal hasta hacerla desaparecer por la pequeña rendija abierta.

–Por supuesto que Vivian Glenne no era malvada, pero sí inmadura e incapaz de poner límites. Es un tema tabú, pero está claro que no todas las madres son buenas –dijo Marian–. Los de la división técnica están revisando todo lo que tenemos de correos electrónicos y demás, pero eso que dice Dan de que él estaba jugando al ordenador...

–He visto su historial de conexiones, Marian. Estuvo jugando todo ese tiempo en cuestión.

Sonó un móvil. Cato Isaksen miró a Marian y apoyó el codo sobre la mesa. Le hizo una señal.

–Es Ellen –dijo leyendo el documento que tenía sobre la mesa, en el que había anotado que era lunes 18 de julio–. Entiendo que habéis estado trabajando el fin de semana, Ellen. Pero haznos un resumen del contenido y luego nos pasas el documento completo por e-mail –conectó el altavoz del teléfono. La voz de Ellen Grue era clara.

–De acuerdo, Cato. Iré directa al asunto. La fallecida tenía algo de alcohol en la sangre, no mucho, pero había bebido dos o tres copas de vino, o algo así. La pala es el instrumento del crimen. Las lesiones que presenta son compatibles con la hoja de la pala en cuestión y la hora estimada de la muerte es sobre las 21:00. Así que todas nuestras suposiciones son acertadas. Los técnicos han encontrado algunos cabellos que no parecen ser de la fallecida en unas hojas. Es demasiado escaso para poder precisar el color del cabello y los hemos enviado para un análisis detallado. También se han encontrado otros indicios pero, como sabes, los análisis llevan su tiempo. Los de medicina legal son especialmente lentos ahora en pleno verano, pero el perfil de Willmann se coteja de forma permanente con el resultado de los análisis, y veremos si hay alguna coincidencia.

Birgit Willmann estaba completamente quieta en el interior de la zapatería y

esperaba sentir algo. Tan solo había otra clienta, una madre con una niña pequeña. Los expositores estaban llenos de todo tipo de calzado. El olor a piel le provocaba picores en la nariz. Hacía cuatro días del asesinato de Vivian, pero la policía aún no había encontrado al asesino. Introdujo el otro pie en el otro zapato negro de tacón y se contempló en el espejo inclinado y alargado. Dio pequeños pasos adelante y atrás. En un primer momento no notó nada, pero luego sintió una especie de agradable excitación. Aunque sus pantorrillas no fueran las más esbeltas y sus tobillos robustos, los zapatos le sentaban bien. Nunca había llevado tacones. Se dio la vuelta y echó un rápido vistazo por encima del hombro. No había clientes a la vista en la tintorería.

–Los zapatos son un poco estrechos –dijo girándose hacia la dependienta de nuevo–, la piel cederá un poco con el tiempo, porque mis pies son algo anchos y siempre llevo medias.

Frank seguía detenido. No tenía que obedecer. La sensación de distancia no la protegía.

–Tú conocías a Vivian Glenne –la dependienta llevaba el pelo teñido de blanco, con un pañuelo atado a modo de lazo en la espesa melena–, es terrible. Es que Vivian compraba aquí todos sus zapatos y botas.

Birgit se dio la vuelta y volvió a mirar hacia la tintorería. Vio a Dan, que pasaba por delante del ventanal. Llevaba puesto el mono de trabajo. La sensación de levedad que había experimentado se vio sustituida por algo oscuro. Podía oír el zumbido del agua en el entramado de cañerías, detrás del mostrador. Por supuesto que estaba mal sentirse alegre tan poco tiempo después de la muerte de Vivian. ¿Para qué quería ella unos zapatos de tacón? Aunque ahora fuera verano, las hojas caerían de los árboles y la nieve, de un metro de altura, cubriría el paisaje. Cuando llegara a casa, al atardecer, se tomaría una copa de vino o, mejor, café con leche y rebanadas de pan integral con caballa en tomate o mermelada de frambuesa. Frank tendría que haber ido a ver a Colin al día siguiente. Solían acampar durante cuatro días; pescaban, montaban la tienda y bebían. Frank siempre parecía nervioso antes de marcharse.

Cato Isaksen recibió el aviso de la centralita de guardia a las 09:08. Estaba sentado, golpeándose el labio con la punta de un bolígrafo cuando le llegó el mensaje. Marian acababa de meterse en su despacho. Se levantó de golpe, sintió que su pulso se aceleraba y salió al pasillo camino del despacho de Marian. La voz de la central de guardia repitió la información de forma breve y concisa. Exactamente a las 09:06 un comunicante anónimo había dejado un mensaje en una llamada realizada desde una de las cabinas del centro comercial de Lambertseter. La persona en cuestión había dicho que había visto a un hombre llamado Klaus Bjone salir corriendo del bosquecillo la noche en que Vivian Glenne fue asesinada. Vestía un jersey rojo y llevaba una pala en la mano.

Marian lo acompañó de vuelta al despacho. Una breve búsqueda aclaró que Bjone vivía muy cerca del lugar del crimen. Tenía sesenta y tantos, sin antecedentes pero con alguna multa por exceso de velocidad sobre su conciencia. Trabajaba en el campamento militar de Lutvann, era masón, estaba casado y tenía una hija y una nieta.

Cato Isaksen la miró:

–Es comandante y trabaja para los Servicios de Inteligencia. Las fuerzas noruegas destinadas en Afganistán son su especialidad. Este es un hombre que sabe de guerras, Marian.

–¡Este es el tipo que estamos buscando! ¡Por fin sucede algo! –Marian cerró la boca.

Un funcionario de uniforme les trajo la grabación, se inclinaron sobre la mesa y escucharon.

Un hombre llamado Klaus Bjone es el asesino de Vivian Glenne. Vive en la calle Konvall 139. Lo vi salir corriendo del bosquecillo aquella noche. Vestía un jersey rojo y llevaba una pala en la mano. Y una cosa más, debéis investigar su coche, no el BMW, porque lo ha escondido, sino el jeep.

–Joder, Marian. El que llama parece tener treinta y tantos años. Le tiembla un poco la voz. Vámonos ahora mismo, maldita sea.

–La voz está impostada –Marian se puso las manos en la cintura–, ¿por qué habrá esperado tres días a denunciar esto? A lo mejor es un vecino, o alguien así, alguien que no quiere que Bjone sepa que ha dado el chivatazo. Bjone tiene que ser el hombre del coche oscuro. El Sr. X.

–¡Nos vamos! ¡Ven! –Cato Isaksen agarró las llaves del coche–. Comprobaremos el registro de Tráfico por el camino –hizo un gesto con la cabeza al policía de uniforme–. ¡Saca a Roger Høibakk de la sala de interrogatorios! –pidió–. Infórmale inmediatamente de la situación.

Cato Isaksen tamborileaba con los dedos sobre el volante cada vez que tenía que ceder el paso a vehículos o personas. Marian iba en el asiento del copiloto con el móvil pegado a la oreja. El coche de policía camuflado cruzó la ciudad a toda velocidad camino de Lambertseter. Había poco tráfico.

–Bjone es propietario de un BMW X5 –dijo Marian girándose hacia él.

–¡Muy bien, demonios! –Cato Isaksen se distrajo un momento y tuvo que hacer una maniobra para esquivar a una mujer con un cochecito de bebé que cruzaba la calle.

–Un BMW X5 –dijo Marian–. ¡Puede decirse que el Sr. X tiene un X5!

Se dio la vuelta y cogió el portátil del asiento trasero, lo puso en su regazo y se conectó a la red de la policía. Introdujo su usuario para hacer una búsqueda más detallada.

–Ha estado destinado en Líbano como soldado, Cato, pero trabaja en la sede de los Servicios de Inteligencia. Se ocupa especialmente de los veteranos –añadió–, lo utilizan como experto en casos en los que exsoldados han denunciado al Estado y a Defensa.

–¡Es interesante! –Cato Isaksen cruzó el puente del metro–. Si el ADN del lugar de los hechos resulta proceder de este comandante, habremos resuelto el caso. ¿Puedes llamar a Marie Sagen? ¡Dejaremos libre a Willmann! No he hecho la cuenta exacta, pero las 72 horas que podemos retenerle han pasado de lejos. ¡Mierda! Espero que no nos cause problemas. Estoy seguro de que el fiscal de la policía opina que ya deberíamos haberle dejado salir el sábado. Pero ahora tenemos una nueva pista; un hombre que viste un jersey rojo y tiene un BMW. ¡Un guerrero!

Un hombre alto, de sesenta y tantos años, miraba por la ventana.

–Al menos está en casa –dijo Marian bajando del coche de un salto. Cato cerró de golpe la puerta del conductor. La capa de nubes era pesada, de un gris plumizo pero, a pesar de eso, un estrecho rayo de sol había conseguido abrirse camino a través de un claro y teñía una delgada franja del césped de un verde más intenso. Una tumbona blanca estaba colocada junto a un bebedero de obra. El viento agitaba las páginas de una revista del corazón.

Cato Isaksen fue directamente a abrir la puerta del garaje. El jeep verde tenía pintura de camuflaje en el capó. Se deslizó hacia el fondo.

Marian llamó a la puerta. Abrieron al instante. El hombre llevaba pantalones claros de verano y una camisa azul oscura de manga corta. Era esbelto y de porte erguido, con un rostro frío y atractivo y el cabello gris plateado. Desprendía autoridad y tenía un cuerpo ágil. Sus zapatos eran aproximadamente del número 43.

Marian mostró su identificación.

–Somos de la policía –dijo.

Klaus Bjone la miró fríamente, pero la dejó pasar. Se fijó en que junto a la puerta había una pequeña pantalla, parte de un equipo de vigilancia. Él siguió la dirección de su mirada.

–Mi mujer es algo aprensiva –dijo secamente–. Supongo que son conscientes de cuál es mi rango. ¿Qué están haciendo en el garaje?

–Estamos llevando a cabo algunas averiguaciones en relación con el asesinato de la mujer de la tintorería. Nos han dado una información sobre que estuviste involucrado en un incidente con Vivian Glenne el jueves pasado. Y sí, sabemos cuál es tu estatus.

–No sé qué es lo que están buscando –la miró enfadado. Sus ojos eran de un azul casi turquesa y tan faltos de calidez como el agua fría.

De la pared empapelada en rosa colgaba una especie de diploma, confirmaba que Klaus Bjone había sido nombrado caballero de alguna clase. Además había un sinnúmero de retratos de uniforme y medallas enmarcadas. Junto a ellas había unas fotos de una niña pequeña. Él siguió su mirada.

–Es nuestra nieta. Mi mujer no se encuentra muy bien en estos días.

–¿Cómo? –echó un vistazo rápido a los zapatos que estaban alineados. Olía a limpio, a jabón Lagarto–. ¿Cómo que no se encuentra bien? –repitió.

–Tiene algunos trastornos sin definir por los que está siendo explorada en el hospital. Nuestra nieta es lo único que la anima, por decirlo de algún modo.

–¿Tu esposa está en el hospital ahora?

–No, está arriba descansando. Por favor, no la metan en esto.

Marian lo observaba.

–Nos preguntábamos si tienes un jersey rojo.

Bjone la miró con dureza.

–¿Qué clase de pregunta es esa? Tengo un jersey que suelo ponerme en el campo de golf.

–¿Podrías buscarlo?

Él entró en lo que parecía una pequeña oficina. Tiró de un cajón y sacó el jersey.

–Quiero un abogado que pueda impedir que se me acuse precipitadamente –dijo–, y mucho cuidado con que esto se filtre.

–Así que admites las circunstancias. Nos han dado una pista en el sentido de que paraste frente a la vivienda de Vivian Glenne el jueves por la tarde, en un BMW.

–¡No entendéis! Sencillamente tengo un carácter algo fuerte.

–¿Dónde estuviste el jueves por la tarde?

–Estuve aquí la mayor parte del tiempo.

–¿La mayor parte?

–Estuve trabajando en el jardín. Sí, me hirvió la sangre cuando esa señora de la tintorería, de la que he oído hablar en las noticias, forzó el paso por el puente delante de mí. Tenía obligación de ceder el paso, pero se abrió camino. Fui tras ella. Para colmo de descaro, me hizo un gesto obsceno. Tuve que conducir un tramo medio subido a la acera.

Para colmo de descaro, pensó Marian, menuda forma anticuada y cursi de expresarse.

Cato Isaksen entró. Se presentó brevemente.

–¿Dónde has metido tu coche?

–Está aparcado en Lutvann, en el campamento militar.

–¿Por qué?

Klaus Bjone se transformó, intentó ser educado pero no era capaz de ocultar su ira.

–Tal y como parece que se está desarrollando este asunto, no quiero contestar a nada más.

Pensó en los dos muchachos. Uno era el hijo de Vivian. El que trabajaba en la gasolinera. ¡Tenían que ser ellos! Habían robado su petate y la pistola Glock. Tenía que reflexionar. Había robado el arma mientras ejercía de juez durante un ejercicio de «repetición» del servicio militar un par de semanas antes. Y estaba cargada.

Una hora más tarde Klaus Bjone fue introducido en la comisaría a través del garaje subterráneo. Se llevaron el jeep con una grúa para inspeccionarlo. Recogerían el BMW en el campamento militar. Por fin los investigadores tenían algo más concreto con lo que trabajar. El caso había cambiado y Cato Isaksen consiguió que le asignaran dos policías más para el equipo. Reinaba un estado de ánimo optimista cuando Cato Isaksen, como responsable de la investigación, reunió a su equipo para volver a hacer balance hacia las dos de la tarde. Frank Willmann fue puesto en libertad, pero se mantuvieron los cargos contra él. Los indicios biológicos aún no habían sido analizados en su totalidad. Aun así, Marian se sentía intranquila. ¿Por qué el denunciante anónimo había puesto tanto empeño en que revisaran el jeep?

Ellen Grue llevaba con ella a dos técnicos de Bryn y dijo que analizarían el jersey rojo, los rastros del coche y los zapatos que habían cogido lo antes posible. Se puso de pie.

–Voy hacia allá ahora mismo para hacer el seguimiento. Os daré noticias en el momento en que sepamos algo. El médico forense no ha encontrado ninguna herida o hematoma en Bjone que le llamen la atención.

Marian levantó la vista. Roger dijo que hablaría con la mujer de Bjone.

–Y dentro de unas horas tomaremos declaración a Bjone –dijo Cato Isaksen.

–Está en la celda e insiste en contactar con un abogado en concreto, pero el elegido está de vacaciones –dijo Marian.

El aire estaba cargado de la ira de Frank. Birgit vio por el rabillo del ojo cómo cerraba el puño derecho. Apretaba los labios en una delgada línea. *Para la policía tenemos apariencia de gente totalmente normal*, pensó, mientras esperaba con agonía que la maldita mujer policía que había traído a Frank a casa se marchara. A la vez tenía miedo de lo que pudiera pasar cuando se fuera. Miraba fijamente una pequeña mancha de la pared.

Marian percibió que el ambiente era extraño. Había algo que no cuadraba; la forma de ser, su comportamiento y la sensación que irradiaban. Todo estaba *mal*. Estaban en el recibidor. No la invitaron a pasar.

Marian pensó que Birgit Willmann tenía esa mirada con la que las mujeres de esa edad podían observar a sus maridos. Su actitud dejaba ver lo que estaba pensando: *estoy harta de ti, estoy cabreada, triste y me pones enferma*.

–En realidad solo quería informarles de que hemos detenido a otra persona –dijo.

Frank Willmann se dio la vuelta y se marchó. Marian oyó cómo abría la puerta

del jardín.

Birgit Willmann esquivó la mirada de Marian.

En ese momento sonó el aviso de que había entrado un sms en su móvil. Era de Cato. *Reenvió mensaje de Ellen: Solo tengo que informaros de que, en cuanto al jeep, la tierra probablemente sea del lugar de los hechos. El análisis llevará algo más de tiempo, pero sí, vemos que es el mismo tipo de tierra negra y húmeda con restos de hierba y botones de oro.*

¿Qué se creían exactamente? Aquí estaba como un idiota metido en una sala de interrogatorios. Pensó en la red de contactos de la logia. *Hombres maduros, con reputación impecable y buena situación económica*. Era la última hora de la tarde. Se iría a casa. Tampoco le conseguían a su abogado.

–He oído hablar de policías que plantan pruebas. Además soy de la opinión de que siempre debe haber un policía presente, un hombre, cuando se contacta con la gente. La actitud de esa bajita de piel oscura... Nunca se permite que dos mujeres piloto lleven el mismo avión.

–Si no tienes nada que ocultar, no tendrás nada que temer –dijo Roger Høibakk–. En todo caso, la *bajita de piel oscura* no está presente ahora.

Cato Isaksen entró en la sala, tomó asiento junto a Roger Høibakk y entrelazó los dedos. El abogado joven y pálido que había estado presente en el interrogatorio de Willmann ahora estaba aún más pálido. Bjone se giró para apartarse de él.

Roger Høibakk dio un trago de agua y se inclinó sobre el tablero de la mesa de formica para leer en voz alta los datos personales y la fecha.

Klaus Bjone se encogió un poco.

–No quiero parecer difícil de ninguna manera y acepto que tengáis que llevaros mi coche, pero no mezcléis a mi mujer en esto. Acabamos de ser abuelos. Tengo un problema de mal genio, pero eso no quiere decir que tenga nada que ver con este caso –¡era absurdo! A veces la vida jugaba a los crucigramas, fragmentos de la realidad se colocaban en un juego, como en las casillas de un tablero de ajedrez. Una reina, un peón y un rey, aunque tal vez en orden inverso. Cada movimiento podía ser peligroso, podía dejar al descubierto cómo eran las cosas en verdad. Estaba claro que su posición aquí no servía de nada.

Roger Høibakk apoyó los brazos sobre la mesa.

–¿Dónde estabas esa noche, Bjone, el jueves 14 de julio?

–Ya he dicho que estaba en casa.

–¿Conocías a Vivian Glenne?

–No.

–Pero ¿sabes quién era?

–Era una presumida. Cuando tienen quince, quieren aparentar veinte. Cuando tienen cuarenta, quieren aparentar treinta. No tenía idea ni de su nombre, hasta que lo leí en el periódico. Pero conozco a las de su clase. Y sí, tengo un carácter que necesita ser controlado. Le he prometido a mi mujer ir a terapia. Conozco a un buen psiquiatra, un amigo de la logia que se llama Harald Mørk, voy a empezar a ir a su consulta en agosto.

Frank Willmann estaba de pie en su cobertizo. Había salido de la maldita celda después de tres noches. Esa pequeña zorra policía le había llevado a casa, había quitado las cintas que acotaban la zona y le había devuelto el móvil. Dijo que no habían encontrado nada. *Encontrado nada, no; todavía no*, pensó. Al día siguiente Colin lo recogería en la estación de Drammen. Le había hecho saber a través de Henny Marie que estaría allí cuando el tren de las diez entrara en la estación. La policía le había dicho que no fuera a ninguna parte, pero necesitaba advertir a Colin. Era posible que se volviera locuaz cuando la policía le cogiera. Y ya no bebía. La gente cambiaba de personalidad cuando lo dejaba, se volvían honestos y sinceros.

Birgit Willmann cogió el termo del café de la encimera de la cocina y un plato con dos sándwiches con la otra mano. Cruzó el salón, salió por la puerta del jardín, que tenía las cortinas medio echadas, y pasó por la breve extensión de césped hacia el cobertizo. La puerta estaba abierta de par en par.

Frank Willmann estaba de espaldas golpeando algo con un martillo sobre el pequeño banco de trabajo. Se dio media vuelta y dejó el martillo.

–La cena –dijo ella, y se quedó de pie en el estrecho marco de la puerta.

Él se giró. Ninguno de ellos dijo nada.

–Dejaré la comida aquí –dijo ella finalmente dando un paso hacia el arcón de madera. En ese momento tuvo la sensación opresora de lo inevitable.

Frank Willmann alargó hacia ella sus grandes manos e indicó el arcón con un gesto de la cabeza.

Birgit Willmann, obediente, tomó asiento, inclinó la cabeza y se quedó mirando el suelo de madera. Unas hebras de hierba húmeda se habían pegado a sus zapatos ortopédicos. *No lo hagas*, pensó, e intentó humedecerse un poco la boca reseca. Estaba justo delante de ella. Si levantaba la mirada, tendría su entrepierna a la altura de los ojos. Sabía lo que le pediría y sabía perfectamente que a ella no le gustaba.

–Lo siento Frank –susurró–, hoy no.

–En realidad, ¿qué fue lo que le contaste a Vivian?

–No he dicho nada –se apresuró a salir del cobertizo, sintió la necesidad de ir a ver su madre. Una lombriz cruzaba el césped con movimientos ondulantes.

En el cuarto de baño, Marian notó que los pensamientos seguían dando vueltas en su cabeza, a pesar de que se había propuesto eliminarlos. Tenía que descansar. Se miró en el espejo salpicado de puntos blancos de dentífrico y recordó la linterna de Dan y las cartas que había escondido en la caja de herramientas. En su dormitorio, cogió la caja de Valium del pequeño neceser con estampado de rosas que había

escondido en el último cajón de la cómoda y sacó uno. Lo tragó con un poco del contenido de la botella que había comprado en el monopolio de Lambertseter y se acurrucó en la cama. Pondría en marcha el proceso de relajación. Tenía que dormir. Birka puso la cabeza sobre el borde de la cama y le echó su apestoso aliento en plena cara. Alargó el brazo, puso la mano sobre la suave cabeza de la perra y le hizo sitio junto a ella. Justo antes de dormirse oyó la voz de la grabación en su interior. *Y una cosa más, debéis investigar... el jeep.* La voz no se parecía a la de Dan, pero aun así ¿no era la suya?

Birgit Willmann miró la hora. Eran las 22:50. Cerró las cortinas del dormitorio y se desnudó como lo hacía siempre: se quitó la bata floreada, se dejó puesto el sujetador y se pasó el camisón de algodón azul claro por la cabeza. Luego se quitó las bragas, se sentó en el borde de la cama y tragó la media pastilla para dormir que Frank le había dejado preparada con un vaso de agua. La media pastilla no le hacía conciliar el sueño, pero siempre la dejaba relajada y adormilada. Se metió debajo del edredón y miró hacia las cortinas oscilantes. El zumbido del tráfico se abría paso a través de la pared. Del jardín trasero llegaban débiles trinos desde los arbustos de lilas, con los racimos de flores marchitas. ¿Cuánto tiempo se quedaría Frank en el cobertizo esa noche? Estaba enfadado porque le había rechazado. Pidió en silencio que no leyera nada que lo excitara.

–La tierra del jeep era del lugar de los hechos –dijo Ellen Grue tomando asiento–, aquí tengo el análisis del laboratorio. Hay una coincidencia de nivel 6, es decir que es 100% seguro. Nos encontramos la mitad del bosque en el coche, así que teníamos mucho para comparar –dejó los documentos sobre la mesa.

Eran las 08.35 del martes 19 de julio. Marian miró por la ventana. Hoy la capa de nubes era fina y blanquecina. Menudo país, nunca hacía sol. Roger estiró los brazos.

–Bjone es el asesino. Dentro de tres días te irás de vacaciones, Cato.

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla. Sonrió. Pero Marian no decía nada.

–El perfil de ADN del cabello que encontramos se ha cotejado con la base de datos de perfiles de otros casos. De momento no hay ninguna coincidencia. Las muestras de Willmann no coinciden con ninguna de ellas. Hemos tomado cabellos de Roy Hansen y de Klaus Bjone. Los resultados tardarán unos días. Quieren analizar la pala más en profundidad, con diferentes métodos, y ver si da mejores resultados.

–Supongo que Bjone ha agarrado la pala y ha vuelto a dejarla en su sitio –continuó Roger.

–Parece que han limpiado la pala a conciencia, y es el arma del crimen –dijo Ellen.

–Solo tenemos que conseguir que Bjone nos cuente cómo lo ha hecho y ¡listo! ¿Quién va a ir a la ceremonia conmemorativa hoy? –Roger miró a los demás.

–Lo haremos Marian y yo –dijo Cato Isaksen.

Marian se levantó y salió de la sala. Estaba cansada, a pesar de que había dormido la noche anterior, y se alegraba de tener la oficina para ella sola mientras Randi estuviera de vacaciones. Tenía delante algunas fotografías tomadas por el departamento científico. Fotos del suelo del jeep. Tanta tierra; una fina capa que cubría toda la alfombrilla de plástico. ¿De verdad la solución era tan sencilla como que un militar majara y psicópata había perdido los nervios porque una mujer le había hecho la peineta durante una discusión de tráfico? Bjone negaba cabezonamente que hubiera tenido una relación sexual con Vivian Glenne. Echó una mirada a los pájaros que se agolpaban sobre los cables de la luz y meditó sobre los recovecos y las posibilidades de manipular que tenía un asesino. Solo necesitaba ser lo bastante inteligente, calculador y valiente. Cuando vio que Ellen bajaba por el pasillo, se acercó a la puerta y la llamó.

–Es muchísima tierra, Ellen. ¿Qué clase de asesino tonto dejaría tantas pruebas? ¿Por qué iba a llevar su BMW al campamento militar para luego aparcar el jeep hasta arriba de pistas en su garaje particular?

Ellen tenía una profunda arruga entre sus cejas oscuras.

–La verdad es que yo también lo he pensado, Marian. Ayer mismo. Hay algo raro en cómo está extendida y la gran cantidad de material encontrado.

Cato Isaksen entró en el despacho. Marian y Ellen le miraron.

–¿Y ahora qué pasa? ¿Ocurre algo? –continuó sin esperar respuesta–. Según la central de taxis, Roy Hansen rechazó los primeros viajes que le ofrecieron el jueves por la noche. No habían comprobado bien el registro. Roy Hansen estaba en el coche, pero dijo que no a dos carreras justo antes del asesinato de Vivian Glenne. Así que rechazó los primeros viajes, a pesar de que estaba en el coche. Pero tenemos al asesino, ¡joder! Así que tendremos que tomarnos esto tan solo como un dato adicional.

–Pero no es seguro que Bjone sea el asesino –dijo Marian cruzándose de brazos y mirando a Ellen en busca de apoyo.

Cato Isaksen gimió y puso los ojos en blanco. Ellen Grue tomó el relevo.

–Tengo que reconocer que en parte estoy de acuerdo, Cato. La cantidad de tierra que hay en el coche de Bjone es una pasada. Por lo menos puede parecerlo. Es demasiada y está esparcida de forma demasiado uniforme.

–Como si alguien hubiera dejado la pista –dijo Marian tomando aire–, esa tierra no tiene pinta de haberse caído de una pala o haber sido arrastrada por unos zapatos.

Cato Isaksen echó la cabeza hacia atrás, cerró los puños y soltó un taco.

–Esto me está volviendo loco. Quiere decir que tenemos que traer a Roy Hansen para un nuevo interrogatorio y debemos hacerlo ahora.

Marian negó con la cabeza.

–Él es a las 14:00. Esperaremos a que termine.

–En ese caso ha tenido mucho tiempo para eliminar pistas. Tal vez tirar ropa, tal vez su uniforme de taxista. Puede haber tenido tiempo de hacerlo antes de empezar su turno. Puede haberse llevado la pala en el taxi para lavarla en alguna parte y puede haberla vuelto a dejar en su sitio al final de la noche.

–Asistiremos a la ceremonia y luego nos lo traeremos de vuelta, pero en realidad no tengo la sensación de que sea el culpable. En todo caso tendremos que confrontar a Bjone con el hecho de que hemos encontrado tierra del lugar de los hechos en su coche –Cato Isaksen hizo un gesto con la cabeza a Ellen Grue, que los escuchaba meditabunda y en silencio–. Esa idea loca de que alguien ha plantado esa tierra allí me la tomo con cierto escepticismo. ¡Santo cielo!

Birgit Willmann se preparaba para el ceremonial. Se puso el abrigo oscuro y se colocó un sombrero negro trenzado en la cabeza, luego se pasó las robustas manos por los muslos y sintió que llegaban los síntomas. La sensación de oscuridad, la intranquilidad, las náuseas, el odio lacerante. El deseo de torturar. Se levantó y se acercó a la encimera de la cocina. Había comprado bollos de azafrán, amarillos, rellenos de manzana y canela con azúcar glas por encima. Mordió un trozo y masticó. Era un alivio que Frank se hubiera ido a ver a Colin. Frank estaba asustado cuando se marchó. Se dejó caer de nuevo sobre la silla de la cocina y se quedó oscilando hacia delante y hacia atrás. Había hormigas por el suelo, unas cuantas en la encimera, no muchas, pero suficientes como para que tuviera que poner veneno para deshacerse de ellas. Se limpió las manos en el delantal y subió despacio las escaleras. El teléfono fijo estaba en el dormitorio porque su madre quería que estuvieran localizables por las noches, por si le ocurría algo. Su madre era todo lo contrario de Vivian: cortinas recién planchadas, pasteles caseros y muebles delicados tapizados en seda. Levantó el auricular y marcó el número de móvil de Frank. Contestó al instante.

–Henny Marie nos ha preparado comida. Colin te manda recuerdos. Lleva unos días entrando y saliendo del bosque, esta situación le ha superado. Estábamos a punto de marcharnos. Colin ha intentado llamar a Dan pero no coge el móvil y en el interior de Finnemmarka no hay cobertura.

Se sentó sobre la colcha blanca.

–Es que estaba pensando en lo que ha dicho la policía de que van a hacerles la prueba del ADN a los hijos de Vivian. ¿Qué crees que quiere decir?

Tras una pausa él dijo con voz grave:

–¿Cómo voy a saber yo lo que quiere decir eso? ¿Por qué me llamas para hablar de eso ahora?

Ella esperaba percibir alguna alteración en su voz. De pronto el aire se volvió blanco y se llenó de susurros, como si hubiera fantasmas tras las cortinas.

La capilla olía a rosas. Marian y Cato se acercaron discretamente al ataúd. Había dos coronas, una que decía «Gracias por todo, Frank y Birgit». En la otra podía leerse «Tontería. Te echamos de menos, mamá. Dan, Kenneth y Sebastian». Roy había enviado rosas rojas y Rita, blancas. Dos ramos idénticos apoyados sobre el ataúd.

Los investigadores se sentaron en una de las últimas filas. No había mucha gente, unas quince personas en total. Birgit Willmann y otras señoras, que seguramente trabajaban en el centro comercial, estaban entre ellas. Marian reconoció a la mujer

que había encontrado el cadáver. Frank Willmann no estaba allí. Y tampoco Arne Colin Andersen.

–Tampoco veo a nadie que pueda ser la madre de Roy Hansen –dijo Marian mirando a su alrededor.

Dan temblaba, pequeños movimientos que no podía controlar. La música del órgano se abrió camino retorciéndose como una serpiente transparente por la estancia. La luz de la capilla estaba suavizada por los cristales de color de las vidrieras emplomadas. Cubría las paredes de piedra en forma de cuadrados de color pastel. Sus ojos miraban fijamente el ataúd. Era blanco y brillante, como la tinta invisible. No llevaba traje porque no era el día de su confirmación. No se había sentado entre Roy y Rita, como le habían ordenado. Estaba al otro lado del pasillo junto a Jonas y vestía una chaqueta negra. Se sentía mal con la chaqueta, los vaqueros y los gastados zapatos de vestir. Jonas llevaba un traje. Kenneth estaba sentado en el regazo de Roy y Rita sostenía a Sebastian.

Iba a ser un día largo, tan largo como la cuerda de tender vacía de la escuela de jardinería. En la red aún no habían publicado nada sobre Bjone. ¿No le habían detenido? ¿No se habían tomado en serio su aviso? Le daba náuseas pensar en su casa; la luz que caía oblicua entre las cortinas echadas del salón, el jaleo de sus hermanos pequeños, el careto triste de Roy y la cara pálida de su tía.

Dan se dio la vuelta para ver si su padre estaba allí. Los policías le observaban. Podía notarlo en la nuca. En ese momento entró un hombre por la puerta. Era el padre de Jonas. ¡El padre de Jonas! ¿Qué hacía él allí? Su corazón se aceleró. Axel Tømte se sentó un par de filas detrás de los policías. El padre de Jonas había venido *a pesar de todo*. La luz de la ventana se reflejaba en la montura de acero de sus gafas. Brillaba con fuerza. ¡Una luz fría y centelleante!

Jonas Tømte se dio la vuelta bruscamente. Un leve soplido escapó de su boca. Detrás de los policías entrevió el cabello canoso de su padre y el rostro con las gafas de montura de acero. Su padre vestía un elegante traje oscuro. Se encontró con su mirada, que decía *deja de observarme de ese modo*. Volvió la vista al frente y sintió una especie de vergüenza, como si fuera culpa suya que su padre se viera en un lugar comprometido y con *gente como esa*, que era como se referían sus padres a Dan y a su familia. Jonas creía que todo podía deberse a que Dan había pegado a un profesor, pero no era solo eso. También era por Vivian, su padre se sentía provocado por su aspecto. Los pechos grandes y las caderas estrechas. Pero, en todo caso, ahora estaba muerta. Y su madre había dicho: *no nos sorprende*. Se acordó de la pistola que había escondido en su habitación, detrás de la cómoda. Su padre no debía encontrarla. Hacía muchos años que Jonas no entraba en una iglesia. Además, se trataba de una capilla. A través de la puerta, que aún estaba abierta, oyó el ruido del motor de un cortacésped.

El sacerdote era una mujer. Leía en voz alta algo de la Biblia. Cantaron el primer salmo, y a continuación leyó otra cosa. *Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Y no temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena.*

Después, Marian y Cato se quedaron esperando frente a la entrada. El cementerio estaba en obras. Junto al muro se amontonaban materiales de construcción. Algo que parecía un contenedor estaba medio escondido detrás de una furgoneta. Marian miraba a las personas que bajaban despacio las escaleras. Observó al adolescente rubio que llevaba un traje negro. El amigo de Dan. Llevaba el pelo de pincho y estaba bastante delgado. A su lado iba un hombre alto y espigado con gafas de montura de acero. Su rostro era alargado y los pómulos prominentes. Se parecían, tenían que ser padre e hijo.

Roy Hansen y Rita Glenne se quedaron al final de la escalera con un niño en brazos cada uno. Dan estaba junto a ellos.

Marian los contemplaba, retenía su estampa. Una nueva constelación familiar, sin madre, pero con una persona añadida. Su imagen se quedó en su retina, como el objetivo de una cámara que empareja dos vistas. Una buena foto, a pesar de todo, trazos que mantenían una distancia constante con la realidad, a punto de desaparecer. Tal vez una ilusión óptica.

–Resultaría demasiado cruel llevarnos a Roy Hansen ahora, Cato –él asintió–. Le llamaremos dentro de unas horas –dijo Marian, y vio que Birgit Willmann bajaba despacio por las escaleras vestida con el abrigo oscuro y el sombrero negro–.

Espera un momento, Cato –Marian se aproximó a ella–. Hola, de nuevo. Solo quiero hacerte una pregunta.

–¿Qué pasa ahora? –Birgit Willmann la miró alerta.

–Tu marido no ha venido –dijo Marian. Birgit Willmann negó con la cabeza–. ¿Dónde está?

–Ya vendrá –dijo Birgit Willmann, le dio la espalda y se marchó. Marian se quedó mirando cómo se alejaba y pasaba, con pasos oscilantes y decididos, entre las columnas de piedra que sujetaban la cancela.

Klaus Bjone esperaba a solas en la sala de interrogatorios. Miraba a los policías que pasaban por el pasillo, al otro lado de la cristallera, mientras una ira sin límites se acumulaba en su interior. *Tierra en su coche, nada menos*. Seguro que esos dos chicos la habían liquidado. Solo tenía una idea en la cabeza: vengarse. Esos dos pandilleros iban a enterarse de quién era él. La cámara de seguridad los había filmado y fueron ellos quienes robaron su pistola. El rubio vivía al final de la calle. Su padre, ese cretino arrogante, era catedrático de instituto. Demandaría a su familia. Estaba claro que el hijo de Vivian se había dado cuenta de que mantenía una relación con su madre. El asunto de la tierra del lugar del crimen era su forma de vengarse. El chico se iba a enterar de hasta dónde llegaba su red de contactos. Tal vez los chicos fueran demasiado jóvenes para ser juzgados, pero él buscaría la forma de darles su merecido.

Cato Isaksen estaba entrando en la sala de interrogatorios cuando sonó su teléfono. Era Ellen.

–Hay novedades, Cato. La cuestión que planteó Marian, que puede parecer que alguien ha puesto la tierra en el coche, tiene visos de ser cierta. Hemos hecho fotos tanto en el lado del copiloto como del conductor. Nuestra conclusión, de momento, es que realmente parece poco natural, como si la hubieran extendido. Y hemos encontrado una grabación en la cámara de seguridad del domicilio de Bjone. Dos chicos que se alejan agachados del garaje con un petate. Eva Bjone dice que no sabe quiénes son, pero hemos imprimido imágenes. Salgo con ellas de Bryn ahora.

Roy Hansen se encontraba en la sala de interrogatorios de nuevo. Estaba pensando en Sebastian, que había sido capaz de decir *guan guan* y tal vez *hola* también. En la habitación contigua esperaba un hombre canoso al que no había visto antes. ¿Estaría él también declarando por la muerte de Vivian? Le retorcería el cuello. Miró a Marian Dahle, que entraba en la sala, y se encogió un poco. Llevaba puesto el uniforme de taxista, pero no creía que después fuera a ser capaz de trabajar.

Lo miró y repasó mentalmente toda la conversación anterior.

–Esto no es un interrogatorio oficial, solo una conversación informal –le tranquilizó–, pero ¿por qué no nos dijiste que no habías aceptado las primeras carreras la noche del asesinato? Los puntos de recogida eran muy cercanos, te venía muy bien no tener que esperar a llegar al centro para empezar a trabajar.

Roy Hansen puso la cabeza entre las manos. Pensó en Rita. Antes habían subido de puntillas para ver cómo dormía Sebastian.

–Sigo manteniendo que no sé nada del asunto. Es solo que no quería que

pensarais que tenía algo que ver. Me limité a dar unas vueltas por la zona para ver si podía encontrar ese BMW.

–¿Cuánto tiempo estuviste dando vueltas?

–No mucho, tal vez unos diez minutos. Algo menos. Solo quería ver si podía averiguar dónde vivía el tipo. No hay tantos BMW en nuestro barrio.

Marian lo observaba.

–¿Y esperabas encontrar a ese hombre dando vueltas al azar? Parece muy improbable, por no decir otra cosa.

Él sostuvo su mirada.

–Pero tú no lo entiendes –dijo él. Tanto echaba de menos a Vivian que sentía un dolor físico. El olor de su perfume, sus brazos, su cuello.

–¿Qué es lo que no entiendo?

Sintió que no podía más. Todo lo que acumulaba en las rendijas de su historia empezaba a supurar.

–Creo que Vivian me era infiel –dijo sintiendo que acababa de encallar aquí, en ese pequeño cuarto, en el edificio grande y frío. No había sido su intención llevar esa idea hasta el final. Pero ahora lo había dicho en voz baja y se dio cuenta de que no provocaba reacción alguna.

Marian lo miraba, observaba sus ojos algo saltones. De pronto, Roy Hansen se confundía con la pared que tenía detrás. La jaqueca había vuelto.

–¿Sabes qué? Puedes marcharte. Ve a casa con tus hijos –lo contempló unos instantes–. Por cierto, ¿cómo está Dan?

Echó la silla hacia atrás.

–Va bien, teniendo en cuenta las circunstancias –Roy Hansen la observaba intentando adivinar qué estaba pensando.

Marian volvió a tener la misma sensación de que a Roy Hansen no le gustaba mucho su hijastro. Tendió la mano y estrechó con decisión la suya, fría y húmeda. *¿Por qué tendría las manos tan frías?*

–¿Por qué no vino tu madre a la ceremonia? –le preguntó mirando el tejido de su chaqueta.

–A mi madre no le gustan mucho los líos –dijo saliendo rápidamente por la puerta.

Cato Isaksen hizo un gesto a Roger, indicándole que fuera a buscar a Dan Glenne Andersen. Marian entró por la puerta cuando Roger salía. Cato Isaksen le dedicó una mirada que no supo interpretar, pero entonces vio las tres fotos expuestas sobre la mesa. Su visión le provocó pinchazos en la frente. Tenía la sensación de que todo el oxígeno había desaparecido del despacho. Lo habían hecho, los chicos habían plantado pruebas. Dan y su amigo rubio, el que había ido

al ceremonial. Cato Isaksen la miró malhumorado. Pensó que había vuelto a adelantarse. Lo que dijo de Dan y la linterna era correcto, y también que tenía cierto halo de mente criminal. Eso también era verdad.

Cato Isaksen empujó una de las fotos hacia Klaus Bjone. Mostraba a Dan y a otra persona, un joven vestido con una sudadera agazapado junto al muro del jardín de Bjone.

Klaus Bjone sintió que los papeles se habían intercambiado. Se reclinó en su asiento y cambió la mirada de un investigador a otro. Esta vez había perdido. O tal vez no... La noche anterior había guardado varias cosas, encontró bastantes que no le convenía tener en casa y las metió en una maleta pequeña.

Marian frunció las cejas.

–¿Por qué no nos contaste nada de los chicos, Bjone?

Una fría sonrisa se asomó a sus labios. Esa zorra le había perjudicado mucho.

–Una fulana –dijo, pero entendió en ese mismo momento que había empleado una palabra equivocada–. Mi mujer... –añadió al momento bajando los hombros, inclinándose de pronto hacia delante y escondiendo la cara entre las manos–. No debéis... Los chicos, entré corriendo en el garaje –toqueteó una miga que había sobre la mesa.

–¿Sabes quiénes son? –Marian hablaba bajito. Percibió la transformación total que se operaba en él. Como si fuera un santo que se desplomara.

Klaus Bjone sintió la fría superficie de la mesa bajo las palmas de sus manos. Recordaba que cuando supo que su padre se había suicidado fue corriendo al sótano. Le quitó el reloj y se lo guardó en el bolsillo. Sus hermanos habían preguntado por ese reloj de oro. Ahora tenía la misma sensación de entonces. Fue fijándose despacio en su interior.

–El hijo de Vivian... y el otro –susurró. Eva lo había entendido todo, claro. Había olvidado descongelar las chuletas para la cena. Tuvo la sensación de quedarse sin aire. Se había comportado como un perfecto imbécil. Él y Eva ya eran abuelos. A ella le parecía que no le dejaban cuidar a la niña con suficiente frecuencia. Ahora todo giraba en torno a la niña.

Estaba acostumbrado a la guerra, pero Eva era la única persona que le quería. Y Vivian estaba muerta, muerta como una estrella en el cielo nocturno. Constantemente había estrellas que se apagaban, pero su luz seguía brillando mucho tiempo después. La distancia solo podía medirse en tiempo. Agachó la cabeza y un sollozo escapó entre sus labios, seguido de un gemido.

–Ella... Vivian... ya no quería estar conmigo. ¡No quería! Dijo que yo nunca había significado nada para ella.

Marian y Cato se miraron. El hombre que tenían delante se había transformado

por completo, como si fuera una olla a presión que por fin deja escapar un poco de aire. Marian pensó que el otro chico de la foto tenía que ser el amigo de Dan, el rubio del ceremonial.

Klaus Bjone se incorporó. Su rostro adquirió otra expresión. El momento en el que estuvo hundido había pasado. Recordó la guerra en la que había participado. El aire criminalmente seco. Los días que llegaban, uno detrás de otro. No había muerto. Dijo:

–Esos dos han echado la tierra en el jeep para que parezca que soy el asesino. Espero que no permitan que se vayan de rositas. Se trata de un delito muy grave.

La masa de agua marrón se precipitaba con estruendo. Casi parecía música. *La sinfonía del destino*, pensó Arne Colin Andersen sintiendo que le dolía el estómago. Contempló la presa. El agua rebasaba el borde y caía en picado formando pesadas columnas.

–Tengo que entrar en la cabaña de las bombas de agua –rugió en dirección a Frank, que se agarraba a la barandilla. Parecía un completo desconocido–. Los escalones metálicos escurren, espérame aquí, creo que el interior de la cabaña no es seguro.

La visión del póster húmedo colgado de la pared le recordó inmediatamente los labios de Vivian. Cuando se conocieron estaban hinchados de tanto besar. Y ahora su vida estaba destrozada. Había desaparecido. Abrió el armario, detrás de las conservas estaba la botella. Esto podía acabar con su vida entera. Le rompería el corazón a Henny Marie y Dan diría *qué tonto eres*. Tenía frío. Llevaba tres jerséis uno encima de otro. Cuando se incorporó estaba temblando. Cuando salió, la botella seguía en el armario.

–¿Y? –Frank le miraba asustado.

–Tengo que volver para dar aviso. Puede ocurrir una catástrofe y debo ocuparme de las ovejas del vecino.

Bajo las coníferas, la luz era marrón. Frank Willmann percibió el olor a tierra mojada que desprendía un tocón volcado. Era como moverse por un paisaje peligroso, como atravesar la niebla, y al otro lado esperaba el pasado. Las botas le estaban un poco estrechas. Colin caminaba delante de él con un bastón nudoso en una mano. Iba deprisa. A la espalda llevaba la mochila con el equipo. El perro negro bailoteaba a su alrededor. Le habían dado aviso de que debía ir a la comisaría, pero no se había presentado. Frank no había encontrado el momento oportuno para mencionar el tema del secreto. Colin evitaba su mirada. Sus nervios debían de estar al límite de lo que podía soportar. Frank comprendió que echaba de menos la bebida. Esta vez Colin no había traído alcohol, ni siquiera cerveza. Menos mal que se había traído lo suyo.

Frank reconoció el paisaje, a pesar de que el bosque cambiaba poco a poco. Un año dejaba sus huellas; los árboles habían crecido, la vegetación había cubierto los márgenes de las pozas. Los insectos eran grandes y peludos; libélulas azules, tábanos y nubes de mosquitos. Los apartó de un manotazo y siguió su camino. Birgit tenía cierta alegría en la voz cuando le llamó. Lo encontraba espeluznante. Sus propios fantasmas estaban más cerca. Los interrogatorios le habían afectado, pero no le había dicho mucho de eso a Colin. Colin tenía lo suyo. Hacía un rato habían hablado un poco de Vivian. Colin le contó que le había enviado varias cartas, pero que ella no había contestado. No sabía qué pasaría con Dan ahora.

Llegaron al camino de tierra. El tiempo, entre gris y blancuzco, hacía brillar los invernaderos.

–Las rosas son un fastidio –Colin llegó a su altura–, hay que regarlas, podarlas y fumigarlas y siempre te pinchas con las espinas.

Dan entró en la sala de interrogatorios. Se había cubierto media cara con una gorra verde. Tomó asiento. Paredes blancas, suelo gris, sillas negras. A lo lejos oía a alguien que hablaba, le hablaba a él.

La mujer policía sirvió agua de una jarra y puso un vaso delante de él.

–Bebe una poca de agua –dijo ella. En el techo daba vueltas un ventilador.

Marian le miró y pensó: *has hecho todo lo que has podido para ocultar quién crees que es el verdadero asesino.*

Raspó el suelo con el pie. Un movimiento repetido e inconsciente.

Marian se había ocupado de que la sala de interrogatorios dispusiera de un sistema de grabación de imagen y sonido. Le preguntó por su fecha de nacimiento y su nombre. Contestó. Entonces ella puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

–Tienes un buen amigo, ¿verdad? Pasáis mucho tiempo juntos.

Dan asintió con un gesto. Tenía las puntas de los dedos entumecidas. Las observó con detenimiento. Este lugar estaba lleno de trampas. No podía creerse que estuviera allí, respirando de aquella *manera*, sentado de aquella *manera*. Se llevó los dedos a la boca.

–Tienes que contestar, no basta con mover la cabeza, y no te tapes la boca con los dedos.

–Sí –su voz sonaba baja y algo ronca.

–¿Cómo se llama?

–Jonas.

–¿Qué soléis hacer tú y Jonas?

–Nos dedicamos a los juegos y cosas así.

–¿Qué quieres decir con *cosas así*? ¿Hacéis algo ilegal?

–No.

Ella le animó a seguir con un gesto de la cabeza, pero el interrogatorio se estancó. Se hizo una grieta en el aire y él no hizo ademán de arreglarlo.

–Continúa –dijo Marian–, ¿qué querías decir con *cosas así*?

Levantó la mirada hacia el ventilador.

–Bueno, no... Jonas dice que se pueden rastrear las webs, así que evitamos esas páginas.

Marian lo contemplaba. Era más duro de pelar de lo que había supuesto.

–Háblame de Jonas. ¿Cómo sois de amigos y cómo se apellida?

-Tømte. Somos... amigos.

Parecía que se sentía mejor cuando hablaba de Jonas. Pero algo se contrajo en su interior, aparecieron unas imágenes. Cuando corrió para cruzar la carretera hacia el bosque y Jonas esperaba montado en el ciclomotor. Estaban de acuerdo en que en ningún caso admitirían lo de la tierra. Eran duros de pelar. Tenían que conseguirlo, y ni hablar de que hubiera huellas dactilares. No habían dejado ninguna. Pero su sensación de alivio no duró, porque la maldita policía preguntó si sabía quién era Klaus Bjone.

Con los dedos agarrotados empujó el vaso de agua haciendo que se desplazara por la reluciente superficie plastificada. Pensó en los vecinos de la zona. La población estaba formada por personas que por separado no significaban nada, pero que juntas formaban *el lugar*.

-Hay mucha gente que conozco de vista, pero no sé quiénes son.

-Pero sabes quién es Bjone. ¿Es eso lo que quieres decir?

-Lo sé ahora, claro.

-¿Por qué lo sabes ahora?

-Lo han publicado en la red.

-¿Ah, sí? No es cierto, Dan. Bjone es el que paró su coche delante de vuestra casa el jueves. Crees que tu padre puede tener algo que ver con el asesinato de tu madre, ¿eso es lo que crees!

-¡No! -dijo fijando la mirada sobre la mesa. La gorra resbaló por su frente. Estaba sentado detrás de una *puerta cerrada*.

-Tu padre dice que envió a tu madre unas cartas, que no encontramos.

-No ha sido él -volvió a levantar la vista. La miró de frente con los ojos muy abiertos-. Nunca he oído nada de unas cartas. Mi padre jamás le habría hecho algo a mi madre.

Marian Dahle apagó la grabadora, se levantó y salió de la habitación. Se dio la vuelta para verla. Estaba solo de nuevo. Detrás de la puerta cerrada. Poco después entró el policía, el que se llamaba Cato Isaksen.

Marian condujo deprisa para salir de la ciudad en dirección a Ekeberg y Lambertseter. Birka estaba intranquila en el asiento trasero. Pasó por delante de Holtet, sobre el puente del metro, y aparcó frente a la gasolinera Shell. Se bajó del coche a toda prisa, cruzó la explanada pasando entre la gente y los coches, entró en la gasolinera y compró una baguette y una Pepsi Max. En el local flotaba un denso olor a patatas fritas y hamburguesas. Volvió a salir. La gente aparcaba junto a los surtidores. Echaban gasolina o diésel y entraban para pagar. Los vagones de metro pasaban estrepitosos tras la alambrada. Birka pegó el hocico a la pequeña rendija abierta en la ventana y olisqueó. Marian se acercó para decir unas palabras a la perra, miró a su alrededor, dio un mordisco a la baguette y fue con pasos rápidos

hacia el lavadero de coches. La puerta lateral de acceso al taller estaba cerrada. Entró por una puerta abierta. En el lavadero vacío el gran cepillo cilíndrico colgaba flojamente, como la piel de un animal muerto. Continuó hacia el taller vacío. Un coche estaba preparado para el cambio de aceite, pero no se veía a nadie. Se metió la botella en la cintura del pantalón, se metió el último trozo de baguette en la boca y bajó deprisa por la escalera metálica. Junto a un banco había un bidón lleno de papel usado. La caja de herramientas se abría frente a ella. Se agachó y rebuscó rápidamente en el compartimento superior. Después la abrió del todo y echó una mirada en la parte inferior. En el fondo estaban las cartas, como había dicho Juha. Introdujo la mano para sacarlas y vio que estaban llenas de sucias huellas de dedos.

Dan tenía la vista fija sobre la brillante superficie de la mesa. El policía preguntaba las mismas cosas que le había planteado Marian. Casi no se acordaba de lo que había dicho. Todo se alargaba. Un nervio temblaba detrás de su oreja. Un escalofrío, como los que provoca comer algo ácido, un limón.

–No sé muy bien quién es Klaus Bjone –dijo; el policía no comentó nada–, no del todo –añadió.

–Llamaste dando una pista falsa –el policía sostenía un vaso de agua y le miraba fijamente.

–No –respondió echando una mirada de soslayo a la cámara que colgaba del techo.

–Crees que ha sido tu padre, ¿no es cierto?

–Mi padre ha dejado de beber –tuvo la sensación de haber vuelto a la casilla de salida.

Cato Isaksen levantó la voz.

–¡Cuéntanos ya la verdad, Dan! –sabía que debía evitar poner palabras en su boca, pero no pudo evitarlo–. Queríais manipularnos para que creyéramos que era Bjone, ¿verdad? Tú y tu amigo. Os grabó una cámara de seguridad. ¡Querías plantar pruebas en el coche de Bjone para proteger a tu padre!

La puerta se abrió de pronto y Marian Dahle volvió a entrar en la sala de interrogatorios. Llevaba algo oculto tras su espalda.

–¿Puedes continuar? –pidió Cato mirando a Dan.

–Jonas no sabe nada –las lágrimas querían abrirse camino. Recordó el girasol que había plantado con Henny Marie. Hacía unos cuantos años. No quiso crecer.

–Escondiste estas cartas para proteger a tu padre –Marian Dahle puso el montón sobre la mesa.

El ventilador emitía un leve zumbido. Dan cerró los ojos unos segundos y vio a su padre tras la oscuridad de sus párpados. Su rostro osciló entre manchas negras antes de disolverse y desaparecer.

–¿Dónde las encontraste? –Cato Isaksen miraba a Marian Dahle.

–En el taller, en la caja de herramientas.

Dan agachó la cabeza. ¿Eran Jonas y él demasiado jóvenes para ser condenados? Las lágrimas abrasaban sus ojos. Parecía que sus pulmones se comprimían. Todo lo oscuro se concentraba en su pecho como un punzón. Inspiró y tomó carrerilla.

–¡Era una puta! Le dije que podía ayudar a pintar nuestra casa de gris, toda mi clase se reía de nuestra casa. Verde claro. Yo no quería que ella fuera así.

Desprecio, pensó Marian, tristeza.

–Te entiendo bien –dijo despacio–, te vi esa noche con la linterna en la cuneta. Ibas a casa de Jonas, ¿verdad? ¿Ibais a recoger tierra del lugar de los hechos?

–¡El hombre del coche era un cabrón! ¡Seguro que se la follaba!

–Planificasteis lo de la tierra –Marian apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

Asintió débilmente. Luego añadió:

–Sí –se secó los ojos con el puño y miró hacia el ventilador del techo. Daba vueltas despacio, como la hélice de un avión que va a arrancar–, quería proteger a mi padre –susurró–, y Jonas y yo queríamos cazar a alguien. Eso era todo.

Sonaba razonable a los oídos de Cato Isaksen.

–¡Es jodidamente serio, Dan! ¡Has cometido un acto criminal muy grave!

Cato y Marian se miraron.

–¿Sabes de algún hombre más?

–La vi una vez en el invernadero. Hace un año. No le digáis a Jonas que he admitido lo de la tierra. Su padre lo matará si se entera.

Cato Isaksen se movió.

–¿A quién viste en el invernadero?

–Solo vi una sombra.

–¿Has tenido trato con la policía en otras ocasiones?

–Una vez nos despertaron en casa, eso es todo. Yo tenía 8 años. La policía llamó a la puerta y dijo que mi padre estaba arrestado por borracho. Pensé que era culpa mía, porque no soy nada bueno en el colegio. Jonas es bueno. Es muy bueno escribiendo, porque su padre es catedrático de Lengua.

Cato y Marian se miraron. Marian se cruzó de brazos.

–Hubo un incidente con un profesor esta primavera, ¿verdad?

–Me llamó tonto. Dijo que me parecía a mi madre. Frank habló con el profesor. Frank sabe que soy legal. No ha sido Frank y no ha sido mi padre.

–Está bien, Dan –dijo Cato Isaksen tomando aire. Marian asintió.

–Hemos acabado con esta toma de declaración, Dan, ahora te llevaré a casa.

Frank y Colin observaban la oveja calzados con botas de agua. Tenía una pata rota. La habían recogido con la pick-up en la carretera, un poco más abajo. Colin fue hacia el granero, empujó la ancha puerta y cogió la escopeta que colgaba tras ella. No es que la muerte le fuese ajena, era un cazador y hombre de campo, pero aun así le dolió el disparo. El animal tuvo un espasmo, pero el dolor había pasado. Volvieron a echar el cadáver en la pequeña plataforma.

Una doble hilera de árboles recién plantados contenían la promesa de frutas venideras. Al fondo del campo de manzanos había una pequeña cruz, bastante nueva. La tumba del gato de Henny Marie, su perro lo había matado. Creía que el perro era seguro, pero algo debía de haber ocurrido, porque encontraron el gato casi partido en dos. Había cavado un agujero profundo y lo lanzó al barro.

Henny Marie salió con dos tazas de café, pero ninguno de ellos estaba de humor para dar las gracias. Se limitaron a cogerlas con las manos ensangrentadas. Ella dijo: –¿No podrías sencillamente ir a Oslo y entregarte, Colin? No has sido tú. Mamá podría ir contigo en el coche, su hermana vive en Skøyen y te pilla de paso.

Arne Colin Andersen dijo:

–Frank está aquí. Son nuestros días para ir de pesca. Te he dicho que puedo acercar a tu madre al tren. Luego volveremos al campo. Tengo que vigilar la presa. Si el muro cede, puede ser una catástrofe.

Miró a Frank. Se acabaron el café y fueron al grifo de la pared a enjuagarse las manos ensangrentadas. Arne Colin Andersen se agachó para lavarse también la cara. Henny Marie recogió las tazas vacías. Sonrió a sus espaldas, una amarga sonrisa de disculpa. Todo iría a mejor. Ella había penetrado en su silencio. Una alegría modesta, pero intensa recorrió su cuerpo. Había envuelto pan, mantequilla, embutido y jamón en unos envases de plástico. Y néctar de manzana para él.

La madre de Henny Marie bajaba por las escaleras. Había preparado una maleta pequeña, que llevaba en una mano. En la otra llevaba una pamea.

Un trueno hizo que el cielo se abriera sobre sus cabezas. Estaban bajo la marquesina del autobús. Jonas tenía las manos sobre el manillar. No llovió, pero un golpe de viento arrastró algo de basura y una taza de cartón calle abajo.

–Tengo que ir para casa –dijo. Llegó el autobús y redujo la velocidad, pero nadie iba a bajarse y finalmente no paró, continuó con un bufido.

Dan miró a través del tabique de plástico hacia la casa de Frank y Birgit. En otoño, con niebla cerrada, la gente se miraba desde las entradas de sus casas y se preguntaba por qué razón vivía allí. No todo el mundo tenía ánimos para preparar la cena y limpiar las ventanas como hacía Birgit. Ese era el tiempo que estaba

haciendo, a pesar de que estuvieran en verano. Parecía que lo ocurrido se había contagiado a la calle. Hasta las filas de chalets parecían diferentes. Ya no tenían un trabajo extra para él en la gasolinera. Le habían avisado; a partir del otoño, nada. Todos los meses ingresaba dinero en la cuenta, para poder permitirse las cosas que hacía Jonas. Jonas le estaba mirando.

Si pensaba en su madre tenía una sensación desagradable en la base de la nuca. Era para volverse loco.

–Dije no tuviste nada que ver. Puedes estar tranquilo, Jonas. Pero ese maldito tenía una cámara de vigilancia junto a la puerta. Nos filmaron. Pero las imágenes eran poco nítidas, y la policía me creyó cuando dije que fue idea mía. Me eché toda la culpa de lo de la tierra. Y no mencioné la pistola. Y tampoco el petate.

Jonas chapoteó con el pie en un charco pequeño.

–Es que es tu culpa. Tú te empeñaste. Mi padre me habría matado si se hubiera enterado de algo, Dan. Habría sido el fin.

Los coches pasaban por la carretera con un sonido húmedo.

–Tu padre no se va a enterar de nada, Jonas. Dijeron que podía irme, sin más.

–En cualquier caso me voy mañana, Dan, a Hvaler.

Dan miró por encima de su hombro. Fijó la vista en un pequeño estampado negro con forma de púa.

–Qué suertudo eres. ¿Tienes que irte? La tía Rita le ha dicho a la policía que deberían hacernos una prueba de ADN.

–¿Ha dicho eso? ¿Por qué?

–¿Tú qué crees? Están buscando al asesino. ¡No sé cómo lo hacen! Puede que solo vayan a comprobar a los pequeños. Supongo que tendrán que llevarlos a la comisaría y hacerles análisis de sangre y todo eso. Pienso negarme. Odio los análisis de sangre.

–¡Mierda! –dijo Jonas.

–¡No te vayas, Jonas! –en la cabeza de Dan se formó una mancha marrón y gris. Eran como dos figuras desconocidas recortadas de su propia y solitaria zona oscura.

–¡Tengo que irme! –Jonas echó un vistazo a la casa de color verde claro. Dan siguió la dirección de su mirada y vio a su tía en la ventana de la cocina.

–¡A tu padre no le gusto! –Dan sostuvo su mirada. La única ocasión en que el padre de Jonas se había interesado por él fue el año anterior, antes de que fueran a Finnemarka. Entonces se puso en contacto con su madre y estuvo dando la lata, como si fueran a embarcarse en una expedición polar.

–Ojalá pudieras venir con nosotros, Dan.

–¡Pues lárgate ya! –cerró el puño y golpeó el panel de plástico.

En ese mismo instante un BMW negro subía por la carretera. Bajaron la

ventanilla, el conductor se desabrochó el cinturón de seguridad y se asomó por ella.
Era Klaus Bjone.

Era miércoles 20 de julio. «¡PLANTAN INDICIOS FALSOS EN UN COCHE MILITAR!», el titular ocupaba toda la portada del diario sensacionalista VG. Roy Hansen estaba sentado en el sofá y se balanceaba hacia delante y hacia atrás. El periódico estaba sobre la mesa. ¿Qué era lo que estaba pasando en realidad? La policía había pasado por allí a primerísima hora de la mañana y había tomado muestras de su saliva y de la de los chicos. Una mujer policía morena y amable se ocupó de todo. Luego le había hablado de Dan y Jonas, le contó que eran ellos los que habían plantado esa pista falsa. ¡Maldito Dan! ¡Ya podría su padre ocuparse de él! Ahora se había refugiado en su habitación para hibernar. Rita decía que debían dejarle en paz. Por suerte los periódicos no mencionaban a Dan. Le estarían protegiendo, tal vez fuera porque era tan joven. Y había perdido a su madre. Roy sentía que el llanto escocía en su garganta. Ponía que el hombre del BMW ya no estaba detenido, lo habían soltado la tarde anterior.

Roy Hansen cerró los ojos y recordó cómo solía Vivian perseguir a Kenneth por la habitación. Lo metía en la cama a toda velocidad mientras llevaba a Sebastian sobre la cadera, y pocas veces tocaba un baño rápido. Si los niños se bañaban solía sentarse sobre la tapa del inodoro con las piernas cruzadas y esperaba impaciente. Enviaba sms con el móvil mientras los chicos se salpicaban. Le hablaban sin que ella contestara. ¡Ahora estaba muerta! Abrió los ojos y contempló fijamente la oscura pantalla del televisor. Rita se había marchado a su casa para recoger algo de ropa. De camino había dejado a los niños en la guardería. Vivian era Vivian, pero la había amado. Luchaba contra la sensación de estar atrapado e indefenso en una red de vergüenza y engaños. Ella, ¿en qué andaba metida *realmente*? Hay algo llamado reputación, algo con lo que todos tendrían que seguir viviendo, él, Rita, los niños y su madre. Y Dan. ¡Pero ahora empezaba un nuevo día!

Cato Isaksen estaba sentado frente al escritorio de su despacho. Irmelin Quist apareció repentinamente en la puerta.

–Te traeré un poco de café –dijo.

–Gracias –contestó él bostezando. La ventana estaba surcada por una fina red de gotas de lluvia. Estaban otra vez de vuelta con Arne Colin Andersen. Tenía que ser él. Roger Høibakk entró en la habitación.

–He leído la declaración de Dan Glenne Andersen. Este caso no va nada bien. Creo que puede haberse producido una sucesión de casualidades que ha desencadenado sentimientos oscuros en alguien. Sentimientos peligrosos que dejan un margen muy escaso. Vivian Glenne ha vivido mucho tiempo al borde de un precipicio. Primero llegó la carta de Arne Colin Andersen en la que le exigía dinero

y amenazaba con un juicio. Luego sufrió la persecución hasta su casa de su amante clandestino. Y se enemistó con Frank y con Birgit. Arne Colin Andersen afirma que estuvo en una reunión de Alcohólicos Anónimos y que luego salió a pescar, pero podría haber cogido el tren a Oslo y luego haberse encontrado con Vivian a la entrada del bosque. Podría haber agarrado la pala de Willmann, haberla usado y vuelto a dejarla otra vez. Al fin y al cabo tiene antecedentes. Bjone es un tipo asqueroso y Frank Willmann oculta algo, pero ¿qué?

Cato Isaksen le hizo callar con un gesto.

–No empecemos a analizar los rasgos básicos de la naturaleza humana. Solo vale presentar sospechas concretas, y gracias –Irmelin Quist llegó con el café.

–Seguro que ha habido otros hombres, pero ¿quiénes son?

Habían llevado el equipaje al coche de su padre. Estaba hasta arriba. Sus padres se habían ido al centro comercial en el coche de la madre para comprar provisiones. Jonas estaba sentado, desnudo, en su habitación. Su miembro descansaba sobre su muslo y él miraba por la ventana directamente hacia el coche. El día anterior Bjone había detenido el BMW en medio de la calle, junto a la parada del autobús, y bajado de un salto. Dan se había lanzado sobre el ciclomotor y condujeron, como si los persiguiera el mismo demonio, por los caminos que cruzaban la urbanización de chalets, arriba y abajo. No había ido a casa hasta varias horas más tarde. La pistola aún estaba detrás de la cómoda. No sabía qué hacer con ella.

Lloviznaba de nuevo. Cuando iban a Hvaler el asfalto solía estar tan caliente que casi se derretía. Se producían espejismos, manchas vibrantes que flotaban sobre la carretera.

Jonas se levantó para ir a la ducha. En ese momento oyó que en el piso de arriba sonaba el móvil de su padre. ¿No se lo había llevado? Jonas subió a la carrera hasta la cocina. El teléfono vibraba sobre la mesa. Lo cogió y miró la pantalla. Alguien llamaba desde un número oculto.

–Diga –contestó inseguro. Era la policía. ¡Casi se le paró el corazón! El pulso golpeaba su garganta. El policía se llamaba Cato Isaksen y preguntó si hablaba con Axel Tømte. Jonas pensó un instante y dijo sí, bajó un poco el tono de la voz y de forma inconsciente puso la espalda recta.

–Doy por descontado que usted está al corriente de todo lo relativo al asesinato de Vivian Glenne. ¿No es así?

Jonas apretó el móvil contra su oreja y miró fijamente la cortina azul claro de la cocina. El corazón se le salía del pecho. Tenía las plantas de los pies heladas.

–Jonas es amigo del hijo de Vivian –continuó la voz grave–, y debo contarle que él, junto con Dan Glenne Andersen, se coló en un garaje ajeno y plantó pistas en un coche. Puede que ya haya oído hablar de ello. No hemos informado a la prensa de la autoría de estos hechos, en consideración a la edad de los chicos.

Jonas apretó los labios.

–Es terrible –dijo fijando la vista sobre la reluciente y limpísima encimera de la cocina. Era por lo de la pistola. Seguro.

–Sí –confirmó la voz policial–. Queremos hacer a su hijo unas breves preguntas en relación al caso.

–Por supuesto.

–En realidad se trata de un mero trámite –continuó el policía en un tono algo más conciliador–, estaría bien que se pasara por la comisaría. No vamos a ser muy estrictos con este asunto en atención a la trágica situación en que se encuentra Dan.

–De acuerdo –respondió Jonas observando su torso desnudo en el espejo antiguo

que colgaba sobre la mesa de la cocina. Era de vidrio pulido y el plateado de los extremos tenía manchas marrones-. Por supuesto que no hay ningún problema para que le tomen declaración. Lamento mucho toda esta situación. ¿Quieren que le acerque en coche ahora mismo?

-Sería suficiente con que pudiera estar aquí dentro de hora y media -dijo Cato Isaksen-, solo tiene que preguntar por mí en la recepción.

-Bien -dijo Jonas. Su corazón latía como si hiciera dobles saltos mortales.

-Gracias -dijo el policía y colgó.

Jonas apartó una silla de la mesa y se dejó caer tembloroso sobre ella. Con manos inseguras borró la llamada entrante y volvió a dejar el móvil de su padre sobre la mesa de la cocina. El policía había dicho que en hora y media. Sabían lo de la pistola. Lo negaría. Tenía que esperar a que sus padres volvieran y encontrar una excusa para bajar al centro. Les pediría que se fueran un poco más tarde. Había intentado negociar que le dejaran pasar una semana solo en casa, pero su padre dijo que ni hablar. *Especialmente no ahora*, añadió. Jonas odiaba el rollo constante de su madre: *¿Qué fue lo que te dije de esa familia?* Bajó corriendo al cuarto de baño y abrió a tope el grifo del agua caliente. La sangre se acumulaba en su vientre. Se hizo una paja hasta vaciarse bajo el agua cálida. El dolor se desintegró. Fue como caer de una dimensión a otra. Las cosas se neutralizaban.

Jonas Tømte cruzaba deprisa el puente de Dyveke. Llevaba una chaqueta corta en un color amarillo fluorescente, como las que utilizan los trabajadores de los ferrocarriles y los ciclistas. Y se había puesto el pelo de punta con un montón de brillantina. No quería aparecer por allí como un tipo insignificante. Eran las 10:15. Un borracho gritaba algo con medio cuerpo colgado sobre la barandilla. El tráfico sonaba como el rugido de un león. Sus padres no sabrían nada. No iban a enterarse absolutamente de nada. Había cogido el autobús y se había bajado en la parada anterior a la Central de Autobuses de Oslo. Tenía que mantener la concentración. Había acabado con Dan. Dan hacía cosas peligrosas. A partir de ahora tendría que apañárselas solo. Se había metido en un lío peligroso con sus padres.

La comisaría era enorme. Las nubes se reflejaban en las superficies acristaladas haciendo que pareciera que todo el edificio navegaba hacia un lado. Jonas entró por la puerta principal y se acercó a un mostrador de la recepción. Montones de policías iban de un lado a otro. Un guardia joven lo miró y él dijo que venía para hablar con Cato Isaksen. El hombre indicó el ascensor con un gesto.

–Quinta planta.

A la salida del ascensor le estaba esperando una señora de cabello corto y canoso. La siguió por el pasillo. Se cruzaron con dos policías de uniforme. Miró por las puertas abiertas y vio a gente inclinada sobre sus escritorios.

–Aquí –dijo la mujer señalando una puerta.

El policía se levantó y le dio la mano. Delante de él, sobre la mesa, había un montón de papeles. Por un momento tuvo la sensación de que el policía no quería soltarle la mano. Pero pudo liberarse y tomó asiento.

–Gracias por venir, Jonas Tømte.

–Mi padre me espera abajo –mintió–, estamos de camino a Hvaler. ¿Vais a hablar con él también?

–No, ya he hablado con él. Menos mal que pudimos localizarte antes de que os fuerais –Cato Isaksen le miró y apoyó las manos sobre la mesa. Jugueteaba con unas gafas de cerca.

Jonas cerró los dedos en torno al borde de su silla. Negaría lo de la pistola.

–Esto que has hecho con Dan Glenne Andersen... espero de verdad que seas consciente de... Habéis dejado pistas falsas para incriminar a un hombre inocente – su voz sonaba severa.

–Sí –Jonas Tømte bajó la cabeza. En la boca tenía un sabor amargo.

–¿Conoces bien a la familia de Dan?

Asintió con la cabeza y levantó la mirada.

–¿Sabías que la madre de Dan mantenía relaciones con otros hombres además de Roy?

–Sí, me he dado cuenta. Era bastante maja, pero para Dan era horrible. Solo quería ayudar a Dan, pero eso de la tierra fue idea suya. Cree que su padre ha matado a su madre, pero yo no lo creo.

El policía le preguntó qué había hecho el jueves cuando mataron a Vivian. Había estado jugando online así que esa no era una cuestión peligrosa. Se había conectado como Lethé. ¿Pero por qué le hacía esa pregunta? Como si él fuera un maldito asesino. Dijo que podían revisar todo su equipo informático. El policía le miró.

–Hemos encontrado unas cartas en la gasolinera, en una caja de herramientas. ¿Sabías algo de esas cartas?

Asintió otra vez. Seguro que ahora tocaba lo de la pistola.

–Colin quería un millón de coronas –dijo.

–¿Conoces a su padre?

–Sí. Colin es majísimo. Me llevaron con ellos de acampada el año pasado. No bebía mucho, no estropeó la salida. Henny Marie nos hizo la comida, y estuvo muy bien.

Cato Isaksen vio pasar a Marian por el pasillo. Distraído, se volvió hacia Jonas Tømte otra vez.

–¿Qué número calzas? –preguntó.

Jonas levantó una pierna.

–El cuarenta y uno –dijo.

–Y ¿quién crees que ha podido hacerlo?

–No lo sé, pero este invierno una vez vi a Frank, el vecino, mirando con prismáticos por la ventana. No se lo he contado a Dan porque aprecia a Frank.

Cato Isaksen le contempló un largo rato. Luego se puso de pie.

–Antes de que te marches tenemos que tomarte las huellas dactilares, es pura rutina. Aquí tengo una cajita, solo tienes que apretar la almohadilla negra con el índice.

Live Søreide se quitó la fina rebeca con gestos bruscos. Tenía la cabeza cansada, como todas las tardes. Las jornadas en la guardería eran duras. Había lloros, risas, gritos y follón, había que dar de comer, cambiar pañales, había que consolar. Le gustaban los niños, claro, si no, no estaría trabajando allí, pero era muy duro asumir lo que le había ocurrido a la madre de Sebastian. ¡Era tan precioso! En realidad era su favorito. Las tres que trabajaban con los más pequeños lo habían comentado, habían confesado que cada una tenía un preferido.

Ya habían recogido a todos, salvo a Sebastian. Live Søreide echó un vistazo al reloj. Eran las 16:04. Sebastian estaba sentado en el suelo jugando con unas piezas de madera. Limpió de restos de papilla el hule azul oscuro de la mesa larga, la que estaba rodeada de diez sillas para niño. En ese momento la anciana apareció repentinamente en la entrada. Su sombra dibujaba una figura alargada y deforme en la franja de sol que entraba por la puerta. A pesar de que estaban en verano, llevaba puesto un abrigo y en los pies unos sólidos zapatos marrones de buen tamaño. Un gran bolso colgaba de su brazo y tenía puestos unos guantes floreados de verano. Sobre una de sus sienes colgaba un mechón de cabello enredado. El enredo caía por debajo del ala del sombrero de paja.

–Vengo a recoger a Sebastian –dijo dando a Live Søreide una carta.

La empleada de la guardería dejó el trapo sobre la mesa, se pasó las manos húmedas por la blusa verde, se subió las pequeñas gafas redondas y la miró de arriba abajo. La anciana estaba pálida. No era extraño. Un asesinato en la familia tenía que ser lo peor que te pudiera pasar. Leyó el breve texto y le devolvió la nota. No se le ocurría nada que decir. La mujer metió la carta en su bolso y lo cerró.

La cuidadora se revolvió el corto cabello y se giró hacia Sebastian, que estaba en el centro de un pálido círculo de sol.

–Ha venido tu abuela, cariño –se acercó a él y lo cogió rápidamente en brazos–. Lo siento muchísimo por los niños, pero Sebastian es muy pequeño. Se le olvidará. Kenneth me preocupa más. Si viene a buscarle a él también, lo encontrará en la planta de arriba. Tiene que dar la vuelta y entrar por la parte de atrás.

La anciana se pasó la mano por el abrigo salpicado de manchas. A Live Søreide le parecieron restos de helado.

–Esta ha sido la semana de las plantas –continuó sentándose en un banquito de la entrada para ponerle al niño unas deportivas azules–. No hay muchos niños de vacaciones en estas fechas, así que podemos ocuparnos más de Kenneth. Y de Sebastian. Lo necesitan.

–Esto no está bien... –dijo la mujer toqueteando su bolso.

–Aún no puedes andar, pero tienes que ponerte los zapatos, hombrecito –le dijo la cuidadora dándole un beso en la cabeza–. Sebastian va a empezar a caminar muy pronto. Aquí lo intenta apoyándose en las paredes –levantó la vista–, hace una hora que le cambiamos de pañal. ¡Es tan precioso! Todo esto es horrible.

Se puso de pie y le alcanzó el niño a la mujer. Descolgó su mochila minúscula de un gancho de la pared. La anciana lo cogió con una inseguridad que extrañó a Live Søreide, pero cuando el niño le dijo adiós con la mano, respondió al gesto.

Un cuarto de hora más tarde Roy Hansen estaba en el piso de arriba abrochando el velcro de las deportivas de Kenneth.

–Ya está, hijo mío. Ahora, da las gracias a Anne por hoy.

La profesora de infantil le miraba con lágrimas en los ojos. A Roy Hansen se le había encorvado la espalda en seis días.

–Gracias por hoy, Kenneth. Estoy desando verte mañana –dijo ella.

Roy no le miró a los ojos, no podía, solo murmuró gracias y cogió a su hijo de la mano. Kenneth saltaba y brincaba y tiraba de su padre hacia un lado. Su mochila oscilaba de un lado a otro.

–Papá, ¿puedo saltar desde esa roca de ahí?

–Ahora no, Kenneth.

–Sí, papá, ¡ahora!

–No me metas palos en las ruedas, Kenneth. Tenemos que bajar por las escaleras, Sebastian nos está esperando.

–Tú no tienes ruedas, papá, y yo no tengo ningún palo. ¿Cuándo va a venir Papá Noel con los regalos? He hecho una flor de papel para Zebatian. No me traje ninguna flor de verdad, como habías dicho, papá.

–Estamos en verano, cariño, el Papá Noel volverá cuando sea invierno. Ahora iremos a buscar a Sebastian. La tía Rita te ha preparado gelatina.

Habían pasado unos cuantos minutos desde que la anciana se había marchado con el niño cuando Live Søreide empezó a pensar que había algo extraño en el aspecto de la anciana, como si fuera disfrazada. Abrigo y guantes en verano. Se inclinó hacia delante y miró por la ventana. Entre dos recortes de papel pinocho que decoraban el cristal vio a un padre que cruzaba la calle con su hija pequeña. Solo había un coche en el aparcamiento, el taxi de Roy Hansen. Abrió un poco la ventana y sintió que sus sentidos se agudizaban, como si estuviera intentando escuchar el sonido del interior de una caracola. Como si llegara una brisa marina.

Cuando Roy Hansen entró en el recibidor, su corazón emitió un sonido monótono y grave. Y cuando Kenneth corrió hacia ella agitando una flor de papel

y llamando a su hermanito, levantó las manos temblorosas y enseñó las palmas vacías.

Birgit Willmann caminaba por la acera con paso firme. Levantó la barbilla y echó un vistazo al reloj. Tenía que llegar a tiempo para coger ese autobús del servicio exprés. Eran las 16:10. Cerró la mano en torno al asa fría de la enorme bolsa de deporte con tanta fuerza que le dolió. Era una forma de aplacar el dolor, las asas parecían cristales o un metal helado en sus palmas. El autobús salía de la terminal del centro media hora más tarde. Se situó en el interior de la parada de autobús y se dejó irritar por las pintadas que cubrían las paredes transparentes. ¡Malditos jovencitos! Todo lo que había pasado en los últimos días se había incrustado en su interior. Era como si hubiera llegado a un punto que la hacía desaparecer y la llevaba a otra dimensión; finas líneas dibujadas en el aire. Intuía un nuevo comienzo.

Se alegraba de estar sola en la parada, la luz del día ya era lo bastante intensa sin que los ojos de todo el mundo la miraran de arriba abajo. El autobús llegó al momento y se libró de esperar. Subió, le enseñó su abono al conductor, levantó la bolsa y caminó entre las filas de asientos hasta dejarse caer casi al fondo. Dos hombres jóvenes hablaban en voz alta y reían tirándose envoltorios de chicle. No veía a los demás, hombres y mujeres corrientes que iban al centro. Disfrutó del impulso que el acelerón del autobús dio a su cuerpo y se acordó de Frank. Le notaba débil después del asesinato de Vivian, sencillamente se había venido abajo. Tenía que aprovecharse de esa fisura. A pesar de eso aún tenía miedo de Frank. Pero se daba cuenta de que había una posibilidad de recuperar lo que él le había quitado. Ahora tenía una voluntad propia. Aunque los otros hubieran muerto, no tenía por qué pasar lo mismo esta vez. El sacerdote había dicho durante la ceremonia que no había que temer aquello que mata el cuerpo. Entonces comprendió que había una esperanza.

Cato Isaksen no soportaba el ruido de la mosca que zumbaba en el marco de la ventana. Se levantó y le lanzó un golpe con un periódico enrollado. Marian se había ido a casa para cambiarse de ropa, a él no le parecía necesario, pero había prometido volver enseguida. Iban a ir a Finnemarka para hablar con Henny Marie Aas. Si fuera necesario la traerían con ellos de vuelta para tomarle declaración. Se sentía agotado, la mosca se estampó contra el suelo. Tomó asiento y cogió un montón de papeles con sus comentarios, flechas y letras disparadas en todas las direcciones. Arriba del todo ponía FW con una flecha que apuntaba a Colin y seguía hacia Roy. En el margen había tachado una X y escrito Klaus Bjone.

Lo que le extrañaba de Dan era que parecía que también quería distraer la atención de Frank Willmann, como si el vecino también fuera importante para él, exactamente como le había dicho Jonas Tømte. Y eso de los prismáticos era interesante. Tendría que ir otra vez a hablar con Frank Willmann. Se quedó mirando al vacío. En ese instante sonó su móvil. Reconoció el número de Roy Hansen y se llevó el teléfono a la oreja.

–Cato Isaksen al habla.

Roy Hansen gritó:

–¡Alguien se ha llevado a Sebastian de la guardería!

Cato Isaksen miró al frente, se levantó bruscamente y miró hacia la puerta abierta, hacia Roger, que de pronto se materializaba en ella. Su pulso se aceleró.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué estás diciendo?

–Ahora, hace diez minutos.

Cato Isaksen consultó la hora. Eran las 16:15.

–Una anciana, no tengo ni idea de quién era. En la guardería. Dice la cuidadora que llevaba una carta, una especie de justificante mío, que decía que era la madre de Vivian. Pero ¡Vivian no tiene madre! ¡Está muerta!

Roger estaba frente al escritorio. Cato levantó la mano para pedirle que esperara. Desde el pasillo se deslizaban voces al interior del despacho. Irmelin Quist asomó la cabeza.

–La comisaria está intentando localizarte, Cato.

Roger Høibakk le hizo una señal para que saliera.

Cato Isaksen sostuvo la mirada de su compañero.

–¿Y no tienes ni idea de quién puede ser la anciana, Roy?

–No tenemos ni idea de quién es. Se llevó a Sebastian, así, ¡lo cogió y se lo llevó!

Cato Isaksen agarró las llaves del coche, que estaban sobre la mesa, y le hizo una seña a Roger para que fuera con él.

–¿Dónde estás ahora, Roy?

–En la guardería.

–Vamos para allá, ¡mándame un sms con la dirección de la guardería y espérame allí!

Las puertas cromadas del ascensor se desplazaron hacia un lado.

–Esperemos que se trate de un malentendido –dijo Cato Isaksen mirando a Roger Høibakk–. Pero, ¡joder!, también puede ser un giro radical, un giro terrible. Llamaré a Marian. Está en su casa de Solveien. Puede llegar allí en cinco minutos – Cato Isaksen presionó frenéticamente las teclas del teléfono y en ese mismo momento le llegó un sms con la dirección de la guardería.

Se abrieron las puertas del ascensor.

–Que alguien haya recogido al niño es una cosa –dijo Roger–, pero haber presentado una nota falsa es otra. ¿Se trata de un asesino o de dos? ¿Es el asesino el que se ha llevado al niño?

Cato Isaksen tapó con la pierna la célula fotoeléctrica. Marian contestó al instante.

–¡Marian, escucha! No preguntes, límitate a escuchar –le explicó rápidamente lo que pasaba–. Está a cinco minutos de tu casa, coge el coche ahora mismo.

Bajaron en el ascensor y corrieron hacia el coche civil de policía. Cato Isaksen se inclinó hacia el interior, agarró la luz azul y puso de un golpe el imán sobre el techo. Roger Høibakk saltó al asiento del copiloto. El coche civil subió por la rampa haciendo sonar los neumáticos. Pasó rozando la alambrada. En la calle marcó el número de la central de operaciones.

–Sí –dijo una voz. Cato Isaksen informó brevemente sobre el asunto y pidió que se quedaran a la espera de un nuevo aviso–. Vamos para allá, os mantendremos informados. Comprobad sobre la madre de Vivian Glenne, supuestamente ha fallecido. Pasad la información a Marian en cuanto lo sepáis. No pediremos refuerzos hasta que hayamos valorado la situación de primera mano. Nos pondremos en contacto con la central y emitiremos una orden de búsqueda al momento si la situación se confirma.

–Comprendido –dijo el hombre que estaba al otro lado de la línea.

Cato Isaksen se guardó el móvil en el bolsillo de la camisa, giró el volante a la izquierda y puso la sirena.

Roger Høibakk se puso el cinturón de seguridad de un tirón.

–¿El niño tiene abuelos?

–Solo tengo noticia de la madre de Roy Hansen –dijo Cato Isaksen secamente. Daba vueltas a la situación sin parar.

–Tenemos que tener cuidado con minusvalorar a Roy Hansen en toda esta historia, Cato.

Los coches se hacían a un lado para dejarles pasar.

–¡Sí!, pero no tengo malas vibraciones ni con Roy ni con Rita. Tiene que ser

alguien externo. ¡Algo que no hemos visto! ¡La primera que se me ocurre es Birgit Willmann!

Marian agarró la chaqueta de piel, que estaba sobre el respaldo de una silla, y fue hacia el coche. Juha y Birka estaban en las escaleras viendo cómo se alejaba. Se puso el cinturón de seguridad. Acababa de comerse un bollo reseco que Juha había comprado, pero no había tenido tiempo ni de probar el café.

Dio marcha atrás de prisa. Pensó en algo, un pequeño fragmento de una certeza que al momento se le escapó. ¿Se trataba de un acto de maldad o de angustia? ¿Era una venganza o tenía que ver con el análisis de ADN? Nadie sabía que ya habían hecho el análisis de ADN, que Ellen había tomado las muestras esa misma mañana, solo Roy. ¿A quién se parecía realmente ese niño? Desde luego que a Roy Hansen no. ¿Quién había dicho algo de ese niño? ¿Era Frank Willmann? Sí, era él. *La verdad es que son muy diferentes esos tres chicos. Dan será hijo de su padre y Kenneth se parece a Roy, pero ese pequeño llorón...*

Se estremeció y aceleró, pasó por delante de Holtet y giró hacia la derecha, en dirección a Lambertseter. La guardería no estaba muy lejos de la estación de metro. Sabía dónde estaba el edificio alargado de madera pintada de rojo.

Entró a toda velocidad en el aparcamiento que había delante del edificio de dos plantas de la guardería y frenó de golpe junto al taxi. La arena y la gravilla que cubrían el asfalto salieron disparadas. Bajó del coche. El sol del atardecer cubría con una franja horizontal la valla de madera pálida. Un cartel decía: *La Gominola. Primer ciclo: 0 a 3 años.* Roy Hansen estaba con dos mujeres desconocidas y con Rita Glenne, que sostenía el manillar de un cochecito que estaba vacío. Kenneth estaba colgado del brazo de su padre y agitaba una flor de papel.

Rita Glenne se giró hacia ella empujando el carrito.

–¿Tienes hijos? –gritó–. ¿Tienes alguna idea de lo que estamos pasando? Puede que haya sido Birgit Willmann –movía el carrito adelante y atrás con gesto frenético.

Marian no escuchó bien el nombre de la cuidadora de la guardería que había entregado a Sebastian, era Anne o Live.

Roy Hansen tenía aspecto de estar deshecho. Se zafó de Kenneth.

–¡Sebastian no tiene ninguna abuela por parte de madre! –gritó–. Puede que sea Birgit, pero nunca la he visto con sombrero.

–Llevaba sombrero en la ceremonia conmemorativa –dijo Marian dándole la mano–. Pero ¿qué pasa con tu madre? Tú tienes madre.

–¡Pero no ha sido mi madre! –gritó.

–Fui corriendo a casa de los Willmann en cuanto Roy llamó, pero nadie me abrió –lloró Rita Glenne–. ¡Tú no tienes hijos!

–No tengo hijos –dijo Marian en tono tranquilizador e hizo una señal a la

empleada rubia de la guardería—. Cuéntame brevemente lo ocurrido –le pidió mientras la otra profesora rodeaba con el brazo a Roy Hansen.

–Creo que no tenía coche –la mujer de las pequeñas gafas redondas temblaba–, pero no lo sé. Se llevó a Sebastian en brazos y desapareció. Vestía un abrigo beige con forma de capa, guantes de flores y un sombrero blanco de verano. El abrigo estaba lleno de manchas. Podía tener sesenta y tantos años, o tal vez más. Sí, probablemente más. No pude ver bien el color del pelo. Toda la mujer parecía gris, completamente corriente –añadió.

Marian la observaba. *Completamente corriente.*

–¿Cómo era de alta, gorda, delgada? ¿Algún rasgo facial especial?

–No sé, tal vez... No lo recuerdo. No me fijé en nada en especial. Estaba agotada después de un día con cinco niños de un año. Normalmente son diez, pero como estamos en época de vacaciones... hoy solo estamos trabajando dos. La ayudante se fue a casa muy poco antes de que llegara la mujer.

–¡Danos tu número de móvil! –ordenó Marian.

Kenneth se sentó en el suelo con su pequeña mochila delante. La abrió y metió dentro la flor de papel.

El móvil de Marian vibró. Era la central de operaciones. Se alejó unos cuantos metros. La voz le informó de que la madre de Vivian Glenne había fallecido cuatro años antes. Marian pidió dos coches patrulla y buscó con la mirada el coche de Cato Isaksen. Ya debería estar allí.

–Daremos instrucciones más detalladas –dijo Marian.

Rita Glenne se estaba poniendo histérica.

–Ya hemos dicho que Sebastian no tiene abuela por parte de madre. ¡Mi madre murió!

Marian pidió a las empleadas de la guardería que se ocuparan de ella y de Kenneth, y le hizo un gesto a Roy Hansen para que la acompañara hasta el coche.

–Siéntate –dijo abriendo la puerta. Una vez dentro empezó a interrogarlo–. Intenta calmarte, encontraremos a Sebastian. Pero ahora tienes que pensar: ¿quién puede haber ido a buscarlo? Olvídate de por qué, solo piensa en personas.

–Pero no tengo ni idea. La única que se me ocurre es Birgit –siguió con la mirada a su cuñada y a su hijo, que eran conducidos hacia el interior de la guardería.

En ese mismo instante llegó a la explanada el coche de policía camuflado de Cato y Roger, y Marian se volvió a bajar del coche. Roy Hansen hizo lo mismo y se quedó indeciso junto al vehículo.

Cato Isaksen y Roger Høibakk se apresuraron en dirección a Marian, que informó a Cato de que había pedido dos coches patrulla.

–Tenemos que buscar por el vecindario –dijo ella–. Ya sabes que he intentado plantear el asunto del archivo de casos antiguos. Podemos obtener muchos resultados si relacionamos casos cerrados con otros nuevos.

–¿De qué habría servido en este caso?

–No podemos saberlo. Si hubiéramos podido conectarnos y comprobar sobre la madre de Roy, Birgit Willmann y todas las viejas del vecindario... No tengo ni idea, pero urge encontrar detalles. Klaus Bjone también tiene una esposa, ¡y estaba cabreado!

Cato Isaksen se acercó a Roy Hansen. Un insecto con aspecto de mosquito subía por su brazo pecoso.

–Tengo tres hijos, Roy –Cato Isaksen apoyó el peso de su cuerpo sobre la otra pierna–, sé cómo lo estás pasando. Quiero que vengas conmigo a casa de tu madre.

–¡Ella no tiene nada que ver con esto!

–Iremos de todas formas –dijo con firmeza–. Siéntate en mi coche –levantó la cabeza–. Marian, tú te ocupas de los Willmann. Si no quieres ir sola, espera a que llegue uno de los coches patrulla. Roger, quédate aquí –miró a Marian–. Estamos ante un astuto hijo de puta. Y no consigo ver la conexión. Me estoy devanando los sesos. ¿Qué demonios puede significar esto? Marian, ¿qué dices?, tú que presumes de intuición y *entiendes* a los asesinos.

Marian le miró.

–La mujer de Bjone –repitió–. Pero puede que tenga menos de 60 años.

–Parecía frágil, puede parecer mayor si se esconde bajo un sombrero –continuó Cato–. La infidelidad de su marido puede haber sido el factor desencadenante.

–Roger, cuando lleguen las patrullas, te vas a casa de Bjone en una de ellas. No llames antes de ir. El otro coche que se quede dando vueltas por la zona buscando al azar.

–Comprendido –dijo Roger Høibakk pasándose la mano por su cabello oscuro.

Marian derrapó por la curva abierta y se incorporó al tráfico. Era la hora tranquila de la tarde. Vacaciones y poca gente en la carretera. Eran las 16:41. La prensa no debía enterarse de la desaparición, aún no. Tal vez hubiera una explicación lógica para todo. Bueno, eso no era posible desde el momento en que alguien se había hecho pasar por la abuela de Sebastian. En el estrechamiento del puente del metro tuvo que detenerse para dejar paso a un coche que venía de frente. Siguió a toda velocidad, pasó la gasolinera Shell y el centro comercial y se desvió a la derecha hacia la urbanización de chalets adosados. Pensó en lo que Cato había dicho, eso de comprender al asesino, y sintió la necesidad de beber algo.

Nadie abrió la puerta. Marian tamborileó con los dedos sobre su muslo y se agachó para mirar por el cristal rugoso del lateral. Puede que Birgit Willmann solo hubiera querido ayudar. Pero, en ese caso, ¿qué necesidad había de hacerse pasar por la abuela del niño? Puede que sencillamente estuviera loca del todo. Rita Glenne dijo que había algo que no cuadraba en esa pareja, y ella también tenía esa sensación. Salió corriendo por la acera, pasó la parada del autobús, la fila de casas, giró frente a la última y bajó por un camino peatonal, una ligera cuesta abajo que llevaba al parque infantil. Echó una mirada a la entrada del bosque. La lona que cubría el lugar de los hechos seguía estando desplegada. Tuvo una intuición repentina y pasó corriendo frente a los juegos, atravesó la entrada al bosque y fue hacia el pequeño invernadero. Miró en su interior. Estaba vacío. Volvió corriendo por el mismo camino. Abrió la cancela del jardín de los Willmann, se acercó a la puerta que daba al jardín y la golpeó hasta hacer oscilar el cristal. Las cortinas estaban echadas. Consultó la hora, ya eran las 16:44. La tintorería no cerraba hasta las 17:00. Tal vez Birgit Willmann estuviera allí. ¡Claro que estaba allí!

Marian se lanzó de vuelta al coche y marcó el número de móvil de Juha. Él contestó al momento. De fondo podía oír el runrún de la mezcladora de cemento.

–Juha, has presumido de que puedes abrir puertas con una ganzúa. Coge mi bici, que está debajo del tejadillo en la parte de atrás de la casa, y ven aquí. ¡Trae a Birka! Quiero entrar en casa de Birgit Willmann.

–¡Estoy liado con la piscina!

–¡Haz lo que te digo! Es solo una puerta que da al jardín, Juha. Trae las herramientas y ven al centro comercial. Espera frente a la puerta principal y yo te recojo.

Cato Isaksen frenó para dejar paso a un peatón y siguió a toda velocidad por la calle Oslo. Los pensamientos daban vueltas por su cabeza como un montón de abejas cabreadas. Roy Hansen no paraba de hablar desde el asiento del copiloto.

–Es completamente innecesario dedicarle tiempo a esto –temblaba–, mi madre... no tiene nada que ver con...

Cato Isaksen giró por la calle Dyveke y aceleró por la calle Konow. Recibió una llamada de la central de alarmas. Cato Isaksen volvió a pedirles que esperaran con el aviso de búsqueda. La situación podía empeorar si la prensa lo publicaba y era algún loco quien tenía al chico. El coche camuflado navegó hacia la rotonda y giró a la derecha con un fuerte tirón.

Birgit Willmann iba en la última fila del autobús de la línea exprés. El aire acondicionado estaba muy fuerte. El aire frío le hacía tener la sensación de que estaba helando. Se imaginaba lo que descubriría la policía, cómo Cato Isaksen y Marian Dahle partirían su vida en dos con total indiferencia, como un cuchillo parte un melón. Sería solo un instante y, a continuación, todo se derrumbaría a su alrededor, como ocurrió aquella vez que estuvo ingresada. *Tendría que haber tomado el control de su propia vida.* Pero las cosas son como son. No es fácil recuperar tu vida y picarla en trocitos salpicando en todas las direcciones el zumo del melón.

Solo quedaban otros cuatro pasajeros, tres hombres y una mujer. Todos ellos iban delante. A pesar de eso tenía la sensación de que todo el autobús la estaba vigilando. Vio la mirada del conductor en el retrovisor. A su lado, sobre el asiento de terciopelo azul, estaba la bolsa de deporte. El dolor irradiaba de su estómago como una descarga eléctrica. Bajó la vista hacia sus manos, no podía concebir que se hubiera hecho tan mayor. El paisaje pasaba a toda velocidad, casas y carreteras por todas partes. En realidad ansiaba volver al campo. El autobús rodó por las colinas de Lier. Miró hacia el amplio paisaje con fértiles campos cultivados y granjas con frutales. En el espeso bosque del final del valle estaba Finnemarka. Nunca había estado allí. Frank estaba allí ahora, en compañía de Colin.

Cuando la patrulla frenó bruscamente delante de la calle Konvall 139, Roger Høibakk sintió que su pulso se aceleraba. Sobre el césped había una tumbona blanca.

–Puedes esperar aquí –le dijo al guardia uniformado–. Ve dándole la vuelta al coche mientras tanto y ponte en contacto con Cato Isaksen para recibir más instrucciones.

Miró hacia la casa gris con las contraventanas blancas y se acercó para llamar al timbre. Le pareció oír pasos en el interior, pero luego todo quedó en silencio. ¿Qué había dicho Marian de un equipo de vigilancia? Dio un paso atrás. Había una cámara sujeta arriba del todo, bajo el tejadillo, en la esquina, donde empezaba el garaje. En ese mismo instante le pareció intuir a alguien detrás de los cristales arriba, en la que debía de ser la ventana del salón, una sombra más oscura entre la hojarasca que se reflejaba sobre el cristal. Pero nadie abría.

Probó la puerta del garaje. Estaba cerrada. Se tumbó y miró por la rendija, pero no pudo ver si había un coche es su interior.

No obtuvo respuesta al llamar al móvil de Klaus Bjone. El teléfono estaba

apagado. Dio la vuelta a la casa corriendo, siguiendo el muro sobre las losas de piedra, que estaban colocadas en forma de escalera en el césped escarpado. En la parte de atrás había una fila de pequeñas ventanas con los marcos llenos de macetas de flores rojas que impedían la vista del interior. Dos de ellas tenían que ser ventanas del salón, las otras, de dormitorios. Todas estaban cerradas.

La joven suplente observó a Marian Dahle.

–Estaba a punto de cerrar. Lo de Vivian es, sencillamente, horrible. Fue Birgit quien le consiguió trabajo aquí hace año y medio.

–¿Está Birgit aquí? –Marian fue rápidamente hacia la trastienda y apartó la cortina de la entrada.

–No, soy la hija del jefe. Mi padre está en Francia. Se alegró cuando volvió de la baja maternal la primavera pasada porque se le dan muy bien los clientes. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo más?

–No –mintió Marian–. ¿Sabes dónde está Birgit?

–Birgit se ha cogido un par de días libres. Ayer iba al acto en memoria de Vivian y hoy parece que iba a visitar a su madre, pero mañana estará de vuelta. Hoy voy a cerrar, pero no me han dicho que tenga que abrir mañana, así que seguro que estará de vuelta para entonces.

–¿Dónde vive su madre? ¿Cómo se llama?

–No lo sé. No conozco a Birgit muy bien, pero dijo algo de Notodden. Una vez me contó que le gusta coger la línea exprés de Rjukan, que se relajaba y descansaba a bordo, y que casi siempre se sentaba en el mismo asiento, detrás del todo.

–¿Sabes si la madre vive en una casa o en una residencia?

–No sé, no tengo ni idea –se encogió de hombros.

Marian dio las gracias, salió de la tintorería y fue deprisa hacia la escalera mecánica. Se abrió paso entre dos señoras, y envió un sms a Cato informándole de que iba camino de Notodden, que Birgit Willmann probablemente iba a bordo de un autobús. Luego, se quedó al pie de la escalera buscando el Expreso de Rjukan en el iPhone mientras la gente se apresuraba a su alrededor. Había salido un autobús de la Central de Autobuses de Oslo a las 16:40. Cogieron al niño sobre las 16:05. Podía haber llegado a tiempo. El autobús llegaría a Notodden a las 18:38. Juha aún no había llegado en su bicicleta. Se sentó en el coche, que había aparcado justo detrás de los contenedores para donación de ropa, y llamó a la central de alarmas para pedirles que buscaran en ese mismo momento el nombre de la madre de Birgit Willmann.

Buscó el apellido Willmann en información. Solo aparecieron los nombres de Birgit y Frank. El hombre de la central le devolvió la llamada.

–Su nombre es Bodil Margaretha Thilius –dijo la voz–, pero no tiene un teléfono a su nombre.

–Vale, gracias –dijo Marian. Thilius también era un apellido poco común. Si la madre no tenía ni teléfono fijo ni móvil a su nombre, no sería fácil localizarla. Echó un vistazo al reloj y calculó que el autobús ya habría pasado por Drammen. Llamó a la policía local de Notodden y dio directamente con la centralita de guardia. El

hombre que contestó comprendió inmediatamente la gravedad del asunto y enviaría lo que tuvieran disponible de personal, que probablemente no sería mucho, pensó Marian, pero prometieron estar esperando en la estación cuando llegara el autobús y cogerla. Pero Marian pensó que era posible que Birgit Willmann no estuviera de camino a Notodden, puede que estuviera en su propia casa, después de todo. Y puede que tuviera allí a Sebastian.

Roy Hansen presionó los dedos sobre sus sienes y se inclinó sobre la cuneta. Era una hondonada en el asfalto parchado, un hoyo que empezaba en el canalón y cruzaba la acera. Sus rótulas sonaron cuando cayó de rodillas, levantó los brazos y apoyó la cabeza sobre el muro. Su estómago se contraía una y otra vez. Su cerebro intentaba asimilarlo todo. Sebastian estaba secuestrado. Las preguntas daban vueltas en su mente como rayos blancos y helados. ¿Por qué? ¿Cuál era la conexión? La imagen de Vivian en el bosque, el sonido del llanto de Sebastian. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? El policía le observaba desde arriba. Roy Hansen se incorporó tembloroso, apoyó la mano sobre la pared para sujetarse.

–No ha sido mi madre –gimió.

Cato Isaksen hablaba por el móvil.

–Quédate a la espera, Roger. Si no encuentro nada aquí, iré directamente a la calle Konvall.

Entraron en el patio.

–Vamos, Roy.

–Ya le he dicho que mi madre no puede salir sola –Roy Hansen tenía sudores fríos–, tiene enfisema pulmonar y hace tres meses que no ve a sus nietos.

Cuando Marian levantó la vista, Juha estaba junto al coche con Birka, sujeta con su correa. En la cesta de la bicicleta llevaba diversas herramientas metidas en una bolsa de plástico transparente. Marian se inclinó sobre el asiento del copiloto y empujó la puerta hasta abrirla.

–Coge eso y métete en el coche. ¡Date prisa! Pon a Birka en el asiento trasero. Seguro que no roban esa bicicleta vieja, puedes pasar a buscarla después.

Dan apretó el móvil contra su oreja y oyó los gritos de las gaviotas de fondo.

–Jonas –gritó, y se dejó caer en el oxidado balancín de jardín. Las juntas gimieron. Los separaban muchos kilómetros de paisaje. Su garganta se cerraba. Su boca temblaba. No emitió ni un sonido, pero las lágrimas caían de sus ojos hasta la comisura de sus labios. Sabían a sal–. Tienes que volver, Jonas –balbuceó mientras miraba a un caracol que estaba sobre el césped con un hilo de baba blanca tras de sí–. ¡Alguien ha secuestrado a Sebastian! Una mujer se lo ha llevado de la guardería. Roy está con la policía para buscarlo y la tía Rita está en la cocina llorando.

–¿Estás de coña, Dan?

Dan oía la respiración de Jonas, como si saliera por el teléfono, y se sentía caer lentamente, a una profundidad aún mayor. Estaba sentado a la sombra. Estaba descalzo y sentía la hierba fría bajo sus pies. En el pliegue de una hoja vio un escarabajo brillante.

–Bjone se quiere vengar, Jonas, por lo de la tierra. Se lo llevó una señora mayor. Había escrito una autorización falsa.

Hubo un largo silencio. Luego Jonas dijo con cuidado:

–¿Y tu padre, Dan? ¿O Frank?

–¡Te digo que lo recogió una mujer! Una señora mayor.

–La madre de Henny Marie es vieja. ¡Y Birgit!

Rita salió al jardín con Kenneth de la mano. Dan se levantó. Kenneth golpeaba las plantas que crecían junto al muro con un palo fino.

Dan se dio la vuelta y bajó la voz.

–Bjone volvió a pasar hace un rato. No me atrevo a salir a la calle, joder.

–La policía me tomó declaración a pesar de todo, Dan. Mis padres no lo saben. No mencionaron la pistola. Pero les conté que vi que Frank miraba a tu madre con los prismáticos el invierno pasado.

–¡No ha sido Birgit! Creo que es la mujer de Bjone, Jonas. Ese adefesio que vimos en la ventana, con brillantitos en los pantalones. Han cogido a Sebastian por lo de la pistola –oía la respiración de Jonas y más gritos de gaviotas.

–Mi madre está pendiente de lo que hago, será mejor que cuelgue, Dan.

Marian había aparcado su furgoneta hacia el fondo de la calle peatonal para que no fuera visible desde la carretera principal. La parte trasera de la hilera de chalets estaba en sombra. Tiró del picaporte de la puerta del cobertizo. Estaba cerrada, puso la oreja sobre la puerta y escuchó. El silencio era total. Juha se acercó a la puerta del jardín. Marian marcó el número de Frank Willmann, se llevó el móvil a

la oreja y esperó. Eran las 17:16. *El número marcado está apagado o fuera de cobertura.* Llamó al número fijo de los Willmann y oyó que sonaba en la segunda planta, en la cual habían dejado abierta una pequeña rendija en la ventana del dormitorio. Dejó que sonara un largo rato, pero nadie contestó.

En la calle Konvall, Roger Høibakk informó al guardia del coche patrulla de que habían recibido instrucciones de quedarse a la espera.

–Cato está comprobando algo en Oslo. No sabemos si hay alguna relación entre el asesinato de Glenne y el secuestro. No he podido contactar con Klaus Bjone pero, en cualquier caso, la que nos interesa es su mujer. Fue una mujer quien recogió al niño. Creo que está ahí dentro. Si no abre, simplemente tendremos que romper una ventana.

Marian observaba la espalda inclinada de Juha.

–¿Tardarás mucho? –dijo echando un rápido vistazo a su alrededor. Ya eran las 17:20. Juha no contestó. Marian observaba las cortinas del salón, cuidadosamente corridas tras el cristal. ¿Había visto un pequeño movimiento? Birka olisqueaba por el parque infantil. Transcurridos un par de minutos más, Juha empujó la puerta con el pie y se enderezó mientras se pasaba la mano por su cabeza pelada.

–Ya está –dijo orgulloso. Marian ordenó a Birka que entrara en el pequeño jardín y cerró la cancela.

–Bien, Juha. Entraré sola. Tú puedes quedarte aquí mientras tanto. No te vayas, espérame aquí.

Rita Glenne observaba a Dan sentado en el balancín oxidado. Se agachaba cada vez que pasaba un coche. Ella acababa de romper un plato blanco. Se partió limpiamente por la mitad y se quedó con un trozo en cada mano. Ahora removía enérgicamente el cacao que estaba preparando en una cacerola, intentando contener el llanto. Kenneth estaba sentado a la mesa comiendo cereales con una cuchara demasiado grande mientras echaba miradas al salón.

–Tal vez mamá venga enseguida –dijo. Le habían dado galletas de chocolate porque la tía Rita no quería que preguntara por su madre, su madre se había marchado a una bonita casa con dos torres. Esa casa estaba en el cielo y lo de las torres se le había ocurrido a él. Ayer le habían dejado correr por el centro comercial mientras la tía Rita compraba. No solían darle permiso para eso. Vio a un chico que tenía un coche de bomberos. Se puso a su lado y, cuando la madre del niño se dio la vuelta, había intentado quitarle el coche de bomberos. Pero entonces

empezó a berrear, y Kenneth le había dado una patada y todos los puñetazos que había podido. La tía Rita se lo llevó arrastrándolo del brazo, exactamente como solía hacerlo su madre.

Marian apartó las pesadas cortinas y se quedó unos instantes detrás de la puerta, escuchando. Birka olisqueaba entusiasmada. El salón olía a cerrado. Mientras los pensamientos daban vueltas en su cabeza observaba un jarrón transparente de color azul cobalto que estaba sobre la mesa del salón. *¿Sería cierto lo que Rita Glenne había dicho sobre su hermana y los hombres mayores? ¿Era Sebastian hijo de Frank Willmann?*

Entraron en el portal mal iluminado. Un carrito de bebé estaba aparcado debajo de los buzones. Por el gastado suelo de piedra estaba tirada toda la publicidad que no había interesado a nadie. Olía a comida. Pescado cocido, o algo así.

Roy Hansen llamó a la puerta del tercer piso, y Cato Isaksen se quedó mirando fijamente a la pequeña aparición empolvada que les abrió. Llevaba un cigarrillo encendido en su delgada mano y en los pies llevaba unas viejas y sucias zapatillas de felpa con borlas en forma de rosa. El suelo de losetas cuadradas de piedra estaba rajado por varios sitios.

Su voz era grave.

–¿Y ahora qué ha hecho este hijo mío? –dijo mirando al investigador.

–Nada –dijo Cato notando el desagradable olor a comida de la escalera.

Roy Hansen estaba pálido. Su madre se dio la vuelta y entró en el pequeño recibidor. Su pelo, rizado y rojizo, era tan fino que dejaba ver el cuero cabelludo. Se detuvo y se giró un poco.

–Pasad al salón, ¿vale?

Cato Isaksen siguió a la madre y al hijo hasta el reducido y estrecho salón. El fuerte olor a humo irritaba la nariz. Aquí y allá colgaban algunos cuadros malos, y dos enormes butacas de felpa con borlas en los reposabrazos ocupaban casi todo el espacio disponible.

–Se trata de una visita rutinaria, señora Hansen –dijo Cato Isaksen mirando a su alrededor. Las paredes estaban torcidas, se inclinaban hacia el interior a la altura del techo, donde, junto a los listones de madera, el papel con rosas pintadas presentaba manchas marrones de humedad.

–Así que has sido tú, Roy –parecía amargada–. Vivian era un puto desastre, pero no tenías que haberla liado así.

Roy Hansen le miró indefenso, y Cato Isaksen dudó unos instantes. Su madre parecía imposible e inofensiva, pero también tenía un punto de dureza.

–Tu nieto, Sebastian, ¿cuándo le viste por última vez?

–¿Y eso que tiene que ver con nada? No se me da muy bien estar en contacto. Yo diría que le vi por abril o así.

Cato Isaksen se sintió repentinamente cansado y tembloroso, como un diabético necesitado de azúcar.

Olisqueando, Birka se abrió camino por detrás de una de las butacas verdes. Marian la agarró por las patas traseras y tiró de ella.

–¿Qué es lo que resulta tan interesante ahí? –en el suelo, detrás del respaldo, había una foto rota. El cristal había saltado por el suelo y había trozos debajo de la butaca.

–¡Cuidado con tus patas, Birka! ¡Apártate! –Marian se puso en cuclillas y recogió la foto. Era de un chico y de una niña con un gran lazo. La niña era completamente rubia, pero sus ojos eran los de Birgit Willmann. Estaba descolorida. Se incorporó para acercarse a la pared donde colgaban los restantes retratos de familia. Las había visto antes; fotos de bodas y confirmaciones, pero esta no. No estaba allí en su anterior visita. ¿Tendría algo que ver con Sebastian? Tuvo un escalofrío. Juha estaba en la puerta sin decir una palabra. Sabía cuándo debía quedarse callado.

Marian fue con prisa a la cocina llevando la foto en la mano. Unos rayos del sol del atardecer iluminaban el hule que cubría la mesa. Todo estaba limpio y ordenado, pero una mosca muerta colgaba de la cortina y algunas hormigas corrían por la encimera. Desde la ventana de la cocina había una vista completa de la casa de Roy. Notó de pronto que la sensación de pesadez se había esfumado. Tal vez los bajos niveles de serotonina de su cerebro habían sido remplazados por adrenalina. El caso recorría su cuerpo como una infección. Volvió al salón.

–Te puedes ir, Juha, coge la bici y ve a casa a seguir trabajando en la piscina.

Juha se marchó. Oyó que la pequeña cancela del jardín se cerraba tras él y fue a echar el pestillo de la puerta del jardín. En ese instante se oyó un ruido procedente del piso de arriba, y la perra se quedó detenida en posición de escucha. Marian fue con tiento hacia la escalera. ¿Había alguien en casa después de todo o sencillamente se oía a los vecinos? Birka se dio la vuelta y se quedó mirándola, como si pidiera permiso para subir. Marian susurró:

–Ve –y se quedó mirando a Birka. Luego puso el pie, calzado con una deportiva blanca, sobre el primer escalón.

Una ráfaga de aire desgarró la superficie del agua. Frank Willmann dejó caer el sedal. Llevaba el torso desnudo. El aire frío le provocaba piel de gallina. Los músculos descansaban como bolas sobre sus antebrazos, pero la piel que los rodeaba se había hecho demasiado holgada. Miró en dirección a Colin. No habían dedicado ni una palabra a hablar del secreto. Pero creía que Colin le entendía. No le diría nada a la policía. Si le cogían, sería una tumba. Tal vez seguían siendo amigos porque ya no eran vecinos. No era algo que tuviera ganas de detenerse a analizar. Una vez al año salían juntos de pesca, pasaban tres o cuatro noches en una tienda de campaña y eso era todo. El barco iba hacia la orilla. Entre las piedras redondas el agua olía a podrido. Colin filmaba el movimiento de los remos con una pequeña cámara. El perro estaba sentado, muy firme, en la proa. Frank observaba la herida que Colin tenía en la frente. La costra se estaba cayendo.

–Tendrías que haberte presentado. Estuve tres noches en una celda. Es lo peor que me ha pasado. Tres noches durmiendo sobre un colchón, un agujero como retrete. ¿Qué fue lo que te pasó? –indicó la herida con un gesto.

–Nada, una piedra que asomaba en el lugar equivocado –le miró–. Medicina legal. Si yo no voy ni a mi médico de cabecera... Siento que hay malas vibraciones en el aire. Como hace un rato, cuando vimos dos víboras venenosas. Me pondré en contacto con Dan en cuanto todo esto se haya tranquilizado. Ahora, rememos hasta la orilla.

Frank Willmann recogió el sedal vacío y sacó una cerveza de la mochila.

–Lo siento, me hace falta.

Arne Colin Andersen dio un fuerte impulso con los remos y levantó la mirada hacia el cielo.

–Si no llueve más, la presa puede resistir –recogió los remos, se asomó por la borda, juntó sus manos y se echó agua fría en la cara.

El barco siguió deslizándose.

–Tengo media botella de licor en la cabaña. Te la daré.

Roger Høibakk estaba en el coche patrulla junto con su colega uniformado y miraba fijamente hacia las ventanas vacías.

–¿Puede que Bjone haya querido vengarse de Dan por lo de la tierra? ¿O se habrá vengado su mujer por su infidelidad? ¿Es Bjone el padre de Sebastian? ¿Es el asesino, a pesar de todo? –se respondió a sí mismo–: Es demasiado rebuscado.

Seguía vigilando la ventana del salón mientras permanecía en contacto con la central de alarmas. Le dieron nuevos datos sobre Klaus Bjone. Había estado en Líbano como soldado, pero ahora trabajaba en el servicio de inteligencia y era

responsable de los veteranos. Había aportado una serie de informes periciales en relación con casos en los que exsoldados habían demandado al Estado y a Defensa. También había actuado como perito en los tribunales, por parte de Defensa. Pensó que debía tratarse de un problema de seguridad pública. Estar en *los dos lados* a la vez.

No oyó ningún ruido más, solo el zumbido del tráfico en el exterior. Marian subió sigilosa la escalera con el rostro levantado, como si se estuviera preparando para lo que pudiera encontrar. Todavía apretaba en la mano la foto de los niños. Si Frank Willmann era el padre de Sebastian, podía ser la razón por la que Birgit le hubiera secuestrado. Eso podía resultar muy peligroso. Los pensamientos se sucedían a gran velocidad.

En el pasillo había una especie de aparador sobre el que habían colocado montones de figuritas de cristal con formas de animales en distintos tamaños: caballos, perros, gatos y conejos. Y un tigre, más grande que el resto de las figuras, además de un elefantito. Marian recordó el duelo que pasan los elefantes cuando pierden una cría; manadas enteras de elefantes podían acercarse a los poblados si alguien había matado a uno de ellos. Las personas lo malinterpretaban, creían que buscaban venganza, pero solo querían ver al fallecido y decirle adiós. Cogió la figurita del tigre. El anciano de la playa en Corea, aquel sobre el que había leído en los papeles de su adopción, le había dado el nombre de Puño de Tigre.

Birka salió por una puerta entornada. Debía de tratarse de una habitación para invitados. Dejó la figurita sobre el aparador y se asomó. La perra olisqueó el aire y la miró. En el centro de una cómoda blanca había unos prismáticos. Se dio la vuelta despacio y sintió que el horror se deslizaba por su espina dorsal. El sms que Frank había recibido de Vivian Glenne. *Tú, viejo cerdo mirón, no tienes nada que reprocharme.* Un mensaje bien claro.

La cortina estaba cuidadosamente echada. Marian la abrió y miró hacia la casa de color verde claro. En el jardín estaba Dan, sentado en el balancín oxidado. Echó un vistazo rápido al reloj. Ya eran las 17:35.

El dormitorio también estaba ordenado y limpio, con una gran cama de matrimonio cubierta con una manta blanca, mesillas de noche blancas y una ventana que daba al parque infantil. Justo enfrente había una farola, seguramente para dar luz en invierno. Dejó la foto de los niños sobre la colcha, echó una mirada por la ventana y abrió el armario; había camisetas, un par de trajes y unos vestidos bastante sosos colgados en fila.

Birka se frotó contra su pierna, y Marian se agachó para acariciarle la espalda de forma instintiva. Una intuición repentina hizo que volviera a marcar el número de

Frank Willmann, pero recibió la misma respuesta automática. Entonces se dejó caer de rodillas y miró debajo de la cama.

Cato Isaksen se detuvo, dejó que Roy Hansen se apeara y siguió a gran velocidad en dirección a la calle Konvall.

Roy Hansen entró en el salón. Rita Glenne fue rendida a abrazarle y él se agarró a ella sollozando.

–¿Qué es lo que está pasando, Roy? –lloró–. ¿Cómo va a terminar esto?

–No lo sé, Rita.

Cato Isaksen había pedido que le diera una foto de Sebastian. Roy se soltó y empezó a rebuscar. Tiró de algunos cajones. Por algún lado tenía que haber una foto de Sebastian con Vivian, hecha por un fotógrafo en el centro comercial, cuando bautizaron a Sebastian. Y es que a Sebastian lo habían bautizado por la Iglesia, al contrario que a los demás hermanos. A Vivian de pronto le había entrado la manía de querer bautizar al pequeño, y luego habían comido en la mesa del salón bien puesta, con la madre de Roy y con Rita. No era una gran familia, y ahora faltaban dos. Se derrumbó, cayó de rodillas y se quedó mirando el dibujo de la alfombra pequeña y gastada.

Había varias cajas, cajas bonitas y una vieja maleta marrón. Marian sacó la primera de las cajas. Era bastante plana y estampada con flores plateadas. La abrió y se encontró con un montón de muñecas de papel, clasificadas según el color del pelo y el tamaño. Las delgadas prendas de papel tenían presillas cuadradas en los hombros. Levantó una y le dio la vuelta. Las muñecas estaban pegadas a un cartón para hacerlas más rígidas y todas tenían un nombre escrito por detrás. Marian las dejó en su sitio y cogió la foto de una niña sonriente y desdentada que llevaba un vestido blanco de verano y calcetines blancos con bailarinas negras.

Vio al instante que era la misma niña que la de la foto anterior. La niña tendría unos tres años y llevaba un gran lazo en el pelo. En otra foto aparecía el chico. ¿Eran el recuerdo de dos niños ya fallecidos? ¿Birgit Willmann había sido madre? Si ese era el caso, ¿qué había sido de los dos niños?

Marian abrió la maleta marrón. La tapa estaba agrietada. Estaba llena de ropa vieja, vestidos de jovencita, fotos, colecciones de cromos y dos cuadernos de notas de color naranja. Abrió uno de ellos. Las páginas estaban llenas de letras, parecían estar codificadas, pero había algunas líneas de texto escritas con una letra primorosa.

El orden que imperaba por todas partes parecía una manera de mantener el control. A Marian, Birgit le producía una sensación de malestar. Como si reconociera cosas de su propia infancia. La manera de ser de su madre adoptiva. La sensación de negligencia y depresión. Marian comprendió de repente que no era Frank Willmann quien le hacía sentir incómoda, era su mujer. Birgit no estaba bien, parecía una niña regordeta, y ahora lo tenía delante, negro sobre blanco:

Tomé esa sobredosis de pastillas para dormir, para alejarme, pero Frank me encontró y me llevó al hospital. Desde entonces me vigila y controla las recetas. Mi médico las expide a su nombre y Frank me da las dosis, para que no pueda volver a hacerlo.

La pálida luz de la ventana del dormitorio incidía en la foto que estaba sobre la cama. La niña del lazo recordaba, repentinamente, a un fantasma. Recibió un sms de Cato: *La madre de Roy no está implicada. Mandé una foto por sms a la guardería. Respuesta negativa. Voy hacia la calle Konvall. Roger me espera allí.*

Marian volvió a dejar la pequeña libreta en la maleta, sacó la otra, se la guardó en el bolsillo, cerró la tapa y la empujó debajo de la cama junto con las cajas. Se incorporó y respondió: *O.K. Nadie en la casa de los Willmann.* Y recibió otro al momento: *¿Vas camino de Notodden?*

Respondió *Sí*, agarró la foto, alisó la colcha con la mano, bajó por la escalera, atravesó el salón y salió por la puerta del jardín.

–¡Ven, Birka! –pasó corriendo por delante de los columpios, dio la vuelta a la hilera de chalets y llegó hasta su coche–. ¡Dentro, Birka! –abrió la puerta trasera, tiró la foto sobre el asiento del copiloto y se sentó. Cato llamó cuando estaba arrancando el coche.

–¿De verdad que vas camino de Notodden, Marian?

–Estoy en camino –dijo ella dejando la libretita sobre el asiento–. Voy a ir a toda velocidad y, en todo caso, la policía local la retendrá cuando se baje del autobús.

–Roger cree que hay alguien en la casa de Bjone. Estoy llegando a la calle Konvall en este momento. Tenemos que poner en búsqueda a Sebastian en cuanto hayamos descartado a Bjone y a Birgit Willmann.

–He encontrado unas fotos y unos cuadernos de notas, Cato. Hay escritas cosas bastante desagradables.

–¿Aún no te has ido? ¿Has estado en casa de los Willmann? ¡Pero si todavía no

te he enseñado a abrir puertas con una ganzúa!

–Me apañé –dijo Marian precipitadamente.

–¡No metas a Juha Sakkonen en esto! ¿Encontraste alguna foto de Birgit Willmann que podamos enseñar a las empleadas de la guardería? Ahora tengo que colgar.

–No, solo una foto de su confirmación y otra de su boda. En el cuarto de invitados había unos prismáticos.

Marian pasó el semáforo en amarillo y aceleró por la recta. Por la puerta entraba el aire con un pitido porque no la había cerrado bien.

Cato Isaksen frenó en seco delante del coche patrulla en la calle Konvall y bajó de un salto. Roger fue hacia él.

–Ahora no hay ningún movimiento en el interior de la casa. Bjone puede estar en Lutvann, en el acuartelamiento militar en el que trabaja. Está en los servicios de inteligencia. Eso ya lo sabes. ¿Qué hacemos ahora? ¿Entramos en la casa o nos vamos a Lutvann?

Cato Isaksen observó la revista del corazón que había junto a la tumbona. El viento agitaba las páginas. Estaba completamente mojada y gris. Durante unos instantes fijó la mirada en la hierba que la rodeaba antes de captar un movimiento, en la ventana, tras el dibujo de las sombras de las hojas del roble.

Marian paró en la cuneta, cerró la puerta y buscó residencias en Notodden en su iPhone. No sabía mucho de ese lugar. Solo que allí se fundó la empresa Norsk Hydro. Aparecieron tres residencias. Centro de Asistencia de Notodden, Viviendas Tuteladas de Haugmotun y Residencia para la tercera edad de Mørkbygda. Acertó con la primera llamada. La anciana señora Thilius vivía en la Residencia para la tercera edad de Mørkbygda. Su corazón se detuvo unos instantes. Contuvo la respiración y bajó de un salto para poner la luz azul en el techo, se inclinó para darle un par de palmaditas a la perra y salió a toda velocidad en dirección a Oslo.

Cato Isaksen golpeaba la puerta con los puños y con las palmas abiertas alternativamente. Apoyaba la oreja sobre la rendija de la puerta y escuchaba. Luego gritó su nombre varias veces.

–¡Señora Bjone, abra! ¡Señora Bjone!

Se había reunido un pequeño grupo de curiosos en la acera, delante de la casa.

Roger Høibakk observaba la espalda de Cato.

–Romperemos una de las ventanas de arriba, una de las pequeñas –Cato Isaksen

miró hacia el guardia uniformado—. Océpate de la zona exterior –dijo.

Corrieron hacia la parte trasera de la casa, acercaron una mesa de jardén a una de las ventanas del dormitorio y cogieron una piedra redonda de uno de los parterres.

–Te dejo el honor –Cato Isaksen le entregó la piedra a Roger, que se subió a la mesa y empezó a golpear el cristal. Se rompió en mil pedazos y se oyó un grito en el interior de la vivienda. Cato Isaksen cogió un tronco de un montón de leña, se subió a la mesa de jardén y limpió la ventana de cristales. Cato se metió por ella mientras Roger sujetaba la mesa. La colcha estaba cubierta de fragmentos de cristal. La habitación estaba recogida. En la pared de enfrente había un armario de varias puertas. Cruzó el dormitorio a la carrera y abrió de un brusco tirón la puerta del salón. Eva Bjone estaba sentada en el suelo, temblorosa, se tapaba la cara con las manos y apoyaba la espalda sobre una alacena antigua. Le miró asustada entre sus dedos.

Marian visualizaba a Sebastian, se puso en el carril de la izquierda de la E-18 y aceleró a su paso por Skøyen. Aunque lo analizara todo desde el principio e intentara ordenar sus pensamientos, no había nada que cuadrara. El niño llevaba desaparecido dos horas. ¿Vivía Sebastian o estaba muerto? ¿Estaba en manos de una loca? ¿Era Bjone, que había visto la manera de vengarse? ¿O era su mujer quien tenía motivos para vengarse?

Cato Isaksen ayudó a Eva Bjone a levantarse.

–¿Por qué no nos abrías? ¿Dónde está la criatura?

Le miró fijamente. Su rostro era alargado y estaba ajado, pero bronceado. Llevaba un vestido blanco de verano de aire adolescente. Servía para resaltar lo arrugada y cansada que parecía. Iba descalza y sus uñas estaban esmaltadas en rojo.

–Mi hija viene hacia aquí –susurró, y miró asustada hacia Roger Høibakk, que salía del dormitorio y empezó a registrar la casa.

–¿Dónde está la criatura? –repitió en voz aún más alta–. ¿Tu marido está en casa? –miró por el gran ventanal del salón. El guardia uniformado vigilaba la puerta.

–¿La criatura? –susurró–. ¿Te refieres a mi nieta?

–Me refiero a Sebastian Glenne Hansen. ¡Diez meses de edad! ¿Tienes un sombrero blanco y un abrigo beige?

Cerró los puños y los mantuvo bajo su barbilla mientras negaba con la cabeza.

–¡Baja las manos y mírame! –Cato Isaksen se quitó unos cuantos cristales, le hizo una foto con el móvil y se la envió a la cuidadora de la guardería.

Roger abrió puertas en la planta de abajo.

Cato Isaksen esperaba tenso, y entonces sonó su teléfono. Live Sørheim parecía

febril.

–Se parece un poco, pero creo que es demasiado alta. ¿Podrías hacerte una foto con ella para que la vea bien? La voy a descargar en el ordenador para ampliarla.

Roger subía por la escalera.

–Ningún hallazgo –dijo.

Cato Isaksen le pidió que hiciera otra foto de él y de Eva Bjone. Ella estaba apática, tiesa como un palo a su lado. Sí, era alta, casi tan alta como él. Cato envió la foto. Poco después la cuidadora de la guardería le devolvió la llamada. No creía que fuera ella, pero a la vez estaba insegura.

–El pelo es demasiado largo, pero a la vez hay *algo*.

Roy Hansen encontró la foto que estaba buscando. Sabía que esa foto estaría en la portada de todos los periódicos del país al día siguiente si no encontraban a Sebastian esa noche. Era insoportable. La miró. Vivian tenía al niño bautizado en su regazo y Kenneth se inclinaba hacia ella. Vivian se había recogido el cabello para la ocasión. Lo llevaba retirado de la cara y los dos mostraban una falsa sonrisa, Vivian y él, como hacen los niños cuando les han dado instrucciones de que se porten bien. Al fondo estaba Dan.

Marian conducía por las colinas de Lier hacia Drammen y cogió el túnel en dirección a Kongsberg. Después de haber adelantado varias autocaravanas extranjeras y un par de *roulottes*, abrió un poco más la ventana, pasó a toda velocidad una casita roja y pensó que no le importaría vivir así, en medio de una parcela en ninguna parte. El autobús estaba a punto de llegar a Notodden. Esperaba que la avisaran. Birgit Willmann dejaba escapar vibraciones oscuras y fúnebres, pero a la vez parecía digna de confianza. ¿Por qué había cogido de pronto unos días libres? Las investigaciones demostraban que en los casos de trastornos de la personalidad asociales o paranoides los factores hereditarios podían tener un papel importante. Pensó en las revistas pornográficas que habían aparecido en el cobertizo de Frank Willmann. Seguramente no tenía importancia, a la mayoría de los hombres les gustaban esas cosas, pero algunas de ellas mostraban a mujeres que eran sexualmente humilladas en distintas situaciones. Y en el cuarto de invitados estaban los prismáticos. Frank Willmann parecía introvertido. Si uno de los dos era un perverso, seguramente fuera él. Había gente que inspiraba confianza y luego podía hacer las cosas más horribles. Los niños de la foto, ¿dónde estaban ahora? Aceleró y siguió adelante.

Cato Isaksen estaba de pie mirando a Eva Bjone. Ella estaba sentada en el sofá y se negaba a hablar hasta que llegara su hija. Sus delgadas piernas estaban surcadas por venas azules. Sobre la mesa había una botella de vino vacía y una copa.

–Si no contestas a mis preguntas ahora, te llevaremos a la comisaría –le hizo un gesto a Roger.

–No –rogó llevándose las manos descarnadas a la cara.

–Te daremos otra oportunidad –notaba el rancio olor que desprendía, no se había duchado y además estaba medio mareado de hambre–. ¿Dónde está tu marido? Nos lo vas a contar todo. Hay mucho en juego, también para ti. Si das un falso testimonio, puedes ser condenada a prisión. Si le pasa algo a la criatura...

–Pero es que no sé nada, no entiendo nada de esto.

–¿Dónde está Klaus Bjone?

Sus manos se movían inquietas por su regazo. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

–Klaus ha sido infiel.

Con la madre de Sebastian, pensó Cato Isaksen.

–Discutimos y se fue.

–¿Cuándo?

–Hoy no ha estado en casa. No sé dónde está. A lo mejor trabajando. En Lutvann. Le echo de menos. Por favor, decídselo, si le encontráis –rogó.

Marian echó una mirada a la libreta que estaba sobre el asiento del copiloto. Paró en una gasolinera, nada más pasar Drammen, y compró una porción de pizza y una Pepsi Max. Tenía tanta hambre que temblaba. Comió mientras conducía. Sonó su móvil. Era un agente de Telemark.

–Ninguna mujer que respondiera a la descripción dada había bajado del autobús en Notodden.

–Finalmente Birgit Willmann no iba en ese autobús –gritó Marian por el móvil y desvió el coche para detenerse junto a un campo de labranza rodeado de margaritas–. ¿Doy la vuelta y vuelvo?

–No –respondió Cato Isaksen–. Estamos a la altura de Haugerud y vamos a coger el desvío a Lutvann. Acércate a hablar con la madre, ya que estás en camino y has llegado tan lejos. La empleada de la guardería tenía dudas sobre Eva Bjone. Estoy esperando que me vuelva a llamar.

Marian continuó por la E-134. Pensaba en Eva Bjone. Apenas la había visto en la ventana cuando se marchaban de la calle Konvall después de buscar a Klaus Bjone.

Parecía mayor que su marido, cansada. Había prestado declaración. Dijo que su marido había estado en casa toda la noche del jueves en que mataron a Vivian. Recordó a Frank Willmann otra vez. Con frecuencia se cumplía que el primer sospechoso era el acertado. A veces había que dar unos cuantos rodeos, unos desvíos en la oscuridad.

Birka emitió unos gemidos desde el asiento trasero. Después de unos cuantos minutos de pasar tramos flanqueados por abetos, amplios campos con cultivos de trigo y viviendas dispersas, llegó a Notodden. Era un poco más tarde de las ocho. Un trueno profundo seguido de unas pesadas gotas de lluvia le dieron la bienvenida a una ciudad que no era, de ninguna manera, el ombligo del mundo. A pesar de dar al mar, parecía cerrada y oscura, con fincas urbanas cuadradas de estilos diversos, una detrás de otra, con algún espacio abierto aquí y allá.

El campamento militar de Lutvann estaba en un lugar retirado y rodeado de altas vallas. Un cartel les informaba de que habían llegado a la Oficina Central del Servicio de Inteligencia. Cato Isaksen estaba en contacto permanente con la Central Operativa de la Policía. Todas las patrullas estaban alertadas. Las dos patrullas que solían cubrir la zona de Lambertseter no tenían nada más que contar que habían parado a un tipo calvo en bicicleta, no había visto nada y siguió su camino. Habían hablado con gente de la calle y casas de la zona de la guardería. El agente que había permanecido en casa de Eva Bjone informó de que habían llegado su hija y su nieta.

Cato Isaksen se detuvo junto a la garita de guardia. Tras el cristal había un hombre de uniforme. Abrió la ventana y miró hacia el exterior. Roger Høibakk bajó la ventanilla.

–Policía –dijo enseñando su identificación–, venimos a hablar con Klaus Bjone.

Una hilera de vehículos militares estaba aparcada frente al gran edificio gris de piedra. Sobre el tejado de un edificio más bajo había instalados varios radares.

–Estilo Auschwitz –dijo Roger Høibakk–. Bjone puede ser un tipo vengativo.

Frente al edificio al que pertenecía la moderna y sofisticada entrada principal había unos cuantos coches civiles aparcados.

–Ningún BMW por aquí –dijo Roger bajándose del coche–. Si ha cogido al niño para castigar a Dan y a su familia, es tan peligroso que yo...

–Es enfermizo –dijo Cato Isaksen–, para algunas personas la venganza es lo más importante.

Fueron rápidamente hacia el edificio de hormigón de una planta y llamaron al interfono que había junto a la puerta, pero no sucedió nada. Solo después de llamar tres veces oyeron un chisporroteo y les respondió una voz de mujer.

–Venimos a ver a Klaus Bjone.

–No le tenemos registrado hoy.

–Ábranos. Somos de la policía.

La mujer iba de uniforme. Tenía el cabello rubio y ralo y los ojos verdes. Cato Isaksen y Roger Høibakk sostuvieron sus placas ante ella.

–Muéstrenos su despacho.

–En ese caso tienen que... no puedo sencillamente... esta es la central de inteligencia de Defensa... Bjone es comandante en misión especial.

Cato Isaksen levantó la voz.

–¡Estamos hablando de la vida de un niño! –oteó hacia el interior de las instalaciones militares. Estaban mal iluminadas.

La mujer los miró desconcertada.

–Pero... qué ha...

–Llévenos al despacho. Puede estar presente, pero ¡no hay tiempo que perder!

–De acuerdo, pero será su responsabilidad si...

La mujer fue rápidamente por delante de ellos por un estrecho pasillo pintado de verde. No se veía un alma. Las oficinas se sucedían.

–Tengo que hablar con mi jefe sobre esto –dijo ella.

–Hágalo –contestó Roger Høibakk–, pero antes llévenos a su despacho.

Señaló una puerta. Cato Isaksen tenía un nudo en el estómago y empezaba a dolerle la cabeza. Algo se movía en su subconsciente.

El GPS hacía de las suyas, y tuvo que dar unas cuantas vueltas hasta encontrar el sitio con ayuda de gente que pasaba por allí. La residencia estaba en un edificio alargado en el centro de la ciudad, atrapada entre dos grandes edificios de ladrillo y la iglesia. Aparcó y entró corriendo. Allí no había ninguna señora Thilius.

–No es aquí –dijo la enfermera bajita y rechoncha–. Mørkbygda está justo a la salida de la ciudad. A diez minutos –dijo indicándole el camino.

El pequeño despacho militar era estrecho y estaba saturado de cosas. La ventana daba directamente a la pared vertical que formaba la montaña. Montones de archivadores se alineaban en una estantería. La mujer uniformada seguía en la puerta.

–¿Tienes idea de dónde puede estar Bjone? –Cato Isaksen se volvió hacia ella.

–Sí, habló de una reunión de verano de la logia masónica. Creo que iban a condecorarle, o ascenderle o como sea que se diga eso. Bjone es especial, una vez me contó que hay una organización masónica mundial, una unidad secreta que se considera a sí misma un gobierno mundial. Pero parece que desean la paz para el planeta –señaló el montón de papeles que había sobre la mesa.

Cato Isaksen miró a Roger y supo que los dos estaban pensando lo mismo. Pero nadie sacrifica niños en Noruega hoy en día.

Sobre el escritorio había papeles y documentos en montones bien ordenados. Había una pequeña pila de e-mails impresos. Cato Isaksen los revolvió y cogió uno de los primeros.

f.s.k@com.no

En el caso de referencia el comando especial de la Defensa no ve que se haya cometido error alguno. Quedamos a la espera del informe especializado en el que se alude a los efectos psicológicos del servicio. Teniendo en cuenta todos los aspectos del caso, Defensa no se hace responsable de las secuelas al no haber sido documentadas en una fase más temprana...

Lo dejó caer y siguió revolviendo en el montón. Casi todo eran documentos de trabajo. Pero, de pronto, su mirada se fijó en una página de esquelas arrancada del periódico. Arriba del todo habían señalado un pequeño anuncio que decía:

La logia de Johannes

6661930

A7

La residencia de ancianos de Mørkbygda era un edificio de ladrillo blanco. La casa estaba rodeada de explanadas de césped, árboles centenarios y parterres con rosas. Detrás estaba el bosque. Los truenos volvieron a retumbar, más cerca y con un sonido más penetrante esta vez. Marian aparcó en una plaza libre. Se bajó deprisa del coche, dejó salir a Birka del asiento trasero, cogió una botella de agua y una bolsa de pienso del maletero, echó un poco en los dos comederos cromados de la perra y los puso en el suelo. Mientras la perra comía a toda prisa abrió la puerta del copiloto, cogió el cuaderno y lo abrió. Pasó las páginas adelante y atrás hasta que, repentinamente, sus ojos dieron con algo. Leyó con la boca abierta. El frío sacudía su cuerpo.

No fue culpa mía que los matara, se trata de otra cosa. El dolor que siento después me tranquiliza. Frank se enfada conmigo. Madre me entiende, pero no tiene ninguna posibilidad de ayudarme. Entiendo que no es normal. No sé cómo podré volver a sentirme libre alguna vez.

Marian marcó el número de la central de guardia y dio la espalda al edificio. La voz tranquilizadora contestó al momento. Marian explicó la situación deprisa.

–Sé que Isaksen os mantiene informados del caso Sebastian Glenne Hansen, pero estoy en Notodden y me llevé un cuaderno de notas de la casa de los Willmann, me gustaría que comprobarais si ha ocurrido algo relacionado con niños en el entorno de Birgit y Frank Willmann con anterioridad. Puede que haga mucho tiempo – Marian se acordó del sistema de archivo por el que se desvivía. Era precisamente en casos como este cuando toda la información debería estar disponible al momento–. Comprueba si han cambiado de nombre. Y avísame en cuanto sepas algo –Marian lanzó los comederos al interior del maletero, bajó la puerta y azuzó al perro de vuelta al interior del coche.

–La logia masónica está junto al Parlamento –dijo Cato Isaksen, y pasó a toda velocidad por delante de la garita de vigilancia.

–¿Es el edificio que está junto a la pastelería Halvorsen? –Roger Høibakk buscaba en su portátil.

–Sí –dijo Cato Isaksen–, el edificio de hormigón entre marrón y rojo con columnas –antes de que tuviera tiempo de responder del todo tenía a Marian al teléfono.

–En la libreta de Birgit Willmann se dice que ha matado a alguien, Cato. Ahora voy a entrar en la residencia en la que está su madre.

–Comprendido. Vamos de camino a la logia masónica. Te mantendré informada.

Cato Isaksen condujo deprisa en dirección al centro. Disponían de poco tiempo. Entonces, pincharon junto a un supermercado de gama barata que daba a la carretera. Cato Isaksen soltó un taco y frenó. Cuando comprendieron que tendrían que cambiar la rueda trasera derecha, Roger quiso llamar a la central, pero Cato Isaksen dijo que no.

–Tardaremos menos en cambiar la rueda. ¡Mierda! –exclamó y se puso manos a la obra. Diez minutos más tarde estaban en camino otra vez, pero se equivocaron de dirección en la primera rotonda. El ambiente estaba cargado y pronto estuvieron pegándose gritos. Roger apretó las mandíbulas hasta hacerlas crujir, luego empezó a leer en voz alta los estatutos de la hermandad de los masones.

–Son hombres talluditos procedentes de las clases altas. Con buen currículum y economía saneada. Se declaran cristianos. Aquí dice algo de la logia San Olav del Leopardo Blanco. ¡Dios mío, qué cursi! Si quieres mi opinión, el club de los chavales difíciles.

Tardaron otros veinte minutos en llegar a la calle Storting y girar frente al restaurante de la esquina. Los raíles del tranvía hacían temblar el coche. Cato Isaksen lo dejó medio subido a la acera y la sirena azul dando vueltas.

Bodil Margaretha Thilius estaba sentada en una butaca de terciopelo rojo oscuro. Marian se presentó y le pidió a la anciana que no se levantara. La miraba con los ojos entrecerrados y expresión desconfiada. Su rostro era ancho, como el de su hija, pero sus cejas estaban descoloridas y la piel era frágil y acartonada, surcada de finas arrugas.

La habitación estaba bellamente amueblada con sus pertenencias privadas, y de las paredes colgaban cuadros y fotos de familia. Reconoció la foto que ella llevaba en el coche. La niña fantasma y un chico, los dos sentados sobre un sofá rococó tapizado en seda. El chico llevaba una chaqueta de punto. La niña tendría unos tres años. La foto de boda también era la misma que había visto en la casa de Lambertseter: Frank y Birgit, un Frank Willmann algo desconocido y una joven de rasgos marcados.

La anciana siguió la dirección de su mirada.

–Iré al grano –dijo Marian–, estoy buscando a su hija. ¿Ha estado aquí hoy?

–Sí, ha pasado por aquí un momento hará aproximadamente una hora. ¿Por qué?

–¿Así que de verdad que ha estado aquí?

–Sí, pero no se quedó mucho rato –la voz de la mujer sonaba temblorosa y no se fijó en la libreta que Marian llevaba en la mano–. Vino en el autobús de las 18:30, pero se bajó una parada antes. Iba a pasar a ver a Ottar y su granja, en Myrbråten. Conoce a la gente de todas las granjas de la zona. Birgit debería haber vivido en el campo. Él la trajo aquí y esperó mientras me visitaba.

–¿Qué iba a hacer allí, en Myrbråten, y dónde está eso?

–A un par de kilómetros de aquí nada más –consultó su reloj de pulsera–, fue una visita corta.

–No puede haber estado aquí mucho rato. ¿Quería algo en especial?

–Seguro que ahora va en el autobús de vuelta.

Marian miró por la ventana hacia el aparcamiento.

–¿Qué impresión le ha dado?

La anciana estudió su rostro.

–Parecía estar... mejor de ánimo. ¿Me puede decir de qué se trata?

Marian sacó el móvil.

–Solo un momento –dijo saliendo de la habitación. Por el pasillo pasaba un hombre impulsando su silla de ruedas bajo la luz descarnada. Marian llamó al guardia con el que había hablado antes, les explicó rápidamente la situación y les pidió que fueran a Myrbråten para hablar con el tal Ottar y buscar al niño.

Subieron corriendo por la escalera de granito y Cato Isaksen abrió la pesada puerta de roble. Entraron a un pequeño descansillo separado del recibidor por dos pesadas puertas de grueso vidrio. En el hall esperaba un recepcionista, un hombre de cuarenta y tantos y el cabello peinado con fijador. Se medio incorporó al ver a los policías y puso sus grandes manos sobre el mostrador de madera.

Cato Isaksen y Roger Høibakk le mostraron sus placas.

–Somos de la policía –dijo Cato Isaksen–, estamos buscando a una persona.

–Urge –añadió Roger.

–No puedo... así sin más... –empezó el recepcionista. Su voz dejaba un eco en el amplio recibidor.

–¿Dónde es la reunión? –Cato Isaksen empezó a subir por la escalera de mármol y se encaminó a otra pesada puerta de roble. Se dio la vuelta–. Esa es la sala grande, ¿verdad?

–¡Un momento! –gritó el recepcionista. Pero Cato Isaksen puso la mano sobre el pomo de cobre. La puerta estaba abierta y entraron. Una decena de hombres trajeados que lucían órdenes y medallas estaban de pie junto a una mesa cubierta de terciopelo. El mantel era de color burdeos y sobre él descansaban libros abiertos y documentos antiguos. Los hombres se dieron la vuelta casi a la vez. Cato Isaksen se fijó en que dos o tres de ellos llevaban fajín y una banda les cruzaba el pecho. Por lo que pudo ver, Klaus Bjone no se encontraba allí.

Las ventanas estaban cubiertas por cortinas ligeras, y a través del grueso muro podía oírse el estruendo del tranvía que pasaba.

Cato y Roger cruzaron de prisa la habitación con aire de hall llevando tras ellos al

repcionista. Les salió al encuentro uno de los caballeros de fajín, un hombre alto con el rostro alargado y cansado.

–¿A qué se debe todo esto? Soy Harald Mørk. De momento solo hemos empezado a tomar el aperitivo. ¿A quién buscan ustedes?

–Tenemos que encontrar a Klaus Bjone –dijo Cato Isaksen con tono firme.

–Y tiene que ser ahora –añadió Roger.

–Bjone es uno de *nosotros*, pero no está aquí –respondió el hombre.

La frágil mujer se obligó a levantarse de la honda butaca y empezó a dar vueltas por la habitación en pequeños círculos.

–El dolor no es tan intenso cuando camino. Tengo 88 años. ¿Por qué me pregunta por mi hija?

–¿Llevaba Birgit a un niño con ella?

–¿Un niño? ¿Está usted loca? ¿Por qué iba Birgit a viajar con un niño? Solo llevaba una bolsa de deporte grande –abrió los brazos. De su mano huesuda colgaban unos anillos de diamantes. La voz se hizo más aguda, en alerta–. ¿De qué va *esto*?

–¿Cómo era de grande la bolsa?

La anciana la miró enfadada y le indicó el tamaño con sus manos delgadas.

–No me importa que no se quedara mucho rato. Ella ya sabe que a mí no me gusta –se incorporó.

–¿Qué es lo que no le gusta?

–Que vivan juntos –la señora Thilius emitió un chasquido decepcionado.

Recibió un mensaje. Era del servicio de guardia. Ningún niño había muerto ni fue asesinado en el entorno de Birgit o Frank Willmann. No habían cambiado de nombre, ninguno de ellos. *Pero la madre, Bodil Margaretha Willmann, había recuperado su apellido de soltera, que era Thilius.*

Volvieron precipitadamente al coche. Se habían reunido algunos curiosos, que los miraban.

–Hermano del Tercer Grado en la logia, vaya chorrada –dijo Roger tirándose al asiento del copiloto.

–Puedes conducir tú, Roger –Cato Isaksen tenía ardor de estómago. El ácido subía por su tráquea.

–¡No!, conduce tú, Cato. ¿Hermano de Tercer Grado no es lo mismo que Maestro?

–A mí no me preguntes. ¿Viste lo que llamaban aperitivo? ¿Era sangre o vino? Sí, en Fredrikstad, ¿no? Espero que sea verdad, ¡coño! Pero no en la logia del centro

de la ciudad. Una especie de finca en el campo. ¡Introduce la dirección en el GPS, Roger!

–Frank nunca me visita –la anciana contemplaba su habitación con aire cansado.

Bodil Margaretha Thilius cerró los ojos un instante, antes de volver a abrirlos y mirar de frente a Marian.

–No soporto llamarme igual que ellos. Es demoniaco. El diablo ama a las personas por cómo son y se regocija con sus instintos rebuscados, su poca vergüenza y falta de autocontrol. ¿Dónde está Dios en medio de todo esto? No digo que Dios haya muerto. Seguro que vive y está bien en algún lugar, pero es incapaz de ofrecernos la salvación. A Dios le da todo igual, y yo soy una madre fracasada.

Marian la observaba mientras se daba cuenta de la verdad.

–¿Así que esa foto de boda de la pared no es de ellos?

–Somos yo y mi difunto marido –dijo la anciana.

–Pensé que no se parecían tanto, pero creí que era por el tiempo que ha transcurrido.

–Ja –el sonido escapó de la boca de la anciana–. Frank y Birgit son hermanos. Tuvieron una infancia tranquila. En nuestra casa nadie se gritaba ni se insultaba. De niño, Frank fue nuestro favorito. Pero eso no quiere decir que tuviera permiso para... Frank no quiere verme, porque sabe que yo lo sé. Desde que ella hizo la confirmación.

Marian miraba fijamente la foto de la confirmación de Birgit Willmann. Madre, padre, hijo e hija posando en el jardín, delante de la terraza con la barandilla de madera tallada. Birgit parecía frágil y helada en su vestido blanco. Frank, con un traje que le estaba grande, miraba más allá de la cámara.

La niña fantasma con lazo era Birgit y el chico de la rebeca de punto era Frank. Las fotos no eran el recuerdo de dos niños, sino de dos adultos.

A una velocidad media de casi 100 km por hora, Cato Isaksen y Roger Høibakk entraron a toda velocidad en la E-6 y salieron de Oslo. Iban camino de Fredrikstad.

–Este es el caso más enfermizo que me ha tocado –dijo Cato Isaksen concentrándose para no embestir al coche que llevaba delante. Puso el intermitente y se colocó en el carril de la izquierda–. Cuando la prensa se entere de esto, el asunto va a estallar. Pero no hay nada que tenga lógica alguna. En realidad, ¿qué tiene Bjone que ver con todo esto? Es como si su ego se hubiera incrustado en la corteza de su cerebro. Los niños son seres indefensos.

Roger Høibakk se agarró al salpicadero cuando Cato Isaksen aceleró aún más.

–Una madre ha sido asesinada, un niño secuestrado, ¡masones! Nunca me han gustado, es como si se apoyaran en antiguas y oscuras tradiciones de los templarios. Bjone iba a ser elevado, ¿qué coño quiere decir eso?

Marian se lanzó al coche y salió marcha atrás del aparcamiento a tal velocidad que la perra se cayó sobre el asiento trasero. El corazón golpeaba su pecho como un martillo. Lo enfermizo de lo que acababa de conocer hizo subir una oleada de náuseas desde su estómago hasta su garganta. Miró un instante el reloj. Hacía media hora que el autobús había salido, así que si quería alcanzarlo tendría que sobrepasar con mucho los límites de velocidad permitidos. Su madre había dicho que Birgit llevaba con ella una gran bolsa de deporte. ¡Joder!

Volvió a colocar la sirena azul en el techo y apretó el acelerador a fondo. Sus manos temblaban. El guardia de la policía local llamó.

–En la granja de Ottar no hay ningún niño, y tampoco traía ninguno con ella. Ottar dice que la conoce bien y admite que se comportaba de una manera un poco extraña. Estaba exaltada y parecía una adolescente, lo dijo tal cual. Pero, lo dicho, ningún hallazgo positivo por el momento. ¿Nos necesitas para algo más?

Marian miró por el retrovisor. Adolescente no era precisamente la definición que se le venía a la cabeza cuando pensaba en Birgit Willmann, pero puede que fuera una definición precisa, a pesar de todo.

–Creo que me las arreglaré –dijo Marian–, viene una patrulla de Oslo a encontrarse conmigo. Aceleraré para alcanzar al autobús a la altura de Drammen. Gracias –marcó el número de Roger.

Cato Isaksen observaba fijamente el paisaje llano en el que los campos se sucedían como los cuadrados de una manta artesanal. Mientras Roger hablaba con

Marian, podía reproducir la voz impostada de Dan Glenne Andersen desde su registro interior: *Un hombre llamado Klaus Bjone es el asesino de Vivian Glenne.*

El coche se acercaba a Fredrikstad. Cato Isaksen acababa de dar aviso a la central de guardia de que lanzaran un mensaje de búsqueda a todos los niveles y pidió a Roger que repitiera lo que Marian había dicho. Roger le ofreció el móvil:

–Puedes oírlo tú mismo.

Cato Isaksen puso el intermitente para dejar la carretera principal e incorporarse a un camino de arena. Las ruedas se salieron un poco del camino. Tuvo que dar un volantazo para sacar el coche de la cuneta y dio unos cuantos botes y bandazos hasta que pudo enderezarlo.

–¿Qué pasa, Marian? –ella se lo contó muy brevemente–. ¡Santo Dios! –dijo él en voz alta–. ¿Qué quieres decir con que son hermanos?

–¡Joder! Vaya historia enfermiza –gritó Roger golpeándose el muslo con la mano.

Birgit Willmann iba detrás del todo. Alargó el cuello para observar al conductor allá al frente. El autobús bordeaba un campo de colza amarilla. Por unos instantes bajó la vista hacia su regazo, apretó con su dedo índice el cuello de la criatura adorable. Olía un poco mal. Ahora notaba el latido de la vida bajo la yema del dedo que presionaba contra su cuerpecillo. Los párpados cerrados vibraron ligeramente. Cerró a medias la bolsa de deporte. Era ella quien decidía sobre la existencia de un ser vivo, incluso cuando dormía. Una fina membrana separaba la vida de la muerte si ella lo quería así. Era *ella* quien decidía. Abrió y cerró los dedos, tenía las manos extrañamente calientes.

El conductor tocó el claxon por alguna razón, pero siguió su camino. Había leído sobre Houdini. Podía escapar de sus ropas sin abrir los botones, podía empequeñecer su cuerpo hasta casi caber en una cafetera. Cuando tenía clase de gimnasia en el colegio, se escondía en el escobero, junto a las pelotas de baloncesto, en un pequeño hueco tan estrecho que sus hombros entraban a presión. Pero ahora era una adulta. En los periódicos publicaban artículos sobre sexo constantemente. ¡Incluso en la portada! Los fines de semana eran difíciles. Porque no trabajaba y no podía ir a visitar a su madre. Frank no le daba permiso. Una vez intentó escapar. Pero se detuvo en el cruce, donde el camino del centro comercial iba hacia la derecha. Frank la forzó por primera vez cuando tenía 15 años, poco antes de que ella hiciera la confirmación. Desde el primer momento supo que su vida estaba sellada y que nunca tendría hijos. Todo encerraría su vida en un círculo perverso, un círculo perverso del que no veía ninguna posibilidad de salir. Él había transformado a Birgit en Birgit. La había convertido en *nadie*.

Súbitamente Marian vio el autobús a cierta distancia. Llevaba pintadas franjas rojas y azules en la parte trasera. Tenía que ser el servicio exprés. Se deslizó por el túnel y continuó por la llanura en dirección a Drammen. Apagó la luz azul. No tenía sentido asustar cuando todo podía desarrollarse pacíficamente. Recibió aviso de que el coche patrulla que había solicitado casi había llegado y acordó encontrarse con ellos en la estación de autobuses. El autobús se detuvo en una parada muy cercana a Drammen y se bajaron dos chavales, luego siguió pasando por delante de unos cuantos bloques y naves industriales. Marian veía a Birgit Willmann por la ventanilla trasera. No llevaba sombrero. Miró por el retrovisor, puso el intermitente, adelantó y se colocó delante del autobús. En ese momento recordó algo más, Henny Marie, de la escuela de jardinería, también tenía una madre anciana.

Birgit Willmann miraba hacia la delantera del autobús. Las filas de asientos más cercanas estaban vacías, pero más adelante había unas cuantas personas. Volvió a abrir la bolsa y se acercó el cuerpo flácido a la boca. Lo besó sintiendo su calidez templada y los finos pelos contra los labios. Su mano rechoncha subía y bajaba como un pincel, desde la nuca, bajando por la espalda y volviendo a subir. Debería odiar su destino, pero también se trataba de todos los días que llegaban y pasaban, año tras año, camisas limpias, máquina de planchar y el olor del vapor. Y también eran las mañanas tomando café en la mesa del jardín. El otro día había estado mirando sus muñecas de papel, las muñecas que había pegado a un cartón y recortado hasta dejar los bordes lisos y perfectos. Su infancia estaba en ese fino papel.

El autobús llegó a la terminal y dejó escapar la carbonilla con un fuerte suspiro. La gente hacía cola para bajar. Miró por la ventana y vio con gran aprensión que la mujer policía de pelo corto pasaba por el lateral del autobús, allá abajo. Ahora levantaba la vista y la observaba. Su corazón latía y latía. Había llegado la hora. Se había acabado.

El edificio de madera era de color amarillo mostaza con ornamentos blancos en torno a la estrecha terraza acristalada. El viento llegaba a rachas por el llano campo de trigo.

–No entiendo que pierdan el tiempo conmigo –Klaus Bjone vestía ropa corriente.

–Sabemos que eres miembro de una organización perteneciente a la logia

masónica mundial, una célula secreta que cree ser una especie de gobierno universal –dijo Cato Isaksen–. Hemos hecho algunas averiguaciones.

Klaus Bjone negó con la cabeza.

–Puedo prometerles una cosa, y es que mi abogado se ocupará de este asunto –miró a los policías–. Es una barbaridad. ¡Una locura! No tengo nada que ver con ningún aspecto del caso, pero es horrible. ¡Y que tuvieran la desfachatez de ir a casa a hablar con Eva! –juntó sus manos bronceadas–. No saben hasta qué punto se equivocan. Ese niño no puede ser hijo mío. Ya he hablado con Eva. Saldremos de esta, juntos. La pobre de mi mujer tiene sus propios problemas, bien serios como habéis podido ver sin mucho esfuerzo. Esos chicos que entraron en mi garaje tendrán que pagar por lo que hicieron. Es tu trabajo averiguar por qué lo hicieron, yo ya he tenido más que suficiente de esta historia. Si creéis que tengo a un niño aquí, os invito a pasar y hablar con mis amigos. Registrad el local. Por dios, ¡buscad! Y aquí está la llave de mi habitación. Por favor, entrad y revisad armarios y cajones. Registrad todo el hostel.

La mujer policía puso el pie a media altura de la escalerilla de la puerta trasera y le hizo una señal para que bajara del autobús. Birgit Willmann se levantó, salió de lado entre los asientos, sujetó las dos asas y levantó la bolsa de un tirón, descansó el peso de la bolsa sobre su cadera y maniobró para avanzar de lado. Luego, bajó despacio por la escalera y salió.

El estruendo del autobús que cerraba sus puertas y arrancaba resonó en la terminal. La gente se apresuraba en todas las direcciones. Los bancos y las paredes de cemento tenían formas suaves, casi borrosas. Marian observó la barandilla brillante que separaba los apeaderos.

–He estado hablando con tu madre –dijo.

Birgit Willmann apretó los labios y contuvo el llanto.

–Entiendo...

Marian le sujetó el codo con la mano. La gran bolsa de deporte de color azul grisáceo estaba casi cerrada del todo.

–Deja la bolsa en aquel banco.

–No volveré a matar, no ocurrirá nunca más.

Pensó que Frank tenía que ser el asesino, el que había matado a Vivian. Seguro que era eso lo que iba a contarle. Sería libre.

–El niño –dijo Marian Dahle.

Birgit Willmann apretó la bolsa contra su cuerpo. A pesar de todo, Frank siempre la había protegido; de la vida, sí, pero también de las derrotas que habría sufrido si su vida hubiera sido normal. Habían llegado a un punto en el que la distancia física no significaba nada.

–Lo siento, no he sido capaz de mantener al resto con vida –susurró. Un movimiento recorrió la bolsa, débil, como un ala pequeña que subiera y bajara.

–Ponla sobre el banco –Marian alargó la mano e intentó quitarle la bolsa. Un nuevo movimiento de vida recorrió la tela basta y azul.

–Sé que tú has cogido a Sebastian, que le recogiste en la guardería hacia las 16:00.

Tiró de la bolsa. Quedó medio caída sobre el asfalto. Abrió la cremallera de un tirón y bajó la mirada hacia la criatura viva que respiraba y temblaba alternativamente y la observaba con ojos brillantes.

–¡Mierda! –Marian gritó tan alto que la gente se agolpó a su alrededor, y el conejo que estaba en la caja alargada en el interior de la bolsa saltó de un lado a otro. Olía como en un zoológico, un olor de circo, a heno y cacas.

Detrás de ellas había un muro de piedra. Birgit Willmann echó el brazo hacia atrás y empezó a arrancar la hierba amarilla que brotaba de la tierra escasa. Se hirió la mano con el borde.

–*Tengo* mi propia voluntad –dijo–, y aunque los otros murieran, eso no quiere decir que esta vez tenga que pasar lo mismo. A este no lo voy a matar.

–¿De qué estás hablando?

–Los he matado, los he estrangulado o los he soltado frente al bosque para que los perros de los corredores los persiguieran. Pero otros se han escapado solos, así que no todo ha sido culpa mía.

El coche patrulla frenó frente a ellas.

–¡Me cago en la leche! ¡Estás como una puta cabra! –en ese mismo momento recibió un mensaje de Cato Isaksen. Marian miraba a los dos policías que se aproximaban. Todo se volvió borroso. Aguzó la mirada, se dejó caer sobre el banco y puso la cabeza entre las manos. Marian recordó las conejeras vacías que se apilaban unas sobre otras detrás del cobertizo del jardín de los Willmann. Junto al seto de rosas silvestres, debajo de los jazmines. Ahora las veía claramente, pronto las rosas se convertirían en duros frutos verdes que enrojecerían, se ablandarían, antes de oscurecerse y pudrirse en el interior del seto.

–¿Cómo van las cosas por aquí? –los policías de uniforme se habían bajado del coche.

–Ella no tiene al niño –dijo Marian–, yo misma informaré a Cato Isaksen.

Los policías asintieron con un gesto.

–Ha sido mi *forma* de soportar las cosas –susurró Birgit Willmann–. ¿Va uno a la cárcel por cosas así? Frank dice que sí, que iremos a la cárcel los dos –susurró.

A la luz de las franjas de color rojo sangre que cruzaban el cielo, el pequeño pez parecía un diamante que brillara. Nadó hacia abajo, hacia el fondo. Colin se agachó y cogió una piedra.

–Llevaremos una piedra cada uno a la pila de piedras.

–Pero ¿aquí hay túmulos conmemorativos? –Frank miró a su alrededor–. Esto es todo llano. ¿No vamos a buscar a tu perro? –aún no había sido capaz de plantearle a Colin su angustia por que dijera algo a la policía. Le costaba volver a formularlo con palabras. No le había preocupado especialmente vivir su vida en suspenso. Podía coger las llaves y encerrarse en el cobertizo siempre que quería. Las cosas sencillamente eran así, pero ahora todo había vuelto.

Marian levantó el móvil e hizo una foto de Birgit que envió a Live Sørheim. Era evidente que estaba a la espera, porque respondió inmediatamente. *No, tampoco fue ella.*

Marian se metió el teléfono en el bolsillo de la cazadora de cuero y miró a Birgit Willmann.

–Crees que ha sido él, ¿verdad? Que ha sido Frank.

–Todo sucedió después de que le contara a Vivian el secreto en la trastienda. Me dijo que le excitaba sexualmente hacer algo ilegal. No sé si entendió lo que yo le conté a *ella*.

Marian tragó saliva.

–¿Qué quieres decir?

–Dije que éramos como hermanos, que Frank y yo *éramos como hermanos*. Pero Frank se dio cuenta, me puede leer como un libro abierto.

–Dijiste que, la noche en que mataron a Vivian, Frank no salió de casa.

–No hay mucha distancia del cobertizo a la entrada del bosque. Si es Frank quien la ha matado la culpa es mía, por contarle después de tantos años. Por eso ocurrió...

–No, nada es culpa tuya.

–Pero es que hay algo más, ¿entiendes? Ahora quiero ser honesta.

–¿Qué?

–Dan y su amigo pasaron por la tintorería al día siguiente de que encontraran muerta a Vivian. Dijeron que buscaban un nombre. Dan me pidió que no lo contara.

–Klaus Bjone –dijo Marian–, lo *sabemos*. Los chicos intentaron echarle la culpa plantando pruebas en su coche. Será mejor que la llevéis a casa –dijo mirando a los agentes.

Uno de ellos dirigió a Birgit Willmann hacia el coche patrulla. Agarraba con fuerza la bolsa de deporte, se dio la vuelta, miró a Marian y dijo:

–Este conejo no va a morir. Es el inicio de algo.

Marian dio un par de leves golpes en el techo del coche y se quedó mirando cómo salía despacio de la zona.

–El perro ya se ha ido por ahí varios días en otras ocasiones. Dejemos que corra –dijo Arne Colin Andersen–. También en la llanura el punto más alto es el más alto. Siempre dejo allí una piedra al pasar. Antiguamente se hacía en memoria de los muertos. Era el punto en que uno estaba más cerca de ellos. ¿Ponemos una piedra por Vivian?

Frank Willmann asintió, se agachó y cogió una. ¿Qué otra cosa podía decir? Pero notaba que esto le estaba sobrepasando.

–Me lo ha contado la madre de Henny Marie –dijo Arne Colin Andersen–, ha vivido en esta zona pantanosa, en una de las cabañas pequeñas. Henny Marie nació aquí. Su padre era el encargado de las presas. Antes había más. Era una especie de guardabosques, por decirlo de alguna manera. A la vieja le encanta esta zona, pero todos los veranos va a Oslo una vez. Supongo que ahora mismo estará dando vueltas por el centro, viendo el Palacio, el Congreso de los Diputados y la sede del Gobierno. Tomará café en la pastelería de Halvorsen. Se supone que es el mejor sitio. Líbrame de eso, ya no tengo ninguna gana de ir a la gran ciudad –bajó la vista hacia la piedra plana de granito que tenía entre las manos.

Marian se dejó caer en el interior del coche y apoyó la cabeza en el respaldo. Abrió el mensaje de Cato. *Bjone probablemente esté libre de sospecha. ¿Qué ocurre en tu zona?* Se pasó la mano por la cara con gesto cansado e imaginó a Birgit. Era como si todavía fuera una adolescente. Era la jugada maestra de Frank Willmann, la gente creía que quería ser *así*, y nadie sentía deseos de conocerla más en profundidad. No tenía amigas, nadie a quien confiarse en un momento de debilidad. Nadie, salvo Vivian Glenne. Birka se levantó en el asiento trasero, puso la cabeza sobre el reposacabezas y resolló su aliento cálido y maloliente sobre su cara.

–¡Por Dios, Birka! Tenemos que ir a la escuela de jardinería. Allí podrás correr un poco más.

Cato Isaksen contestó al móvil en cuanto vio la llamada de Marian.

–Tampoco es *ella*, Cato. No es Birgit tampoco. Otro fallo. Todo son callejones

sin salida. Estoy cruzando el puente de Drammen. Pasaré por la escuela de jardinería. El coche patrulla lleva a Birgit Willmann a casa. Es una larga historia, no voy a contarte todo ahora, es demasiado intenso, pero Birgit Willmann lleva años matando conejos. Esa loca liberaba parte de su dolor asesinando seres vivos. Una forma de autolesionarse. ¡Me hace vomitar!

–Es enfermizo, Marian. Una patrulla recogió a Live Søreide y la llevó a ver a Eva Bjone. La cuidadora dice que no es ella. ¡Vaya lío de mierda! Ahora tendremos que poner a Sebastian en búsqueda en todos los canales. Tendremos refuerzos. Roger y yo vamos camino de la comisaría para reunirnos con los nuevos investigadores y coordinarnos con ellos. La comisaria interrumpe sus vacaciones en España y estará de vuelta mañana. ¿Quién demonios se ha llevado a ese niño?

–Arne Colin Andersen –dijo Marian–. ¿Te acuerdas de la madre de Henny Marie?

–No vayas allí sola –dijo Cato Isaksen–. Da aviso a Drammen, ¡que vaya alguien contigo!

Ella echó una mirada rápida al reloj, ya eran las 22:15. Pronto empezaría a oscurecer.

Pasó junto al granero y la casa marrón y aparcó en el camino para tractores que llevaba al campo, muy cerca de los invernaderos. Las puertas estaban abiertas de par en par. Salió despacio, abrió la puerta trasera y dejó salir a Birka. La perra olisqueaba por el suelo satisfecha.

Marian cerró de un portazo y entró en el invernadero más cercano. Birka caminaba tras ella. En el interior hacía un calor pegajoso. El olor dulzón del abono y la tierra la envolvió. Los capullos de las rosas se agolpaban entre el denso verde que cubría los bancos. Gotas de agua brillantes colgaban de las espinas de los tallos marrón verdosos. Pensó que se habrían acabado de abrir en el plazo de una semana, más o menos. Algo daba vueltas en el fondo de su conciencia. El invernadero, a la entrada del bosque, cerca de la zona de los juegos infantiles. Unos grillos emitían un sonido bajo y continuo. Un ruido constante que se pegaba a sus pensamientos. De pronto vio a Henny Marie. Llevaba una camiseta interior y vaqueros y estaba de espaldas a ella regando con una delgada manguera.

Marian se acercó a ella caminando despacio. Henny Marie se giró bruscamente. Marian vio que tenía el cabello mojado.

–¿Y tu madre? –preguntó Marian poniendo los brazos en jarras–. ¿Dónde está tu madre?

–¿Mi madre? ¿Por qué me preguntas eso? No está aquí –dejó la manguera. A través de las paredes de denso plástico se intuían los altos abetos.

–¡Te pregunto que dónde está!

Henny Marie la miró con tristeza.

–Se fue a Oslo esta mañana, a casa de una amiga.

Marian sintió que la angustia se anudaba en su pecho. Sobre un banco torcido había una loción antiparasitaria. Cogió el móvil mientras lanzaba miradas hacia la entrada.

–¿Por qué fue a la ciudad?

–¿Por qué? No creo que esté prohibido que una anciana vaya a ver a una amiga. Mi madre trabaja como una mula aquí todo el año. Se ocupa de las comidas y ya tiene casi 70 años. Cuando no es época de vacaciones somos entre doce y quince personas aquí.

–A Sebastian lo recogió una anciana esta tarde en la guardería. No ha vuelto. ¿Cómo se llama la amiga de tu madre y dónde vive?

Henny Marie la miraba con la boca abierta.

–Se llama Sigrid Manning y vive en Skøyen.

–¿Y tu madre se apellida Aas?

–Sí, Vigdis Aas.

Marian oyó un ruido y se dio la vuelta deprisa. A través de la pared del invernadero vio una sombra que enseguida se dividió en dos y se deshizo.

–Arne Colin Andersen está en búsqueda, ¡lo sabes!

–Está en el interior del pantano con Frank Willmann. La presa puede ceder.

La imagen de las gotas de agua colgando de las espinas de los tallos aún estaba en su pupila cuando Marian empezó a correr. Birka salió corriendo delante de ella con las orejas erguidas y todos los sentidos alerta. Frente a la puerta apareció de pronto el perro negro. Se puso a ladrar en cuanto vio a Birka.

Henny Marie salió detrás de ella con una tijera de podar en la mano. Marian sintió un escalofrío y fue corriendo hacia el coche, se sentó, cerró la puerta y marcó el número de Cato Isaksen. Él contestó el móvil al momento.

–Cato, la madre de Henny Marie está en Oslo –le facilitó el dato de los nombres y la dirección.

–Iremos inmediatamente –ella oyó el ruido de sillas que se arrastraban por el suelo al apartarlas de la mesa.

–Y se me olvidó contarte que Birgit me dijo que Frank no estuvo viendo la televisión todo el rato a la hora en que mataron a Vivian. Puede que sea él, Cato. Puede que sean los dos. Están en el pantano. ¿Qué hago? –Birka caminaba con las patas muy tiesas y la miraba.

–¿Estás en peligro?

–No, no realmente. Dentro de poco llegarán dos de Drammen, están en camino.

Henny Marie había desaparecido. Era patético. En realidad no había sucedido nada.

–Es que esto me sobrepasa, Cato –levantó la mano y se mordió el pulgar–. ¿Puede que Frank matara a Vivian por el secreto de que eran hermanos?

–¿Es eso motivo suficiente para matar a alguien?

–Imagínate la situación. Si la gente lo supiera, no podrían seguir viviendo en el mismo sitio. Toda la vida de Frank... la de ellos...

–Sí, tienes razón –dijo Cato Isaksen–, vente en cuanto puedas, pero comprueba la casa antes de irte, ya que estás ahí. Pide al personal de Drammen que vuelvan a adentrarse en el bosque.

Marian vio cómo Birka se iba corriendo detrás del perro negro hacia el interior del bosque. Sentía que la angustia quemaba su cuerpo. Salió del coche y llamó a Birka, pero la perra no volvió y ella fue corriendo hacia el invernadero de nuevo. Henny Marie ya no estaba allí. La manguera estaba tirada en el suelo y dejaba escapar el agua. Fue corriendo hacia a la casa. La puerta estaba abierta y entró deprisa en el recibidor. Yngvil fue hacia ella. Marian le gritó que se apartara.

–Voy a registrar la casa –dijo, y empezó a correr de cuarto en cuarto. Sus nervios estaban en alerta. Volvió a pensar en Sebastian y en el miedo que daba ser una persona. En realidad solo le importaba a un pequeño círculo compuesto por los más allegados. No había nada en las habitaciones de la gran casa. Pero entonces subió corriendo la estrecha escalera que daba al desván.

Apretó el interruptor que estaba junto a la puerta, desde fuera llegaba el sonido de las golondrinas. Pájaros que piaban en todas las direcciones. Una bombilla

colgaba del techo. El gemido de las bisagras de la puerta aún resonaba por el desván. El olor a moho la envolvió. Las tablas del suelo gemían. Había algo detrás de un gran montón de ropa. Lo sabía, mientras se acercaba silenciosa, sabía que iba a encontrar algo. Al fondo había apiladas un montón de ventanas. Anticuadas, de invernadero. Varias estaban rotas y el vidrio en polvo se extendía por el suelo. Acercó la linterna y vio una manta extendida, como un lecho. Al fondo del todo, donde se encontraban el techo y el suelo, había unas botellas vacías. Un oso de peluche marrón la miraba fijamente con sus ojos de cristal. La bombilla se reflejaba en los dos.

Se dejó caer por la escalera a toda velocidad. Henny Marie e Yngvil la miraban interrogantes.

–¿Quién ha estado escondido en el desván? –no esperó una respuesta, se limitó a marcar el número de Cato Isaksen y le contó lo que había encontrado–. ¡Alguien ha debido de tener a Sebastian allí arriba! ¡He encontrado una manta y un oso de peluche! Y un saco de arpillera vacío.

–¡Despliegue total! –gritó Cato Isaksen.

Henny Marie apareció de pronto delante de ella.

–¡Es el osito de Dan! –gritó enfadada–. ¡Es Colin quien se tumba allí cuando llega la angustia! ¿Qué te estás imaginando? ¡No es más que eso!

Marian se abrió paso por su lado y salió. Henny Marie le gritó algo, pero al principio no lo entendió.

–¡Espera un momento, Cato! ¡No cuelgues!

El coche patrulla de Drammen frenó de golpe frente a la escalera y se bajaron dos oficiales.

–Un peluche y una manta en el desván –gritó Marian sabiendo que Cato Isaksen oía cada palabra–. ¡Más refuerzos! –ordenó.

Los policías entraron corriendo en la casa. Marian volvió a acercarse el teléfono a la oreja. Miró hacia el bosque y sintió que una nueva angustia llegaba arrastrándose.

–¡Voy a esperar a los refuerzos, luego iré hacia el bosque, Cato!

Parecía que el bosque se había tragado a los dos perros. Marian corrió por el sendero, se detuvo, llamó y volvió a correr, se aclaró la voz y puso las manos a ambos lados de la boca como un altavoz.

–¡Birka! –gritó hasta que se le quebró la voz, su sonido detenido por una pared de abetos. Recordó el peluche del desván. Varios años atrás tuvieron un caso en el que una mujer se había ahogado en una bañera. Su bebé deambulaba con su peluche debajo del brazo. Se acordó de que el osito era azul claro y que la niña había chupado una oreja hasta dejarla mojada y aplastada.

Habían llegado más agentes de Drammen. Un par de ellos iba armado y se había introducido en el bosque por distintos senderos. Marian se había alejado de ellos y siguió corriendo sola. Habían avisado a Ellen Grue y a todos los técnicos. Comprobarían el desván. Birka nunca antes había desaparecido. Siguió corriendo al trote y verificó la hora. Eran las 22:45, y cuando volvió a mirarlo ya eran más de las once. Cada vez que sus zapatillas impactaban sobre el suelo del bosque se oía un pequeño estruendo hueco, como si hubiera una habitación secreta bajo el sendero pisoteado.

–¡Birka! –¿qué le habría pasado a Sebastian? Organizó los escenarios en su cabeza como si fueran las fichas de un dominó, pero nada cuadraba en ningún sentido. Podría ser que el sitio del desván tuviera algo que ver con el caso, pero Henny Marie parecía, en cierta manera, digna de confianza. Henny Marie quería a Colin y a Dan. ¿Pero qué pasaba con Sebastian?

La hojarasca era espesa. Leves rachas de viento movían las hojas haciendo que las gotas de agua cayeran en el sendero delante de ella. Clavó las rodillas en el caminito oscuro. Se dividía e iba en varias direcciones. Uno de ellos llevaba a la cabaña de Råvann. No reconocía el camino que habían seguido Dan y ella. Aquí, en alguna parte, estaban Frank Willmann y Arne Colin Andersen. ¿Por qué no la oían? ¿Dónde estaban los otros policías? ¿Había oído algo? Se detuvo un rato dejando que su corazón se tranquilizara, luego continuó caminando hasta llegar a un espacio abierto con abetos, agua, pozas y ciénagas. Se oía el rugido de un río. La noche de verano llegaba rodando entre los árboles. Se dio la vuelta y empezó a correr para regresar. Tal vez Birka estaba esperando junto al coche. Su desaliento pasó a ser esperanza. Estaba tan cansada que sus piernas apenas la sostenían, tenía hambre y sed. Se llamaba Ho Kwon, era un puño de tigre.

A las 23:45 estaba de vuelta en la escuela de jardinería. Los dos coches de policía aún estaban aparcados en la explanada junto al coche camuflado de Ellen Grue. Ella estaba junto al vehículo, guardando sus cosas. Marian fue hacia ella. Cato

Isaksen llamó en el mismo instante en que tuvo cobertura. Contestó. La casa estaba oscura. Las ventanas parecían ojos ciegos. Su voz le llegaba a través del teléfono.

–Marian, ¿dónde coño estás? Ellen dice que se vuelve. Dice que no hay rastro del niño.

Consiguió normalizar su respiración.

–Todo está bajo control, Cato. Hemos buscado, los otros siguen en ello, no hemos encontrado a Andersen, tampoco a Frank Willmann. ¿Había algo en esa dirección de Skøyen?

–Solo dos ancianas bebiendo vino. Hemos dejado personal allí, aún las están interrogando, pero no, no creo que tengan nada que ver con esto. Deja que la patrulla de Drammen siga allí y vente hacia aquí. Tienes que escribir un informe sobre Birgit Willmann, luego analizaremos todo en conjunto. Tendremos que seguir trabajando durante la noche. Hemos llamado a Randi y a Asle para que interrumpen sus vacaciones. Mañana estarán en su puesto.

–Ellen y yo nos vamos ahora mismo –dijo para terminar la conversación. Tendría que ir a la comisaría y volver allí más tarde. Se acercó a los dos policías uniformados que salían de la casa–. Si encontráis a mi perra, ocupaos de ella. Una bóxer casi negra con el morro y el pecho blancos.

Frente a la comisaría se alineaban periodistas y fotógrafos a la espera. Marian entró en el garaje y cogió el ascensor hasta la quinta planta. Una nota oscura vibraba en su frente. Sus zapatos embarrados dejaban marcas en el suelo. Ahora no debía provocar a Cato con su preocupación por la desaparición de la perra. Tenía razón cuando decía que no debería llevar a Birka al trabajo. Ya lo habían discutido muchas veces, y al día siguiente regresaba de vacaciones la comisaria Ingeborg Myklebust.

En el interior del edificio el ambiente estaba acelerado. El equipo se había reunido en la sala de juntas contigua al despacho en esquina de Cato Isaksen. Ya eran diez. La gente se afanaba de un lado para otro. Había fotos de Sebastian y Vivian extendidas por la mesa. La reunión llegaba a su fin. Cato Isaksen acababa de hacer unas declaraciones a los medios y estaba en permanente contacto con Drammen.

Ellen Grue se pasó exhausta la mano por la frente.

–Esa manta y el osito del desván, no sé qué pensar. Henny Marie Aas insiste en que no tiene nada que ver con el caso Sebastian. No podemos creernos eso. Los tengo aquí, tanto la manta como el saco de arpillera. Arriba no había otros indicios visibles, solo unas botellas de licor vacías y un oso de peluche viejo. Puede que sea el nido de Arne Colin Andersen, como dice su novia.

–Lo de Birgit y Frank es completamente enfermizo –dijo Roger contestando al

teléfono.

–He intuido que había algo que no cuadraba en ellos desde el principio –dijo Marian mirándole.

–Quiero el resultado del análisis de ADN ya, Ellen, ¡joder! –Cato Isaksen la observaba–. ¿Quién es el padre de Sebastian? No podemos esperar más, ¡demonios! –Ellen Grue asintió con un gesto y salió del despacho.

Cato Isaksen dio instrucciones a todo el mundo y luego miró a Marian.

–¡Esto es una mierda! La Policía Judicial ha dado orden de búsqueda para Sebastian a nivel nacional. Todas las instancias están alerta y se han cerrado las fronteras. Además voy a mandar a cinco hombres a Finnemarka ahora mismo. Acabo de estar en contacto con Roy Hansen y Rita Glenne. Han aceptado recibir más ayuda psicológica. Dan está con ellos. Tendrás que informar brevemente sobre Birgit Willmann, Marian, antes de escribir el informe.

–No hay nada más que contar, Cato, aparte de lo que ya sabes. Redactaré el informe mañana –dijo Marian sintiendo que las náuseas se movían por su cuerpo. Tenía que volver para buscar a Birka. Los rostros del resto de los investigadores parecían superficies blancas.

–¡Escribe el informe ahora! La comisaria llega mañana hacia el mediodía.

–Siempre con la maldita manía de los informes... Nos hace perder la concentración sobre el caso.

–No es tu misión particular solucionar los problemas del cuerpo, Marian. ¡Encontraremos a Sebastian Glenne Hansen! ¡Cumpliremos con nuestro trabajo! ¡Ponte a escribir!

Salió del despacho. La angustia vibraba como un alambre en su cuerpo. Recibió un mensaje de Juha. *Estoy vigilando la casa verde claro. Hay unos cuantos periodistas y algunos sanitarios, creo. Tienen encendidas todas las luces.* Ella respondió. *No hace falta, Juha. Vete a casa. Por aquí todo muy intenso.* Cato Isaksen le gritó algo. Ella tenía lágrimas en los ojos. Irmelin Quist venía hacia ella por el pasillo. La administrativa la miró pensativa.

–Voy a pedir algo de comer –dijo juntando las manos.

Cuando Marian regresó con el informe solo quedaban en el despacho Cato y Roger. Irmelin había calentado un par de mini pizzas en el microondas. Estaban blandas y ardiendo, pero sin gratinar. Sus compañeros pasaban deprisa por el pasillo. Algunos hablaban por el móvil, otros corrían.

–Aquí está el informe –lo tiró sobre la mesa.

Cato Isaksen la observaba. Sonó el móvil de Roger Høibakk. Contestó y salió al pasillo.

–El aire está lleno de malas vibraciones en todo lo que se refiere a este caso, Cato

–bajó la mirada hacia él–, cosas invisibles, vibraciones peligrosas y destructivas. No es seguro que Vivian Glenne entendiera lo que Birgit le dijo, porque utilizó la expresión *somos como hermanos* –Roger colgó y volvió a entrar–. Vivian estaba estresada porque había hablado de más sobre sus infidelidades. Roy no debía enterarse, y seguro que se arrepentía de habérselo dicho a Birgit, pero ¿qué podía significar?

Cato Isaksen se frotó intensamente la nuca.

–¿Pero por qué secuestrar a Sebastian? ¿Quién coño se ha llevado al niño? ¡No tiene ninguna lógica! ¡Nada cuadra!

–Arne Colin Andersen –dijo Marian–, debimos llevárnoslo el viernes. Las personas se enfrentan unas con otras como las fichas de un juego, como si esto fuera un entretenimiento. Roy es muy celoso, pero falta algo, un eslabón perdido.

Dan jugaba a *Warhammer*. Su cabeza estaba llena de sonidos, como si sus orejas se hubieran convertido en radares que captan todo tipo de frecuencias y señales. Recordaba lo mucho que había querido a su padre. Ya no podía ser así. Apretó el ratón y liquidó a alguien. ¿Por qué no volvía Jonas? En el móvil tenía varias llamadas perdidas de Henny Marie. Su padre también había intentado llamarle, un par de días antes, pero no tuvo fuerzas para contestar. En la planta de abajo el salón estaba lleno de gente. Algunos eran policías y otros de no sé qué hospital, y habían venido dos amigas de la tía Rita. Se acercó a la ventana y vio su propia imagen reflejada en el cristal, las cuencas de los ojos, la boca y los pómulos. La luna blanca como el papel casi llena mostraba las cicatrices grises de sus mares. Bajó la vista hacia la acera rematada de sombras que caían desde los arbustos pegados a la cerca. El viejo seto de lilas extendía sus ramas como una red espesa y rígida. En la calle había algunos fotógrafos y algunas personas más. Las ventanas de Frank y Birgit estaban oscuras, no había nadie en la ventana de la cocina. Tampoco en el dormitorio de invitados. Las farolas lucían en la noche gris grafito. Polillas blancas daban vueltas a los globos blancos, pero la niebla llegaba rodando a girones calle abajo y pronto desaparecieron los insectos. Entonces vio que se encendía la luz de la cocina al otro lado de la calle y que Birgit se afanaba con algo en su interior. Podía ver retazos de su vestido, pero carecía de rostro y manos.

La ausencia. El silencio de la casa. Las habitaciones vacías. Todo estaba quieto. No se oía nada. Apretó al niño contra su cuerpo y oyó el sonido de sus propios pasos arrastrados. Se había recogido el pelo con una redecilla. Parecía que se transformaba en otra persona cuando llevaba puesta la redecilla. Antes se había inclinado sobre el niño y le había dicho ¡cucú-tras! ¡cucú-tras! y ¡hola chiquitín! Entonces se había despertado y no tenía que despertarse. Fue a la cocina meciéndole arriba y abajo. En el fregadero había macetas de azaleas y enredaderas. En una de las hojas había un gusano minúsculo.

–Carmesí, un gusano invisible que vuela en la noche –dijo en voz alta. Sobre la mesa había una revista. A través de la ventana veía una débil luz en la niebla, como si la farola estuviera envuelta en algodón. Esta zona no era peligrosa, pero el aire estaba lleno de leves sonidos. Respiraciones, canciones de los fantasmas y cosas que se abrían camino a través de la trampilla del techo. Las paredes se cerraban sobre todo lo que había en el interior. Iba de habitación en habitación. Se miró en el espejo hasta parecer agua y desintegrarse. A través del agua la luz se descomponía y los colores se hacían visibles. Pero si se movía un poco, había un punto, un pequeño cuadrado donde todo se perdía. Y en el interior de ese cuadrado podía reconocer el dolor. Parecía que surgía en su interior y producía aún más sufrimiento. Pero tenía al niño. Un sentimiento de omnipotencia. Poder apretar su mejilla contra su cabeza. Si se quedaba completamente quieta, notaba el pequeño corazón humano que latía. El sudor quemaba en sus axilas y olía a otra cosa. Un pequeño círculo de luz cubría el escritorio marrón e iluminaba la hoja blanca que había sacado de la basura para dejarla allí. Sobre ella estaba el jarrón azul. La vieja alacena estaba abierta y habían sacado muchas cosas de su interior. Había encontrado una concha que parecía un cráneo pequeño.

Este año el verano no llegaba. Pronto sucedería algo terrible. No estaba bien. El niño se había callado. Lo tumbó de espaldas sobre una manta en una butaca. Parecía apático, pero respiraba. Si escuchaba, no oía nada. El dolor estaba prendido de su alma y nada la aliviaba. Pero esto ayudaba un poco. Cada persona era un experto en temas sensoriales. Eso había dicho alguien. Y todo se contraía, como una línea blanca que seguía su curso. Y olía a plátano, un poco de pringue se había pegado a la palma de su mano.

Era bueno caminar en la oscuridad. De aquí para allá, adelante y atrás, como si las habitaciones le dieran la bienvenida. Él había dicho que había que seguir un esquema que no fuera un esquema. Ahora él mismo estaba sometido a otro orden cronológico. Pero el tiempo escaseaba. No era fácil saber si eras el cazador o la pieza. Si mirabas en el espejo, la imagen se desbordaba hacia ti. Extraña, rota. Los

únicos que resultaban familiares eran sus ojos. Todo lo hacía por él. Nadie podría decir otra cosa.

Ya en el coche, camino de vuelta a Finnemarka, Marian seguía pensando en la expresión «eslabón perdido». Eran las 03:15. Ya era 21 de julio, estaba amaneciendo en gris, pero iba a ser un día lluvioso. Habían intentado hacer un análisis, ver si se trataba de uno o dos autores, pero fueran en el sentido que fueran se daban de cabeza con un muro. Se desvió en Tranby y continuó por Ringeriksveien. Pensó en la pequeña cabaña de la presa. ¿Había más lugares? ¿Otras cabañas o refugios? ¿Y qué pasaba con el pequeño invernadero del bosquecillo, detrás de la zona de los juegos infantiles? Los asesinos con frecuencia regresaban al lugar de los hechos. Un corzo cruzó la carretera. En las cunetas la hierba crecida caía en pesados arcos que se pegaban al asfalto. Subió por el margen del campo de manzanos, giró y aparcó. Los coches de policía ya no estaban. Se bajó, fue deprisa hacia la linde del bosque y miró hacia el interior oscuro.

A primerísima hora de la mañana siguiente Marian estaba en su coche, pálida, cubierta de un sudor frío, sorbiendo un batido en el aparcamiento de la comisaría. Apagó la radio del coche. No soportaba oír nada más sobre Sebastian Glenne Hansen. Había estado buscando a Birka hasta las 05:00 de la madrugada, pero la perra no había aparecido. Cuando salió del bosque, la puerta de la escuela de jardinería estaba cerrada. Al llegar a casa, se había bebido dos vasos grandes de whisky y se había dejado caer sobre la cama completamente vestida. Tenía los pantalones y el jersey llenos de barro y mierda. Y ahora el caso había estallado en la prensa. El montón de periódicos estaba sobre el asiento del copiloto. Había fotos del niño en todos los formatos posibles. SEBASTIAN GLENNE HANSEN, DE 10 MESES, ¡SECUESTRADO!, proclamaba la portada del *VG. Dagbladet* optaba por: ¡MADRE ASESINADA! ¡SU BEBÉ DESAPARECIDO! *Aftenposten* era, como siempre, algo más prudente, pero ellos también dedicaban su portada al secuestro. Había fotos de la casa de color verde claro, de Vivian Glenne con sus tres hijos y de Roy Hansen y Rita Glenne, que suplicaban al secuestrador que se entregara y a los lectores en general que estuvieran alerta y avisaran a la policía si veían algo. La noticia también era un runrún constante en todas las emisoras de radio. Coches policía, agentes uniformados y de paisano daban vueltas por el vecindario e informaban permanentemente al equipo, pero no había nada que arrojara luz sobre el caso.

En el aire de la comisaría reinaba la irritación. En el pasillo de la quinta planta se encontró con Cato Isaksen.

–¡Qué tarde vienes! Son más de las ocho. Ya estamos a jueves y debería irme de vacaciones mañana. Te podrías haber puesto unos zapatos limpios... –respiró por la boca–. No he ido a casa para nada. Roger está poniendo al día a Randi y a Asle. Nos llegan muchas pistas, no paran de entrar, pero, como sabes, la mayoría son intrascendentes.

Al final del pasillo se abrió la puerta del ascensor con un pitido. Cato y Marian se dieron la vuelta. Ellen Grue venía hacia ellos con una hoja de papel en la mano. Se detuvo.

–Llamé a su casa a uno de los empleados del Instituto de Salud Pública a medianoche para reclamarle los resultados de la prueba de ADN. Ha estado trabajando desde las 05:00 de la mañana. Tengo aquí la respuesta. Roy Hansen es el padre de Kenneth, pero no de Sebastian.

–Me pido no tener que decírselo a Roy Hansen –dijo Marian mientras seguía su camino por el pasillo. Se metió en el despacho que compartía con Randi y se dejó caer sobre su silla. La respuesta no era muy sorprendente. Pobre Roy Hansen. Marian intentó alejar la imagen de Birka. Había leído un informe sobre un caso

similar en Estados Unidos, donde se habían llevado a un niño de una guardería y luego lo habían recuperado sano y salvo. Randi entró en el despacho y revisaron rápidamente el caso.

–Ya veo que os habéis matado a trabajar –dijo Randi recogiendo su cabello rubio en una coleta.

Los investigadores estaban a tope intentado clasificar todos los datos que iban entrando. La comisaria Ingeborg Myklebust llegó sobre la una y, dos horas después, reunió al equipo en una de las salas. Ya eran doce personas. La mujer de 60 años estaba morena, llevaba el pelo arreglado y las uñas pintadas de rojo. Hacía ya casi 24 horas que faltaba Sebastian Glenne Hansen. Cuanto más tiempo pasaba, más se reducían las probabilidades de que apareciera con vida.

Cato Isaksen lideró la reunión. Repasaron el caso una y otra vez. Estaban esperando los resultados de las pruebas de ADN de Frank Willmann y Klaus Bjone; si uno de ellos coincidía con Sebastian, habrían avanzado algo, pero tampoco tenía por qué implicar nada. Marian se esforzaba a tope para parecer concentrada.

El día fue pasando entre nuevos encuentros con la prensa, reuniones del equipo en las que planificaban nuevas estrategias y recepción de informes de los coches patrulla. Se habían incorporado a la búsqueda Cruz Roja y Defensa, pero a causa de las vacaciones estaba disponible menos personal de lo habitual.

–Vuelvo a la escuela de jardinería –dijo Marian mirando a Cato.

–Completamente innecesario, Marian. Tenemos un montón de gente allí.

–Iré de todas formas –afirmó Marian con decisión, pensando en Birka. El miedo circulaba por sus venas. Cato Isaksen la miró enfadado.

–¿Cuándo aprenderás a escuchar lo que se te dice, Marian? Es culpa tuya que yo parezca agresivo a todas horas, me tienes hartado. El estrés me sale por la orejas.

Marian abrió la boca para replicar. Afortunadamente iban llegando avisos que obligaban a enviar efectivos a diferentes direcciones. Aprovechó la confusión para ir hacia el ascensor y apretar el botón. En ese mismo instante oyó que entraba un nuevo aviso. Oyó a Cato Isaksen gritar algo desde el fondo del pasillo y se dio la vuelta.

–La plantilla de Drammen ha cogido a Andersen y a Willmann junto a la presa. ¡Los tenemos!

Marian regresó. Debía esperar. Empezaron las carreras por los pasillos. El ambiente de la sección pasó de una desesperanza plomiza a ser positivo y optimista. Pero del niño no había ni rastro. ¿Podía haber otras cabañas hacia el interior del campo? ¿Un sótano oculto en la escuela de jardinería? Marian se esforzaba por soportar el dolor que oprimía su frente. En cuanto Andersen y Willmann llegaron a la comisaría, fueron conducidos a celdas individuales. Pidieron un experto en medicina legal y Cato Isaksen y Roger Høibakk querían bajar inmediatamente para empezar con ellos. En medio del caos que se organizó, Marian intentaba convencer a Cato de que tenía indicios de que Henny Marie quería hablar con ella. La gente se apresuraba de un lado a otro. La miró irritado.

–Marian, ahora debemos concentrarnos en estos dos. Arne Colin Andersen puede ser quien nos conduzca hasta Sebastian. Vivo o muerto –añadió con preocupación mirándola–, pero vale. Si crees que Henny Marie puede aportar algo al caso, vete Marian. ¡Lárgate ya!

Marian sentía la presión en la frente. Bajó en ascensor hasta el garaje y salió en dirección a Drammen. En su cabeza, el estrés daba vueltas formando un oscuro remolino. Ya eran las 19:00, y puso las noticias de la radio. La voz radiofónica llenó el coche, resumió la situación y no paró de hablar de Arne Colin Andersen y Sebastian, de quien aún no se sabía nada. Luego dieron un aviso de peligro de inundación. Marian apagó la radio. La imagen de Eva Bjone se fijó en su mente. Era *algo* que había leído en un informe, pero no recordaba qué era. Tanto Arne Colin Andersen como Frank Willmann le daban igual, pero la imagen de Sebastian la torturaba. Cuando aparcó frente a la escuela de jardinería eran cerca de las 19:30 y el cielo se había contraído hasta formar una superficie gris y pesada, como si fuera de hormigón. No quedaba ningún coche patrulla.

Henny Marie tenía las manos metidas en el fregadero y limpiaba las macetas con movimientos obsesivos. Cuando las flores se marchitaban, los pétalos se transformaban en un fino polvillo, y los tallos se quedaban rígidos y malolientes.

Sobre la mesa de la cocina estaba el viejo oso de peluche de Dan. Yngvil se había ido a Drammen. De pronto vio la furgoneta blanca que estaba aparcando y salió a la carrera. Marian Dahle no podía contarle nada nuevo sobre lo que le había ocurrido a Arne Colin. Comentó en un tono frío que estaba siendo interrogado. Luego le contó lo de la perra, que la bóxer había desaparecido.

Dan estaba en la ventana mirando hacia la cocina de Birgit. ¿Debía ir a verla? Tal vez prepararía cacao y descongelaría unos bollos caseros, como en los viejos tiempos. La policía había pillado a su padre. En el salón se oía el canal de noticias de la radio. Repetían lo mismo una y otra vez. Su padre estaba en la cárcel. ¡Habían cogido a su padre!

Abajo en el salón Roy y Rita mandaban callar a Kenneth. Dan había soñado con su madre un rato antes, porque por las noches no era capaz de dormir. Solo a ratos cortos. Por el día pasaba lo mismo. Su madre estaba en la acera con Sebastian en brazos. No le miraba, observaba algo detrás de él. Estaba pálida, su piel tenía un tono grisáceo. Tenía dos dimensiones, en blanco y negro, como una foto antigua, combada por el tiempo y mal enfocada. Había levantado la mano con un gesto apocado. Quería que él bajara, pero luego se dio la vuelta y cruzó la calle hacia la casa de Frank y Birgit. Llevaba puestos los altos tacones rojos y desapareció paulatinamente, como una huella oscura sobre el asfalto.

No había ningún periodista allí afuera. Todo estaba en silencio. Pensó en su padre, en Colin. Era como si su nombre se hubiera transformado en un insulto. Hacía exactamente una semana que su madre había muerto. Y más de un día de la desaparición de Sebastian. Al día siguiente sería viernes.

Marian abrió la puerta y se tambaleó por el salón sin descalzarse. Estaba helada, mojada y fría hasta el tuétano de los huesos. Juha estaba tumbado en el sofá. Tenía los ojos cerrados y la manta, que parecía un animal marrón, subida hasta la barbilla.

Se dejó caer sobre una silla de comedor cubierta con un plástico protector. A través del grueso plástico se veía la tapicería del asiento. Detrás de la puerta de cristal de la vitrina polvorienta vislumbraba la vajilla pintada con un motivo vegetal en azul cobalto. Le iría mejor a una mansión blanca, esto era una catacumba, un cementerio. Estaba congelada y sucia y llenó un vaso de vodka y se lo llevó a los labios.

–¡Marian! –Juha se incorporó–, ¿encontraste a Birka? ¿Habéis encontrado al niño?

–¡No! Necesito beber algo –temblaba.

Él se levantó tirando la manta. Estaba completamente vestido.

–He visto en la red que habéis cogido al tal Andersen. Son las doce y media de la noche, Marian. Esto es una locura. Estás empapada. Vete a la ducha.

Marian empezó a llorar. Juha también. Parecían dos críos llorando por un perro. Y ella sentía vergüenza. ¡Llorar por un perro extraviado cuando no encontraban al niño! Ese niño nebuloso cuyos rasgos ya casi no era capaz de recordar, que se iba difuminando y se borraba. Como si fuera aire.

La lluvia que mojaba sus labios sabía dulce. Era la 01:00 de la madrugada y había niebla. Se tapó la frente con la gorra de lana verde y bajó por las escaleras. Cuando alguien se pone una gorra cambia de personalidad y parece que es otro. Él deseaba ser otro, porque sin Jonas no era *nadie*. A lo lejos se oía el tráfico nocturno. Pero ¿por qué estaba iluminada la ventana de la cocina de Birgit?

Cruzó la calle. Se dio cuenta de que el asfalto de la entrada se estaba deshaciendo. Se colocó detrás de la cerca de alambre, sobre la acera, y se inclinó hacia delante para mirar hacia el interior. La parte inferior de la pared tenía manchas de barro de las salpicaduras de los coches que pasaban por la carretera. Siempre que pensaba en Birgit tenía esa sensación extraña en la base de la nuca. Entonces vio que apretaba algo vivo contra su cuerpo. Birgit estaba sentada en una silla de cocina y acercaba un conejo a su mejilla mientras le acariciaba la espalda. Él escuchaba sonidos que no deberían estar allí, un murmullo de voces en su cabeza del que no conseguía liberarse. Luego vio el resto de las cosas: sobre la encimera había un par de zapatos negros de tacón y sobre la mesa una jaula de conejos de madera. Se acordó de Frank: *ocúpate de tus asuntos y mantén el césped cuidado*. En septiembre rastrillaba las hojas hasta formar montones detrás de su casa y las quemaba. Cuando Dan era más pequeño, solía ayudarle. Y luego Birgit les daba bizcocho con ralladura de limón y bollos caseros. Ahora la policía había detenido a Frank otra vez. Saltó el murete y siguió su camino. Subió por la carretera y la cruzó.

Marian apuró el contenido del vaso, fue al baño, se quitó rápidamente la ropa mojada y se puso el albornoz. Fue a la cocina, cortó una gruesa rebanada de pan y relleno el vaso de vodka. Luego, salió al jardín. Se quedó bajo el tejadillo de la terraza oyendo caer la lluvia. Había imaginado este jardín durante el invierno: los arbustos de escaramujo con las ramas dentadas, el agua azul turquesa de la piscina..., deseando que llegara el verano y que Birka pudiera correr libremente, y que hiciera sol. Ya era verano. El césped estaba aplastado por tanta lluvia, el cielo negro, y Birka había desaparecido. Al instante siguiente tuvo una visión absurda de la perra colgando de una rama en el bosque, aplastada como una piel de tigre. Tragó lo que quedaba de vodka, notó el aire frío contra sus piernas y miró hacia el interior de la piscina. Todavía estaba ocupada por dos escaleras, botes de pintura, plásticos y una hormigonera.

No había nadie a la vista. Un viento bochornoso y húmedo recorría las calles

arrastrando hilos de lluvia. Las calles parecían microscópicas y las casas de juguete, llenas de muñecos. Este no era el mundo real. Todo estaba muy lejos. Sebastian solo era un puntito, una semilla que el viento arrastraba por el suelo. El pequeño Sebastian. Se echó a llorar, se arrepintió de las veces en que había estado de mal humor y enfadado. ¿Qué diría su madre si lo supiera? Su madre se había muerto y librado de todo. Sebastian estaba completamente solo. Dan también. Abrochó del todo su chubasquero y entró en la calle Konvall. Recorrió el asfalto empapado y se detuvo frente a la casa de Jonas. El ciclomotor no estaba, pero había luz en su ventana, se veía a través de las cortinas echadas. Por lo demás la casa estaba a oscuras, salvo una débil luminosidad en el salón, un pequeño círculo que provenía de la lámpara del escritorio de Axel Tømte.

Cato Isaksen se inclinó sobre la pantalla del ordenador. Era cerca de la 01:30. La lluvia golpeaba contra el cristal. Andersen y Willmann habían negado saber nada de nada relacionado con la desaparición de Sebastian. Estaban a buen recaudo en sus celdas, un grupo de Bergen había registrado toda la zona de Finnemarka sin hacer hallazgo alguno. Mañana continuarían con los interrogatorios. Un experto en medicina legal había reconocido a Andersen. La costra azulada que recorría su frente, junto al nacimiento del cabello, estaba a punto de caerse. Cato Isaksen aún no había recibido el informe sobre esa lesión, suponía que llegaría a lo largo de la mañana. Estaba en su despacho revisando todos los informes, resúmenes y datos del caso Glenne. Pasillo abajo estaban Roger, Asle y Randi trabajando en el mismo caso. Marian había ido a la escuela de jardinería para hablar con Henny Marie. Había recibido un sms informándole de que no había conseguido nada en especial. Estaría a punto de regresar. Tenía una intensa sensación de que había olvidado algo. Algo *completamente diferente*. Así sucedía con frecuencia: los pequeños, minúsculos detalles, los que eran tan simples que no llamaban la atención. Al levantarse dejó el móvil sobre la mesa y salió al pasillo para ir a la máquina de café.

Dan escuchaba el sonido de la lluvia que empapaba el abeto. El agua no dejaba de caer. El canalón debía de estar atascado porque oía bajar el agua por la pared. Marcaba el número de móvil de Jonas una y otra vez mientras observaba el lugar vacío donde solía aparcar su ciclomotor. Entonces oyó ese sonido. Otro ruido, que provenía de su interior. Un sonido inexistente, pero que aun así le taladraba la frente como si proviniera de una central energética de maldad. Llovía con mayor intensidad. Se acercó a la puerta principal. Cuando empujó el picaporte, se abrió. En el recibidor sin luz percibía el olor del oscuro panel de madera.

–¿Jonas? –llamó bajito, pero no obtuvo respuesta. Un leve crujido dejaba claro

que alguien caminaba silencioso por el piso de arriba.

El suave resplandor que llegaba de la planta superior teñía los escalones de un tono un poco más claro. Dan se echó hacia atrás y se quedó en la puerta, listo para salir corriendo, pero solo era la abuela de Jonas quien bajaba la escalera. Su rostro era delgado y la barbilla estrecha. Su piel era de un blanco lechoso y sus mejillas estaban surcadas por una red de venas. Llevaba el cabello recogido en una redecilla, pero entonces vio el mechón enredado que llevaba a un lado de la cara. Jonas le dijo que su abuela había empezado a desbarrar un par de años antes y ahora solo hacía tonterías. No podía quedarse sola en casa.

Cuando Juha entró en la habitación de Marian, ella estaba tumbada con los ojos cerrados. No sabía si estaba dormida, pero la tensión había desaparecido de su rostro. Parecía que no le había ocurrido nada. Y pensó en Birka. Si no la encontraban, le compraría otro perro. Un cachorro monísimo, tal vez un perro de presa.

Dan se levantó un poco la gorra de lana y miró hacia la pared forrada de madera. A la abuela de Jonas no le gustaba que la miraran de frente, se lo había explicado Jonas. Pero la miró de todas formas. Estaba en el último escalón, vestida con un abrigo beige.

–¿Está Jonas? –preguntó Dan.

La abuela tenía un engrudo pegajoso en la palma de la mano. Desprendía un olor insulso, como partículas de la grasa con la que se embadurnan los esquíes. Se dobló sobre sí misma, como si fuera un ser indefenso llegado del espacio, se dio la vuelta y empezó a subir la escalera de nuevo. Olía a plátano. Dan vio la espalda de su abrigo desaparecer de una forma enfermiza, como si su cuerpo se fragmentara en pedazos cada vez más pequeños cuanto más se alejaba.

–¿Dónde está Jonas? –gritó–. Su ciclomotor ha desaparecido, y no se lo iba a llevar a Hvaler.

Ella se detuvo, se dio la vuelta y le observó asustada.

–No está bien –dijo con tono monótono, y se pasó un dedo ganchudo bajo uno de los ojos.

–¿Está sola en casa?

–No está bien –levantó las manos como para protegerse, se giró y subió los últimos escalones. Dan corrió tras ella. Vio que en el salón habían abierto un armario grande y muchas cosas estaban esparcidas por el suelo. Solo estaba

encendida una pequeña lámpara redonda sobre el escritorio de Axel Tømte. Había una hoja impresa y, sobre ella, un jarrón azul—. ¡Vete! –gritó la abuela, y Dan se detuvo, se dio la vuelta y bajó las escaleras corriendo. Fue con prisa hacia la puerta de Jonas, puso la mano sobre el picaporte y la abrió con fuerza. La pantalla del ordenador desprendía una luz azul. El salvapantallas reflejaba una luz oscilante formando rayas. Entró en la habitación, se acercó al escritorio y apoyó las palmas de las manos sobre la superficie. Por el rabillo del ojo vio algo que no quería ver. Algo que estaba sobre la cama. Se escapó de su campo de visión. Cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. La visión le impactó como una lanza clavada en su estómago. Al instante siguiente intentó gritar, pero no consiguió articular sonido alguno.

Cato Isaksen oyó una nota musical a lo lejos. El sonido salía por la puerta del despacho, navegaba precariamente por el pasillo vacío y llegaba hasta la máquina del café donde estaba él. Al principio no se dio cuenta de lo que era, creyó que era el zumbido de su propia sangre, los latidos del pulso atravesando su cabeza. La luz blanca de neón penetraba en sus ojos. De repente se dio cuenta de que era su móvil, que sonaba.

Dan gritaba por el móvil, el llanto le escocía la garganta.

–¡La ropa de Sebastian! –respiró pesadamente y se llevó la mano a la cara, se tapó la boca con ella para hablar–. La ropa está sobre la cama de Jonas. ¡Tenéis que venir! ¡Jonas no está aquí! ¡Solo su abuela! ¡Tiene que ser la abuela de Jonas quien se ha llevado a Sebastian de la guardería!

–Vamos hacia allí –gritó el policía–. ¿Cuál es la dirección?

–Calle Konvall, 3 –gritó.

Un leve impacto en la planta de arriba lo hizo encogerse. ¿Habría más gente en la casa además de la abuela? Oyó que caía agua por unas tuberías en el interior de la pared. Las pequeñas prendas azul claro, un pantalón de franela y un jersey de un tono un poco más oscuro con franjas blancas estaban sobre la cama sin hacer en un montón desordenado. La ropa de Sebastian. No entendía la conexión, las piezas se iban encajando en su cerebro. La angustia le dejaba las mejillas y las orejas heladas.

De pronto apareció la abuela en medio de la habitación.

–¿Sabes lo que es el carmesí? –y se respondió a sí misma–. Un gusano invisible que vuela en la noche y aterriza sobre las hojas.

–¡Cállese! –dijo él, y fue hacia la cómoda para meter la mano detrás. La pistola Glock de Bjone aún estaba allí. Sintió algo de alivio. Cogió la pistola y se la metió en la cintura del pantalón, bajó el jersey y se tapó con la chaqueta. Debajo de la cama de Jonas estaba el petate de color verde militar de Bjone. Lo sacó. Estaba vacío.

–Seguramente será una tela, o un material de alguna clase –siguió desbarrando la abuela–. ¡Jonas! ¡Amorcito! –llamó.

El silencio que se hizo a continuación le provocó escalofríos. Parecía un perro de presa olisqueando por la casa vacía. Por la pantalla del ordenador navegaban imágenes en constante cambio, formando un bucle.

Jonas agarró con fuerza el manillar y pensó en ambos padres, el de Dan y el suyo propio. La mediana de la autopista estaba flanqueada por árboles de troncos raquíuticos. Había circulado sobre todo por carreteras secundarias. En algunos lugares el asfalto estaba resquebrajado. Pero ahora había vuelto a la autovía. Llevaba a Sebastian en la mochila portabebés. Había colocado al niño vestido de rosa pegado a su cuerpo, se puso un chubasquero y subió la cremallera hasta dejar al niño medio cubierto. Era la chaqueta que utilizaba para navegar. La chaqueta era demasiado fina, hacía frío e hilos de lluvia hacían que le escociera la cara. La ropa de la nieta de Bjone le había resultado útil. La ropa de niña estaba en el petate que había en el coche de Bjone. Lo había cogido por instinto, como si, inconscientemente, hubiera pensado que tenía que robar algo, cuando por fin habían conseguido colarse en el garaje. Todo el asunto era una locura, pero ¿qué no haría uno por su padre? Dan había intentado salvar a Colin. Jonas recordaba cómo el suyo le había dado dolorosísimos tirones de orejas cuando era pequeño. Le tenía miedo. *Te quedas sin paga, castigado sin salir, saca buenas notas, pórtarte mejor y pide perdón.* No quería seguir siendo el perro que come de la mano de su amo. No le gustaban los perros. Pasaban muy pocos perros por su lado. Estaba prohibido que los ciclomotores circularan por las autovías, pero el casco preservaba su identidad.

Cato Isaksen se saltó el semáforo en rojo a toda velocidad. En el retrovisor podía ver la luz desgarradora del resto de los coches patrulla que le seguían. Y seguro que detrás de ellos iba la prensa. El sonido de las sirenas se convirtió en una alarma en su cabeza. En el asiento del copiloto iba Roger informando de forma telegráfica a la comisaria.

–Sí, es un punto de inflexión. La central de alarmas está informada. Vamos hacia la casa. Te mantendremos informada.

Cato Isaksen dio un volantazo para colocar el coche en el carril izquierdo, y siguió en dirección a Ekeberg.

–Lo primero que vas a hacer cuando lleguemos, Roger, es hacer una foto a la abuela y enviársela a la empleada de la guardería.

Roger no decía ni una palabra, estaba como paralizado. No era propio de él, pero a Cato Isaksen le venía bien. Pensaba. Intentaba construir una secuencia imaginaria de los hechos, pero el caso era complejo y lioso y todo apuntaba en distintas direcciones. ¿Había asesinado Jonas Tømte a la madre de Dan? ¿Había secuestrado a Sebastian? ¿Era el padre de Sebastian?

Dan esperaba en la calle. Los coches de policía frenaron de golpe. Se convirtió en un escenario de luces azules y mucho ruido. Cato Isaksen salió disparado del coche y fue corriendo hacia él mientras los demás entraban en la casa. El investigador le agarró por los hombros.

–No veo la relación, Dan, ¿cuál es la relación?

–¡No lo sé! ¡Pero tenéis que dejar a mi padre en libertad!

–¿Dónde está Jonas Tømte?

–Jonas está en Hvaler. Pero su abuela está en casa y no puede quedarse sola en casa. La abuela tiene que haber ido a buscar a Sebastian a la guardería. Tiene Alzheimer. Jonas le tiene miedo a su padre. Jonas tiene muchas ganas de hacer algo de lo que su padre se pueda sentir orgulloso, pero no quiere estudiar Derecho. Jonas quiere diseñar juegos de ordenador y pescar.

Otro coche patrulla se detuvo detrás de los otros dos. Un policía se cuidaba de que la prensa se mantuviera alejada. Cato Isaksen entró corriendo en la casa.

Ojalá Jonas y toda su maldita familia se murieran. Jonas se había acercado a Dan cuando estaban en cuarto, desde su barrio pijo hasta la maldita casa verde claro. Se había ido a casa con él al tercer día de clase, un pequeño mago que se había llevado un poco de soledad y luego se había quedado. Pero su madre dijo que Jonas no quería estar con él, sino con *ella*. Sin Jonas, Dan no era *nadie*. La realidad no tenía sentido, todo era lo contrario de lo que estaban pensando. En su interior se había repetido una y otra vez que nada era cierto.

Marian dio un respingo cuando el móvil sonó agudo e incómodo a su lado. Incluso antes de despertar sentía como un zarpazo la certeza de que algo horrible había sucedido. Birka había desaparecido. Era Cato Isaksen.

–Ven inmediatamente, Marian. Hemos encontrado ropa de niño en casa de Jonas Tømte.

Se sentó de golpe.

–He tomado un par de copas de vino, Cato –se hizo un silencio.

–¡Vaya mierda! Cuando estamos en plena investigación de un caso, Marian. ¡Prepárate! Iré a buscarte.

–¡No, Cato! –Marian puso los pies en el suelo y descubrió que Juha estaba en la puerta, mirándola.

–¡Levántate! Voy a buscarte ibuprofeno y agua, te prepararé un café. Bébete el agua.

Se tomó el ibuprofeno y bebió lo que le daba.

–¡No voy a ser capaz de hacer esto, Juha!

Juha la miró enfadado y, antes de que pudiera reaccionar, le había dado un guantazo. Le pegó en la mejilla con la mano abierta. El dolor recorrió su cráneo, hasta la coronilla y de vuelta, hasta la garganta. En su interior veía la imagen de la perra, que corría sola por el bosque oscuro.

Cato Isaksen informó de la situación a la central de guardia mientras conducía en dirección a Solveien. Cinco minutos más tarde se detuvo frente a la cancela. Marian estaba en la puerta. La lluvia golpeaba contra el asfalto. Las solapas de su albornoz se habían entreabierto. Podía ver uno de sus pechos. Bajó la ventanilla.

–Marian, ¡vístete, joder! ¡Date prisa! –tres minutos más tarde estaba en el coche–. Hemos encontrado la ropa de Sebastian en casa de Jonas Tømte.

Cato Isaksen metió la marcha atrás frente al garaje, dio la vuelta y aceleró carretera abajo. Le explicó la situación de forma muy resumida.

–¿Se puede saber qué te pasa? Si no fuera por mí... –sentía la ira como una opresión sobre el pecho.

Ella no contestó. Bebió un poco de café y se puso el cinturón de seguridad. Se sentía furiosa.

–¡Deja de decir gilipolleces, Cato! ¡Como si me estuvieras haciendo un favor! –Cato Isaksen adelantó a unos cuantos coches que habían aparcado casi en medio de la calle.

–¿Qué crees que va a decir la comisaria? El ciclomotor de Jonas Tømte ha

desaparecido. Tenemos que... Dan está en la casa –frenó para tomar una curva–, la abuela de Jonas anda dando vueltas por ahí, es todo una locura.

Marian levantó las manos en un gesto conciliador.

–¡Voy a esforzarme! Pero el niño... tal vez esté muerto –dijo despacio, notando cómo le crecía la lengua en la boca.

Los coches patrulla estaban aparcados en fila en la calle. Dos fotógrafos apretaban el disparador sin parar. La luz de sus flashes brillaba en implacables fogonazos iluminando las gotas de lluvia que caían de lado por el aire y rebotaban contra el asfalto.

–¡Malditos periodistas! –gritó Cato Isaksen frenando de golpe en la entrada. Roger llegó corriendo. Cato Isaksen se bajó del coche a toda velocidad. Asle y Randi estaban en el recibidor. Marian salió cerrando la puerta del coche violentamente.

–Hemos encontrado algo más, jefe –dijo Roger Høibakk encendiendo la luz del recibidor–. Mira, un e-mail impreso no enviado y escrito la misma noche en que mataron a Vivian Glenne. Un par de horas o tres antes. Estaba arriba, en el salón, junto a un par de libros de texto, sobre un escritorio. A mí me da la impresión de que lo ha redactado un adulto. El agua caía por el canalón. Cato Isaksen se acercó la hoja de un tirón.

s.f@com.no

Bandeja de borradores

Jueves, 14 de julio 18:04

¡Besas como el mismo diablo! ¡Pero te detesto! Porque ahora sé que yo no era el único, éramos muchos. Estoy helado, como si me estuviera pudriendo por dentro. ¡Deseo que todo te salga mal!

He llorado por primera vez desde que era niño. Te quería para mí solo, para siempre. Ahora parece estúpido, pero yo deseaba que fuéramos tú y yo. Te reíste cuando te lo dije, pero yo pensaba que estaríamos juntos tanto tiempo que yo me encogería y me quedaría calvo, y tú tal vez enfermarías. He soñado con eso, porque así estarías atada a mí.

¿Por qué tengo que comer de tu mano como un perro que adora a su amo? Vas muy escotada y llevas zapatos de tacón, o botas altas, y te embadurnas de maquillaje. La diferencia de edad lo hacía aún más emocionante, pero, en realidad, no tengo mucho más que decir. Es evidente que para ti todo esto no significaba nada.

Recuerdo la primera vez. Empujaste el parque del niño hasta pegarlo a la pantalla de la televisión. Estábamos en diciembre. A día 5, para ser exactos. En la programación infantil emitían un nuevo episodio de «El calendario de Adviento». El número 5 brillaba cubierto de purpurina roja. Tu hijo estaba allí plantado, con el chupete puesto, mirando fijamente el televisor. Entonces nos fuimos corriendo al cobertizo. No había nieve, pero la hierba sin cortar estaba amarilla y cubierta de escarcha. El vaho escapaba de nuestras bocas, y el olor a madera mojada excitaba mi nariz. En una estantería desordenada había una manta de lana verde que extendiste por el suelo. Sobre mi polla deslizaste un aro de goma negro con pinchos. Todos los hombres sueñan con una mujer como tú.

Puedo ver cómo te mueves. Vista por detrás eres un poste, alta y delgada, con las piernas largas y estrechas caderas de chico. Pero, cuando te giras, aparecen tus pechos grandes y tu vientre un poco redondeado. No eres guapa, tus rasgos son demasiado bastos y tu nariz grande, pero eres sexy.

Me utilizaste. No he olvidado lo que me contaste de tu primer novio; dijiste que el sexo no era gran cosa, pero era secreto y estaba prohibido, y encendía en ti una llama que buscas constantemente para volver a prenderla. Las escenas histéricas que montaba tu madre, casi de opereta, le añadían emoción. Me lo explicaste exactamente así. Tu madre está muerta, y tú perteneces a un taxista. Creo que eres de primera clase, pero las cosas no salieron bien.

Cato Isaksen levantó la mirada.

–¡Joder! ¡Esto tiene que haberlo escrito Axel Tømte! ¡El padre de Jonas! Va a ser él, ¡mierda! Hablé un momento con él por teléfono en relación al interrogatorio de su hijo –Cato Isaksen miró a sus colegas–, un hombre alto y delgado con gafas de montura de acero. Estuvo en la ceremonia de Vivian Glenne. ¡Me cago en la leche! Hemos estado mirando en la dirección equivocada todo este tiempo. Ha habido demasiados frikis alrededor. ¿Y se puede saber en qué mierda de invernadero ha sucedido todo esto? ¿Han seducido a Axel Tømte en el cobertizo de Vivian Glenne? Podría ser cierto, dice que fue antes de Navidad y Sebastian tiene diez meses. El mensaje no ha sido enviado. Los técnicos han investigado todos sus correos, los que había borrado, también. El caso es que nunca recibió este.

Marian cogió aire. Tenía razón en eso de los frikis. Todo lo de Birgit y Frank Willmann había sido un elemento de distracción. Tenían algo oscuro que ocultar y eso les había desconcertado.

–Supongo que no envió el e-mail y, en lugar de eso, se encontró con ella cara a cara, a la entrada del bosque –dijo Cato Isaksen pensando en lo que antes le había dicho Dan. *Jonas tiene miedo de su padre, porque nunca podrá darle lo que quiere. Jonas quiere ser alguien de quien su padre se sienta orgulloso.*

Dan apareció de pronto, como si se hubiera materializado de la nada, aún con la gorra tapándole la frente.

–¿Qué habéis encontrado? –preguntó mientras sentía la pistola rozar la piel de su estómago.

Cato Isaksen le devolvió la hoja impresa a Roger.

–Nada, Dan –le ahorrarían al chico oír hablar de más aventuras de su madre, demonios–. Randi, ¿te ocupas de Dan? ¿Sabes dónde está la cabaña de la familia Tømte, Dan? ¿Has estado en Hvaler?

Dan negó con la cabeza.

–Roger, ponte en contacto con la central y pídeles que averigüen dónde está la cabaña de Tømte. Asle, coge el otro coche. Tres hombres en cada uno. Apagaremos las sirenas y las luces azules cuando nos estemos acercando. Que no reciban ninguna clase de preaviso.

–Comprendido –dijo Roger Høibakk haciendo un gesto a Randi–. Tendrás que solicitar otro coche y llevar a la abuela a Urgencias Psiquiátricas.

–Sal y métete en el asiento trasero de mi coche, Dan –dijo Cato Isaksen–, y ni una palabra a la prensa.

Los perros se deslizaban por la orilla del río en la húmeda oscuridad, jadeando uno detrás del otro con las narices pegadas al suelo y el pelaje mojado. Los olores eran intensos. Como si la esencia de la tierra se hubiera abierto camino a través de

la humedad, condimentada con el dulce aroma de la hierba y el musgo. El perro que iba delante olió algo en la hierba, un movimiento, y dirigió el morro hacia un animalillo que desapareció arrastrándose deprisa entre los rastrojos. El otro perro se quedó paralizado. Casi todo le era desconocido. Si sus sentidos ya estaban saciados, pronto volvería a la casilla de salida. Se dio la vuelta y miró hacia atrás. No venía nadie. Levantó las orejas y su boca se abrió dejando al descubierto sus afilados incisivos. Los perros se miraron y olfatearon el aire. Esperaron unos segundos. Interpretaron las señales que se estaban mandando. De nuevo el canto de un pájaro nocturno, agudo, partió el silencio en dos, como si fuera otra cosa. Los sentidos ordenaban las impresiones en orden cronológico, el ruido del arroyo, los golpes de las alas que se batían entre las copas de los abetos. Y el silencio que había detrás. ¡Y entonces llegó, repentino, ese sonido!

Jonas hacía zigzag entre los baches de la carretera. El ciclomotor se defendía bien, a pesar del barro y los boquetes. Tenía las manos heladas. La lata con la gasolina de reserva hacía ruido. La había atado detrás. A la izquierda había un campo de trigo. Desde la derecha le llegaba el amarillo intenso de la colza a través de la oscuridad grisácea y húmeda. Había comprobado el recorrido en internet, utilizando Google para ver cuál era la mejor manera de llegar a Finnemarka. Cuando Dan y él fueron a ver a Colin el año anterior, habían cogido el tren hasta Drammen y los habían recogido en la estación. Jonas había conseguido, finalmente, convencer a sus padres. Dejaron que se quedara solo en casa unos días porque había prometido cuidar de su abuela. A los padres les venía bien descansar de la abuela de vez en cuando, así que se marcharon justo antes de que él cogiera el autobús para ir a declarar a la comisaría.

Condujo por el breve tramo de carretera y lo poco que quedaba de recorrido junto a los manzanos. El aire movía su chubasquero. Un golpe de viento agitó los árboles que bordeaban la carretera. Parecía que hacía *mucho tiempo* de todo. Intentó grabarse en el cerebro que estaba en deuda con Dan. Si no fuera por lo ocurrido, Vivian estaría viva. Podía oír la voz de Dan en su interior: *Puede que solo vayan a comprobar a los pequeños. Supongo que tendrán que llevarlos a la comisaría y hacerles análisis de sangre y todo. Pienso negarme...*

En su imaginación había puesto en fila a varios asesinos, pero ahora habían cogido a Colin. Todo se enredaba en su mente.

Dan iba en el asiento trasero, mirando a los policías. Algunos vestían uniforme y otros no. El arma que llevaba metida en la cintura del pantalón le oprimía el estómago. La lluvia golpeaba el techo y resbalaba por el parabrisas. Cato Isaksen abrió la puerta.

–Marian y Randi se ocuparán de ti, Dan. Te llevarán a casa y luego seguirán hasta Ullevål con la abuela de Jonas. Yo voy a Hvaler –golpeó el techo del coche con la palma de la mano.

–Randi, ¡conduce tú!, es mi coche –gritó.

Marian llegó con la abuela del brazo.

–Será mejor que vengas conmigo.

Colocaron a la anciana en el asiento trasero, junto a Dan. Él percibió el olor a plátano. Los coches patrulla arrancaron y salieron en fila con los coches de la prensa a remolque. La mujer de uniforme, la que se llamaba Randi, arrancó el coche. Marian se acomodó en el asiento del copiloto.

La abuela de Jonas dijo:

–¿Sabes lo que es el carmesí? –ella misma se respondió–. Un gusano invisible que vuela en la noche y aterriza sobre las hojas.

Marian se giró.

–¿Dónde está Jonas?

–No está bien. En el bosque, con él mismo cuando era pequeño. Iba al bosque.

Cuando vio la escuela de jardinería como un esbozo gris a lo lejos en el paisaje oscuro, ya eran casi las 02:00. El edificio principal de color marrón parecía desolado y abandonado. Ningún perro ladraba en la perrera. Henny Marie, su hermana y su madre anciana estarían durmiendo. Jonas paró a cierta distancia, apagó el motor y fue empujando el ciclomotor a su lado. Las gotas de lluvia caían de su cabello. El niño se había callado en su arnés, como si se hubiera rendido. Su abuela le había hecho tragar un plátano y una taza de agua unas horas antes, y había usado una toalla de pañal. No soportaba pensar en lo que iba a hacer.

Marian quería volver a Finnemarka. No pensaba en otra cosa. Cato y los demás se habían ido. Se giró hacia el asiento trasero y vio que la abuela tenía la boca contraída en una fina línea.

–Creo que... deberíamos ir a Finnemarka, Randi –Marian se volvió hacia delante con un impulso y miró fijamente por el parabrisas. Los limpias trabajaban a tope–. Tengo una sensación muy intensa... en el bosque, con él mismo cuando era niño, eso ha dicho. Creo que en Hvaler no hay mucho bosque.

–Sí –dijo Randi–, hay bosque.

Dan contuvo la respiración.

–Jonas siempre hablaba de la gran roca plana, decía que quería volver al sitio en el que estuvimos acampados. Mi padre es completamente distinto del suyo. No quiero irme a casa, iré con vosotras a Finnemarka.

Jonas dejó al niño sobre la hierba mojada por la lluvia, con el saquito rodeando su pequeño cuerpo, y empujó el ciclomotor hasta el granero. Abrió la puerta grande y miró hacia el interior. Todo estaba igual que en el verano anterior, un montón de trastos y olor a moho. Presionó el interruptor de la luz. La luz de la bombilla del techo era blanca. El agua de lluvia entraba por un agujero del techo. La pesada puerta se cerró tras él. Un poco del serrín se pegó a las ruedas. Observó las afiladas herramientas que colgaban ordenadas en la pared, encima de una basta mesa de carpintero. Escondió el ciclomotor detrás de un montón de leña. Nadie buscaría en el granero. Olía a madera húmeda y a hierba. La lluvia pisoteaba el

techo como cientos de pies. Cuando Jonas era pequeño y su abuela *joven*, había pasado mucho tiempo con ella. Jonas creía que el árbol que tenía en su pequeño jardín estaba vivo. Ella lo decía y él solía apoyar la oreja en el tronco y escuchaba. Tenía un cortacésped pequeño y una manguera cubierta de musgo. Oía exactamente igual que allí. Había algo detrás de la puerta, metido en el rincón. Se acercó. Era una escopeta. La cogió y vio que la culata estaba cubierta de sangre seca. La abrió y comprobó que estaba cargada.

Randi condujo los pocos metros que quedaban de la calle Konvall y salió a la carretera principal.

Marian se encontraba mejor.

–Iremos a Finnemarka, Randi, pero antes tenemos que llevar a la señora del asiento de atrás a Ullevål.

Randi echó un vistazo rápido al retrovisor, puso el intermitente y adelantó al coche que los precedía.

–Pero Marian...

Marian cogió aire. Su voz se hizo más aguda.

–Birka está allí, Randi. Se me perdió ayer.

Dan miraba hacia la gasolinera Shell, abierta de noche. Observó sus manos sucias. El aceite se había depositado debajo de sus uñas y formaba estrías negras en las palmas de sus manos. En surcos como esos se podía predecir el futuro, saber cómo iba a ser la vida. El que va desde la muñeca bordeando la almohadilla del pulgar se llama línea de la vida.

Randi Johansen llevó del brazo a la abuela hasta la iluminada recepción del hospital. Marian no se movía.

–Jonas tiene un coeficiente intelectual de 140 –dijo Dan en tono sombrío desde el asiento trasero–, el cerebro de Jonas es muy especial. Va a ser diseñador de juegos para ordenador. Tiene montones de historias raras que se inventa, no te lo puedes imaginar.

–Sí, sí que puedo –contestó Marian–. ¿Conocía el padre de Jonas a tu madre?

–No. Al padre de Jonas no le gustaba mi madre. Nunca quería hablar con ella, se limitaba a darse paseos arriba y abajo por la acera cuando venía a recoger a Jonas.

–El padre de Jonas escribió que tu madre besaba como el mismo diablo.

Marian se dio la vuelta y se dio cuenta al instante de que se había equivocado diciendo eso. La luz de la entrada del hospital cruzaba como un franja la mitad de la cara de Dan.

–No –gritó mientras recordaba lo que el sacerdote había dicho en la ceremonia:

Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena.

Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo. Tenía que ser el diablo. Su madre era un diablo, todo era culpa suya. Las imágenes volvieron a su cabeza. Solo con pensar en la casa verde claro se ponía malo. Su padre quería que le dieran dinero por ella, por una casa que estaba muerta.

Randi Johansen volvió corriendo y se metió en el coche a toda prisa. La camisa de su uniforme estaba mojada, la cazadora de piel cubierta de gotas. Marian pensó en Birka. Cuando Juha vio a Birka por primera vez, creyó que era un perro de presa, pero Birka era una bóxer normal y corriente. El mundo entero era un lugar traicionero que prometía una falsa seguridad. Los bóxer no sobreviven solos en el bosque. Se tapó las muñecas con las mangas del jersey. La lluvia restallaba contra el parabrisas.

–Cubre una extensión enorme, Finnemarka –dijo Marian.

–Pero en todo caso tenemos que llevar a Dan a casa primero –comentó Randi bajito.

Dan se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre el respaldo del asiento.

–Ya he dicho que no me quiero ir a casa. Es el bosque de mi padre.

Jonas se colocó mejor la escopeta sobre el hombro y recogió al niño del césped. Tenía la cabeza manchada de barro. Se agachó y corrió pegado a la pared de la casa, levantó la mirada y vio que una de las arañas del comedor daba una luz débil. Se mantuvo junto a la gran terraza, se detuvo un momento antes de cruzar la entrada y correr bajo la cuerda de tender, que oscilaba lentamente en la brisa nocturna. El niño empezó a llorar, gritaba como si estuviera en el infierno, con la boca abierta, como si fuera un agujero redondo. Tenía la cara empapada.

Jonas corrió por el camino de tierra surcado por profundas huellas de ruedas de tractor, pero la lluvia que golpeaba los invernaderos casi no dejaba oír el llanto. Un golpe de viento tiró del plástico que habían puesto para tapan el hueco de una ventana rota. Pasó frente a los campos donde los troncos alineados parecían formar una cárcel. Siguió por el camino estrecho que acababa transformándose en un sendero enlodado, conocía el paisaje como su propia casa, todo estaba registrado en su cabeza. Si la policía le hacía la prueba del ADN a Sebastian, se darían cuenta de todo. Dan dijo que iban a hacerlo, pero ahora ya era demasiado tarde. Él salvaría el honor de la familia, acabaría con todo esto, por su padre. Nunca encontrarían el cadáver de Sebastian. Solo sus zapatos, que él llevaba en el bolsillo. Un zapato en

cada bolsillo. *En nombre del espíritu, líbrame del mal.* Nunca había pensado en el espíritu como algo bueno. Nadie sospecharía de él, pensarían que había sido Colin.

La radio de la policía no paraba de escupir mensajes. Randi sujetaba el volante con las dos manos y tomó el desvío de Tranby. Marian miraba fijamente al frente.

–¿Cuándo amanece? –preguntó Randi.

–Hacia las tres –dijo Marian viendo las gotas que golpeaban el cristal.

–Jonas y yo siempre nos ayudamos –dijo Dan rompiendo su silencio. La luz de los faros iluminó el camino cubierto de lodo. Por un momento perdió la visión, pero luego la recuperó y todo se desplegó frente a él, exactamente el mismo camino, largo y llano. Estaban en la parte más estrecha, a un lado montones de árboles, al otro la zanja que los separaba de los manzanos. La cuneta verde y húmeda, agua en los baches del camino. Vio una huella como la que dejaría el cuerpo de una serpiente que se hubiera arrastrado por allí. Entre los charcos. La huella estrecha de un neumático que se volvía a llenar de agua marrón. Sintió que las lágrimas llegaban a sus ojos, no era capaz de detenerlas. Corrían por sus mejillas hasta las comisuras de sus labios. Sabían a sal. ¡Si tan solo pudiera ser otro! Alguien que no conociera ni a la familia Glenne, ni a los Andersen ni a los Tømte. Podría ser alguien que no tuviera un padrastro llamado Roy, o una tía llamada Rita. Alguien que no tuviera dos hermanos pequeños. Alguien que no tuviera un amigo llamado Jonas–. Jonas es un mierda –susurró tan bajito que las policías no le oyeron, se quitó el cinturón de seguridad sin hacer ruido y apoyó la frente sobre el asiento delantero.

El niño era una jodida máquina de llorar.

–¡Cállate! –siseó. Jonas sabía exactamente dónde lo arrojaría. En una de las pozas que había detrás de la presa, en el agua desatada, que se lo llevaría lejos. Le ataría a una gran piedra y lo lanzaría hacia adentro. Llevaba una cuerda en la mochila. Dejaría los zapatitos sobre la roca plana. La policía se los encontraría allí. Ni siquiera Dan se daría cuenta. Dan creía que él estaba en Hvaler. Y allí pensaba ir, mañana, que ya era *hoy*. Porque ya era viernes, viernes 22 de julio, y cogería el autobús a Hvaler con la abuela en cuanto volviera a casa después de esta misión. Jonas siguió caminando y se dio cuenta de que tenía ganas de orinar. Se detuvo junto a un gran árbol. El tronco era rugoso y en algunas partes brotaban cardos. La hierba desprendía un aroma fresco, pero el olor de algo putrefacto atenazó sus pulmones y le provocó arcadas. Se abrochó la chaqueta del todo y apretó al niño contra su cuerpo.

–¡Cállate! –le ordenó mientras lo agitaba.

Su abuela creyó que Sebastian era *él*. Esa loca de pronto creyó que había vuelto a ser un niño. Se creía todo lo que le contaba, como si fuera un robot al que podía programar. Eso fue lo que le dijo cuando le pidió que entrara a darle la carta a la cuidadora de la guardería, que dijera que iba a buscar a su nieto. Pero antes tuvo que inventarse lo de la máquina del tiempo, explicar que había vuelto a ser pequeño. Desde luego que había funcionado. Creían que estaba en Hvaler, que tenía vacaciones y leía una novela de ciencia ficción o estaba entretenido con algún juego. Había sido una genialidad grabar esos gritos de gaviotas en el ordenador.

Randi apretó el volante con las manos y se desvió hacia la casa marrón. Eran casi las 02:30. Con su frenada la gravilla salió disparada.

Marian bajó de un salto y fue de prisa hacia la linde del bosque, donde empezaba el muro de abetos oscuros. La lluvia surcaba su rostro.

–¡Birka! –llamó.

Randi salió despacio y cerró de un portazo. Se puso la cazadora de piel. La lluvia golpeaba la carrocería. El cielo y el paisaje eran negros.

Dan consiguió bajar del coche y fue corriendo hacia el granero. La huella en la hierba húmeda se veía claramente a la luz del farol colgado de dos clavos. Ruedas. Se incorporó, abrió las dos hojas de la puerta de madera y notó el intenso olor de humedad y putrefacción. Siguió las huellas de neumático por el serrín y encontró el ciclomotor al instante. Estaba escondido detrás de un montón de leña. Las gotas de lluvia impactaban en el ciclomotor a través de los agujeros del techo, pling, plink, plunk.

Tocó el motor. Estaba caliente. Sobre el suelo de tierra había un pequeño calcetín rosa. Dan lo recogió y salió del granero. Sintió que la traición de Jonas era definitiva. Todo era un conjuro que solo ellos dos podían entender. La tía Rita había dicho que todo se arreglaría, pero ahora sabía que no era cierto.

Marian iba lanzada hacia él, notaba la lluvia como púas afiladas contra su rostro.

–¿Pero qué estás haciendo, Dan?

–El ciclomotor está allí dentro –gritó tan alto que le escoció la garganta–. Encontré un calcetín, ¡el motor aún está caliente!

–¿Pero cómo es posible, Dan? Jonas está en Hvaler. ¡Todos han ido allí para buscar a Sebastian! ¿Cómo ha podido llevar a Sebastian en el ciclomotor?

Dan estaba allí parado, desbordado por la angustia, con el cuello enrojecido y la cara pálida y mojada.

–Jonas quiere deshacerse de Sebastian –dijo dándole el calcetín a Marian.

–Para proteger a su padre –susurró Marian, y recordó en ese momento la charla que le había dado a Cato sobre la maternidad. Así que en este caso lo que contaba era la paternidad–. Esta es una de las historias más rebuscadas y desagradables que he oído en mi vida, Dan. Primero intentasteis echarle la culpa Klaus Bjone para proteger a Colin, luego Jonas secuestra a Sebastian para proteger a su padre. ¿Pero qué hace aquí? Coge a tu hermano pequeño y ¡a ti te da igual!

–Me preocupo, ¡joder! –se secó la nariz con la manga–. Tengo los oídos saturados. ¡Se va a deshacer de él!

Randi estaba detrás de Marian.

–Si el niño está en el bosque, tenemos un problema. Voy a llamar a la central de guardia y a avisar a Cato Isaksen.

Marian se giró para seguirla.

–Supongo que solo habrá un helicóptero disponible, o tal vez ninguno. Tenemos que meternos en el bosque, pero no hay cobertura para móvil. Los responsables de la comunicación en casos de emergencia han reconocido que es dramáticamente deficiente. Seguramente el sistema de comunicación del taxi de Roy Hansen sea más sofisticado que el nuestro.

Alguien abrió la ventana de la cocina y Henny Marie asomó su cabeza despeinada.

–¿Qué ocurre? Han dado un aviso de peligro de inundación por desbordamiento de la presa y Colin está retenido por la policía –gritó en la lluvia negra–. ¡Podría ser una catástrofe!

Marian entrecerró los ojos.

–Primero habrá que comprobar la casa. ¡Imagínate que están ahí adentro! Pide

ayuda a Drammen, Randi –Marian corrió hacia la casa y levantó la mirada hacia la ventana.

–¡Déjame entrar, Henny Marie! –gritó.

Randi Johansen se lanzó hacia el coche y dio aviso a la central de alarmas y a Cato Isaksen.

Dan tenía la gorra calada sobre la frente y los hombros encogidos. En la cintura del pantalón llevaba el arma.

Marian corría de una habitación a otra con una linterna pequeña en la mano. Henny Marie y su hermana esperaban en el descansillo vestidas con camiones de colores claros. Atravesó la cocina, entró en el comedor grande y en el despacho donde estaban los cráneos de roedores. Bajó al sótano, no había ninguna habitación secreta allí. Subió al segundo piso y abrió las puertas de todos los dormitorios. Apartó los edredones, abrió las puertas de los armarios. Subió con esfuerzo por la estrecha escalera que daba al desván y abrió la puerta. Las bisagras volvieron a gemir, un sonido quejumbroso y fantasmal. Sostuvo la escasa luz, se reflejaba en un círculo azul sobre los bastos tablones del techo. No había nadie detrás del montón de ventanas, el oso de peluche también había desaparecido.

Regresó corriendo a la cocina. Vio que el peluche estaba sobre la mesa. Henny Marie temblaba. Yngvil se dejó caer sobre una silla.

–Algo horrible está a punto de ocurrir en el bosque, si es que no ha sucedido ya –gritó Marian.

–¿Qué? –Henny Marie jugueteaba con el cuello de su camisón.

–No lo sé –dijo Marian–, pero... puede parecer que... hay mucha gente en Hvaler buscando a Sebastian Glenne Hansen, pero... quizá esté aquí. Creo que será mejor que montemos una base aquí, tal vez podáis preparar café y algo de comer. ¡Nos llevaremos a Dan para que nos muestre el camino! Vendrán más policías. ¿Tenéis linternas? Tenemos una en el coche y yo tengo esta pequeña, pero vamos a necesitar más.

Los haces de luz redonda y amarilla de las linternas hacían que el lodo y la hierba blanda y babosa fueran visibles a la fuerza, en coloridos círculos. Dan le había enviado un sms a su tía. *Jonas se ha llevado a Sebastian a Finnemarka. Tenéis que venir.* Ahora estaba caminando. Las policías le seguían de cerca. Si Sebastian estaba muerto, ¿a qué dios podría rezarle?

Una cortina de lluvia se desplazaba entre los árboles. Ya estaba calado, pero lo sentía como una especie de calor. Todavía le dolía la rodilla. No entendía del todo lo que pasaba. O sí, lo entendía por completo y eso era horrible.

Randi y Marian caminaban una al lado de la otra. Marian recordaba lo que le había dicho a Cato en una ocasión, que no siempre es posible seguir las reglas, que el mayor arte en la guerra era doblegar al enemigo sin pelear. Ella no se atenía a las normas, y tal vez ahora estaban siguiendo la pista de Sebastian precisamente por eso. Si no fuera porque Birka se había perdido, no estarían ahora allí. Birka no era ningún perro guía. Tal vez estuviera muerta debajo de un arbusto, con la boca abierta.

–¡Espéranos, Dan! –gritó. Él se detuvo un momento, antes de seguir su camino. Marian se puso a su altura–. ¿Va todo bien? –preguntó.

–A Jonas le dan miedo los perros –dijo–. Si tu perra anda por ahí en alguna parte y Jonas se la encuentra, la matará a golpes. Jonas es *así*.

Jonas vadeó un pequeño arroyo. Se colocó mejor la escopeta al hombro. La sangre de la culata se había disuelto con el agua. Las piernas del niño oscilaban de un lado a otro. El agua fría rebasó el borde de sus botas de agua. El niño movía la cabeza de un lado a otro como hacen los bebés cuando quieren dormirse, pero la lluvia golpeaba su rostro. Jonas llevaba casi 30 horas sin dormir. Susurraba *muérete*, como había hecho muchas veces con su abuela, pero las palabras no funcionaban. Pisó el musgo blando y se hundió en el lodo. Estaba harto de todo, no sentía nada más que cansancio. Era el niño o él.

Caminaron 100 metros más, y otros 100. Dan se arrancó la gorra empapada y la lanzó hacia el bosque. Randi llevaba el uniforme de la policía. Marian estaba helada y calada hasta los huesos. Abrió la boca y llamó a Birka. En el mismo instante comprendió que no debía hacerlo, no debía asustar a Jonas Tømte. Era mejor quedarse callada y caminar.

Le pareció haber oído a alguien, se detuvo y escuchó. Se echó la escopeta al hombro. Esperó, pero no apareció nadie. Se apartaría del sendero siempre que pudiera, iría por el margen, junto a los pantanos.

Podía imaginar el cinco rojo. Había brillado sobre el televisor mientras un villancico invadía el salón. Dan no estaba en casa, había ido a la gasolinera. Vivian le había pedido que fuera de todas formas. Llevaba a Kenneth sobre la cadera, había bebido. Roy estaba trabajando. Dijo que le deseaba. Al principio él se resistió. No quería arriesgarse a estar en su cama cuando Dan volviera. Ella se rio y le mostró un aro de goma negro con pinchos y le preguntó si sabía qué era, luego metió a Kenneth en el parque y le puso el chupete. Le cogió de la mano y abrió la puerta del jardín. Entraron en el cobertizo, Vivian bajó una manta del estante y la extendió por el suelo. Luego le bajó los pantalones y le puso el aro de goma. Hacía un frío terrible. Le dejó hundir su sexo duro en su cuerpo una y otra vez. Después Jonas tuvo miedo, esperaba un castigo del más allá o algo así, pero el tiempo pasaba, y lo hicieron más veces. No creía que fuera capaz de decírselo a Dan, pero ella lo hizo el jueves de la semana pasada. Klaus Bjone se había detenido delante de la casa y ella había subido al cuarto de Dan. Entonces Jonas lo comprendió todo:

que no era el único, que tenía más amantes. Podía oír su voz en su interior. *Ya es suficiente, Jonas. Esta casa está hasta arriba de niños. Tienes tu propia familia, joder! Y ¿por qué coño Dan no va nunca a tu casa?* Y luego dijo lo otro, lo que no debía decir. Había mirado a Dan a los ojos cuando lo soltó. *¡El asqueroso salido de tu amigo no es contigo con quien quiere estar, es conmigo!* Y luego había corrido detrás de él por las escaleras, y mientras él se calzaba en el pequeño recibidor, se había acercado mucho para decirle en voz baja: *La primera vez, en el cobertizo, me dejaste embarazada. Tú eres el padre de Sebastian. ¿Lo entiendes ahora?* Dan no lo había oído, tampoco Roy. Dan estaba en su cuarto y Roy en el salón con los pequeños. Él era el padre de Sebastian, sí, pero no había matado a Vivian.

Dan caminaba. Las policías se habían quedado un poco atrás. *Estoy pisándote los talones, Jonas, pensó. ¡El asqueroso salido de tu amigo no es contigo con quien quiere estar, es conmigo!*

–¡Prepárate Jonas, estoy llegando! Te has follado a mi madre.

Los árboles se hacían más verdes de lo que eran en realidad, la linterna dibujaba unos fuertes haces de luz y creaba un arcoíris de la copa de un abeto al siguiente. El suelo del bosque resultaba muy feo con esa luz, pardo, gris y metálico.

En el estrecho claro que se abría entre los troncos de dos abetos Jonas vio el lago, que se extendía como un plato de vidrio en medio de las tierras pantanosas, con una de las orillas cubierta de piedras de brillo plateado. Tuvo frío y, de pronto, le pareció que oía voces, bajas y graves. Un movimiento rítmico en el sotobosque, pasos, pausas, el pegajoso ruido del caminar en el fango y nuevos pasos. ¡Allí había gente! Vaya mierda, ahora que casi había llegado a la meta. Escuchó y le pareció ver una figura en el límite de la neblina matinal. El cabello y la piel eran de color verde oscuro y tenían la consistencia de las ramas de un abeto. Pero solo era el bosque que se desplomaba sobre él. Siguió caminando mientras le castañeteaban los dientes. Nuevos hilos de agua se materializaban al sol. Una vez, hacía mucho, se había perdido a sí mismo en un cobertizo mientras una cifra roja y brillante flotaba en la pantalla plana de la televisión. Era un fabricante de esqueletos. Había creado a una persona con su propio cuerpo. Ahora cargaba con un trozo de carne fabricado con sus propias células. Había meditado sobre cómo se crea una persona; el embarazo, el tiempo que el feto pasa en el útero, desde la concepción hasta el nacimiento. Antes de empezar a parecerse a una persona los fetos asemejaban caracoles, o lagartijas, recordaban gambas viscosas y curvadas del tamaño de un dedo meñique.

Dan caminaba con la boca abierta. Un viento helado y mordaz llegó lanzado entre los grandes troncos de los abetos. El viento venía seguido de un chaparrón tras otro. Amanecía. La pistola le rozaba la cintura. Un fuerte golpe de viento volvió a agitar las copas de los abedules sobre sus cabezas. El agua le caía de la nuca y bajaba por su espalda, por debajo de la chaqueta. A intervalos regulares se detenía y se volvía hacia las policías. Ya no hablaban. Continuó andando.

Marian cerró los ojos por la lluvia y escuchó, miró a Randi y siguió adelante. Pensó que la cabaña ya estaba muy cerca. Sus deportivas estaban empapadas y tenía tanto frío que sus dientes castañeteaban. Dan desapareció tras unos abetos y Marian aceleró la marcha.

Jonas se tumbó en el suelo y se metió debajo de un arbusto bajo y redondo. En el centro había un agujero donde algún animal se había hecho una madriguera. Acercó al niño a su cuerpo. Si se movía, se arañaba con tallos llenos de espinas, pero si se quedaba quieto, la cosa iba bien.

Alguien pasaba por el sendero. Oía el sonido de sus pies contra el suelo del bosque. Puso la mano sobre la boca del niño. Eran ellos, era la policía. Pero todo volvió a quedar en silencio. Tal vez consiguiera llegar hasta la presa, dejar caer a Sebastian y volver corriendo por otro camino.

Los hilos de lluvia cruzaban el aire de lado. A Marian la boca le sabía a sangre. De pronto se dio cuenta de que Randi no iba tras ella. Se detuvo.

–¡Randi! ¡Randi! –llamó–. Dan, ¡espera! ¡Que esperes, te digo! –pero Dan desapareció detrás de un cúmulo de abetos pequeños.

Dan corrió entre la maleza de abetos hasta llegar a dos rocas que se inclinaban la una hacia la otra hasta formar una especie de cueva, junto al nacimiento de un arroyuelo. Se quedó un momento detrás de una de las paredes de piedra antes de abrirse paso entre dos grandes bloques para acceder a una especie de habitáculo cuadrado con suelo de piedra. El agua corría por la pared de roca. Por el suelo había varias cagarrutas de oveja. Podría haber conseguido deshacerse de las policías, pero Marian Dahle le llamaba a él, a su perra y a Randi todo el rato. ¿Era su perra un perro policía de verdad? Los perros policía detectaban todos los olores. En su cabeza se materializó una imagen, tan clara como en una pesadilla. Había un

cable que conectaba un universo con otro. ¡Iba a matar a Jonas! ¡Jonas se había follado a su madre!

Parecía que el paisaje oscuro y húmedo se hubiera tragado a Dan. Marian se resbaló, cayó y se golpeó la boca contra el suelo. Le entró barro en la boca, se arrastró por el suelo escurridizo del bosque y volvió a levantarse. Esto era una locura, como si la tierra se hubiera soltado de su eje. Acudían a su mente flashbacks del momento en que la encontraron con el anciano en la playa de Corea. *Miradme, he salido adelante a pesar de todo.* Se detuvo, escuchó y se quedó mirando dos bloques de piedra que estaban junto a una peña. Sonaba el agua del arroyuelo. Randi había desaparecido. Tiró la linterna. Ya no la necesitaba, se quedó observando los bloques de roca, tenía el sabor del barro en los labios. Entonces vio las huellas de Dan sobre una gruesa capa de agujas de abeto. Las huellas estaban encharcadas.

Jonas iba agachado con los brazos alrededor del niño. Oyó que alguien gritaba algo. La voz se acercaba cada vez más. *¿Era su nombre el que gritaban?* Se quitó la mochila y la escopeta, apoyó la espalda contra el tronco de un abeto y se dejó caer hasta quedar sentado a sus pies. Podía oler el amanecer, un aroma a suelo de bosque empapado de lluvia. Sus ropas estaban completamente mojadas. Un insecto subía por sus piernas. La manita de Sebastian estaba congelada.

Jonas era consciente del zumbido de su propia sangre y el pulso que golpeaba en su garganta. Sebastian movía la cabeza de un lado a otro. El mundo era un lugar peligrosísimo y horrible si uno se aventuraba demasiado *lejos*. Jonas se quedó dormido menos de medio minuto. Vivian estaba delante de él. Su voz tenía un timbre nuevo, como si no estuviera enfadada, sino preocupada. Llevaba el aro de goma negro alrededor de la muñeca. Los cuernos que asomaban entre los enredados mechones de su cabello eran rojos y estaban cubiertos de pelo de animal.

Marian Dahle estaba observándolo desde la entrada. Dan salió entre los bloques de piedra. Había comprendido que Marian Dahle era peligrosa desde que la vio por primera vez. Algunas personas tenían miradas que podían atravesar el acero. Primero habían sospechado de Frank. Eso distrajo su atención, pero no duró. Las cosas habían ido acumulándose. Había muchas casualidades en juego. Lo de Bjone con su jersey rojo había sido perfecto. Dan había *apostado* por eso. Pero ahora habían cogido a Colin. Sus piernas se hundían en el fango. El suelo intentaba

absorberle. Ella le miraba con otros ojos. Ahora él lo sabía, pero no podía matarla, aquí no. Era uno de los malvados de Gotham: el Joker, Mr. Freeze, Two-Face.

–Quiero irme a vivir con Colin y Henny Marie –dijo. Marian tenía tanto frío que temblaba–. Jonas, él... Jonas dice que cree que no existimos realmente, que todos estamos en el interior de un ordenador. Que *algo* nos observa. Jonas no tiene miedo de estas cosas, solo de los perros.

Cuando la abuela salió llevándolo en brazos, Sebastian reía. Jonas le había puesto una chaqueta rosa, lo cogió de los brazos de su abuela y fue a casa a toda prisa. Como si fueran una pequeña familia. Abuela y dos nietos. Un adolescente de cabello rubio y una *niñita* de rizos blancos. Había gateado por el salón. Su abuela se había animado y le había cantado cuando empezó a llorar. Al principio la abuela no se acordaba de cómo se trata a un niño pequeño, pero luego le había salido de forma natural. Durante las primeras horas sintió alivio por tener al niño consigo, como si hubiera atrapado todo lo maldito y hubiera podido hacer retroceder el tiempo. Su abuela lo tuvo en brazos por el salón.

Ya podía ver la roca plana y el lago. Había algunos arbustos más, el paisaje se iba cerrando. Ahora no se oía el canto de ningún pájaro. El año pasado estuvo en verano. *Moscas y mosquitos zumbaban junto a la orilla. Se quedó hasta que sintió el agua más templada, luego se agachó y frotó sus antebrazos, antes de sumergirse del todo. Tan solo el zumbido de unas libélulas rompía el silencio.* Colin había presumido de él. Dijo que sabía mucho. Pero ahora todo era barro. En su mente era un «manchurian candidate», un jugador al que habían lavado el cerebro para cumplir una misión. Se veía a sí mismo desde fuera. Caminaba por el paisaje enlodado. Habría sido un buen fondo de pantalla. Fantaseó con que había sido clonado con una técnica procedente de los extraterrestres. De pronto vio que la roca tenía manchas oscuras, estaba manchada de algo que parecía sangre. Y otra cosa: la tienda de campaña.

La tienda de campaña estaba montada muy cerca del lago. Se había hundido un poco, estaba completamente empapada. Seguro que Colin y Frank habían ido a pescar. Jonas se dejó caer de rodillas, dejó la escopeta y miró hacia el interior. La lona de la tienda desprendía un olor amargo y mohoso. Había unos sacos de dormir enrollados, una bolsa de pienso para perro y ropa seca. Se resistió a la tentación de cambiarse. No debía dejar ninguna huella, salvo los zapatos de Sebastian, que buscó en sus bolsillos. Los sacó y los tiró al interior de la tienda, luego la cerró. Cuando se puso de pie le sonó la columna vertebral. Inmediatamente fue consciente de un movimiento repentino en el paisaje, la

sombra viva de un animal que se metió debajo de un seto. De pronto venía hacia él. Un perro, un bicho negro y peludo de patas largas. Y luego apareció otro, un bóxer que movía la cola como un idiota.

–¡Fuera! –gritó. El perro mestizo levantó la cabeza y le miró, antes de darse la vuelta y alejarse. Pero el bóxer se acercaba. Dejó al niño sobre el suelo del bosque. La boca de Sebastian tembló y se estiró en una mueca. Se agachó y cogió un palo, una rama grande que se había desgajado de un árbol. Levantó la mano con el palo, pero en ese momento recordó que tenía la escopeta.

Dan miró deprisa a su alrededor. Cambió el ritmo de su respiración. Sus ojos se oscurecieron, su boca se abrió.

–En realidad la muerte no es tan peligrosa, porque, si no, Dios no la habría inventado –dijo para pedir silencio al instante siguiente–. He oído algo, ¿tú has oído algo?

–¿Qué ha sido eso? –Marian escuchaba.

–Un tiro –dijo él–. ¡Ha sido un tiro!

Jonas se sentía como el amo. El perro estaba tumbado en el suelo a su lado, jadeando. Había disparado, pero no estaba seguro de haber acertado. Dio unos pasos hacia el animal.

–¡No saldrás vivo de aquí, maldito monstruo! –dio un salto hacia atrás cuando el perro se levantó. No le había dado y ahora el animal querría vengarse. Sabía que no había que mirar fijamente a un perro y le dio la espalda. Al darse la vuelta lo perdió de vista. Se pasó la escopeta por el hombro, tiró de la mochila del niño para levantarlo del suelo, se tropezó de pronto con una raíz nudosa, cayó de rodillas e instintivamente sujetó la cabeza de Sebastian para que no se diera contra el suelo. Luego fue en dirección al embalse.

Henny Marie se lanzó hacia la ventana. Unos cuantos coches patrulla venían a gran velocidad y, uno detrás de otro, llegaban frente a la casa y frenaban de golpe. Detrás del todo iban una ambulancia y un taxi. Eran cerca de las 04:00.

Los policías bajaron a la carrera de sus coches. El que se llamaba Cato Isaksen fue corriendo hacia la puerta. Ella veía la cuerda de la ropa vacía y las flores silvestres que colgaban ahítas de agua junto al muro donde terminaba el jardín y empezaba el bosque. Una nota constante llegaba desde el canalón. Podía oírla a través de la pared. Se secó las manos en el delantal y fue al encuentro de los policías.

Cato Isaksen aspiró el olor a café y a tarta de chocolate. Se asomó y vio que la mesa de la cocina estaba puesta con un mantel de cuadros azules y comida. En medio de la mesa había un oso de peluche marrón. La imagen resultaba absurda.

–Estamos preparando una sopa. Sopa caliente –explicó ella–. ¿Qué está pasando?

–Iré a buscar las verduras –dijo Yngvil, abrió la puerta del sótano y bajó corriendo las escaleras.

Cato Isaksen no había obtenido respuesta a su consulta sobre si el helicóptero estaba disponible. El aire estaba gris, el cielo estaba gris, todo era gris.

–¿Podéis ocuparos de Roy y de Rita? Axel Tømte viene de Hvaler. Está en camino.

Henny Marie miró por la puerta y vio a Roy llegar corriendo con Rita pisándole los talones. Llevaba a Kenneth en brazos. El niño tenía una bolsa de chuches en la mano. Henny Marie bajó las escaleras corriendo y las dos mujeres se abrazaron.

El agua rugía. Sonaba como un terremoto. Jonas fue hasta la escalerilla metálica y miró hacia la minúscula cabaña. El agua caía por el borde de la presa. El ruido impactaba en sus oídos y llenaba de ecos las profundidades de su cerebro. Cerró la mano helada en torno a la barandilla y bajó tembloroso por los escalones. El sonido atronador del agua ahogaba el llanto del niño. Abrió la puerta y entró, dejó la escopeta en el suelo y sacó de la mochila al niño. El estrépito del agua hacía temblar las paredes. Dejó al niño en el camastro, cogió la mochila y volvió a salir por el pequeño muro de cemento. Lanzó la mochila a la masa rugiente de agua marrón. Solo para ver qué pasaba. La mochila pareció, por un instante, una mano que decía adiós, antes de ser absorbida por un remolino y desaparecer más abajo.

Encontró un abrelatas y cogió una lata de conserva del armario. Comió las albóndigas frías con la salsa grumosa de color marrón claro con un tenedor. Encontró la botella de licor detrás de las latas. Dio dos tragos largos y notó el calor en su pecho. El niño estaba completamente quieto sobre el camastro y le miraba

fijamente. Observó sus manitas, su rostro, las orejas, la cabeza. Las cosas no eran lo que parecían. La suma de los hechos salía mal cuando se hacía la cuenta con dos desconocidos. Uno era culpable, el otro inocente hasta que se demostrara lo contrario. Ahora debía ejecutar. Cogería el autobús con su abuela a las 14:00, desde la parada de autobuses de Jernbanetorget. En aquel momento eran las... giró la muñeca para descubrir que había perdido el reloj. ¡Mierda! Sacó la cuerda del saco, tenía que encontrar una piedra. Tenía ganas de contarles a sus padres que ya no era amigo de Dan. Llovía aún con más intensidad. Pero la previsión del tiempo a largo plazo había anunciado sol para la semana siguiente. Pensó en eso. Pronto se apoyaría en la soleada pared de la cabaña de Hvaler y sentiría el amargo olor a sal del mar.

Marian no oía los latidos de su corazón, pero notaba cómo golpeaban su pecho. Había huellas en el barro. Se iban llenando de agua lentamente. Estaban mirando hacia la cabaña y Dan le gritó.

–¡Nunca antes había visto tanta agua aquí!

Ella berreó.

–¡Es tremendo!

Parecía que la presa iba a romperse en cualquier momento. El agua caía pesada. Una cuesta embarrada con las huellas de unas diez ovejas llevaba hasta el principio de la escalera. La conciencia de Dan captó de pronto un movimiento allá abajo. Tal vez solo fuera la puerta que no estaba del todo cerrada. El viento llegaba a rachas irregulares. La lluvia fría escocía en sus sienes. Temblaba de frío.

Cato Isaksen y cinco policías uniformados corrían hacia el interior del bosque. Ya había amanecido. Dos perros iban hacia ellos. Cato Isaksen se detuvo. Uno de ellos era la perra de Marian. Tenía que ser ella.

–¿Qué demonios haces aquí, Birka? –se puso en cuclillas y la perra empapada gimió de alegría y se arrastró hasta él. Él rio y apretó su rostro contra el pelo húmedo, que olía fatal. Randi venía hacia él por el sendero–. ¡Randi! –se puso de pie–. ¿Qué ha ocurrido?

–Nada, les perdí la pista. Jonas Tømte tiene que estar aquí, en alguna parte. Encontré a Birka un poco más abajo. Marian perdió a la perra el miércoles, cuando venía de Notodden.

–¡Mierda! –Cato Isaksen hizo una señal a los policías para que avanzaran–. Hacia el interior, hacia la presa –ordenó–. Seguimos adelante. Randi, ¿vienes?

Dan miraba fijamente la cabaña de tablones. Jonas estaba en la puerta con algo en los brazos que tenía que ser Sebastian. No podía ver si estaba vivo. Lo que sostenía tan solo parecía un bulto espeluznante, un poco más claro que el resto en la oscuridad gris. Las señales flotaban en su mente; visiones interrumpidas que no tenían sentido. Un momento de profunda angustia recorrió su cuerpo. Retuvo el aire y luego espiró despacio, notó que la presión de su pecho disminuía. Se dio la vuelta despacio hacia Marian Dahle, que estaba de espaldas a la escalera, y le preguntó si bajaban a echar un vistazo. Ella no sabía que Jonas estaba allí.

Jonas retrocedió un metro hacia el interior de la cabaña. ¿Habría encontrado

Dan lo que había escrito? El correo sin enviar de la dirección *s.f* de Skogfinne. Él era un pionero finlandés, un gnomo en este universo de barro y lluvia. Pensó en el verano pasado. *Se quedó hasta que sintió el agua más templada, luego se agachó y frotó sus antebrazos, antes de sumergirse del todo. Tan solo el zumbido de unas libélulas rompía el silencio.* Las paredes se inclinaban hacia él. El techo se caía. Lo sentía así. Era un soldado. Colin era el asesino. Colin había matado a Vivian. Era imposible ganar si no tenías valor para ganar. Agarró la escopeta que estaba sobre el camastro y apretó al bebé contra su cuerpo. Tendría que matarlos. No solo a Sebastian, sino a la jodida policía y a Dan también. Sí, a Dan también. No entendía nada, ¡debía morir!

–¿Qué pasa, Dan? ¿Por qué me miras así? –Marian se dio la vuelta despacio. Pero la puerta de la cabaña estaba cerrada. Tenía pinchazos hasta en la punta de los dedos–. ¡Me asustas! –más tarde recordaría la media hora siguiente como una pesadilla que no acababa nunca. El ruido del agua reventaba sus oídos. El sonido se convirtió en un zumbido oscuro. Recordó algo que un delincuente le dijo una vez durante un interrogatorio. *Cuando las cosas son tan sencillas que la policía no las ve, entonces eres genial.*

Dan golpeó de pronto, con el puño cerrado. Se dio la vuelta bruscamente y el puño volvía a estar ahí, directo a su cara. Su mandíbula crujió. Una certeza se abrió paso por su mente. La sacudió como una descarga eléctrica. La sangre entraba en su boca. Se le nubló la vista. En cuanto recuperó la visión, volvió a estar ahí, la golpeó hasta que estuvo tumbada sobre el suelo húmedo y lanzó la pierna hacia él en un patético movimiento de karate.

No le alcanzó, se escurrió hacia atrás, casi se cayó, pero pudo volver a levantarse.

–¿Por qué? –gritó ella.

Él sacó un arma de la cintura del pantalón y la dejó en el suelo, se quitó la chaqueta y se pasó el jersey por encima de la cabeza. Marian miraba su torso rechoncho. Su piel blanca tenía un profundo rasguño que le cruzaba el pecho y arañazos en uno de los brazos. Era como si esta escena se estuviera desarrollando en otro lugar. Este era un número de escapismo disfrazado de otra cosa. Oyó su propio grito. La certeza esperó unos segundos en la lluvia que el viento arrastraba de lado. Dan se agachó, recogió el arma y la miró con la boca abierta.

–Mamá dijo que Jonas no quería estar conmigo, sino con *ella*. Si no hubiera sido por Jonas..., mamá estaría viva.

Marian hizo una maniobra rápida, se puso de pie, dio la vuelta y se tiró por la escalera. El ruido de sus pies resonaba sobre los escalones metálicos. Producían un

eco entre el muro de cemento y la ladera de la montaña. El sonido del agua de la presa retumbaba. El miedo acariciaba su espalda.

Dan bajó tras ella. Agarró la barandilla con las dos manos y se dejó caer por los escalones de tres en tres, contó cuatro, seis, ocho escalones.

Marian miró un instante por encima de su hombro. La alcanzó cuando aún estaba por la mitad de la escalera. Se dio la vuelta y bajó despacio un escalón más, con los brazos por delante para protegerse.

–¡No hagas esto, Dan! ¿Por qué lo haces?

Él se detuvo.

–Sabes muy bien por qué. Mamá acusaba a Jonas de toda clase de mierda.

–¿De qué, Dan?

–¡No creo que se metiera en su cama!

–¿Qué has dicho, Dan?

Juntó los labios.

–Los padres de Jonas no deben saber que se follaba a mi madre –miraba algo que estaba detrás de ella mientras gritaba–. ¡Es solo eso!

Marian percibió un movimiento y se dio la vuelta. Jonas Tømte la estaba apuntando con una escopeta. No tenía cara, tan solo una superficie lisa y apretaba algo contra su cuerpo. Era Sebastian.

El agua hacia un ruido atronador. Marian miró a los chicos por turnos, giraba la cabeza de un lado a otro y sabía que su vida dependía de los tres últimos escalones.

–¡No bajes aquí! –gritó Jonas.

–Tiene a Sebastian –gritó Dan moviendo la pistola.

–Programé a mi abuela. ¡Ella lo recogió en la guardería! ¡Yo soy el creador de esqueletos! ¿Me entiendes?

Su cerebro estallaba. Dan sentía que la lluvia escocía la piel de su torso desnudo. Ya no eran amigos. Lo había sabido todo el tiempo, pero su cerebro había confinado esta certeza a la oscuridad. No quería entenderlo. ¡Joder! ¡No *quería!* Eso también.

–Ella llevaba la pala –gritó Dan. El sonido del agua era un trueno constante–. Pegué una y otra vez. Pero yo no quería que muriera. Ella solo había ido a buscar una flor, pero fue culpa suya. ¡Se follaba a Jonas!

–Pero si estabas conectado al ordenador –gritó Marian.

–No te enfades, ¡todo el mundo me grita! El cura dijo: no temáis a los que matan el cuerpo. Ese soy yo, no me tengáis miedo. Utilicé el juego como coartada. El juego iba con piloto automático, alquilé un jugador. Se puede hacer si uno quiere librar una hora y volver sin desconectarse del juego. Thio jugaba contra Lethe.

Jonas miraba más allá de Marian, hacia Dan, y empezó a desplazarse despacio por el saliente del muro. Las cosas cambiaron en la parada del autobús, cuando Dan le contó lo de la prueba de ADN... Sebastian iría al agua, se iría flotando en la

masa de agua marrón y atronadora. Vivian le había llamado asqueroso salido. Si sus padres se enteraban, todo se habría estropeado. Para siempre.

Mientras los chicos se miraban, Marian puso con mucho cuidado las manos en torno a la barandilla y se alzó despacio. Tenía que conseguir coger la pistola. *El domador debe ir directamente hacia el foco de la pista, ser visible y no tener miedo. Cuanto más débil pareces, más peligroso eres.* Se dio la vuelta y miró hacia atrás un instante. Jonas había vuelto a levantar la escopeta. Los chicos estaban allí, al borde de la presa, uno abajo y otro encima de una escalera metálica, enfrentados, como dos vaqueros del oeste que fueran a tener un duelo. Jonas dejó a Sebastian sobre el cemento, apoyó la escopeta contra su mejilla y cerró un ojo. El hermanito llevaba una chaqueta rosa y pantalones, y estaba descalzo. Dan levantó el brazo y apuntó a Jonas con la pistola.

Dan bajó la mirada hacia Jonas. Jonas sonreía, sus dientes destacaban por su blancura, como si tuviera nieve en la boca.

–Así que no era tu padre, Dan –gritó–. Colin no era el asesino.

–Fui yo –gritó Dan mientras veía que Sebastian empezaba a gatear alejándose de Jonas hacia el borde de la plataforma de cemento.

Marian levantó las manos.

–¡Dan! ¡Tienes que salvar a Sebastian! No os libraréis si me matáis a mí. Cuando lleguen los análisis del lugar del crimen, os relacionarán con todo. Os tomarán muestras. ¡Os descubrirán!

Jonas miró a Dan y gritó.

–¡Nos la cargamos! Desaparecerá en el agua –la escopeta vibraba levemente junto a su mejilla.

–Te tiraremos al río después –gritó Dan–. Jonas y yo somos del mismo equipo.

Sebastian estaba junto al borde. Estaba de rodillas, con las manos extendidas al frente e intentaba ponerse de pie. Jonas se dio la vuelta y levantó una pierna, pero volvió a darse la vuelta de golpe.

–¡Dan! ¡Sebastian! –gritó Marian.

Sonó un disparo. Retumbó. Una sordera repentina y total se apoderó de Marian. Ningún sonido se abría camino. Sebastian cayó de lado. Era Jonas quien había disparado. Dan estaba en el mismo lugar.

El sonido del agua había desaparecido. Solo quedaba la lluvia que caía y golpeaba movida por el viento.

Dan apretó el dedo sobre el gatillo y volvió a retumbar. Jonas se derrumbó con la escopeta encima.

Dan tiró la pistola y se lanzó por la escalera. Marian fue corriendo, cogió la pistola y la levantó. Dan corrió por el muro de cemento, saltó sobre Jonas, que

gemía en posición fetal, y llegó hasta Sebastian, que en ese mismo momento estaba a punto de caer rodando por el borde. Se abrió hacia el vacío, como si pudiera volar. Era demasiado tarde, un cuerpo, un borde, un lago, un niño que ya era pasado.

Dan alargó la mano de golpe, como si fuera un arma. El trozo de tela pasó suavemente por la resbaladiza palma de su mano. El punto de gravedad se desplazó durante unos segundos, pero recuperó el equilibrio, hizo un movimiento de muñeca, un giro, y agarró el pequeño brazo regordete y tiró de su hermano hacia él. Sintió su mejilla contra la suya un instante, se puso de pie tambaleándose, notó el sabor del agua en los labios y al niño adherido como una ventosa a su cuerpo.

Marian bajó despacio la escalera. Recordaba la visión del conejo cuando abrió la bolsa de deporte. Recordó la sensación de ira y la voz de Frank en su interior: *ocúpate de tus asuntos y mantén el césped cuidado*. Y la abuela de Jonas: *¿sabes lo que es el carmesí? Un gusano invisible que vuela en la noche*. El torso blanco de Dan desprendía luz. Pobre Dan. Medio desnudo en la lluvia. Un chico, tan solo un chico que se movía despacio y salvaba a otro chico pequeño.

Jonas estaba completamente inmóvil. Parecía el personaje de un videojuego. La sangre se extendía por el muro. Dan pasó por encima de su mejor amigo, evitó mirarle a la cara, apartó la escopeta de una patada, fue a la cabaña, abrió la puerta y dejó a Sebastian en el suelo. Luego volvió a salir. Marian estaba sobre el último escalón apuntándole con la pistola. Levantó los brazos y miró a Jonas. Su amigo parecía uno de Gotham, con su cara blanca. Jonas estaba muerto. Se dio la vuelta y miró a la policía.

–¡Cógeme! –gritó.

Marian sacó las esposas del bolsillo y le hizo una señal para que se tumbara en el suelo.

–Boca abajo –ordenó.

Marian tiró de la puerta. Los golpes de su pulso le llenaban la cabeza. Sebastian estaba de pie, tembloroso, agarrado al camastro en la luz grisácea. Una telaraña se había enganchado a su manita. Sus piececitos estaban blancos. El niño levantó los ojos hacia ella y se dejó caer junto a él. Sus ojos estaban húmedos y asustados. Se metió una mano en la boca, la tela de araña se pegó a su barbilla. Solo se oía el estruendo del agua. Nada más. Entonces se echó a llorar.

Marian lo acercó a ella con un fuerte tirón, le besó la cabeza y el cuello. Notaba contra su cara los pegajosos hilos de la telaraña. El niño se agarraba a ella, como si sus dedos fueran garras. Agarró la cadena de su colgante de plata y le soltó la mano.

–Pequeño, pequeñín –Marian lloraba mientras notaba su peso y la presión de sus breves costillas contra su cuerpo. Por un momento todo quedó en silencio, como la pausa entre dos latidos del corazón. Como si estuviera en una habitación

insonorizada, en una cúpula de cristal. Sola. De pronto recordó algo, la sensación de cuando fue arrebatada a aquel anciano en la playa de Corea. Lloró cuando se la quitaron. Él lloró.

Huyó escalera arriba. Su corazón latía demasiado deprisa. El niño se aferraba a ella, colgaba silencioso y pesado. Estaban en el interior de un campo de fuerza repleto de oxígeno. El campo era alargado y se prolongaba, pero lo interrumpía un círculo. El círculo se cerraba a su alrededor. Invisible y delicado como una pompa de jabón. Cuando llegó arriba sus pies se hundieron en el lodo, pero pudo sacarlos. Vio a Dan tumbado boca abajo un poco más adelante, con las esposas alrededor de las muñecas. Había salido del campo de fuerza y se oyó a sí misma gritar.

–¡Vendrán a ayudarte!

Recogió su chaqueta y la puso sobre su piel blanca con una mano mientras apretaba con fuerza a Sebastian contra ella, con la otra.

–¡Todo irá bien, Dan!

Entonces empezó a caminar. Los músculos de sus muslos y pantorrillas estaban contraídos. Helados y rígidos. El paisaje venía hacia ella. Se abría delante de ella. En el cielo las estrellas eran invisibles. Existían, pero no se podían ver. Sebastian estaba vivo. Llovía aún más fuerte, los jirones de niebla parecían grandes fantasmas voladores, todo lo demás era gris oscuro.

Dan tenía la mejilla hundida en el barro, abrió la boca y le cubrió la lengua. *¡Todo irá bien!* La tierra se movía en su universo incomprensible, tenía que aferrarse al suelo, porque la fuerza de gravedad le podría absorber. Sentía la pena como un alfiler clavado en el corazón. Los había matado a los dos, a Jonas y a su madre. Había un cable entre un universo y el otro, donde estaban los muertos. *¡Vuelve mamá, por favor, sé buena y vuelve!* La estructura de los huesos de su sien... y sobre la ceja, una luz amarilla y verdosa en su pupila brillante. Huyó corriendo del lugar del crimen, entre los helechos, con la pala por delante. Corrió, sujetaba la pala y corría. Se quitó las zapatillas de skate y las recogió. Siguió corriendo en calcetines. No se encontró con nadie. Pasar el jardín de Frank y Birgit, cruzar la calle, dar la vuelta a la casa hasta donde estaba la manguera. Buscar el detergente líquido en la cocina. Pudo limpiar la pala bajo el grifo del jardín, a la vuelta de la esquina. Quitó las huellas, pero dejó la tierra y la sangre. Volvió a cruzar la calle, sujetó la pala con la manga del jersey, dio la vuelta al último jardín y bajó la cuesta hacia los juegos infantiles y el cobertizo de Frank. Dejó la pala allí. Y mientras corría se hizo de noche. Vio las marcas sangrientas en el espejo del baño. Se duchó, se sacó las hojas del pelo. Tiró de la cadena para hacer desaparecer las hojas, se puso el mono, miró hacia la lámpara del baño y vio las moscas que zumbaban. Bajó la escalera. Corrió hacia el contenedor de recogida de ropa que estaba junto al centro comercial con sus prendas y los zapatos. Llegó el día. Detrás de un tabique de cristal. Un tabique doble, transparente, paralelo. Nadie le veía. Su madre estaba ocupada estando muerta. Corrió en ese sueño toda la noche. Jonas dijo: eres mi mejor amigo. Pero todo se había transformado en grandes horizontes de soledad.

Una mujer que cargaba con un niño a través de la selva. La imagen le llegaba fragmentada. Sujetaba al niño muy abajo, contra su cuerpo, como si estuviera a punto de caérsele. Los ojos achinados, el pelo sucio, lluvia, hojas, barro. ¡Guerra! A la velocidad del rayo una foto en blanco y negro de un periódico de hacía mucho tiempo, un artículo sobre la guerra de Vietnam o Corea, ocupó su mente. El recuerdo de la foto se diluyó y Cato Isaksen empezó a correr hacia Marian. Estaba cubierta de barro y el cabello empapado y enredado. ¡Pero tenía al niño! Llevaba los ojos medio cerrados fijos sobre su cabeza. Sus hombros sobresalían puntiagudos. Parecía muy pequeña, pero ¡el niño estaba vivo!

Cato Isaksen contuvo el llanto. El niño estaba vivo. Las lágrimas, traidoras, se abrían paso hasta sus ojos. Caía una lluvia mansa. La humedad se deslizaba por las ramas, el agua caía al suelo. Ella aún no le había visto, sencillamente caminaba hacia delante, a su ritmo.

Cato apareció como nacido del bosque. Verde, grisáceo y fuerte. Gritó:

–¿Qué ha pasado?

Pegados a él iban varios policías. Ahora los veía, como a través de una neblina. Se formó un punto negro más bajo en mitad de su campo de visión. El punto se movía hacia ella. Detrás de Cato, detrás de Cato, hacia ella. ¡Birka! Agarró con más fuerza al niño y esperó un momento a recibir algún tipo de señal. Que no llegó. Todo se volvió blanco, y notó que su cuerpo la dejaba ir.

–¡Birka! –llamó otra vez. El nombre murió en su garganta. Detrás de Cato los policías uniformados se difuminaron hasta formar una línea negra.

Cato Isaksen extendió sus brazos hacia delante y cogió al niño. Abrió su chaqueta y sintió al pequeño contra su cuerpo. Marian cayó al suelo, se encogió y vomitó. Una rama afilada se clavó en su muslo y desgarró la tela de su pantalón. Un ácido verde subió en tres arcadas desde su estómago hasta quemar su garganta. El suelo del bosque oscilaba, entre marrón y verdoso, arriba y abajo. Arriba y abajo. Los troncos de los árboles eran lanzas mojadas y oscuras. Incluso los pájaros que no cantaban de noche lanzaban afónicos gritos de alarma. Ahora era verano, pero pronto llegaría la helada para tapanlo todo como una membrana. Y la nieve caería silenciosa y cubriría todas las huellas. Cerró los ojos en un intento de dejar fuera el sonido del agua y de los pájaros. La perra estaba allí. Birka gimió, le lamió la cara, ladró, se frotó en círculos contra ella y se tumbó de lado. Randi se inclinó sobre ella, tomó su mano y la levantó. Marian se quedó de pie, temblorosa.

–Birka –sollozó mirando a Randi–. Todo ha terminado. Dan está en el bosque,

junto a la presa. Tenían armas los dos, Jonas y él.

Los policías la observaban. Sebastian estaba quieto en los brazos de Cato Isaksen.

–¿Está muerto? –gritó. El niño dio un respingo.

Marian entrechocaba los dientes. Su mano izquierda colgaba indefensa con los nudillos despellejados.

–Jonas ha muerto –dijo bajito sosteniendo la mirada de Randi.

–No lo entiendo –dijo Cato Isaksen moviendo la cabeza con tanta intensidad que las gotas de agua de su frente corrieron por su rostro.

Marian cerró los ojos y volvió a abrirlos.

–Jonas dejó embarazada a Vivian, Dan mató a Vivian y disparó a Jonas.

–¿Disparó? ¿Tenía un arma? ¡Poneos en marcha! –Cato Isaksen miró a los guardias para darles las órdenes. Colocó la chaqueta para tapar mejor a Sebastian y se quedó mirando a sus colegas, que desaparecían hacia el interior del bosque. Randi corrió tras ellos. Luego volvió a mirar a Marian y esbozó una especie de sonrisa. Hizo un gesto con la cabeza para indicar que caminara.

Fueron despacio hacia la escuela de jardinería. Marian, Cato, Sebastian y la perra. Por el sendero, a través del bosque, por el camino de tierra, por delante de los invernaderos y de los huertos de verduras cubiertos de negra y fecunda tierra y hortalizas relucientes. Se movían en la lluvia, hacia la casa marrón, que tenía la puerta abierta de par en par. Una ambulancia esperaba junto a otros coches particulares y de la policía. La cuerda de tender vacía alineaba las gotas de agua como un encaje. El perro negro ladraba con entusiasmo desde la perrera y saltaba poniendo las patas sobre la malla metálica.

En la cocina luminosa y cálida pusieron al niño sucio en los brazos de Roy Hansen. Rita sollozó, estaba allí al segundo con un biberón en la mano. Junto a ellos, rodeándolos. Yngvil y Henny Marie se abrazaron. Roy lloraba:

–¡Sebastian, Sebastian!

–Hay agua caliente en la bañera –Henny Marie se liberó del abrazo de su hermana y miró a Cato Isaksen y a Marian Dahle. Las cortinas de cuadros azules se transformaron en una membrana que cubría sus ojos, todo encajaba en ese dibujo, y las paredes se hicieron tierra. La encimera estaba cubierta de comida: sopa en una cazuela, galletas de avena, pan, mantequilla, bizcocho relleno de mermelada, una jarra de café. El olor a comida se convirtió en una oleada de calor que se diseminó por su cuerpo como un veneno. Los platos soperos blancos estaban apilados como una torre de porcelana sobre la encimera de la cocina. Por el borde había algunos granos de azúcar y migas de pan.

Roy y Rita habían desaparecido con Sebastian. Sus sonidos quedaron flotando en

el aire un rato y fueron sustituidos por un silencio atronador. Henny Marie se echó a llorar, un llanto terrible, sin lágrimas.

–¡Dan! –gritó–. ¡Dan!

Marian vio una bolsa de pienso para perro detrás de la puerta, junto a un bebedero. Buscó un cuenco en el armario de la cocina y empezó a abrir la bolsa como una automática. Birka saltó y apoyó las patas delanteras en su tripa, Marian notó sus garras a través de la ropa mojada y la empujó hacia el suelo.

–Dan –volvió a llamar Henny Marie.

Yngvil estaba allí.

–Shhh, no despiertes a Kenneth. Me lo llevaré del salón, le voy a dejar en el cuarto amarillo –salió corriendo de la cocina y Cato Isaksen logró que Henny Marie Aas se sentara. Temblaba en la silla.

–Dan –susurró–, ¿dónde está Dan?

–Dan vendrá enseguida –dijo Cato Isaksen tranquilizador–, dejaremos que se quede aquí el resto de la noche y unas horas mañana. Dejaremos a alguien de guardia.

–¿Dejar a alguien de guardia? ¿Quedarse aquí? ¿Qué quieres decir? –gritó Henny Marie, recordando algo que su madre le había contado, que su propia madre había tenido que luchar contra osos en el bosque. La punta de un compás daba vueltas en su interior hasta que penetró en su columna vertebral y sintió pinchazos en los muslos. Miró hacia el suelo cubierto del barro de muchas pisadas.

–¿Fue Dan? ¿Es Dan?

Cato Isaksen contempló a la mujer pelirroja y fuerte.

–Escúchame. Tienes un trabajo por hacer. ¡Dan te necesita!

–¿Me necesita?

Marian se agachó y puso pienso en el cuenco. Tenía tal contractura en el cuello que casi no podía girar la cabeza. Un par de gránulos de pienso fueron a parar al bebedero y duplicaron su tamaño en un instante. Birka acercó el morro al cuenco y se tragó la comida a golpes. Marian sintió que el hambre abrasaba su estómago. Se apoyó en la encimera.

–Fue Dan quien mató a Vivian –dijo despacio–, y Jonas también ha muerto.

Henny Marie levantó las manos y se presionó las mejillas con fuerza. La puerta que daba al descansillo estaba abierta y la puerta de la calle se movía a merced del viento. Se oía el sonido de las gotas de lluvia que golpeaban la escalera de piedra.

–No quiero saber nada más. ¡Ahora no! ¡Ahora no!

–Arne Colin viene hacia aquí –dijo Cato Isaksen–, le hemos puesto en libertad con efecto inmediato. Tienes que sobreponerte.

Yngvil regresó.

–Kenneth duerme –dijo.

Henny Marie cogió el oso de peluche marrón de la mesa y empezó a acariciar el

morro y los ojos de cristal.

–Dan iba a vivir con nosotros –miró a Marian Dahle. Los policías no debían tener ese aspecto, mojados, con la ropa rota y sucia y las manos heridas–. Roy dice que no seguirán viviendo en la casa verde claro. Que se marcharán Rita, él y los chicos, alquilarán una caravana mañana mismo. Y le devolverán su dinero a Colin, como si eso tuviera algún significado ahora...

Yngvil sirvió sopa caliente en un cuenco y se lo pasó a Marian. Comió deprisa. También le dieron uno a Cato Isaksen. Yngvil estaba tranquila. Ella también lloraba, pero en silencio, con la cara vuelta para que nadie pudiera verla.

Henny Marie se levantó. Cuando plantaba flores siempre imaginaba la cara de Dan al entrar en su cocina. Y el cuarto amarillo era suyo.

–¿Dan tendrá que ir a la cárcel? –ella misma se respondió–. Es tan joven...

–Todo se oscureció en su interior –dijo Marian–. Os contará todo poco a poco. Dan vivirá aquí, Henny Marie.

Tres hombres aparecieron de pronto en la puerta. Un policía, Colin y un hombre alto con gafas de montura de acero. Tenía que ser Axel Tømte.

Dieron despacio la vuelta al granero, bajaron por el camino lleno de charcos embarrados y pasaron el campo de manzanos. Seguía lloviendo, las gotas rodaban por el parabrisas. Cato Isaksen miró a Marian. Tenía la cabeza apoyada en el asiento. En la parte de atrás iba Birka, sobre el asiento cubierto con dos grandes bolsas de basura negras.

–¡Qué lugar tan horrible! –dijo–. Dan seguramente será acusado de homicidio accidental. ¿De dónde demonios sacaría esa arma?

–Seguro que esto es muy distinto con sol –dijo Marian percibiendo las ráfagas de olor a cuero húmedo que desprendía el pelo corto del animal. Bajó la vista hacia su mano herida. El cansancio atenazaba su mente–. No sé de dónde venía el arma –pensó en Axel Tømte, podía verle. El hombre alto y delgado que se había desintegrado hasta parecer agua de lluvia. Recordaba cómo Henny Marie le había dado una toallita húmeda, pan y sopa. Como si una toallita y un trozo de pan de canela pudieran servir para algo. Se había dejado caer sobre la silla y juntado las manos. Su vida se había podrido y hecho pedazos, como las hojas que caen al suelo en otoño. Estaba en un decorado, en una escena que se desarrollaba en una cocina pintada con aroma a sopa recién hecha y café e intentaba sobrevivir hasta el minuto siguiente. Sus hombros temblaban. Henny Marie y Colin habían pasado los brazos a su alrededor. Ahora se ocupaban de él Randi y Roger.

–Se dará importancia a que Dan estaba obcecado por la ira y había sido gravemente traicionado por su madre –dijo Cato Isaksen poniendo el intermitente

hacia Ringeriksveien–, y lo de Jonas fue en defensa propia. Si fuera mayor, le habrían caído unos cuantos años, pero es muy joven.

–Le darán algún tipo de terapia, pero no irá a la cárcel –dijo Marian–. En cierto modo Birka ha salvado a Sebastian, Cato. Si no hubiera desaparecido..., yo no habría... –por un momento se avergonzó de la felicidad que había sentido al encontrar a la perra.

–Deja fuera de esto a tu perra, Marian.

–Dan mata a su madre. Y Jonas entra en un estado casi psicótico y secuestra a Sebastian para que sus padres no sepan la verdad –bostezó. El cansancio rebajaba la intensidad de sus impresiones, pero agudizaba su negra desesperanza–. Jonas creía que Colin había asesinado a Vivian. Y luego están todas las pistas falsas, las de Bjone y las de Willmann. Me desconcertó el aura de Birgit Willmann. Esa oscuridad terrible. Verdaderamente creí que podía haber secuestrado al niño.

–No hables más, Marian. Lo repasaremos luego, en la reunión. Será mejor que tú y esa perra tuya de piel vuelta vengáis a mi casa, a Asker. Te pondrás ropa limpia y te cambiarás. Luego irás a una reunión informativa, tenemos que reunir al equipo.

El reloj del salpicadero marcaba las 10:08.

–El 22 de julio es una fecha que recordaré siempre –dijo Marian pensando en algo que dijo un poeta finlandés: «Y cuando todo ha pasado, ya nada se escucha. Nada. Y eso se oye». Se quedó dormida.

Cuando Cato Isaksen aparcó frente a su urbanización en Frydendal, Asker, Marian dormía reclinada sobre el reposacabezas. Las marcas de barro se habían secado en sus mejillas. ¡Parecía tan frágil allí sentada!

–Tenemos que estar en la comisaría a las 12:00 –le dijo sacudiéndole el brazo.

Marian entreabrió los ojos, pero estaba metida en un túnel demasiado pequeño. Sentía que despertar era insoportablemente doloroso. Como ser desgarrada en pedazos. Fue desde el túnel hasta el agua marrón, el rugido y el niño en el fondo, el lago rodeado de piedras redondas. Escaló, empapada, corrió por el bosque y nadó hasta la cocina con el fogón encendido. Pero sus ojos no querían abrirse porque aún no había llegado más allá del murete de la pequeña cabaña que olía a moho. Un águila clavó las uñas en su antebrazo.

–¡Marian! –dijo Cato agarrándola con más fuerza–, ¡Marian!

Despertó de golpe y se encontró mirando fijamente una puerta de garaje mojada. Su voz dolía como un hachazo.

–Hemos llegado –repitió bajando del coche. El portazo fue un pinchazo en su cuerpo. Tenía frío, bajó y le siguió como una autómatas por el sendero mojado, pero volvió corriendo para abrirle la puerta trasera a Birka. La perra movió el rabo y bajó con destreza. Pasaron por delante de los pequeños jardines delanteros ante la hilera de idénticas puertas de entrada. Él fue hacia el adosado de la puerta roja y abrió. El sonido de la llave la desgarró. Notaba el olor de su cazadora de cuero.

–Aquí vivo yo –dijo él–. Ve al baño y yo buscaré algo de ropa –recordó el sueño que había tenido ocho días antes. Marian desnuda, sus pechos pequeños. Lo pensó unos instantes, ahora ella estaba *aquí*. Y estaban solos.

Ella miró a su alrededor. Observó las fotos que colgaban de las paredes, el sofá y la mesa, la librería, los objetos decorativos y el reloj antiguo. Sus cosas. Se volvió hacia él y sus ojos se encontraron. Había pasado a kilómetros de él, muchas veces. Había tomado curvas, trotado por senderos, entre los árboles.

–¿Tienes una toalla? –le dijo.

Birka iba por allí dejando huellas de barro en el parquet.

–Te daré una toalla y buscaré algo de ropa de Bente.

–No quiero usar la ropa de Bente –Marian juntó las manos hasta formar un nudo.

–Tienes razón, será demasiado grande. Cogeré algo de Vetle. Tiene 17. Te valdrá. ¡Ve a la ducha! Sube al baño, Marian –repitió.

La comisaria Ingeborg Myklebust estaba sentada en uno de los extremos de la mesa ovalada, Cato Isaksen, en el otro. Marian se puso firme. En casa de Cato no

había pasado nada. Se había duchado y vestido. Luego había dormido media hora en su sofá hasta que él la despertó. Había ido a una breve reunión informativa, pero solo pensaba en que necesitaba dormir más. Llevaba un vaquero azul claro, una camiseta turquesa y unas deportivas gastadas. Tenía la mano vendada. ¿Cuándo dejaría de llover?

Roger, Randi, Asle, Ellen y otras nueve personas esperaban el resumen del responsable de la investigación. Birka trabajaba a ras del suelo, lamiéndose, para limpiarse el barro. Cato Isaksen ordenó el montón de papeles que tenía delante y dictó orientado hacia la grabadora:

–Es 22 de julio de 2011 y son las 12:00. Resolución del caso Glenne.

Miró hacia los allí reunidos y empezó a hablar.

–Tenemos dos fallecidos, Vivian Glenne y Jonas Tømte. Y un niño recuperado –añadió mirando aliviado a sus colegas–. Muchas gracias por vuestro esfuerzo. En realidad se trata de una historia sencilla. Una verdad, dos jóvenes amigos, *un asesino y un amante*. Dan y Jonas. Dan Glenne Andersen los mató a los dos. Eso es lo que parece al hilo de los acontecimientos. Marian y Roger le tomarán declaración mañana. Los desvíos antes de llegar a la verdad nos han llevado por oscuros derroteros. Una espiral de casualidades nos ha conducido cada vez más lejos, en una deriva interminable. El hecho de que Jonas Tømte fuera el padre de su bebé ha estado latente en Vivian Glenne como una bomba sin detonar. El jueves pasado contó la verdad de su relación con Jonas. Como es natural, Dan se alteró muchísimo. Su mejor amigo y su madre habían mantenido una relación. Ella se acercó al bosque por la noche para coger una planta. Su hijo la siguió, no para matarla, sino para hablar. El error que cometió fue llevarse la pala del jardín de Frank Willmann.

Cato hizo un gesto con la cabeza y Marian tomó el relevo.

–Jonas tenía 14 años cuando dejó embarazada a la madre de Dan. Pero Dan no sabía *eso* cuando mató a su madre. Es increíble lo que puede provocar la suma de un alto coeficiente intelectual con la angustia –miró a sus cansados colegas–. Los chicos habían jugado demasiado al ordenador. Era como si creyeran que podían construir una realidad, cada uno en su universo. Dos jóvenes se transformaron en dos mitómanos, fríos como el hielo y calculadores. Hubo otras cosas que nos desconcertaron. Vivian Glenne le sirvió alcohol a Birgit Willmann en la tintorería y le contó que le gustaba el sexo peligroso. Eso provocó a su vez una confesión arriesgada por parte de Birgit. Insinuó el secreto demencial de que Frank era su hermano, no su marido. Dijo: *somos como hermanos*. Probablemente Vivian no entendió lo que le estaba contando, pero la mala conciencia de Birgit hizo que Frank Willmann comprendiera que su hermana podía haberlo desvelado todo. Eso desencadenó su propia angustia, de tal manera que Birgit creyó que era él quien había liquidado a Vivian. Yo también caí en esa trampa. Ese sucio secreto me

desconcertó y se convirtió en una alarma permanente. Estoy muy cansada. Había pensado coger una baja. Quiero que lo sepáis. Cuando me siento así no tengo ninguna protección. Fue por eso por lo que...

Cato Isaksen la miró.

–Tenías razón otra vez, Marian, con lo que dijiste de las vibraciones de una mente criminal que percibías en Dan. Jonas no es el único que tiene un elevado coeficiente intelectual. Después del asesinato, Dan tuvo que volver a su casa sin que nadie le viera y lavar la pala hasta dejarla sin huellas, probablemente en el grifo del jardín. Devolvió la pala a su sitio, pero con unos cuantos restos de tierra ensangrentada. Sabía que todo indicaría que había sido Frank Willmann. De alguna manera se deshizo de su ropa y del calzado. El mono de trabajo se convierte en su camuflaje natural. Nadie ve las lesiones que tiene en el cuerpo. Luego desvía nuestras sospechas hacia Klaus Bjone de una manera tan hábil que asusta. Incluso Jonas cree que deben plantar esa prueba para que la policía no se concentre en Colin. Fue una jugada de ajedrez por parte de Dan, pero no fue suficiente.

Marian estaba sola en su despacho con la cara entre las manos. La falta de sueño circulaba por su organismo como un veneno y provocaba extraños pensamientos: *No sabes lo que es inclinarte sobre una cuna de barrotes para asegurarte de que tu bebé respira. Desafiar la muerte, creando más vida. Te quedas embarazada y ya no hay vuelta atrás. Cuando te das cuenta de lo peligroso que es te quedas paralizada. Piensas en incendios, agua y muerte súbita. Todo en tu existencia se vuelve inseguro. Puede ser un indicio de curación. Sencillamente una demostración de lo que es ser mujer.*

Cato Isaksen la contemplaba desde la puerta. Era raro verla vestida con la ropa de su hijo. Extraño darse cuenta de que sentía algo por ella. Era peligrosa. Era como una pintura rupestre a la luz de las antorchas. Se alegraba de estar a punto de marcharse.

–Creo que ahora deberías coger a tu perra e irte a casa con Juha, Marian.

Ella dio un respingo y levantó la cabeza. Su sueño se deshizo y desapareció como una sombra en el techo. *El creador de esqueletos había muerto. El domador se había colocado directamente bajo la luz de los focos de la pista. Los largos y blancos dedos de Axel Tømte se habían entrelazado por el dolor. Está sentado en la cocina de Henny Marie.*

Tenía la marca de su mano en la mejilla.

–Es lo que voy a hacer, Cato. Ahora me voy a casa.

–Ese grupo especial de trabajo del que te hablé este invierno... Debes participar en él. Aunque seas cabezota, criticaona y estés absorta en tu propio punto de vista –

sonrió sintiendo que le dolía–, hablaremos de ello cuando vuelva de vacaciones. Pero tienes que beber menos, y esa perra tuya...

–No bebo –Marian daba vueltas a su colgante, un corazón de plata, entre el pulgar y el índice–. Que tengas unas buenas vacaciones, Cato. A partir del martes han pronosticado tiempo soleado.

Cato Isaksen volvió a su despacho cogió las llaves del coche, que estaban sobre la mesa, corrió las cortinas de rayas para dejarlas echadas, pero se quedó un momento con la frente apoyada en el cristal. Pensó en Marian y en cómo estaba hecha. La visión del pequeño corazón de plata que llevaba alrededor del cuello le producía un dolor sin nombre. Echó una mirada a la iglesia de Grønland. La lluvia golpeaba la torre. El cansancio era un hormigueo en su cabeza. Las calles estaban casi vacías, el asfalto de un gris metálico. Era 22 de julio. Las 15:24. Oslo estaba en silencio, tan tranquilo como solo puede ser un lluvioso día de verano.

Epílogo

Me he tomado libertades en cuanto a la descripción y situación de edificios, paisajes, nombres de diferentes lugares y de calles tanto en la zona de Lambertseter como en Notodden y Finnemarka. La residencia de ancianos de Mørkbygda, el sistema fluvial de Råvann y el embalse son inventados, al igual que la escuela de jardinería, la capilla, cuestiones referidas a la Logia de Johannes y todo lo demás que sucede en este libro. He intentado ser verosímil, pero no todo se corresponde con la realidad. Puede que tampoco lloviera tanto aquella semana. Pero el viernes 22 de julio de 2011, exactamente a las 15:25 explotó una bomba en la zona de los edificios gubernamentales de Oslo. Y ocurrió realmente. La policía tuvo noticia de la explosión a través de su central de alarmas dos minutos más tarde. A las 15:30 el responsable de comunicación se reunió con el personal de guardia. Poco después el subdirector de la policía dio aviso de que todo el personal de guardia y las fuerzas especiales debían ser convocados. A las 15:34 un testigo informó de que había visto a una persona sospechosa, con una pistola en la mano, abandonar la zona en una furgoneta cinco minutos antes de la explosión. A las 16:43 la Policía Judicial dio la alarma a nivel nacional. A las 17:26 la policía recibió el primero de varios avisos de que en Utøya, en el Fiordo de Tyri, donde un partido político tenía un campamento de verano para estudiantes, se estaban disparando armas de fuego. A las 18:33 la policía detuvo al terrorista. 77 personas habían sido asesinadas. Eso supera cualquier fantasía y no puede ni siquiera compararse con la locura sin límites que he imaginado en este libro.

Título original: *Djevelkysset*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

La traducción de este libro ha recibido una subvención de NORLA.

En cubierta: detalle de una foto de © Ebru Sidar,
de su serie «A lost childhood»

© Unni Lindell, 2012. First published by Aschehoug, Norway.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden, 2012

© De la traducción, Lotte K. Tollefsen, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-45-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El beso del diablo	4
Epílogo	311
Créditos	312